«Si te gustó *Forrest Gump*, *Intocable* y *Pequeña Miss Sunshine* esta novela es para ti.

MOMENTOS DE BUENA SUERTE

Matthew Quick

«Una novela optimista, tan divertida como inteligente.» *Kirkus*

Índice

Índice
Dedicatoria
Cita
1 El Richard Gere usted-yo simulado
2 Ese individuo andaba con prostitutas
3 Lamentablemente, creo que no soy telepático
4 Tendría que acabar entrando dentro del padre mcnamee para hacer inventario
5 El cerebro diseccionado de Charles J. Guiteau
6 «Una situación complicada por su opresiva tendencia al sobreanálisis»
7 Su uso del pronombre en plural me hizo desconfiar mucho
8 «Hasta el punto de no poder soportar la visión de su sufrimiento»
9 Realmente había pautas en el universo
10 ¿Te habló tu madre de su teoría?
11 Yo no entendía qué tipo de matemáticas estaba utilizando Max, pero parecía tan excitado que no lo interrumpí
12 La tectita se formó cuando grandes meteoritos chocaron contra la superficie terrestre hace millones de años, según los científicos
13 Les gustaba más la lechuga que las zanahorias
14 Eso es lo más razonable que puedes hacer en este momento, dadas las desdichadas circunstancias que has heredado
15 Pobre, obediente y humilde siervo
16 Comprendí los mensajes de nuestra galleta de la fortuna mejor de lo que había pensado al principio
17 Los gatos abandonados de la colina del Parlamento
Agradecimientos
Notas
Créditos

Para mi familia: papá, mamá, Megan y Micah

Si deseas que los demás sean felices, practica la compasión.
Si deseas ser feliz tú, practica la compasión.

DALAI LAMA

Ha habido sin duda mejores actores que yo
que no han hecho carrera. ¿Por qué? No lo sé.

RICHARD GERE

1

EL RICHARD GERE USTED-YO SIMULADO

Estimado señor Richard Gere:

He encontrado una carta que escribió usted en el cajón de la ropa interior de mi madre, cuando estaba separando sus «prendas más personales» de las «poco usadas», que podía donar a la tienda de ropa vieja de la beneficencia.

Como recordará, su carta trataba de las Olimpiadas de 2008, que se celebraron en Pekín (China), y usted abogaba en ella por un boicot debido a los crímenes y las atrocidades cometidos por el gobierno chino contra el Tíbet.

No se preocupe.

No soy uno de esos tipos chiflados.

Me di cuenta enseguida de que era una circular que había enviado usted a millones de personas a través de su organización benéfica, pero mamá era una simuladora lo bastante buena para creer que usted había firmado personalmente la carta para ella, y seguramente por eso la guardó (creyendo que usted había tocado el papel con sus manos y humedecido el sobre con su lengua), imaginando que el papel representaba un vínculo tangible con usted: que tal vez algunas células suyas, partículas microscópicas de su ADN, estarían con ella siempre que tocara la carta y el sobre.

Mamá era su mayor admiradora, y una simuladora experta.

Recuerdo que me dijo, señalando el papel con el dedo índice: «Mira su nombre escrito en cursiva. ¡Richard Gere! ¡El actor de cine RICHARD GERE!».

A mamá le encantaba celebrar las cosas pequeñas. Como encontrarse un dólar olvidado y arrugado en el bolsillo lleno de pelusa de un abrigo, o que no hubiese cola en la oficina de correos y los vendedores de sellos respondieran a sus sonrisas y su cordial conversación, o si refrescaba lo suficiente para sentarse fuera un verano caluroso, cuando la temperatura baja espectacularmente de noche aunque el hombre del tiempo haya pronosticado un calor y

una humedad insoportables, con lo que el anochecer se convierte en un insólito regalo.

—Ven a disfrutar de este fresco inesperado, Bartholomew —me decía mamá, y nos sentábamos fuera y nos mirábamos sonriendo como si nos hubiese tocado la lotería.

Mamá sabía hacer que las cosas pequeñas pareciesen milagrosas. Tenía ese don.

Tal vez usted ya haya etiquetado a mamá, señor Richard Gere, como una excéntrica, una chiflada: la mayoría de la gente lo hacía.

Antes de que se pusiera enferma, no engordaba ni adelgazaba nunca; nunca se compraba ropa nueva, así que se quedó estancada en la moda de mediados de los ochenta; olía a las bolas de naftalina que colocaba en su cómoda y en su armario, y solía llevar el pelo aplastado por el lado que apoyaba en la almohada (casi siempre el izquierdo).

Mamá no sabía que las impresoras reproducen fácilmente las firmas porque era demasiado mayor y nunca había usado la tecnología moderna. Hacia el final, solía decir que el Apocalipsis condenaba los ordenadores, pero el padre McNamee me dijo que eso no era cierto, aunque podíamos dejar que mamá lo creyese.

Nunca la había visto tan contenta como el día que llegó su carta.

Como ya habrá deducido usted, mamá no estaba del todo en sus cabales los últimos años; y, al final, llegó la demencia severa, por lo que, en sus últimos días, era complicado diferenciar la simulación del mundo real.

Con el tiempo todo se volvió confuso.

En sus buenos momentos —aunque parezca mentira—, solía pensar realmente (¿simular?) que yo era usted, que Richard Gere vivía con ella, que la cuidaba, lo cual debía de ser una grata alternativa a la verdad: que su hijo, vulgar y sin talento, era su principal cuidador.

—¿Qué vamos a cenar hoy, Richard? —me decía—. Es un placer pasar tanto tiempo contigo por fin, Richard.

Era como cuando, siendo yo niño, fingíamos que estábamos cenando con un invitado famoso (Ronald Reagan, san Francisco, el ratón Mickey, Ed McMahon, Mary Lou Retton), que ocupaba uno de los dos asientos de la cocina que siempre estaban vacíos, salvo cuando nos visitaba el padre McNamee.

Como ya he mencionado, mamá era una gran admiradora suya..., probablemente usted se sentó antes a la mesa de nuestra cocina, pero la verdad es que no recuerdo ninguna visita concreta de Richard Gere en mi infancia. No obstante, complací a mamá e

interpreté mi papel, así que usted se manifestaba a través de mí, aunque no soy tan guapo como usted y era por lo tanto un mal suplente. Espero que no le importe que le invocara sin su permiso. Era fácil y complacía mucho a mamá. Se le iluminaba la cara como las luces de Navidad de los almacenes Wanamaker cada vez que venía usted de visita. Y después de la quimio y la cirugía cerebral fallidas, y las atroces secuelas de malestar y náuseas, resultaba difícil conseguir que sonriera o que se alegrara por algo, y es por eso por lo que yo seguí con el juego de que usted y yo nos convirtiéramos en nosotros.

Todo empezó una noche después de ver nuestra gastada copia de *Pretty Woman*, una de las películas preferidas de mamá.

Mientras pasaban los créditos del final, ella me dio unas palmaditas en el brazo y me dijo:

—Me voy a la cama ya, Richard.

La miré y ella me sonrió casi pícaramente, como yo había visto sonreír a las chicas frescas de brillantes labios pintados cuando iba al instituto. Aquella sonrisa lasciva me daba náuseas, porque sabía que significaba problemas. Además, era impropia de mamá. Así fue como empecé a vivir con una desconocida.

—¿Por qué me llamas «Richard»? —le pregunté.

Ella me posó suavemente la mano en el muslo y dijo con la misma voz de niña coqueta, parpadeando: «Porque es tu nombre, tonto».

Mamá no me había llamado «tonto» nunca en los treinta y ocho años que llevábamos juntos.

El hombrecillo furioso de mi estómago me aporreó el hígado con los puños.

Comprendí que teníamos problemas.

—Mamá, soy yo: Bartholomew. Tu único hijo.

La miré a los ojos y no parecía verme. Era como si estuviese teniendo una visión, como si viese algo que yo no podía ver.

Eso me hizo preguntarme si mamá habría usado algún tipo de brujería femenina y me había convertido de algún modo en usted.

Que nosotros —usted y yo— nos hubiésemos convertido en uno en su mente.

Richard Gere.

Bartholomew Neil.

Nosotros.

Mamá retiró la mano de mi muslo y dijo:

—Eres un hombre guapo, Richard, el amor de mi vida incluso, pero no voy a cometer el mismo error dos veces. Tú ya elegiste, así

que tendrás que dormir en el sofá. Hasta mañana.

Luego subió la escalera como flotando, moviéndose más deprisa de lo que lo había hecho en muchos meses.

Parecía extasiada.

Parecía guiada por la divinidad, como los santos con halo de la vidriera de la iglesia de San Gabriel. Su locura parecía bendita. Estaba bañada de luz.

Pese a lo incómodo que era el intercambio, me gustaba ver a mamá iluminada. Contenta. Y siempre me ha resultado fácil simular. He simulado toda la vida. Era el juego de mi infancia, así que lo había practicado mucho.

De un modo u otro —porque quién sabe exactamente cómo ocurren estas cosas—, en el transcurso de los días y las semanas, mamá y yo fuimos deslizándonos en una rutina.

Empezamos a fingir los dos.

Ella fingía que yo era usted, Richard Gere.

Yo fingía que mamá no estaba perdiendo el juicio.

Yo fingía que ella no iba a morirse.

Yo fingía que no iba a tener que plantearme la vida sin ella.

Hubo una escalada en el proceso, como suele decirse.

Cuando mamá se vio confinada al sofá-cama de la sala con una bomba de morfina para el dolor conectada al brazo, yo actuaba en el papel de usted las veinticuatro horas del día, aunque ella estuviera inconsciente, porque eso me ayudaba cuando apretaba fielmente el botón cada vez que ella empezaba a hacer muecas.

Para ella yo ya no era Bartholomew, sino Richard.

Así que decidí ser realmente Richard y dar unas vacaciones bien merecidas a Bartholomew, si es que eso tiene algún sentido para usted, señor Gere. Bartholomew había trabajado horas extraordinarias como hijo de su madre casi cuatro décadas. Bartholomew había sido desollado vivo emocionalmente, decapitado y crucificado cabeza abajo, exactamente igual que su apóstol homónimo, según diversas leyendas, aunque metafóricamente, y en el mundo moderno de hoy.

Ser Richard Gere era como apretar mi propia bomba dosificadora de morfina mental contra el dolor.

Yo era mejor cuando era usted, un hombre más confiado, controlado y seguro de mí mismo que nunca.

Los empleados del servicio de ayuda a enfermos terminales aceptaron mi artimaña. Les di instrucciones firmes de que me llamaran Richard siempre que nos encontrásemos en la habitación con mamá. Me miraron como si estuviese chiflado, pero hicieron lo

que les pedí, porque estaban a sueldo.

Ellos sólo cuidaban de mamá porque les pagaban. Yo no me hacía ninguna ilusión de que se preocuparan por nosotros. Consultaban el reloj de sus teléfonos móviles cincuenta veces cada hora, y cuando se ponían el abrigo al final de su turno parecían tan aliviados como si separarse de nosotros fuese algo así como disponerse a asistir a una fiesta maravillosa, como salir de un tanatorio para ir a la ceremonia de los Oscar.

A veces me llamaban «señor Neil» cuando mamá estaba dormida, pero cuando estaba despierta yo siempre era usted, era Richard, y hacían lo que les había pedido por el dinero que les pagaba la compañía de seguros. Hasta empleaban un tono respetuoso muy formal cuando se dirigían a nosotros:

—¿Podemos hacer algo para que su madre se sienta más cómoda, Richard? —decían siempre que ella estaba despierta, aunque ni una sola vez me llamaron «señor Gere», lo cual me parecía bien porque mamá y usted se tutearon desde el principio.

Quiero que sepa que a mamá le encantaba ver las Olimpiadas. Nunca se las perdía (las había visto también con su madre) y verlas le causaba un placer tan grande tal vez porque nunca había salido de la zona de Filadelfia en sus setenta y un años en el mundo. Solía decir que ver las Olimpiadas era como ir de vacaciones al extranjero cada cuatro años, incluso después de que cambiasen las Olimpiadas de verano y de invierno a años diferentes, de manera que ahora ya se celebran cada dos años, como sin duda sabrá usted.

(Perdone que insista, pero le escribo como Bartholomew Neil, alguien distinto de usted en todos los sentidos imaginables. Espero que sea paciente conmigo y disculpe mi vulgaridad. No simulo ser Richard Gere cuando escribo esto. Soy mucho más elocuente cuando soy usted. MUCHO MÁS. Bartholomew Neil no es actor de cine; Bartholomew Neil nunca ha tenido relaciones sexuales con una supermodelo; Bartholomew Neil nunca ha salido de la ciudad en la que usted y yo nacimos, La Ciudad del Amor Fraterno; Bartholomew Neil es tristemente consciente de esos hechos. Y Bartholomew Neil tampoco tiene mucho de escritor, como ya habrá advertido usted.)

A mamá le encantaba la gimnasia, sobre todo los hombres de torso triangular, que «se movían como ángeles guerreros». Aplaudía hasta que se le enrojecían las palmas de las manos cuando alguien hacía el cristo en las anillas. Era su ejercicio preferido. «Fuerte como Jesús en su peor día», decía. Veía hasta las ceremonias de inauguración y clausura: no se perdía un segundo. Mamá veía todas

las pruebas olímpicas que se televisaban.

Pero cuando recibió su carta (la que ya he mencionado, que exponía las atrocidades cometidas por el gobierno chino contra el Tíbet), decidió no ver las Olimpiadas que se celebraban en China, lo cual fue un sacrificio enorme para ella.

—¡Richard Gere tiene razón! ¡Deberíamos enviar un mensaje a la República Popular China! ¡Es horroroso lo que le están haciendo al pueblo tibetano! ¿Por qué nadie se preocupa de los derechos humanos fundamentales? —dijo mamá.

He de confesar que (al ser como soy mucho más pesimista, resignado y apático de lo que nunca fue mamá), yo abogué en vano por ver las Olimpiadas. (Perdóneme, señor Gere, por favor. Yo tenía poca fe entonces.) Dije que el hecho de que nosotros las viéramos o no, ni siquiera quedaría documentado, ni influiría lo más mínimo en las relaciones exteriores.

—¡China ni siquiera sabrá que no las vemos! ¡Nuestro boicot será inútil! —protesté.

Pero mamá creía en usted y en su causa, señor Gere. Hizo lo que usted pedía que se hiciese, porque le estimaba y tenía la misma fe que un niño.

Esto supuso que yo tampoco pudiera ver las Olimpiadas, y al principio me molestó, porque era una actividad madre-hijo tradicional (¿sagrada?) en el hogar de los Neil, aunque hace mucho que lo superé. Ahora me pregunto si el boicot de mamá, su muerte y el que yo encontrase la carta que usted le escribió, todas esas cosas, no querrán decir que usted y yo estamos destinados a mantener un vínculo cósmico importante.

Tal vez esté usted destinado a ayudarme ahora que mamá ha muerto, Richard Gere.

Tal vez todo sea parte de la visión de mamá: el fruto de su fe.

¡Tal vez sea usted, Richard Gere, el legado que me dejó mamá!

Tal vez usted y yo estemos destinados en realidad a ser NOSOTROS.

Para demostrar aún más la sincronicidad de todo esto (¿ha leído usted a Jung? Yo sí. ¿Le sorprende?), mamá abucheó despiadadamente a los chinos en los juegos olímpicos de Vancouver de 2010 —incluso las piruetas y los saltos de los patinadores artísticos, que eran tan airosos—, que se celebraron, si no recuerdo mal, justo antes de que yo empezara a advertir su demencia.

No ocurrió de pronto, sino que empezó con pequeños detalles, como olvidar los nombres de personas a las que veíamos en nuestras salidas diarias, dejarse el horno encendido por la noche, no saber qué día era, perderse en el barrio en que había vivido toda la

vida, y no encontrar las gafas, cuando las tenía muchas de las veces en lo alto de la cabeza: pequeños lapsus cotidianos.

(Pero mamá nunca se olvidó de usted, Richard Gere. Hablaba conmigo-usted todos los días. Un síntoma más. Y jamás olvidó el nombre de Richard.)

A decir verdad, no sé con certeza cuándo empezó el deterioro mental de mamá, porque simulé mucho tiempo que no me daba cuenta. Nunca se me han dado demasiado bien los cambios. Y no pensé en rendirme a la locura de mamá y ser usted hasta mucho después. Soy lento, siempre llego tarde al baile cósmico, como sin duda dice gente más sabia, como usted.

Los médicos me dijeron que no era culpa nuestra, que, aunque hubiésemos llevado a mamá a que la vieran antes, seguramente habría acabado todo igual. Nos lo dijeron cuando nos pusimos nerviosos en el hospital, cuando no nos dejaron ver a mamá después de la operación y empezamos a gritar. Un asistente social habló con nosotros en una habitación privada mientras esperábamos el permiso para ver a nuestra madre. Y cuando la vimos, parecía momificada con el vendaje de la cabeza, tenía la piel de un amarillo enfermizo y era tan horrible, y —por las miradas de preocupación que nos dirigía el personal del hospital— estábamos visiblemente aterrados.

El asistente social preguntó a los médicos en nuestro nombre si podríamos haber hecho algo más para impedir que el cáncer creciese. ¿Habíamos sido negligentes? Fue entonces cuando los médicos nos dijeron que no era culpa nuestra, aunque hubiéramos ignorado los síntomas durante meses, simulando para no ver los problemas de nuestras vidas.

Aun así.

No fue culpa nuestra.

Espero que me crea, Richard Gere.

No fue culpa mía, ni suya.

Usted sólo envió una carta, pero estuvo con mamá hasta el final: en el cajón de su ropa interior y a su lado a través de mí, su médium, su encarnación.

Los médicos confirmaron repetidamente que no podríamos haber hecho nada más.

El tumor cerebral que había llegado con sus tentáculos de calamar a las zonas más profundas de la mente de nuestra madre era algo que no podríamos haber pronosticado ni vencido, nos dijeron los médicos muchas veces, en un lenguaje tan claro y sencillo que hasta los menos inteligentes podían entenderlo sin

problema.

No fue culpa nuestra, Richard Gere.

Nosotros hicimos todo lo que podíamos, incluido fingir, pero hay fuerzas que son demasiado poderosas para los simples humanos, como ratificó el asistente social del hospital con un cabeceo triste y renuente.

—Ni siquiera un actor famoso como Richard Gere podría haber proporcionado a su madre mejor atención —me dijo el asistente social cuando le mencioné a usted, cuando compartí mi pesar por ser un fracasado, incapaz de cuidar a su única madre, pese a ser su única tarea en el mundo, el único objetivo que había conocido en la vida.

¡Fracasado miserable! —me gritó el hombrecillo de mi estómago —. *¡Subnormal! ¡Imbécil!*

El cáncer cerebral acabó con la vida de mi madre hace sólo unas semanas, un breve y largo borrón (que se estira y se encoge en mi memoria) después de que la cirugía y la quimio fracasaran.

Los médicos suspendieron el tratamiento.

Nos dijeron: «Es el final. Lo sentimos. Procuren que esté cómoda. Aprovechen el tiempo al máximo. Despídanse».

—¿Richard...? —me susurró mamá la noche que murió.

Nada más.

Una.

Sola.

Palabra.

¿Richard?

Los signos de interrogación eran audibles.

Los signos de interrogación me obsesionan.

Los signos de interrogación me hicieron pensar que toda la vida de ella podría resumirse en signos de puntuación.

No me enfadé porque mamá hubiera dicho su última palabra al Richard Gere simulado, porque me incluía también a mí, el hijo de su propia sangre.

Yo era Richard en aquel momento.

En su mente y en la mía.

Simular puede ayudar en muchos sentidos.

Ahora oímos gorjear a los pájaros por la mañana cuando nos sentamos solos a tomar café en la cocina aunque sea invierno. (Deben de ser pájaros urbanos, vigorosos y resistentes, sin miedo a las bajas temperaturas, o pájaros demasiado perezosos para emigrar.) Mamá siempre ponía la televisión a todo volumen porque le gustaba «oír hablar a la gente», así que antes no nos enterábamos

del gorjeo de los pájaros. Treinta y nueve años en esta casa y ésta es la primera vez que oímos gorjear a los pájaros a la luz de la mañana mientras tomamos nuestro café en la cocina.

Una sinfonía de pájaros.

¿Ha escuchado usted realmente alguna vez el trinar de los pájaros? ¿Lo ha escuchado de verdad?

Es tan bonito que te corta la respiración.

Mi asesora de duelo, Wendy, dice que tengo que procurar ser más sociable y crear un «grupo de apoyo» de amigos. Wendy estuvo aquí, en mi cocina, una vez que los pájaros de la mañana estaban cantando y se detuvo a media frase, aguzó el oído hacia la ventana, entrecerró los ojos y arrugó la nariz.

Luego me preguntó:

—¿Lo oyes?

Asentí.

Esbozó una sonrisa engreída justo antes de decir, como sólo podía decirlo alguien tan joven, con su voz optimista de animadora:

—Les gusta reunirse en bandadas. ¿Oyes lo contentos que están? ¿Lo felices que son? Tú necesitas encontrar ahora tu bandada. Abandonar el nido al fin, por así decirlo. Incluso volar. ¡Volar! Hay muchísimo cielo ahí fuera para los pájaros valientes. ¿Quieres volar, Bartholomew? ¿Quieres?

Dijo todas esas palabras de un tirón, así que estaba sin aliento cuando terminó su discurso alentador. Estaba tan colorada como el pecho de un petirrojo, como siempre que expone lo que ella considera una idea extraordinariamente buena. Me miraba con ojos muy abiertos («ojos caleidoscópicos», como cantan los Beatles), y yo sabía cuál era la respuesta a su petición, lo que se esperaba que dijera, lo que la alegraría tanto, lo que acreditaría su presencia en mi cocina y le haría creer que sus esfuerzos eran importantes, pero yo no podía decirlo.

Sencillamente no podía.

Me costó mucho mantener la calma, porque parte de mí (el núcleo oscuro y maligno de mí en el que vive el hombrecillo furioso) deseaba agarrar aquellos hombros como de pajarito de Wendy y sacudirle todas las pecas de su joven y hermoso rostro mientras le gritaba, chillando con tanta fuerza como para echarle el pelo hacia atrás: «¡Soy mayor que tú! ¡Respétame!».

—¿Bartholomew? —dijo ella alzando la vista bajo sus finas cejas pelirrojas, del color de las hojas crujientes de las aceras.

—Yo no soy un pájaro —le dije en el tono más sereno que pude en el momento, y fijé la vista en los cordones marrones de mis

zapatos, procurando permanecer inmóvil.

Yo no soy un pájaro, Richard Gere.

Usted ya lo sabe, lo sé, porque es un hombre sabio.

No soy un pájaro.

No soy un pájaro.

No.

Soy.

Un.

Pájaro.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

2

ESE INDIVIDUO ANDABA CON PROSTITUTAS

Estimado señor Richard Gere:

Para remediar las lagunas de nuestro mutuo desconocimiento fui a la biblioteca y lo googleé a usted.

En la biblioteca se permite a los usuarios consultar en internet cualquier cosa que no sea pornografía. Lo sé porque una vez vi echar a patadas a un hombre (cuyos grises rizos rasta hacían que su cabeza pareciese una polvorienta planta marchita de esas que llaman «cintas») por ver pornografía en un ordenador de la biblioteca. Estaba sentado a mi lado, frotándose la entrepierna por encima de unos mugrientos vaqueros increíblemente anchos. En su pantalla, dos mujeres desnudas a cuatro patas, como los perros, se lamían el ano una a otra. Y no paraban de gemir: «¡Ooooh-sí!» y «¡Mmm-jaaaa-sí!». Recuerdo que me eché a reír por lo ridículo que era. Que las mujeres actuaran como perros, no que echaran al hombre de la biblioteca.

(¿De verdad disfruta la gente viendo a las mujeres comportarse de ese modo? Me cuesta mucho creerlo, pero si está en la red, ha de haber un mercado. Y no sólo usuarios de biblioteca chiflados, sino gente con ordenadores en su casa, donde está permitido verlo.)

Una bibliotecaria mayor se acercó y le dijo:

—Esto no es apropiado. Aquí no puede comportarse de ese modo, caballero. ¡Es absolutamente inaceptable! Existen normas, caballero. Caballero, por favor.

El hombre aquel le gritó a la bibliotecaria, negándose a marcharse:

—¡No soy ningún caballero! ¡Soy un hombre! H-O-M-B-R-E ¡HOMBRE! ¡S-E-R H-U-M-A-N-O, HUMANO! —dijo, ante lo que la bibliotecaria dio un respingo y un paso atrás. No le gustaba que aquel hombre deletreara de aquella manera.

Todos los de la biblioteca se habían vuelto y estaban mirando la escena.

Me alegré de que no estuviese la Chicatecaria para verlo.

(La Chicatecaria no habría sabido afrontar semejante situación, y eso es algo que me gusta de ella. Es encantadoramente lenta para actuar. Se lo piensa mucho antes de dar un paso. La observé una vez mientras seleccionaba los libros que se habían estropeado. No lo sé a ciencia cierta, pero, basándome en mis observaciones, supuse que su trabajo consistía en decidir los libros que había que tirar y los que había que arreglar y conservar. La mayoría de la gente habría echado una ojeada a cada libro y decidido rápidamente su destino, dejándolo a un lado o a otro, a la derecha o a la izquierda, guardar o tirar; pero ella no, ella examinaba los libros detenidamente, pasando y volviendo a pasar las hojas como si fuesen bellas mariposas muertas que podía abrir y hacer volar de nuevo si era lo suficientemente delicada. La estuve observando tres horas seguidas. Era un espectáculo prodigioso, digno de verse, hasta que llegó otra bibliotecaria y la riñó por tardar tanto tiempo. «¡No están bañados en oro, Elizabeth!», le dijo. La Chicatecaria se encogió cuando esas palabras le golpearon los oídos y se ocultó en la larga cabellera de color castaño que le cubre la cara igual que una cascada la entrada de una cueva misteriosa. La bibliotecaria mayor repasó los libros restantes en menos de cinco minutos, mientras la joven observaba a través de su cabello con los hombros encogidos. Me fijé en que intentaba alargar las manos hacia varios libros del montón de los que eran para tirar, pero logró contenerse y sus dedos no llegaron nunca a más de doce centímetros de sus muslos, cubiertos de pana blanca. Era evidente que deseaba intervenir y argumentar en favor de muchos de aquellos libros.)

¿Ha observado usted que, con demasiada frecuencia, la gente mejor del mundo carece de poder, Richard Gere?

China tiene poder.

El Tíbet carece de poder.

¿Le impresionan mis investigaciones y mi conocimiento sobre su causa favorita?

Cuando llegó la policía, el hombre de la pornografía —que lo más probable es que fuese un vagabundo porque olía a tripas de pescado pudriéndose en una bota de cuero— cabeceó varias veces como si estuviera consternado, decepcionado incluso, y luego chilló:

—¡He pagado impuestos toda mi vida! ¡Miles de veces! Miles de dólares. ¡He financiado al gobierno de Estados Unidos, que es vuestro patrón! ¡Tú! ¡Y tú! ¡Y tú! ¡Todos vosotros sois empleados del gobierno! Funcionarios. ¡Trabajáis para nosotros! ¡El pueblo! ¡No a la inversa! Yo soy vuestro jefe. ¡Tú! ¡Tú! ¡TÚ! —dijo señalando

con el índice a todos los policías y empleados de la biblioteca—. ¡Tengo mis derechos! ¡Vivimos en un país libre! Si quiero ver porno, puedo hacerlo, porque es mi derecho constitucional como ciudadano norteamericano. ¡Porno para todos!

El hombre desvarió un rato sobre la afición de los presidentes estadounidenses a las relaciones sexuales. El vestido manchado de Bill Clinton. Las relaciones de Thomas Jefferson con sus esclavas. JFK y Marilyn Monroe. Yo lo anoté casi todo en mi cuaderno enseguida, porque era interesante, real, espontáneo, aunque esas cosas estén sin confirmar y seguramente sean una exageración.

Pero me di cuenta de algo importante que la mayoría de la gente no entiende: el vagabundo estaba simulando que tenía derecho a hablar clara y libremente, y simular puede ser más importante que contentarse con lo que se considera cierto: lo que todos los demás sostienen que es un hecho. (En este caso, que los vagabundos no tienen que hablar con la gente normal, y menos con tanto aplomo.) Los hechos no siempre son tan importantes como simular. Simular dio a aquel hombre la fuerza que necesitaba aquel día para decir lo que pensaba. La mayoría de los funcionarios no dicen nunca lo que piensan, y por eso le tenían tanto miedo al vagabundo. Desestabilizó sus vidas con su pornografía y sus interesantes comentarios sobre los presidentes. Ojalá simulara más la gente por buenas causas. Ojalá la Chicatecaria supiera simular más eficazmente: conseguiría muchas cosas grandes. Estoy seguro. El problema es que los únicos que simulan y actúan así son los locos. ¿Se ha fijado usted en eso?

Yo siempre anoto las cosas interesantes.

No veo pornografía porque soy católico, y procuro no masturbarme, aunque no siempre lo consigo.

¿Se masturba usted alguna vez, Richard Gere?

Apuesto a que hace ya mucho que no ha tenido que masturbarse: desde que se hizo usted famoso. Cuando uno se casa con una supermodelo como Cindy Crawford, probablemente no tenga que volver a masturbarse nunca. (Sé que ya no está casado con Cindy Crawford, sino con Carey Lowell. Como le he dicho, he estado investigando sobre usted.) ¿Por qué iba a necesitar pornografía con mujeres tan bellas en casa?

¿Está mal masturbarse para los budistas?

Yo solía atarme las manos a los postes de la cama —puede conseguirse sin ayuda, si se practica mucho y se llega a dominar el arte de hacer nudos corredizos—, para no masturbarme cuando me quedaba dormido de noche. Pero entonces mamá —que parecía no

cansarse nunca de liberarme por la mañana cuando yo lo pedía a gritos— me dijo de mala gana que era mejor masturbarse que tener relaciones con desconocidas que te contagian enfermedades como el sida, los herpes y la gripe. Me dijo que puedes coger la gripe por tener relaciones sexuales con desconocidas y que todos los años mueren muchas personas de gripe, que es por lo que nosotros nos vacunábamos siempre en el mes de septiembre en Rite Aid Pharmacy.

Pero mamá también me dijo que si necesitaba satisfacción debía encargarme yo mismo de dármela. Me lo dijo cuando yo tenía veintitantos años y me detuvieron por solicitar los servicios de una prostituta que era una policía disfrazada.

El padre McNamee me buscó un abogado y me llevó a una tienda de ropa usada a comprarme un traje. Los hombres que trabajaban en la tienda eran homosexuales y, por consiguiente —según el padre McNamee—, expertos en moda. Eran simpáticos y me ayudaron a encontrar el atuendo perfecto para el juzgado. «¿Qué os parece?», les preguntó el padre McNamee cuando salí del probador. «Inocente», contestó uno, y sonrió con orgullo.

—Los católicos no deben aprobar la homosexualidad, ¿verdad? —le pregunté al padre McNamee cuando volvíamos a casa caminando.

—Tampoco deben ser detenidos por solicitar los servicios de las prostitutas —dijo él a su modo seco, e incluso cruel, aunque sabía que yo era inocente (y hasta lo parecía).

—Me caen bien los homosexuales que me han ayudado a elegir el traje. ¿Es malo eso según la Iglesia católica? —pregunté—. Quiero una respuesta concreta.

—Entre tú y yo, y extraoficialmente, no es malo —dijo el padre McNamee—. También a mí me caen bien. Hace treinta años que conozco a Harvey.

—¿Quién es Harvey?

—El propietario de la tienda... es amigo mío.

—¿Así que tiene usted amigos homosexuales?

—Pues claro —contestó él, pero lo dijo en un rápido susurro.

Mamá le dijo al padre McNamee un día que estábamos los tres cenando en casa:

—El setenta y cinco por ciento de los sacerdotes son gays. Por eso la Iglesia considera pecado la homosexualidad. Si no lo hiciese, las rectorías se convertirían todas en orgías romanas incontrolables.

Se rieron a carcajadas los dos del comentario, tal vez porque habían bebido varias botellas de vino.

Cuando fui al juzgado, el juez dijo que había sido una trampa, porque la policía —que iba disfrazada con una peluca rosa, una minifalda de cuero, un sujetador cónico y los tacones más altos que se hayan visto nunca, me había parado cuando regresaba a casa de la biblioteca y me había frotado la pierna llamándome «Papito Bebé Grande» (que era confuso, porque ¿cómo puedes ser al mismo tiempo bebé y papá?), y a continuación me pidió dinero.

Le pregunté cuánto necesitaba y ella me dijo: «Veinte la mamada. Sesenta por todo lo que quieras». (Yo lo anoté después en mi Cuaderno de Cosas Interesantes Que He Oído.) Nadie me había frotado la pierna así nunca —me sentí como congelado en el tiempo y en el espacio, como un antiguo cavernícola atrapado en el hielo o en ámbar—, de aquella forma tan especial, así que asentí con un cabeceo accediendo a darle algo de dinero a la pelirroja, sobre todo porque pensé que la haría feliz y porque tenía la boca demasiado seca para hablar.

Para ser sincero, también pensé que así ella seguiría frotándome la pierna, que era realmente muy agradable: como si yo fuese una bandeja de tortitas y ella, la mantequilla que se fundía deslizándose sobre mí. Y también lo hice porque ella me había hipnotizado con sus labios y sus ojos, y su mente y su maquillaje, y su olor y su sudor. Deseaba que siguiera frotándome el muslo siempre.

Tortitas y mantequilla.

Me sentía muy afortunado, como si hubiese ganado un premio.

Pero en cuanto saqué el dinero de la cartera, salieron de pronto todos aquellos hombres de detrás de los árboles y de los cubos de basura apuntándome con sus armas y sus brillantes insignias, y gritándome que me arrodillara y que pusiera las manos detrás de la cabeza. Usaban un megáfono que me hacía tanto daño en los oídos como si me perforara la mente un enjambre de avispas furiosas. Y cuando me esposaron las muñecas a la espalda, me asusté tanto que me oriné encima, y los polis me gritaron porque no querían que manchara de pis el asiento de su coche patrulla. Recuerdo que uno me llamó «retrasado mental de mierda», porque lo anoté después en mi cuaderno también: y además, no me gusta que me llamen retrasado, aunque me lo llaman con frecuencia, lo cual es injusto y puede que hasta cruel.

—Otro retrasado mental de mierda. Se ha meado encima. ¡Mirad! —dijo.

Los hombres se rieron y la pelirroja disfrazada encendió un cigarrillo mientras me miraba con los ojos en blanco y movía la cabeza.

—Deberíamos acabar con el sufrimiento de este patético saco de mierda —dijo un poli bajo. Iba vestido como un vagabundo, pero llevaba la insignia colgada al cuello. Destellaba bajo las farolas. Tenía en la mano una pistola compacta, moderna, como las que llevan los polis en la tele. Me pregunté si iría de verdad a dispararme entre los ojos, porque me miraba como si creyera que yo no debía existir, y lo único que tenía que hacer para que yo desapareciera para siempre era apretar el gatillo. Él tenía el poder.

—Lo siento —dije, y hablaba en serio. No quería ser la causa de tanto problema; empezaba a creer que el policía colérico tenía razón sobre mí—. Yo no quería molestar a nadie.

Él hizo un gesto de asco —como si yo fuese una mierda de perro que hubiese pisado accidentalmente— y se alejó, limpiándose la suela de mí, frotándola bien en la acera dura y fría.

Espero que a estas alturas se haya dado cuenta usted de que no soy retrasado mental, Richard Gere.

Tengo una «inteligencia superior al promedio».

Mamá al menos me lo decía siempre. Decía que había sacado una puntuación notablemente alta en un test de inteligencia poco convencional que tenían que hacer en mi escuela elemental todos los alumnos, pero que el mundo no siempre puntúa la inteligencia de la forma correcta.

—El mundo prefiere el dinero a la verdad —solía decir también mamá—. ¡Así que estamos fastidiados!

Solía reírse con fuerza siempre que lo decía.

—Y tú eres un poco distinto. Distinto en el buen sentido. Perfecto tal como eres. Mi precioso hijo. Bartholomew Neil. Te quiero muchísimo.

Mi joven asesora de duelo, Wendy, dice que tengo una «perturbación emocional» y una «parálisis del desarrollo» por haber vivido tantos años en una «relación co-dependiente» con mi madre.

No creo que a Wendy le guste mucho mamá.

Una vez me dijo que se había alimentado de mí, como si mi madre fuese un caníbal con un hueso atravesado en la nariz, revolviéndome en un caldero gigante puesto sobre un fuego de leña.

Mamá no era así en absoluto. No era ningún caníbal.

Todo eso lo anoté en mi cuaderno de notas.

Wendy me dijo que yo tenía una «perturbación emocional» y una «parálisis del desarrollo» cuando le pregunté por qué necesitaba una asesora de duelo, porque en realidad ya no estaba triste porque mamá hubiera muerto. Cuando se lo dije yo ya lo había aceptado y no lloraba por la noche ni nada parecido. No había ningún duelo

que controlar. Ella estaba perdiendo el tiempo.

—Mamá murió tranquilamente con la morfina —le dije—. Y volveré a verla en el Cielo.

La asesora de duelo Wendy ignoró mi mención del Cielo.

—Ni siquiera has llorado todavía. Todavía. Seguro que estás reprimiendo muchas emociones.

—¿Los pájaros reprimen las cosas? —dije en broma, con la vista clavada en los cordones de mis zapatos, y Wendy se rio de tan buena gana que tuve la sensación de haberla dejado pasmada con su propia metáfora, demostrándole que no era ningún retrasado mental.

Pero, como estaba contando antes, mamá tuvo que ir a sacarme de la cárcel y le llevó tanto tiempo que, cuando llegó, se me habían secado los pantalones, aunque se me habían agrietado los muslos de tanto rozarse contra los vaqueros húmedos porque no paré de andar mientras estuve encarcelado.

En mi celda había un portorriqueño muy curioso que llevaba maquillaje y que no paraba de lanzarme besos y de decir que quería «pasarme por la piedra delicadamente» cuando los policías no estaban cerca. Sé que era portorriqueño porque llevaba una camiseta que decía LOS PORTORRIQUEÑOS JODEN MEJOR. Aunque tal vez no fuese de Puerto Rico sino alguien que quería tener relaciones sexuales con portorriqueños, supongo. De todas formas, era interesante y peculiar, así que lo escribí todo en mi cuaderno de notas.

Aquella noche, después de sacarme de la cárcel y de llevarme a casa, mamá me contó que satisfacer los deseos propios uno mismo —si bien era técnicamente un pecado para la Iglesia católica, que se llamaba a veces «pecado de Onán»— probablemente fuese lo mejor para mí. No se enfadó conmigo porque me hubiesen detenido, sobre todo después de contarle lo que había ocurrido: que la mujer pelirroja había salido casi de repente de una calleja y había empezado a frotarse contra mi pierna sin darme tiempo a decir ni a hacer nada. Mamá asintió y me dijo que lamentaba no haberme hablado de la auto-satisfacción antes de que ocurriera todo aquello, pero que esas conversaciones solían ser tarea del padre, y mi padre había muerto mucho antes de que yo fuese lo bastante mayor para tener un par de conversaciones sobre la sexualidad; así que mamá no tenía culpa de nada.

Mamá fue a mi habitación aquella noche, se sentó al borde de la cama como solía hacer cuando yo era pequeño, señaló el crucifijo que había sobre la cabecera —me lo había regalado ella el día de mi

Confirmación— y dijo:

—Ese individuo andaba con prostitutas. A él también lo detuvieron. Así que estás en buena compañía, Bartholomew. No dejes que esto te torture por dentro, ¿de acuerdo?

Yo no contesté, y mamá dijo:

—Ojalá hubieses tropezado con una Vivian Ward en vez de con una policía secreta.

Se refería al personaje de Julia Roberts en *Pretty Woman*, aunque a usted no hace falta que se lo diga, claro. «Quiero más. Quiero el cuento de hadas —dijo mamá, lo mismo que Julia Roberts le decía a usted en la película—. Quiero el cuento de hadas para ti, Bartholomew. Aunque yo no haya podido tenerlo, lo deseo para ti. Así que no dejes de creer en los cuentos de hadas, ¿de acuerdo? Sigue creyendo que hasta algunas prostitutas son mujeres buenas. Cree. ¡Simula incluso!»

No sé por qué —tal vez porque mamá tuvo siempre tantas esperanzas depositadas en mí, y yo nunca pude confirmar sus locas expectativas respecto a su único hijo—, pero tuve que apartar la cara de ella. Sentía que llegaban las lágrimas, que se acumulaba la presión detrás de los ojos. Mamá me acarició el pelo unos minutos como cuando era pequeño. Aunque yo era ya demasiado mayor para que me tratara así, me alegré de que lo hiciera. Gracias a eso el hombre colérico de mi estómago se quedó dormido. Como si ella, con su mano, fuese capaz de hacer un milagro.

—Quiero el cuento de hadas para ti, mi dulce, dulce e incauto niño —dijo una vez más antes de apagar las luces y salir de mi dormitorio.

Es muy probable que a mi padre lo mataran miembros del Ku Klux Klan que odiaban a los católicos, y por eso no recuerdo nada de él. La gente olvida que el KKK odiaba a los católicos tanto como a los negros y a los judíos en otros tiempos. Mamá decía que a nadie le importa ya que odies a los católicos por culpa de todos esos sacerdotes pedófilos, y por eso la gente ha olvidado que probablemente el KKK todavía odia a los católicos. (Mamá también decía que, si los sacerdotes siguen molestando a los niños, el KKK pronto tendría un índice de aprobación superior al de la Iglesia católica.) Por eso tampoco llevaron nunca ante la justicia al asesino de mi padre, según mamá, y ningún periódico dio cuenta del asesinato, y quizá sea por eso por lo que no he encontrado ninguna información sobre él en la biblioteca.

—Antes era muy duro para los católicos vivir en este país —solía decir mi madre cuando yo era pequeño—. Tu padre, un buen

católico, salió a comprar tabaco y no se le volvió a ver. La policía dice que nos dejó por otra familia de Montreal, de donde él era natural, pero nosotros sabemos más.

Así que mamá hizo todo lo que pudo, y no se le puede echar la culpa de que me detuvieran. Una vez le pregunté si mi padre también era un buen simulador y me dijo que sí. Por lo visto, se parecía mucho a mí.

¿Por qué mi padre no consiguió darle a mamá su cuento de hadas?

¿Por qué la mayoría de las personas no consiguen darse mutuamente el cuento de hadas?

¿Sabe usted por qué, Richard Gere?

¿Lo ha aprendido usted haciendo películas?

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

3

LAMENTABLEMENTE, CREO QUE NO SOY TELEPÁTICO

Estimado señor Richard Gere:

Me he despertado esta mañana, me he preparado café y he intentado escuchar a esos pájaros de la mañana, fuertes o perezosos, pero el hombrecillo colérico de mi estómago estaba furioso, vociferaba: *¡Idiota! ¡Neanderthal! ¡Imbécil!*

Ha sido desconcertante, porque no tenía idea de por qué estaba enfadado. Por lo general sé enseguida qué le molesta, porque normalmente es lo que me molesta a mí.

Me he devanado los sesos, pero no he podido recordar.

Me he servido el café y cuando he tomado el primer sorbo, me ha venido a la cabeza.

Había olvidado por completo el motivo de mi última carta, alargándome sin parar sobre asuntos del pasado que no estaban relacionados. Ni siquiera le contaba lo más importante que me pasó ayer en la biblioteca, lo cual me hace pensar que soy de verdad un grandísimo imbécil rematado.

(Me desvío fácilmente porque se me ocurren cosas interesantes, razón por la cual a la gente suele resultarle difícil conversar conmigo, por eso no hablo mucho con extraños y prefiero escribir cartas, en las que hay espacio para contarlo todo, a diferencia de las conversaciones reales, en las que luchas y luchas para encajar tus palabras y casi siempre pierdes.)

En la biblioteca, encontré un artículo del *Huffington Post* que decía que usted «recibió las bendiciones del Dalai Lama en el templo Mahabodhi de Bodh Gaya». Estaba fechado el 18 de marzo de 2010. Había fotografías de usted haciendo una reverencia al Dalai Lama y él inclinándose, tocándole la frente con las manos en posición de plegaria. También había una fotografía suya rezando con los ojos abiertos y unos auriculares Bose que parecían caros. Me pregunté qué estaría escuchando. En la muñeca izquierda llevaba cuentas de madera y en la derecha, una correa de reloj. A juzgar

por su mirada, estaba extasiado.

¿Recuerda usted aquel día?

¿Ha visto esa foto?

Tiene que ser un gran honor recibir la bendición del Dalai Lama, y quiero felicitarle ahora, aunque ese acontecimiento sucediese hace casi dos años. Supongo que es el equivalente para usted a un encuentro con el Papa. Yo me emocionaría muchísimo si conociera al Papa —hasta al nuevo Papa, que es alemán. A mamá nunca le cayeron bien los alemanes, porque mataron a su padre en la Segunda Guerra Mundial. (Yo no tengo nada contra los alemanes.)

Luego encontré un artículo del *Syracuse Buddhism Examiner*. Decía: «Un amplio estudio de la revista *Time* sobre las noticias con más y menos cobertura de los pasados doce meses considera la "Autoinmolación de monjes tibetanos" como "la noticia menos reseñada" del año 2011». Había una fotografía de un monje ardiendo. Parecía una columna de lava llameante. Era difícil creer que fuese la foto de un hombre real quemándose vivo, porque el color naranja rojizo parecía casi bello y el hombre estaba completamente inmóvil.

(Me pregunté además por qué está bien mirar a un hombre ardiendo en internet en la Biblioteca Pública, pero no a dos mujeres desnudas lamiéndose. ¿Quién hace las normas? La muerte está bien. El sexo mal. Las madres tienen que morir. El cáncer llega cuando menos lo esperas.)

Me quedé mirando al hombre ardiendo un buen rato, pero no conseguí convencerme de que era una persona. No es que dudara o desconfiara del pie de la foto. Era sólo que me costaba mucho creer que esas cosas ocurran de verdad. Que hay gente del otro lado del mundo que se preocupa por algo hasta el punto de prenderse fuego.

Por lo que entendí, esos monjes se autoinmolaron para llamar la atención hacia su causa: el regreso del Dalai Lama al Tíbet. El artículo decía a continuación que: «La revista *Time* ha admitido que generalmente es necesario que un presidente de Estados Unidos irrite a Pekín, reuniéndose con el Dalai Lama, o que una celebridad destacada como Richard Gere recaude fondos para el Tíbet para que éste sea noticia últimamente».

Cuando leí ese comentario, comprendí: usted, mi amigo Richard Gere, es más poderoso que un presidente de Estados Unidos, porque al presidente ni siquiera lo nombraban, pero a usted sí.

¿Cómo se siente uno siendo más famoso, poderoso e icónico que Barack Obama?

Comprendí también que usted puede hacer más por el Dalai

Lama como anfitrión de una cena que los monjes budistas dispuestos a morir quemados. Su sacrificio apenas aparece en las noticias —son anónimos—, pero usted siendo bendecido por el Dalai Lama aparecía en el *Huffington Post*.

Es usted un hombre poderoso, Richard Gere.

Me alegra haber decidido confiar en usted en este difícil período de mi vida. Cuanto más sé de usted, más cuenta me doy de que mamá hizo bien en guardar su carta en el cajón de la ropa interior. Tal vez supiera que yo necesitaría su consejo cuando muriera ella y dejó esa carta suya para que la encontrara yo, como una pista. Es casi como si siguiese ayudándome, asegurándose de que usted y yo nos escribiéramos.

En un portal de la red que se llama Tibet Sun, leí (y copié en mi Cuaderno de Cosas Interesantes) lo siguiente: «Un exmonje budista, que se quemó la semana pasada en protesta contra el gobierno chino en el Tíbet, ha muerto al parecer debido a las quemaduras. Es el duodécimo tibetano que se quema en el Tíbet desde marzo de este año en protesta contra el gobierno de Pekín. Hay informaciones de que siete de ellos han muerto».

Doce monjes se han prendido fuego intentando conseguir lo que intenta conseguir usted.

Esto, por supuesto, me recordó a los doce discípulos de Jesucristo, incluido Bartolomé (llamado a veces Nataniel), que es mi tocayo.

Me pregunté si no sería usted, Richard Gere, el moderno Jesucristo del budismo.

Me pregunté si habrá pensado usted alguna vez en quemarse, al ser también budista.

Imagine la cobertura que recibiría eso en las noticias. Todo el mundo se quedaría de piedra si el célebre actor de cine y filántropo Richard Gere se autoinmolara.

Imagínese: ¡el poder!

¡Su papel más importante!

Yo espero sinceramente que no se prenda fuego, porque apenas he empezado a escribirle. Me gustaría continuar esta conversación, así que no siga el camino de esos monjes tibetanos. Creo que puede conseguir mucho más vivo que muerto, y no parece que esos monjes estén consiguiendo con sus sacrificios debilitar mucho a China. Está además lo de la pista que encontré en el cajón de la ropa interior de mamá, lo de que quizá esté usted destinado no sólo a ayudar al Dalai Lama sino también a mí, Bartholomew Neil. Su autoinmolación no me ayudaría en absoluto en ese caso, o al menos

yo no veo cómo.

Nadie en Estados Unidos sabe siquiera que esos monjes están haciendo un sacrificio tan enorme, lo que hace que me sienta muy descorazonado por ellos.

«La vida es una mierda», dice mi asesora de duelo pelirroja siempre que llegamos a un atolladero en la conversación.

Es su tópico habitual.

Sus palabras de sabiduría para mí.

«La vida es una mierda.»

Cuando Wendy lo dice, es como si simulara que no estuviéramos unidos por su trabajo, que somos realmente verdaderos amigos. Como si estuviéramos tomando una cerveza en un bar, como hacen los amigos en la tele.

«La vida es una mierda.»

Lo susurra incluso. Como si no debiera decírmelo, pero quiere que yo sepa que su alegre parloteo y su positivismo forman parte de la simulación.

Como lo de ser un pájaro.

Y yo intentaré unir las pecas de su cara para formar imágenes —como nuevas constelaciones—, y puedo hacer un corazón si lo intento con mucho afán.

Wendy tiene la cara ovalada.

Sus ojos son a veces del color del cielo de mayo a las dos de la tarde, un sábado, y a veces de color hielo, tipo oso polar.

Wendy es guapa como una hermana pequeña.

Pero volvamos a los monjes: dudo mucho que yo me prendiera fuego por ninguna causa, y a veces me preocupa el que ya no crea en nada lo suficiente como para hacer una contribución significativa al mundo ahora que ya no tengo que cuidar a mamá.

A veces quisiera sentir la pasión y el interés que ha de sentir usted por el regreso del Dalai Lama al Tíbet, pero nunca he experimentado sentimientos tan intensos.

Me he dado por satisfecho más que nada con pasar el tiempo con mi madre, y ella decía que el que pasáramos el tiempo juntos a ella le parecía bien.

Ella decía que me necesitaba, y era muy agradable sentirse necesario.

Ella nunca me hizo pensar que tuviera que hacer más en la vida —como ganar dinero y tomar cervezas en el bar con los amigos—, y a veces me preocupa que esa actitud suya tan laxa fuese un error, sobre todo cuando se educa a un niño sin padre.

Ahora que mamá ya no está con nosotros, me pregunto si no

habrá llegado el momento de buscar algo que me apasione. Quizá antes de cumplir los cuarenta. Me gustaría tomar una cerveza con un amigo en un bar. Una vez por lo menos.

Me gustaría llevar a la Chicatecaria a algún sitio agradable: tal vez a la planta depuradora de aguas, detrás del Museo de Arte, donde se puede escuchar el rumor del río.

Wendy dice que la «etapa siguiente de mi vida» podría ser la mejor. Deseo creerla, pero es sólo una joven que no ha tenido hasta ahora mucha experiencia de la vida. Me cae bien, pero no la considero una confidente.

Mi confidente es usted.

Me gustaría tomar una cerveza con usted en un bar, Richard Gere.

¿Qué le parece?

Aceptaría con mucho gusto sus consejos.

¿Cree que debería apasionarme por algo?

He de confesarle que, cuanto más investigo en internet, más me convence su causa, Richard Gere.

El Dalai Lama parece un hombre extraordinariamente agradable. He estado leyendo sobre él y sus filosofías. Dice que tenemos que renunciar a nuestro sentido del yo o de uno mismo.

«Tenemos que aceptar que el sufrimiento de una persona o de una nación es el sufrimiento de la humanidad. Que la felicidad de una persona o de una nación es la felicidad de la humanidad», dice el Dalai Lama.

En el epílogo del libro del Dalai Lama *La mente despierta*, escribió usted que nuestras vidas son como el haz de luz que sale de un proyector de cine, iluminando la pantalla, que es el vacío. Me gustó. Estaba muy bien, era bello.

¿Es verdad?

Leeré más sobre budismo.

Pero, por lo que se refiere a apasionarme, quizá deba empezar con algo más pequeño que China.

Ni siquiera puedo hablar con la Chicatecaria, y ya hace años que lo intento en secreto. Estoy en desventaja porque yo no soy el apuesto Richard Gere. Mido 1,88 y tengo los brazos muy peludos, y las orejas, pero me falta pelo en la coronilla. Además, creo que tengo una nariz que no es simétrica, aunque nadie lo haya comentado nunca ni se hayan burlado de mí por eso. Pero los espejos no mienten.

A veces envío mensajes mentales a la Chicatecaria, pero creo que ella no es telepática. Creo que, lamentablemente, tampoco yo lo

soy.

Agradecería cualquier sugerencia que pudiera hacerme.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

4

TENDRÍA QUE ACABAR ENTRANDO DENTRO DEL PADRE MCNAMEE PARA HACER INVENTARIO

Estimado señor Richard Gere:

El padre McNamee parecía distraído la noche del sábado pasado.

Primero, anunció que se celebraría una misa en honor de mamá, aunque yo no lo había pedido, ni había rellenado el impreso correspondiente, ni había hecho un donativo a la iglesia. Y más extraño aún: él ya había dedicado a mamá la misa de la semana pasada. Usted, como es budista, tal vez no lo sepa, pero no se suelen celebrar dos misas por la misma persona en un período de tiempo tan corto.

Después, aunque no se trataba de un funeral ni era Pascua ni Navidad, el padre McNamee insistió en encender y balancear el incensario, lo que no gustó nada a los otros sacerdotes, que intentaron impedírselo poniéndole las manos en el hombro y hablándole airadamente en susurros, pero el padre McNamee no se dio por vencido. Los otros sacerdotes dejaron de susurrarle indignados cuando los esfuerzos del padre McNamee por zafarse lanzaron el incensario girando como el proyectil de una honda y volando por el templo. Se oyó una ahogada exclamación colectiva al ver que el incensario se precipitaba vertiginosamente hacia la vidriera; pero, por suerte, triunfó la gravedad y el incensario se estrelló contra el muro de piedra. Se elevó una pequeña nube, pero los monaguillos consiguieron apagar el incienso y limpiarlo todo.

Sin embargo, el padre McNamee ni siquiera reconoció la interrupción.

En circunstancias normales, habría bromeado, recurriendo, por ejemplo, a la victoria de David sobre Goliat. El padre McNamee puede ser bastante gracioso y es muy popular —sus animadas sesiones de bingo atraen a cientos de ancianas, y a menudo ha recaudado dinero para causas nobles, combinando «homilías y comedia»—, pero después del incidente del incienso no disipó los

temores de la congregación y se apreciaba una tensión creciente en San Gabriel.

Algo iba mal.

Todos se dieron cuenta.

Los otros sacerdotes seguían intercambiando miradas.

Pero prosiguió la misa, y la rutina sumergió a todos en el ritual del oficio del sábado por la noche, es decir, hasta que llegó el momento en que el padre McNamee tenía que pronunciar la homilía.

Se instaló en el púlpito, bajó la barbilla, se agarró con las dos manos a la madera, se asomó y nos lanzó una mirada fulminante sin decir nada.

Esto se prolongó unos sesenta segundos y causó más agitación que el incidente del incienso.

—Mmmmmmmmmm —dijo al fin, o más bien gimió. El sonido salió de su interior como un monstruoso eructo que llevara mucho tiempo esperando el momento oportuno para estallar.

Luego se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas.

Cuando acabó de reírse, se quitó la sotana —se quedó delante de nosotros en camiseta y pantalones— y dijo:

—¡Renuncio a mis votos! ¡En este mismo momento, cuelgo oficialmente los hábitos!

Se oyó un grito sofocado de la congregación.

Luego el padre McNamee desapareció en las dependencias de los sacerdotes.

Todos empezaron a cuchichear y a mirarse, hasta que el padre Hachette se levantó y dijo:

—Cantemos el himno ciento setenta y dos, *Yo soy la vid*.

El órgano empezó a sonar, crujieron los bancos al ponerse de pie todo el mundo al unísono, y los feligreses empezaron felizmente a cantar, aliviados al sentirse de nuevo en terreno conocido.

Yo estaba solo en el último banco y escondí el Cuaderno de Cosas Interesantes Que He Oído en el himnario para escribir en él.

Cuando terminamos, el padre Hachette dijo:

—«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto pero, sin mí, nada podéis hacer», san Juan 15, 5. Sentaos.

(También lo anoté en mi cuaderno. Exactitud confirmada.)

No recuerdo de qué habló el padre Hachette en su homilía improvisada, porque no podía quitarme de la cabeza al padre McNamee. Pensé varias veces que podría levantarme para ir a los cuartos de los sacerdotes a ver si se encontraba bien, para animarlo,

para decirle que no debía dejar de ser sacerdote. Notaba un sentimiento cálido en el pecho que me hacía pensar que debería ayudar de algún modo. Pero ¿qué podía hacer yo?

El padre McNamee es un sacerdote competente y digno de confianza; ayuda a mucha gente: por ejemplo, con ese famoso programa suyo en que reúne a jóvenes con problemas del centro de la ciudad y los «transforma» en asesores para su programa de verano para niños discapacitados, que sale en las noticias locales de julio todos los años.

El padre McNamee vino a visitar a mamá muchas veces cuando estaba enferma y se encargó de que un miembro de la iglesia hiciese los trámites legales necesarios para que la casa pasase a mi propiedad después de su muerte, porque ella no tenía un testamento muy bueno. Fue él quien arregló las cosas para que Wendy me visite una vez por semana sin cobrarme nada, porque mamá me dejó con muy poco dinero. Dijo además cosas muy bonitas en su funeral, llamándola «Mujer de Cristo» (lo anoté en mi cuaderno) y —como no me quedaba ningún familiar vivo—, me llevó en coche a la costa después y paseamos juntos por la playa para que yo «no pensara» en su fallecimiento.

—Somos como Jesús y sus discípulos paseando a la orilla del mar —le dije mientras paseábamos delante de las cabrillas del oleaje, y debió de entrarle arena en los ojos porque empezó a frotárselos. Le oí gemir de dolor mientras las gaviotas gritaban en lo alto.

—¿Se encuentra bien?

—Estupendamente —me contestó, haciendo un gesto despreocupado con la mano. El viento se llevó por el aire una de sus lágrimas, que me aterrizó en el lóbulo de la oreja.

Seguimos andando un buen rato sin hablar.

El padre McNamee pasó también conmigo la primera noche después del entierro de mamá, en nuestra casa, y bebimos más whisky del que probablemente deberíamos —él tomó tres «dedos» por cada uno que tomé yo, se puso colorado y se emborrachó enseguida—, pero fue agradable tener compañía.

El padre McNamee nos ha ayudado mucho a mamá y a mí a lo largo de los años. «Nos lo envió Dios. El padre McNamee recibió de verdad la llamada de Dios», solía decir mamá del padre McNamee.

Hace unos años, le confesé al fin al padre McNamee mi pecado de masturbación, y no me hizo sentirme avergonzado por ello. Me susurró por la rejilla del confesionario:

—Dios te enviará una esposa algún día, Bartholomew. Estoy

seguro.

Poco después de eso, empezó a trabajar en la biblioteca la Chicatecaria, y me he preguntado muchas veces si sería obra de Dios. Lo que nos recuerda de nuevo la sincronicidad de Jung. *Unus mundus*.

Ahora rezo pidiendo a Dios el valor necesario para hablar con la Chicatecaria, que parece resplandecer siempre en la biblioteca como la Virgen María en la vidriera cuando brilla el sol en la iglesia de San Gabriel.

Pero el valor nunca llega.

Rezo pidiendo palabras, y las palabras se evaporan en cuanto veo a la Chicatecaria, y me sofoco tanto que es como si me hirviera el cerebro dentro del cráneo.

Quizá tuviera más posibilidades el usted-yo simulado, pero la cuestión es que quiero que la Chicatecaria se enamore de Bartholomew Neil y no de nosotros, señor Richard Gere. Usted la enamoraría con una sonrisa o un guiño: le resultaría facilísimo. Yo deseo conseguir su afecto, pero mis medios son más lentos.

Por lo que he leído sobre el budismo, este deseo es lo que me mantiene atrapado lejos de la iluminación. Pero luego recuerdo que usted tiene una esposa, y si Richard Gere, el gran budista y amigo del Dalai Lama, puede tener esos deseos, ha de valer para mí también, ¿no?

Cuando terminó la misa el sábado pasado, el padre Hachette no me permitió hablar con el padre McNamee, ni me dejó entrar en las habitaciones de los sacerdotes.

—Reza por el padre McNamee, Bartholomew. Lo mejor que puedes hacer es rezar. Ruega al Señor —me repitió una y otra vez el padre Hachette mientras se estiraba para poder darme palmaditas en el pecho como a una mascota grande (un gran danés, por ejemplo)—. Cálmate. Conservemos la calma. Todos, absolutamente todos nosotros.

Quizá yo estuviese más preocupado de lo que creía. Aunque el hombre colérico de mi estómago no intentaba destrozarme los órganos internos... Era una inquietud distinta. Suelo ponerme nervioso cuando me preocupo. Sin embargo, el padre Hachette parecía asustado. Muchas veces, doy miedo a la gente cuando me pongo nervioso o me enfado. Aunque nunca jamás he hecho daño a nadie, ni siquiera en el instituto cuando la gente me daba empujones y me llamaba retrasado mental.

(El peor día de mi vida se convirtió en una de las mejores experiencias que tuve en el instituto aunque, considerada en

conjunto, me hizo sentirme un retrasado mental. Tara Wilson, aquella chica tan guapa, se acercó a mi taquilla y me pidió con aquella voz suya tan sexy que bajara con ella al sótano a la hora del almuerzo. Yo sabía que era a donde iban los estudiantes a tener relaciones sexuales, y me emocionó que la chica más popular de mi clase quisiera llevarme allí. Sabía también que era una trampa. El hombre furioso de mi estómago no paraba de maldecir y de darme patadas y pisotones, y de decirme que no cayera en ella. *«¡No seas su retrasado mental!»,* chillaba el hombrecillo furioso. Pero yo sabía que era mi única oportunidad con Tara Wilson, y era demasiado bonito, la verdad, fingir que ella quería llevarme al sótano del instituto, aunque parecía muy nerviosa y estaba sudando a pesar de que estábamos en diciembre, así que la simulación resultaba superdifícil. Hasta me cogió de la mano cuando bajábamos la escalera, lo que fue maravilloso. Y todavía pienso en Tara Wilson, en cómo se fijaba los rizos arriba con un aerosol, los tres cordones de oro que llevaba al cuello y la placa de perro dorada que decía T-A-R-A y que tenía un trocito pequeño de diamante en la esquina derecha de abajo, en cómo fumaba Marlboro Reds igual que una estrella de cine en la esquina, después del insti, y en cómo inclinaba la cabeza hacia atrás y echaba el humo hacia las nubes cuando se reía (como una especie de chimenea maravillosamente bella) con el cigarrillo sostenido en el vértice de un signo de la paz hecho con los dedos abiertos en «v». Aunque me engañara, aún sigue cayéndome muy bien, y espero que tenga una bonita familia en algún lugar y que le vayan bien las cosas. Tengo la esperanza de que Tara Wilson sea feliz. Cuando llegamos al sótano, me llevó a un rincón oscuro. Había allí unos doce compañeros de clase: todos chicos. Me rodearon y empezaron a corear: «¡Retrasado mental! ¡Retrasado mental! ¡Retrasado mental!». Antes de que me diera cuenta de lo que ocurría había muchas manos encima de mí, y luego ya estaba solo en un armario de suministros, y todo estaba oscuro y no podía salir ni ver nada. Me pasé horas chillando y aporreando la puerta, pero no acudió nadie. Al final, simulé que estaba en casa, profundamente dormido en mi cama, soñando aquella horrorosa pesadilla. Simulé que me despertaría pronto, que mamá me haría el desayuno, y eso me ayudó un rato. Luego el hombre iracundo de mi estómago se puso furioso, empezó a dar patadas y a chillar, y a ordenarme que escapara de allí, así que intenté derribar la puerta con el hombro, pero era como intentar mover una montaña con el pensamiento (los bíceps empezaron a hinchárseme y a dolerme) y acabé dejándome caer al suelo, en la oscuridad, preguntándome si

me moriría allí abajo. Recé, pidiendo a Dios que me salvara, pero no acudió nadie. Hacía mucho frío. Pasé la noche tiritando sobre el hormigón. Y mamá se preocupó muchísimo e incluso llamó a la policía. Cuando ya me había dado por vencido, me cegó la luz. Oí decir: «Oh, Dios mío. ¿Estás bien?». Era Tara. Y ya era el día siguiente, antes de que hubiese llegado nadie a nuestro instituto. Tara me dio una botella de agua y una bolsa de galletas caseras con virutas de chocolate. Me bebí el agua enseguida porque tenía mucha sed. «Lo siento. Me obligaron a hacerlo», me dijo Tara. Mis ojos se adaptaron a la luz. A Tara se le estaba corriendo el maquillaje por la cara, y parecía tan arrepentida y tan afectada que la perdoné inmediatamente. Me contó que el compañero de clase que se llamaba Carl Lenihan la había desnudado cuando se había desmayado borracha en una fiesta, y le había hecho fotos. Y la obligaba a hacer cosas usando las fotos como chantaje. Me suplicó que no le dijese a nadie que me había sacado ella de allí. Lloraba histéricamente mientras me contaba todo esto, moviendo las manos en el aire, diciendo que había pensado que podría haberme muerto por los humos de la caldera y que había estado esperando a la puerta del instituto desde antes de que llegaran los porteros a abrir a primera hora, y que se alegraba de que estuviera bien: vivo. Pero luego, de pronto, Tara Wilson hizo lo más extraño del mundo. Me abrazó un buen rato y lloró sobre mi camisa, repitiendo una y otra vez que lo sentía. Lloraba y temblaba tanto que pensé que se iba a morir. No sabía si quería que yo la abrazara también o no, así que me quedé quieto. Luego me bajó la cabeza, me besó en la mejilla y desapareció del sótano corriendo escaleras arriba. No volvió a hablarme nunca. Cuando nos cruzábamos en los pasillos, ella miraba hacia otro lado. Y yo nunca le conté a nadie que pasé la noche en el armario de suministros, oscuro y frío, del sótano de mi instituto. No sé por qué. No simulé que no había sucedido ni que había sido sólo un sueño. Me lo guardé para mí. Es usted la primera persona a quien se lo cuento, señor Richard Gere. A mamá le dije que había pasado la noche en la parte de atrás del Museo de Arte viendo correr el río: que me había hipnotizado la corriente y que había perdido la noción del tiempo. Creo que no me creyó, pero tampoco me llamó mentiroso, y se lo agradecí. Se limitó a mirarme a los ojos un buen rato y luego dejó correr el asunto. Mamá sabía que era mejor dejar algunas cosas en paz. Las palabras pueden usarse como armas que hacen demasiado daño. Todos los chicos populares de mi clase de secundaria me llamaron después «Tara» o «El Chico del Armario» hasta que me gradué. A veces me llamaban

«El Retrasado Mental de Tara». Y Tara no volvió a reconocer mi existencia nunca. Aprendí así que las buenas personas a veces creen que tienen que fingir que son malas y terribles. Desde lo de Tara, he visto a muchas personas simular que son groseras, crueles y desconsideradas. ¿Se ha fijado en eso también usted, Richard Gere? ¿Que la gente decide simular ser mala en vez de buena? No entiendo por qué lo hacen, pero me doy cuenta de que la mayoría eligen hacer lo que Tara, y es algo que me ha desconcertado muchas veces.)

Volviendo a la iglesia de San Gabriel, le pregunté al padre Hachette si le diría al padre McNamee que fuera a verme aquella noche.

—Por supuesto. Por supuesto —dijo el padre Hachette. Su cara alargada era del color de las señales de stop, y los pocos mechones de pelo que le quedaban se agitaban bajo la rejilla de la calefacción de la pared—. Tú vete a casa y reza. Yo le diré al padre McNamee que vaya a verte. Márchate ya, Bartholomew. Dios te bendiga.

Yo no creía que el padre Hachette hiciera lo que le había pedido, porque él no había recibido la llamada de Dios como el padre McNamee —te das cuenta mirándole a los ojos y porque él no ayuda a tanta gente en la iglesia; no es que sea un pésimo sacerdote, es sólo que no ha recibido «de verdad la llamada» como el padre McNamee, o al menos eso es lo que decía siempre mamá—, pero aunque yo notaba en el pecho ese sentimiento cálido de «Dios quiere que hagas algo», me marché a casa, pensando que el padre McNamee se pondría en contacto conmigo porque siempre nos ha visitado con frecuencia a mamá y a mí.

Cuando llegué a casa, lo encontré sentado en la escalera de la entrada. Su barba blanca parecía superfiera y tenía la nariz de un rojo brillante. Había dos bolsas de papel de estraza a su izquierda y una pizza a su derecha.

—La Comunión... —me dijo—. ¿Partirás el pan conmigo?

Asentí, pero no me gustaba la extraña mirada de sus ojos azul cielo que me sorbían como potentes remolinos.

Algo iba mal.

Si él fuese una casa, le habrían roto una ventana y tendría la puerta entreabierta. Era como si hubiesen irrumpido dentro de él y le hubiesen robado. Y yo no estaba seguro aún de qué era exactamente lo que le habían quitado, pero sabía que tenía que acabar entrando dentro del padre McNamee para hacer inventario, si es que eso tiene algún sentido. No podía concebir que el padre McNamee llegase a hacerme daño de ninguna manera, pero

tampoco podía quitarme de encima la sensación de que había algo en él que no estaba bien del todo..., y que yo debería tener cuidado. El padre McNamee había estado comprometido, como dicen en las películas de espías y en los programas de la tele de los presidentes, los primeros ministros y los agentes secretos.

Comimos y bebimos en la cocina.

—El cuerpo de Cristo —dijo el padre McNamee, poniendo un trozo de pizza de champiñones en mi plato.

No se partió un trozo para él. Él sólo bebía su Jameson.

Probé a comer, pero tenía poco apetito.

Aún seguía intentando descubrir qué le habían robado por dentro al padre McNamee.

—La sangre de Cristo —dijo él, sirviendo un dedo de whisky en mi vaso—. Bebe.

Bebí un sorbo y sentí cómo me quemaba por dentro.

Él bebió el suyo de un trago y se le enrojeció la cara inmediatamente.

Mamá habría dicho que «tenía la flor».

—Bartholomew —me dijo—. Ahora que he dejado la Iglesia, necesito un sitio para vivir. Técnicamente, ni siquiera son mías las prendas de ropa que llevo encima. Un amigo mío de la infancia que es bastante rico me manda dinero, pero lo que manda no es ninguna fortuna. Si me aceptas en tu casa, puedo ofrecerte también mis oraciones.

—¿De verdad va a dejar la Iglesia? ¿De verdad renuncia a sus votos?

Asintió y sirvió más whisky.

—¿Por qué?

—Éxodo.

—¿Éxodo?

—Éxodo —dijo él.

—¿Como Moisés?

—Como Aarón más bien.

Mamá me había leído los relatos bíblicos de pequeño, y yo había ido a la iglesia un día a la semana toda mi vida, y solía leer la Biblia allí, así que sabía que Aarón era el portavoz de Moisés cuando sacó a los judíos de Egipto.

—No le entiendo —dije.

El padre McNamee bebió otros tres dedos de whisky y luego se sirvió un vaso entero.

—¿Has tenido alguna vez la sensación de que Dios te habla, Bartholomew? —Buscó en mis ojos hasta que bajé la vista hacia mi

trozo de pizza—. ¿Te ha enviado Dios algún mensaje últimamente? ¿Sabes de lo que te estoy hablando? ¿Eres el contestador automático de la voz de Dios? ¿Puedes aconsejarme? ¿Qué te ha contado Dios últimamente? ¿Te ha enviado algún mensaje para mí o para otro?

Primero pensé en la Chicatecaria y luego pensé en usted, Richard Gere, y en la carta suya que dejó mamá para mí. Me pregunté si su carta podría haber sido un mensaje de Dios, aunque usted sea budista. (Los caminos inescrutables del Señor.) Pero no le dije nada de usted al padre McNamee. No sé por qué. Tal vez porque parecía una casa asaltada.

—Te he visto crecer —me dijo el padre McNamee—. Siempre has sido diferente. Y has llevado la vida de un monje, en realidad. Siempre en la biblioteca leyendo, estudiando. Viviendo una existencia sencilla y callada con tu madre, y ahora...

Se quedó mirando por la ventana de la cocina un buen rato, aunque no había nada que ver, sólo el reflejo de la luz del techo, que parecía una luna eléctrica.

—Tu padre era un hombre religioso. ¿Te lo contó tu madre?

—Sí —contesté—. Fue martirizado. Asesinado por el Ku Klux Klan por ser católico.

—¿El Ku Klux Klan? —dijo el padre McNamee.

—Según mamá.

El padre McNamee sonrió como muy asombrado, casi como si de pronto le hiciesen cosquillas.

—¿Qué más te contó ella de tu padre?

—Que era un hombre bueno.

—Era un hombre bueno.

—¿Lo conoció usted?

El padre McNamee asintió solemnemente.

—Solía confesarse conmigo hace mucho tiempo. Era profundamente religioso. Estaba conectado. Dios hablaba con él. Tenía visiones. Su sangre corre por tus venas.

—Y la de mi madre también —dije, aunque no sé bien por qué.

El padre McNamee nunca había hablado conmigo así antes, ni siquiera cuando estaba borracho del todo. Pero mamá me había hablado a menudo de las visiones de mi padre. Me había contado una vez que mi papá cerraba los ojos con tanta fuerza que lo único que podía ver era el color rojo..., y luego oía las voces incognoscibles de los ángeles, que él describía como ese sonido muy agudo que hace el viento cuando sopla entre las hojas de los árboles del bosque, sólo que más musical y divino..., y él era capaz de

entender a los ángeles.

—Ella sigue viviendo a través de ti —dijo el padre McNamee—. Tu madre. Eso es verdad.

Cuando estuvo claro que no iba a decir nada más, yo dije:

—¿De verdad quiere usted vivir conmigo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Dios me dijo hace mucho tiempo que hiciera una cosa, pero sólo ahora tengo la ocasión de hacerla. Sobre todo porque Dios me está dando el tratamiento silencioso en este momento.

—¿Qué?

—¿Es que no hablo claro?

—No. Quiero decir, sí —dije yo. Era demasiado para poder asimilarlo—. ¿Qué le dijo Dios exactamente?

—«Cuelga los hábitos y vive con Bartholomew Neil.» Fue también hace mucho tiempo. Creo que Dios está enfadado conmigo porque no le obedecí.

Dije que no con la cabeza. Dios nunca le hablaría al padre McNamee sobre mí. Lo que me decía no era verdad. El padre McNamee sólo intentaba animarme. Diciendo mentiras piadosas. Simulando. Incluyéndome en la llamada que le había hecho Dios a él, porque sabía que a mí no me la había hecho y sentía pena por mí.

—Pareces sorprendido, Bartholomew. Dios habló a todo el mundo a través de la Biblia. Siempre estaba hablándole a la gente.

Yo miré fijamente mi trozo de pizza de champiñones y pensé en lo muy decaído que estaba el padre McNamee. Empezaba a preocuparme que aquel cáncer como un calamar pudiese estar atacando también su cerebro.

—¿No tienes nada que decirme, Bartholomew? ¿Ni una palabra de Dios? ¿Nada? —Levantó la vista hacia mí, alzó su vaso de whisky y dijo—: ¿De veras?

—¿Por qué quiere usted vivir conmigo?

—Creo que Dios tiene un plan para ti —respondió el padre McNamee—. Por desgracia, Dios a mí ya no me habla. Así que no sé qué plan podría ser ése exactamente. Pero la buena noticia es que estoy aquí para ayudarte a llevarlo a cabo, si eres capaz de ello. —Bebió otro trago de whisky y dijo—: Así que ¿cuál es el plan, Bartholomew?

Me limité a mirarle.

—O sea, que en realidad no lo sabes, ¿eh? —espetó inclinando la cabeza hacia un lado y mirándome de reojo a través de su tupido

círculo blanco de barba y cabello—. ¿Dios no te ha hablado últimamente?

—No tengo ni idea.

—¿Nada en absoluto? ¿Ni una sospecha siquiera? ¿Una predisposición? ¿Un sentimiento? ¿Nada?

Negué con la cabeza, nervioso.

—¿No has oído ninguna llamada?

—Lo siento —dije, porque no había oído nada remotamente parecido a una llamada.

—Entonces creo que debemos esperar —dijo—. Y yo rezaré. Puede que Dios no me hable ya, pero es posible que aún me escuche.

—Perdóneme, padre, pero ¿todo esto lo dice en serio? ¿No es una broma?

—No es ninguna broma —dijo el padre McNamee.

—¿De verdad va a dejar la Iglesia católica?

—He colgado los hábitos oficialmente. No voy a dejarla, ya la he dejado.

—¿Puedo seguir confesándole mis pecados?

—Técnicamente, no. No como católico. Pero como hombre, desde luego.

Yo no sabía qué decir, así que me bebí mi whisky.

Abrasaba.

El padre McNamee se desmayó en el sofá después de beberse media botella. Me senté en el sillón y me puse a observarle. Tenía los antebrazos gruesos y una gran barriga, pero era muy sólido todo él, sin la torpeza de los gordos. Parecía una patata con cabeza, brazos y piernas. La barba le hacía parecer Santa Claus. Y tenía la piel rugosa, como con picaduras y gastada..., como si hubiese vivido toda una vida dura de servicio, laborando en el vasto huerto de los hombres, cosechando almas.

Piel de patata.

Una patata gigantesca.

«Irlandés —lo había llamado a menudo mamá—. Es un padre irlandés.»

Le eché una manta por encima y empezó a roncar sonoramente.

En el piso de arriba escribí todo lo que pude recordar en mi cuaderno, y me pregunté si el padre McNamee creería de verdad que Dios tenía un plan para mí ahora que mamá había muerto, o si sólo estaría borracho. Me quedé despierto casi toda la noche, pensando y reflexionando.

Por la mañana encontré al padre McNamee arrodillado en el

cuarto de estar; rezaba. No quise interrumpirle, así que preparé café y huevos fritos con mantequilla y salsa picante. Corté y freí también unas cuantas rodajas de *scrapple*,[1] porque es bueno para la resaca. El padre McNamee siempre lo toma después de una noche bebiendo whisky irlandés. Lo sé porque había pasado muchas noches en nuestro sofá. Mamá solía hacer *scrapple* para él.

—Buenos días, Bartholomew —dijo cuando ocupó su puesto en la mesa de la cocina—. No tienes que cocinar para mí, ¿sabes? Pero gracias.

Yo serví el desayuno.

Tomamos el café.

Los pájaros del invierno cantaban para nosotros.

—Están muy buenos los huevos —dijo él.

Yo asentí.

Quería preguntarle sobre el plan de Dios para mí, pero había algo que me lo impedía.

—Dime, ¿qué es lo que haces por aquí todo el día, Bartholomew?

—Suelo ir a la biblioteca.

—¿Qué más?

—Escribo en mi cuaderno.

—Eso está bien. ¿Qué más?

—Escucho a los pájaros.

—¿Y?

—Y cuidaba de mi madre.

—Tu madre ya no está con nosotros.

—Ya lo sé.

—Así que ¿qué harás ahora?, ¿qué haremos hoy?

Yo no tenía ni idea, así que me limité a mirarle, esperando que él me lo dijese. Pero él se concentró en la comida, y cuando terminó tenía la barba blanca rayada de salsa picante, como un pirulí.

—Dios aún no te ha hablado, ¿verdad?

—Creo que no —dije yo.

—Dios puede ser así de cabrón.

El padre McNamee se fue al cuarto de estar y se arrodilló. Se estuvo así varias horas. Empecé a pensar preocupado que a lo mejor se había muerto, porque estaba inmóvil como una piedra.

Yo estaba atento a ver si oía la voz de Dios, pero lo único que oía era a los pájaros.

Me pregunté si no debería hablarle al padre McNamee de usted, Richard Gere, pero por alguna razón no lo hice... y no voy a hacerlo tampoco ahora.

Usted es mi confidente, Richard Gere, y no estoy dispuesto a compartir mi simulación con nadie, porque la simulación suele acabarse cuando dejas que los que no simulan accedan a los mundos mejores y más seguros que creas para ti.

Preferiría que fuésemos amigos secretos, usted y yo, Richard Gere.

Creo que puedo aprender de los dos, de usted y del padre McNamee, y me gustaría mantener esos dos mundos separados por ahora. Como la Iglesia y el Estado. Aprendí eso en el instituto, en la clase de Historia en la que también estaba Tara Wilson. Separación de la Iglesia y el Estado. No es que usted sea mi Estado, porque no lo es. Y evidentemente el padre McNamee tampoco es ya mi Iglesia.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

5

EL CEREBRO DISECCIONADO DE CHARLES J. GUITEAU

Estimado señor Richard Gere:

Anoche tuve un sueño extrañísimo:

Estaba de pie en el entablado del paseo marítimo de Ocean City, contemplando la salida del sol. Hacía calor, así que debía de ser verano, pero no había nadie por allí en kilómetros y kilómetros, lo que me hizo pensar que no lo era. El sol me calentaba la cara justo hasta la temperatura adecuada mientras las olas rompían a lo lejos y arriba chillaban las gaviotas, y la barandilla metálica en la que me apoyaba estaba tan caliente como el brazo de una mujer.

Estaba pues muy tranquilo en mi sueño hasta que oí la voz de mamá gritando: «¡Richard! ¡Richard, ayúdame! ¡Ayúdame, Richard! ¡Que me caigo! ¡Socorro!».

Miré alrededor, pero no podía ver a mamá por ninguna parte... ni a nadie más tampoco.

—¡Richard! —gritaba—. ¡Ayúdame, por favor! ¡No puedo aguantar más! ¡Me hace daño! ¡QUEMA!

Comprendí finalmente que estaba debajo del entarimado.

Busqué una escalera que diese a la playa, pero no veía ninguna.

Cuando miraba por encima de la barandilla, lo único que podía ver era el mar... trocitos de sol refractándose aquí y allá como una galaxia centelleante.

La playa había desaparecido.

—¡Richard! ¡Richard! ¡Ayúdame! —gritaba mamá.

Aunque estuviese utilizando el nombre de usted en el sueño, yo sabía que se refería a mí, por toda la simulación que habíamos hecho antes de que ella muriese.

Me puse de rodillas y miré por los resquicios del entablado, y vi a mamá colgada de un cable eléctrico que chisporroteaba, electrocutándola; debajo había un gran pozo negro sin fondo. Ella era joven, tenía la apariencia de cuando yo era niño (el cabello negro y largo, y la cara lisa aún y sin arrugas), puede que en el

sueño tuviese la misma edad que yo ahora.

No tenía ningún sentido.

¿Dónde estaba la playa?

¿Dónde estaba el mar?

—¡Mamá! —grité, y nuestros ojos se encontraron.

Durante un breve instante me di cuenta de que me veía a través de los resquicios que había entre las tablas..., centró las pupilas y afloró a su rostro una expresión casi horrorizada.

Soltó el cable y empezó a caer, hundiéndose más y más. E iba envejeciendo: pude ver cómo su pelo encanecía y se acortaba, cómo brotaban las arrugas de sus ojos, extendiéndose por toda su cara, arrugándole las manos y los brazos.

—¡Mamá! —grité en el sueño.

—¿Bartholomew? —oí susurrar a un hombre.

Abrí los ojos y vi al padre McNamee sentado al borde de mi cama, lo mismo que solía hacer mamá cuando yo era un niño.

Parpadeé mirándole.

Sólo estaba encendida tras él la luz del pasillo (las luces de mi habitación aún estaban apagadas), así que su cuerpo estaba silueteado. Tardé un segundo en darme cuenta de que ya no estaba soñando.

—Gritabas dormido —me explicó—. ¿Te encuentras bien?

—Tenía un sueño —dije. Pensé en contarle lo que estaba soñando, pero parecía demasiado disparatado en aquel momento, y yo tardo un ratito en acordarme de los sueños cuando despierto, así que no le dije nada.

—Yo tampoco podía dormir —comentó el padre McNamee—. ¿Quieres un emparedado?

—No, gracias. —No tenía hambre.

—Bueno, allá tú. Pero ¿no te apetecería acompañarme mientras como yo uno?

—Bueno —dije, y bajé con el padre McNamee a la cocina.

Me senté a la mesa mientras él se hacía un emparedado de jamón y queso con pan de centeno.

—¿Sabes algo sobre el vigésimo presidente de Estados Unidos? —preguntó cuando se sentó—. James A. Garfield.

Yo sólo miraba cómo masticaba, esforzándome por despertar del todo.

El padre McNamee tenía manchas amarillas de mostaza en la barba.

—Es que estoy leyendo un libro sobre él —dijo—. El que hay arriba, en la mesita de noche.

Asentí.

Hizo un gesto con el emparedado, blandiéndolo en mi dirección para enfatizar, con la lechuga colgando peligrosamente por un lado.

—James A. Garfield fue, sí, el vigésimo presidente de nuestro gran país. Al parecer era un hombre noble y bondadoso. Quería que el movimiento de los derechos civiles avanzara. Proporcionar educación universal. Asegurar que todos los niños (blancos y negros) supiesen leer.

Yo no entendía por qué el padre McNamee me contaba todo aquello en plena noche, pero no se lo pregunté. Tenía muchas ganas de dormir, y aquello estaba empezando a parecer más y más otro sueño estrambótico.

—¿Sabes quién es Charles J. Guiteau, Bartholomew?

Negué con la cabeza.

Terminó de masticar, tragó, y luego dijo:

—Fue el que mató al presidente Garfield y proclamó que Dios le había mandado hacerlo. Lo que resulta aún más extraño es que Garfield, cuando fue tiroteado en una estación de tren en Washington, parece ser que dijo: «¿Qué es esto, Dios mío?». Como si pusiera en entredicho la voluntad de Dios. Garfield no esperaba que le pegasen un tiro ese día. Tal vez pensase que estaba haciendo el bien en el mundo, haciendo la obra de Dios. Pero un par de balas le empujaron a poner en entredicho a Dios. «¿Qué es esto?», le dijo a Dios.

Era como una de sus homilías. Solía hacer alusiones históricas en ellas. Pero ¿por qué me contaba aquello en plena noche? ¿Sería el whisky?

—Guiteau gritó: «¡Ahora es presidente Arthur!». —Del emparedado del padre McNamee voló un trozo de lechuga que cayó en la mesa, dejando una mancha de mostaza—. Arthur era entonces el vicepresidente. Luego Guiteau pidió que lo detuvieran. Más tarde afirmaría que Dios lo había utilizado para determinar la historia.

El padre McNamee dio otro bocado enorme al emparedado, masticó y tragó.

—¿Está usted borracho? —le pregunté, porque aquella lección de historia a altas horas de la noche era demasiado, incluso tratándose del padre McNamee.

—Los exsacerdotes irlandeses no sucumbimos a la borrachera, sólo nos volvemos más habladores con el whisky —dijo, me guiñó un ojo y continuó—: Como entonces no sabían mucho de las bacterias, anduvieron con los dedos sucios en las heridas, y los agujeros de las balas del presidente Garfield se infectaron, por lo

que tuvo una muerte larga, lenta y dolorosa. Al final lo llevaron a la costa de Jersey.

Esta mención de la costa me hizo pensar en mi sueño, en lo de mamá desapareciendo por el gran agujero de debajo del entablado del paseo marítimo.

«¿Sincronicidad?», pensé.

—Y cuando al fin murió, su viuda parece ser que gritó: «¡Ay! ¿Por qué he de ser yo víctima de esta maldad cruel?».

El padre McNamee hizo una pausa para terminar la primera mitad de su emparedado de jamón.

Luego se lamió la mostaza del pulgar y continuó:

—Guiteau maldijo durante el juicio a los jueces y al jurado, y parecía no hacerse cargo de que iba a ser ejecutado. En realidad, se consideraba un héroe y estaba seguro de que el nuevo presidente le otorgaría el perdón. Los abogados discutieron sobre si estaba o no lo suficientemente cuerdo para comparecer en un juicio. Era evidente que estaba loco, pero lo juzgaron y lo ejecutaron de todos modos.

Asentí, porque comprendí que aquél era el final de la historia, pero estaba demasiado cansado para hacer comentarios.

—No quieres hablar, ¿eh? —dijo el padre McNamee.

Miré el reloj del microondas y anuncié:

—Son las tres.

Él asintió y se comió rápidamente la segunda mitad del emparedado.

Me parecía una grosería marcharme, así que no lo hice.

Cuando el padre McNamee terminó, se levantó, me dio dos palmadas en el hombro y dijo:

—Que duermas bien, Bartholomew.

Lo oí subir la escalera, luego también me fui arriba y me acosté enseguida.

Y en la cama pensé en el presidente Garfield y en su asesino, y en mi madre cayendo en un gran pozo y envejeciendo mientras caía, y me pregunté si habría alguna relación entre todo aquello.

Cuando asomó por la ventana la primera luz del día, sentí el peso del cansancio en la cabeza, porque me había pasado toda la noche cavilando.

Me duché, me vestí y preparé el desayuno.

El padre McNamee se mostraba reacio a comer lo que yo preparaba, diciendo que no quería que tuviese que estar siempre pendiente de él, y que debía prepararse él mismo la comida, pero le comenté:

—Yo cocinaba para mamá, así que también podría cocinar para usted... Además, si cocino no la echo tanto de menos. —Y él puso una cara muy triste.

—Te agradezco de veras que me dejes vivir aquí, Bartholomew.

Luego comimos en silencio y los resistentes (o perezosos) pájaros matutinos interpretaron su sinfonía fuera, en el frío.

Yo quería preguntarle al padre McNamee si nuestra conversación nocturna sobre el vigésimo presidente no era un poco disparatada, pero no lo hice. Puede que me diese miedo estar volviéndome loco como mamá y Charles J. Guiteau. No creía que pudiese superar otra batalla con la locura. También me preocupaba el que fuese a tener que empezar a simular para el padre McNamee ahora que estaba viviendo conmigo, porque él se comportaba de un modo un tanto peculiar.

No creo que pudiese simular de nuevo en beneficio de otro, porque ahora necesito simular para mí... para poder seguir viviendo *post-mamá*. Pero me preocupaba también que el padre McNamee pudiese estar intentando decirme algo y yo fuese demasiado idiota para entenderlo.

¡No seas otra vez el retrasado mental de Tara! —chillaba el hombre colérico de mi estómago—. *¡No confíes en nadie, y mantente siempre encerrado en ti mismo!*

Cuando terminamos de lavar y secar los platos del desayuno, el padre McNamee me dijo:

—Ponte el abrigo. Quiero enseñarte una cosa.

Caminamos un buen rato sin decir palabra bajo el sol matutino de invierno y entre el tráfico, camino del centro de Filadelfia, y acabamos en la calle Veintidós Sur.

—Es aquí —me dijo el padre McNamee, y entonces le seguí a través de unas columnas grises y unas pesadas puertas de madera al interior de un edificio de ladrillo que resultó ser el Museo Mütter.

En el interior había diversas partes y órganos del cuerpo conservados en recipientes de vidrio, esqueletos deformados, instrumentos quirúrgicos y muchas otras curiosidades. Comprendí enseguida que se trataba de un museo médico, pero también tuve un poco la sensación de estar entrando en una película de terror.

Nos paramos delante de una vitrina y el padre McNamee me dijo:

—Mira eso.

Era un tarro anticuado, de aquellos que la gente utilizaba, por

ejemplo, para guardar conservas de fruta. Estaba sellado con una arandela de metal y algo de cera. Dentro había un fluido amarillo y lo que parecían alcachofas.

—El cerebro diseccionado de Charles J. Guiteau —dijo el padre McNamee—. Lo conservan por su significado histórico y para que las generaciones futuras puedan aprender de él.

—¿Y qué podrían aprender de él? —pregunté.

Yo no conseguía unir todas las piezas que había dentro del tarro para que formaran un cerebro humano completo... pero el museo parecía muy oficial, así que sabía que tenía que ser de verdad el de Charles J. Guiteau, tal como decía la etiqueta. De todos modos, no parecía real.

—Era un hombre enfermo. Los médicos tienen que estudiar la enfermedad para entenderla..., así pueden ayudar a otros enfermos —dijo el padre McNamee.

No me gustaba mirar cerebros troceados, y al pensar en todas aquellas piezas que habían estado en tiempos en el interior de un cráneo que veía y oía y respiraba y hablaba y daba órdenes a un cuerpo que caminaba por este mundo, empecé a tener la sensación de que iba a vomitar. Tal vez fuese porque no había dormido la noche anterior y me sentía agotado, pero lo cierto es que nunca me ha gustado pensar en el desmembramiento.

—¿Podemos irnos ya? —pregunté, deseando que el padre McNamee llevase otra vez el alzacuello en vez del arrugado cuello de camisa rojo abotonado hasta arriba que las muchas lavadas habían descolorido a rosa.

El padre McNamee me miró.

—Te resulta desagradable, ¿verdad?

—Un poco —dije, pensando: «¿A quién puede agradarle algo así?».

—Vámonos, entonces —dijo, y nos marchamos.

Cuando llevábamos recorridas unas cuantas manzanas le pregunté si podíamos descansar un momento.

Me senté en los escalones de una casa de tres pisos de alguien, una de esas casas que la gente por aquí suele llamar *trinities.* [2]

—¿Estás bien? —me preguntó el padre McNamee.

—¿Por qué me despertó usted en mitad de la noche?

—Gritabas. Tenías una pesadilla.

—¿Por qué me ha enseñado ese cerebro descuartizado?

—¿Estás enfadado conmigo? —me preguntó.

No quise contestar a aquella pregunta, así que me quedé callado.

Estaba un poco enfadado.

Pasaba todo demasiado rápido.

El padre McNamee se había sentado a mi lado, y estuvimos mucho rato viendo pasar el tráfico, pero no contesté a su pregunta.

Las náuseas se apaciguaron.

Disminuyó mi enfado.

Llevábamos tanto tiempo sentados allí que empecé a notar que me subía el frío del hormigón por los muslos y por la espalda.

Un hombre que llevaba un abrigo que parecía caro y una bufanda de seda se acercó a nosotros y dijo:

—Ésta es mi escalera, y están ocupándola.

El padre McNamee asintió y dijo:

—Discúlpenos.

El hombre pasó entre nosotros sin decir nada más. Me dio en el hombro con la rodilla cuando yo intentaba levantarme y le dije: «Perdone», aunque no era culpa mía, y tuve la sensación de que me había dado un rodillazo con toda intención, como si quisiera hacerme daño.

Nos marchamos.

—¿Todavía no te ha hablado Dios? —me preguntó el padre McNamee cuando llevábamos unos quince minutos caminando.

—No —dije yo.

—Puedes apostar el cuello a que Dios no le habló a Charles J. Guiteau —dijo él.

Yo guardé silencio.

No quería hablar más de Charles J. Guiteau.

Sobre todo no quería pensar en su cerebro diseccionado conservado para siempre en un tarro.

—¿Cómo puedo estar tan seguro de que Dios no le dijo a Guiteau que matara a Garfield? ¿Quieres saberlo?

Sentí sobre mí los ojos del padre McNamee, así que asentí. En realidad no quería saberlo, pero sabía que decir «sí» era lo más fácil de hacer, lo que él quería, y lo que pondría fin más deprisa a aquella discusión.

—Dios no te dice que hagas cosas malas. Dios no te dice que mates a tu presidente. Ni siquiera cuando pidió a Abraham que matase a Isaac, le dejó hacerlo. Mandó un ángel que lo detuvo. Era una prueba. Pero Dios, a ti, ya te ha probado, Bartholomew, con la enfermedad de tu madre, y ha visto que eres bueno, puro de corazón. Lo soportaste bien.

No me gustaba lo que estaba diciendo el padre McNamee porque implicaba que Dios había hecho que mamá enfermara de cáncer para ponerme a prueba a mí y si eso era verdad no podría seguir

creyendo en Dios.

—Algo me dice que tú vas a ayudar a otros muy pronto de un modo silencioso —dijo el padre McNamee.

Pensé que tal vez Charles J. Guiteau imaginó que estaba haciendo lo que era mejor para el país cuando mató al presidente Garfield, que quizá creyó de verdad que estaba haciendo en realidad lo que era justo. Aunque tal vez sólo estuviera completamente loco. Pero no quería discutir con el padre McNamee. Parecía tan seguro de sí mismo como si hubiese pronunciado la homilía más importante de su vida. Y yo estaba empezando a creer que tal vez se estuviese volviendo loco él también.

—Dios no siempre utiliza palabras para hablarnos, Bartholomew —dijo mientras esperábamos que una luz roja se pusiese verde—. A veces tenemos sólo presentimientos. Corazonadas. ¿Has tenido tú algo así?

Le dije que no con la cabeza.

Seguimos el resto del camino hasta casa en silencio.

Él se arrodilló en el cuarto de estar para darle otra oportunidad a la oración, y yo fui a la biblioteca, disfrutando de la sensación de estar en movimiento y del aire frío en la nariz y del calor del sol en la cara.

La Chicatecaria no estaba trabajando aquel día.

Simulé leer revistas de actualidad como *Newsweek* y *Time*, pero pensaba más que nada en mi sueño, en mamá cayendo en el gran pozo negro bajo el entablado.

Cuando volví a casa varias horas después, el padre McNamee seguía rezando: los ojos bien cerrados, los puños blancos, estrangulándose entre sí, los labios murmurando palabras con alarmante rapidez y las sienes húmedas de sudor.

No acudió a cenar.

Seguía arrodillado cuando me fui a la cama.

Me pregunto qué le dirá a Dios tantas horas seguidas.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

6

«UNA SITUACIÓN COMPLICADA POR SU OPRESIVA TENDENCIA AL SOBREANÁLISIS»

Estimado señor Richard Gere:

Wendy llegó a la casa para su visita habitual cuando el padre McNamee estaba en la sala, donde se pasa horas y horas rezando, aunque yo esté viendo la televisión. Si está rezando no le molesta nada. Es como si estuviera en un trance profundo. Podrían echarle agua helada por la cabeza y ni se inmutaría.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó Wendy.

—Está rezando —contesté yo al ver que el padre McNamee no alzaba la vista—. Vamos a la cocina.

—¿Por qué reza en tu cuarto de estar, Bartholomew?

—Siempre reza en mi cuarto de estar.

—¿Desde cuándo?

—Desde que se vino a vivir conmigo. Ha dejado el sacerdocio y ahora...

—¡Padre McNamee! —gritó Wendy.

Al ver que no respondía, se acercó a él y le apretó el brazo tres veces.

—Sí —dijo el padre McNamee abriendo un ojo (como si hubiese estado simulando todo el rato que rezaba).

—¿Qué pasa aquí? —dijo Wendy.

—He venido a vivir con Bartholomew.

—¿Por qué?

—Me estoy ocupando de un viejo asunto que a ti no te concierne.

—Es una mala idea.

El padre McNamee suspiró.

—Eres muy joven, Wendy. Admiro tu juventud.

—Usted me pidió que ayudase a Bartholomew a independizarse...

—¿Y qué? —El padre McNamee se levantó, miró al techo y dijo

—: Discúlpame, Señor.

—Esto no formaba parte del acuerdo —dijo Wendy.

—Hablemos fuera, ¿te parece?

Wendy y el padre McNamee salieron por la puerta principal a hablar en la acera. Yo los observé por la ventana, pero no podía oír lo que decían. El padre McNamee asentía con firmeza. Wendy apuntaba con el índice a la cara del padre McNamee. Siguieron así quince minutos.

El padre McNamee se alejó al fin calle abajo.

Wendy respiró hondo, alzando y bajando los hombros varias veces antes de verme mirándola por la ventana. Frunció el ceño un instante, pero luego sonrió y caminó hacia la casa.

—¿Nos sentamos en la cocina? —me preguntó al entrar, y pasó muy decidida delante de mí sin darme tiempo a contestar, lo cual era impropio de ella.

Se quitó la gabardina estampada y la colgó en el respaldo de la silla de mamá. Luego se sentó a la mesa de la cocina, pero los pájaros no cantaban, lo cual parecía como una especie de señal.

—¿Tú quieres que el padre McNamee viva contigo? —dijo. Tenía las cejas anaranjadas fruncidas, y llevaba el pelo anaranjado recogido en una cola de caballo. La luz le daba de lleno en las puntas de las orejas pecosas, que parecían translúcidas.

—No me molesta.

—Eso no es una respuesta —dijo ella.

Me encogí de hombros.

—Me parece que el padre McNamee no está bien. ¿Ha actuado de forma extraña?

Volví a encogerme de hombros, porque el padre McNamee sí había actuado de forma extraña y yo no quería reconocerlo. Tal vez yo no quisiera estar solo y sabía que el padre McNamee se marcharía si le decía que no quería que viviera conmigo. Me sentía confuso, así que adopté el modo silencioso.

—Lo tomaré por un sí —dijo Wendy, malinterpretando mi falta de palabras—. Mira, Bartholomew, ya sé que he estado diciéndote que tienes que encontrar un grupo y hacer amigos. ¿Recuerdas que nos planteamos el objetivo de que te tomes una cerveza en un bar con un amigo en los tres próximos meses?

Asentí.

—Bueno, pues yo creo que el hecho de que el padre McNamee viva aquí no te ayudará a alcanzar ese objetivo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Has pasado los primeros cuarenta años de tu vida cuidando a

tu madre. No llevas dos meses solo y se instala en tu casa un hombre mucho mayor que tú. ¿No ves ahí una pauta?

Yo no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, por lo que me sentía como un neanderthal. Estoy seguro de que usted, Richard Gere, sabe exactamente lo que ella quería decir, y es probable que se haya dado cuenta del problema hace ya dos o tres cartas.

—No entiendo —dije.

Wendy se mordió la lengua, miró por la ventana un instante y luego dijo:

—¿Te ha dicho el padre McNamee que espera que transmitas un mensaje de Dios?

Yo sabía que decir la verdad no era buena idea, así que no contesté.

—Comprendo que el padre McNamee ha sido tu director espiritual toda la vida, y que tu religión y la Iglesia católica son muy importantes para ti. Ya sé que el padre McNamee se preocupa mucho por ti. Fue él además quien me puso en contacto con...

—¿Qué te ha pasado en la muñeca? —pregunté. Me salieron las palabras de la boca antes de que pudiera contenerme. Wendy tenía en la muñeca izquierda un cardenal amarillento y amoratado que parecía doloroso y horrible. Lo veía salir de su manga cuando movía las manos.

—¿Qué? —dijo Wendy, y se tapó el cardenal bajándose la manga.

La expresión de su rostro me sobrecogió.

—Ah... —dijo. Luego miró hacia arriba y a la izquierda, que, según he leído, es una señal de que se está mintiendo—. Me caí patinando. En Kelly Drive. Tendría que haberme puesto muñequeras. Pero son TAN feas... No es nada.

No la creí, pero no dije nada. Wendy es muy mentirosa. Siguió hablando del padre McNamee, explicó lo que le había dicho el padre Hachette, que, al parecer, se había puesto en contacto con ella y estaba muy preocupado por el padre McNamee. No había dicho a nadie adónde iba. Ni siquiera se había despedido. Ella tendría que informarle de su paradero. Recuerdo que oí varias veces las palabras «salud mental», pero no puedo dar más detalles porque estaba creando mentalmente escenarios que explicasen el cardenal de Wendy (intentando aclarar por qué tenía la muñeca amarillenta y amoratada) en vez de escuchar sus divagaciones sobre el padre McNamee. Si se hubiera caído patinando, se habría torcido la muñeca o se la habría roto (una opción aceptable), pero no creo que se le hubiese puesto de aquellos colores horrorosos, aunque quizá

me equivocara en eso. No soy médico.

Pensé que tal vez la hubiese mordido un perro, pero no había visto ninguna herida punzante ni costras. ¿Y si tenía una serpiente de mascota que se le había enrollado en la muñeca demasiado fuerte y temía que se la quitasen si decía la verdad?

Podría ser.

Pero no pude conseguir que ninguna de estas alternativas se sostuviera. Yo me temía lo peor: que le pasara algo espantoso y estuviese simulando.

El hombre colérico de mi estómago no estaba contento.

—¿Te preocupas por mí, Bartholomew? —me preguntó Wendy, y me miró como había hecho mamá cuando empezó a llamarme Richard; como las chicas sexualmente activas del instituto, que inclinaban la frente y te miraban por debajo de las cejas. Igual que me había mirado Tara Wilson antes de llevarme al sótano del instituto—. No has apartado la vista de mi muñeca.

Me miré los cordones marrones de los zapatos.

—Qué encanto —dijo Wendy de una forma casi ofensiva.

No me gustaba nada su actitud. Usaba mi preocupación por ella contra mí. Usaba su belleza como arma.

—El padre McNamee no está loco —expliqué—. Sólo está...

Pensé en contarle a Wendy la historia de Charles J. Guiteau —que había locos buenos y malos—, pero sabía que no lo entendería.

—De todos modos, creo que no estás emocionalmente preparado para convivir con otra persona, y menos con alguien de la misma edad que tu madre.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tienes que procurar hacer amigos de tu edad. Encontrar un grupo de apoyo de una edad apropiada para ti. Encontrar tu propio camino.

—Ser un pájaro —dije.

—De acuerdo, tal vez fuese una metáfora estúpida. Lo admito. —Wendy observó cómo me miraba los cordones de los zapatos mucho rato (podía sentir sus ojos fijos en mí) y luego me dijo—: ¿Te encuentras bien?

Asentí.

—¿Has pensado ya en asistir al grupo de apoyo del que te hablé?

—Todavía lo estoy pensando.

—¿Hay algo de lo que te gustaría hablar esta semana?

—No, gracias.

—¿Y qué hacéis el padre McNamee y tú?

—Cosas de hombres.

—¿Cosas de hombres?

—Sí.

—¿No vas a contármelo?

—Tú no eres hombre —dije y luego sonreí, porque resultaba agradable tener secretos de hombres, y era como si estuviese un poco más cerca de tomar una cerveza con un amigo en un bar. Se habría sentido usted orgulloso de mí, Richard Gere. De veras.

—Entiendo —dijo Wendy, y se rio con ganas—. ¿Sobre qué has estado leyendo esta semana en la biblioteca?

—Sobre el Dalai Lama —dije, porque era verdad—. Y el Tíbet.

—Interesante. ¿Por alguna razón concreta?

—¿Sabías que los monjes tibetanos han estado autoinmolándose para protestar contra el gobierno chino?

—Autoinmolándose... ¿Como matarse quemándose?

—No «como». Exactamente.

—No, no lo sabía.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no lo sabes? ¿Por qué no lo sabe nadie?

—No sé. Si fuese verdad, saldría en las noticias.

—Pues es verdad. Puedes buscarlo en la biblioteca. En la red.

—Pues Richard Gere debería divulgarlo más —dijo Wendy, y se rio—. Es lo suyo, ¿no? El Tíbet.

Yo no podía creer al principio que ella sacase el nombre de usted a colación, ni siquiera teniendo en cuenta la teoría de la sincronicidad de Jung. Me desconcertó que pronunciara esas dos palabras. Pero luego (cuando empecé a entender lo que quería decir) el hombrecillo de mi estómago se enfureció, me aporreó y me pateó los órganos internos.

—No debes burlarte de Richard Gere. Es sabio y poderoso —dije—. Hace un trabajo bueno, importante. Tú no lo entenderías, pero ayuda a la gente. ¡A mucha gente!

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Wendy, y sacó mi carpeta de su bolso—. No sabía que admirases tanto a Richard Gere. Caramba.

Deseé decirle que no sólo le admiro, sino que es usted mi confidente. Quería hablarle de nuestro Richard Gere simulado, pero sabía que me crearía más problemas y no valía la pena. Wendy no entendería nuestra correspondencia. Wendy quiere que yo sea un pájaro. Y que vaya a su grupo de apoyo con gente de mi edad. Pero los pájaros no son amigos de actores de cine famosos y filántropos de fama internacional.

No se lo tome a mal.

No es culpa suya.

Ella quiere ayudarme de verdad.

Sólo que no sabe hacerlo, pero no es culpa suya.

No tiene más que veintipocos años: igual que yo cuando me detuvieron por dejar a la prostituta policía frotarse en mi pierna. Nadie sabe nada a los veintitantos. Piense en usted mismo a esa edad, Richard Gere. ¿Recuerda su época de Nueva York y de Londres, cuando interpretó al protagonista de *Grease*? Los comentarios de los críticos fueron sensacionales —era usted mucho más hábil que Wendy ahora—, pero ¿habría sabido aconsejarme entonces? No. Así que dejemos en paz a Wendy. Sólo es una joven que hace todo lo que puede.

—¿Puedo ser franca contigo? —dijo Wendy.

Asentí.

—Soy estudiante de licenciatura.

La miré parpadeando, esperando a que continuara, y ella me miró como si ya hubiera dicho todo lo que necesitaba yo para entender.

—Sabes lo que significa, ¿verdad?

Dije que no con la cabeza.

—Significa que todavía no soy terapeuta licenciada.

La miré fijamente.

—Estoy haciendo prácticas contigo. Por eso no cobro nada.

—Gracias.

Wendy se rio con entusiasmo y sorpresa, como si le hubiera contado un chiste.

—Mira, yo estoy completamente a favor de ser franca con la gente. Asistir a la terapia de grupo te beneficiaría. Ayudaría. De verdad. Podrías hacer un amigo de tu edad, hasta tal vez tomar tu cerveza en un bar. Creo sinceramente que debes ir. De verdad. De verdad. De verdad. Pero, además, necesito convencerte de que vayas. Me evalúan por hacerlo. Todos mis compañeros de clase han convencido ya a sus casos de que asistan a una terapia de grupo, y tú estás empezando a dejarme mal. No debería decirte todo esto, lo sé. Pero, por favor, ¿podrías ir a terapia de grupo por mí? Por favor. —Unió las manos como si me suplicara. El cardenal de su muñeca apareció otra vez debajo de la manga, horripilante, como una cucaracha que sale de debajo de una tabla del suelo. El hombrecillo me asestó una patada rápida en el riñón. Wendy enarcó las cejas y dijo—: ¿Me harás ese favor?

—¿Que yo vaya a terapia de grupo te ayudará a ir bien en la escuela? —pregunté. Me pareció que eso modificaba la situación: ir

a terapia de grupo para ayudar a Wendy en vez de para ayudarme a mí mismo. Eso hacía más atractiva la terapia de grupo. No sé por qué, pero así era. Tal vez porque yo no necesitaba ayuda y no quisiese perder el tiempo haciendo algo que no ayudase a nadie.

—Me ayudaría muchísimo, en realidad. Más de lo que te imaginas. No me va muy bien en la escuela últimamente.

—Si yo voy a terapia de grupo, ¿harás tú algo por mí? —pregunté, porque de pronto se me había ocurrido una buena idea.

—¡Pues claro! ¡Lo que quieras! —dijo Wendy, casi saltando de la silla.

—¿Podrías enseñarme a impresionar a una mujer?

Wendy puso cara de no entender y dijo:

—¿Qué quieres decir?

—Quiero aprender a abordar a una mujer para que quiera tomar una cerveza en un bar conmigo.

—Estás elevando mucho el nivel de tu objetivo, Bartholomew.

—¿Eso es bueno?

—¡Es muy bueno!

Parecía feliz de verdad. Es tan niña. Tan fácil de complacer.

—¿Puedes ayudarme?

—¿Quién es la chica?

—No quiero decírtelo.

—De acuerdo —dijo, sonriendo bajo las finas cejas anaranjadas. Formé rápidamente la Constelación del Corazón una vez con sus pecas—. Ya entiendo.

—Nunca he salido con nadie.

—No te preocupes.

—¿No me consideras retrasado mental ahora que te he contado que nunca he salido con nadie?

—Yo no considero «retrasado mental» a nadie, porque es una expresión que no se debe usar nunca.

Sonreí.

—Es un objetivo apropiado para tu edad —dijo ella—. Lo apoyo plenamente.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué tengo que hacer para conseguirlo?

—¿Por qué no me dejas pensar una vía de actuación y lo hablamos la semana que viene? Te prepararemos y haremos todo lo posible para conseguirte la chica, Bartholomew. Lo prometo —me dijo. Anotó algo en una hoja de papel, la arrancó y me la entregó.

LUNES 8 DE LA TARDE
1012 WALNUT STREET
TERCERA PLANTA
DILE A ARNOLD QUE TE ENVÍO YO.

—¿Irás? —me preguntó.

Miré la hoja de papel.

SUPERACIÓN DEL DUELO

—De acuerdo —dije—. Iré.

En aquel preciso momento se abrió de golpe la puerta de la calle. Allí estaba el padre McNamee con la cara enrojecida por el frío.

—¿Ya te ha dicho nuestra querida Wendy que me eches a la calle, Bartholomew? —me preguntó mientras cruzaba la sala como una exhalación.

Wendy inspiró hondo y espiró de forma audible entre los labios. Se levantó, se enfrentó con el padre McNamee a la entrada de la cocina y dijo:

—¿Por qué me pidió que ayudara a Bartholomew si no respeta usted mi opinión?

—Discrepo de tu opinión respetuosamente —dijo el padre McNamee—. Pero sigo respetándola muchísimo.

—No entiendo qué clase de juego se trae entre manos —dijo Wendy.

El padre McNamee rio entre dientes y me hizo un guiño.

—Informaré de su paradero al padre Hachette —dijo Wendy.

—Ya no rindo cuentas a la Iglesia católica. He colgado los hábitos.

—¡No sé lo que pasa, pero no me gusta! ¡No me gusta nada! —gritó Wendy.

Se puso la gabardina estampada, recogió el bolso de la mesa de la cocina y se marchó a toda prisa, dando un portazo al salir.

El padre McNamee y yo nos miramos.

Wendy volvió a entrar en la casa precipitadamente y dijo:

—Irás a la reunión, ¿verdad, Bartholomew?

—¿Qué reunión? —preguntó el padre McNamee.

—¿Bartholomew? —repitió entonces Wendy sin prestarle atención—. Prométemelo.

—Lo prometo —dije, sin mencionar su parte del acuerdo. No quería que el padre McNamee supiese que me proponía cortejar a la Chicatecaria. No sé por qué.

—Muy bien —dijo Wendy, y volvió a marcharse precipitadamente.

—Una chica enérgica —dijo el padre McNamee.

Se acercó, me dio un apretón en el hombro y pasó al cuarto de estar para seguir rezando.

Yo no sabía por qué Wendy no quería que el padre McNamee viviese conmigo, y tampoco entendía por qué el padre McNamee le había pedido a Wendy que me ayudara y luego desdeñaba claramente sus opiniones.

Pero la verdad es que no quería pensar en todo aquello.

Me senté en la cocina e intenté oír a los pájaros, pero aquel día precisamente no cantaban.

El perfume de Wendy persistía.

Albaricoque.

Limón.

Jengibre.

¿Qué iba a hacer yo, ahora que mamá había muerto?

Seguí pensando en usted, Richard Gere.

Peter Carrick dice (en la página 17 de la biografía de usted que escribió) cuando habla de su relación con Cindy Crawford: «Él [usted, Richard Gere] confesó que le resultaba difícil tomar decisiones y consideraba el proceso definitivo más que transitorio, una situación complicada por su opresiva tendencia al sobreanálisis».

Cuando lo leí, comprendí que el usted-yo simulado no era casual, porque a mí siempre me ha paralizado mi pensamiento obsesivo, que es por lo que empecé a jugar el juego usted-yo, señor Richard Gere, cuando mi madre enfermó. Cuando yo era usted, no tenía que pensar por mí mismo, y eso me protegía, impidiéndome cometer errores. Me pregunté si usted habría jugado alguna vez a ese juego, y caí en la cuenta de que es actor y lo hace continuamente, ¿verdad?

El Dalai Lama dice en su libro *La mente despierta*: «Para cambiar nuestra vida, tenemos que reconocer primero que nuestra situación actual no es satisfactoria».

Me parece que tanto Wendy como el padre McNamee quieren que yo cambie de vida.

Aunque yo no diría que estoy insatisfecho ni mucho menos, sobre todo desde que cuento con usted para que me aconseje, Richard Gere.

Su admirador incondicional,

7

SU USO DEL PRONOMBRE EN PLURAL ME HIZO DESCONFIAR MUCHO

Estimado señor Richard Gere:

La otra noche llamaron a la puerta de casa y cuando abrí, alzó la vista hacia mí, a través de sus gafas redondas, el padre Hachette, el blanco del alzacuello iluminado por la luz del porche.

—Sé que está aquí —me dijo.

—¿Quién? —pregunté yo, porque el padre McNamee me había dado instrucciones de que «me hiciese el tonto» si aparecía el padre Hachette para buscarlo. La noche anterior, cuando estaba muy borracho, el padre McNamee llamó al padre Hachette «el Rezagado» y «el hombre sin ojos para ver ni oídos para oír».

—Creo que sabes exactamente a quién me refiero —dijo el padre Hachette.

—Disculpe —respondí yo, e intenté cerrar la puerta.

—Está bien, está bien —contestó el padre Hachette—. ¿Saldrás al menos a hablar conmigo?

Vacilé un segundo, pero no veía que hubiese nada malo en hablar con él, así que salí.

—¿Un cigarrillo? —me preguntó el padre Hachette encendiendo uno para él.

—No, gracias. —Sabe que yo no fumo.

Contemplamos la calle mientras él daba unas cuantas caladas. Hacía frío, así que no había nadie en los porches.

—El padre McNamee está enfermo, Bartholomew.

Imaginé enseguida al cáncer calamaresco atacando su cerebro. Pero guardé silencio, porque sabía que la posibilidad de conocer a dos personas con cáncer cerebral era improbable. De todos modos, no pude evitar sentir cierto temor irracional.

—Tiene un trastorno bipolar. Siempre lo ha tenido. Pero dejó la medicación al fallecer tu madre.

—No parece enfermo —dije.

—¿Sabes lo que es el trastorno bipolar? —me preguntó él,

soplando humo en la noche.

—Sí.

—¿Qué es, dime?

Guardé silencio porque no estaba muy seguro. Tenía una idea general. Pero no soy médico.

—Es un desequilibrio químico —dijo el padre Hachette—. Las personas bipolares tienen a veces un exceso de sustancias químicas de la felicidad en el cerebro, lo que les hace sentirse capaces de cualquier cosa. Y esto puede conducir a comportamientos erráticos, impulsivos y peligrosos.

Pensé en Charles J. Guiteau matando al presidente Garfield.

—Esas fases maníacas ascendentes van siempre seguidas de caídas terribles, depresiones feroces. La persona bipolar puede convertirse en suicida y peligrosa. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—El padre McNamee no está deprimido —dije—. Lo conozco hace mucho tiempo y nunca lo he visto peligrosamente triste.

—Nos cuidábamos de él cuando no se sentía bien, Bartholomew. Lo enviábamos a retiros. Le oíamos desvariar, procurábamos que tomara la medicación. Era una responsabilidad tremenda. Y agotadora. A veces era más trabajo del que ninguno de nosotros podía hacer. Contábamos con muchos recursos gracias a la Iglesia. Te digo todo esto porque, francamente, creo que es algo que te supera. Nosotros somos muchos, y tú eres sólo uno.

Se equivocaba, claro, porque yo le tengo a usted, Richard Gere.

—Yo disfruto con la compañía del padre McNamee —dije.

—¿Así que admites que vive aquí? —dijo el padre Hachette, y luego se echó a reír.

—No admito nada.

¡Imbécil!, chilló dentro de mí el hombrecillo furioso.

Tranquilo, me susurró al oído usted, Richard Gere, y yo imaginé que lo veía a mi lado. Era usted translúcido como un fantasma. Pero luego desapareció.

Se oyó ruido en la casa, parecían pisadas fuertes.

El padre Hachette se volvió y cuando miré a la ventana vi que se cerraban rápidamente las cortinas. El padre McNamee había estado espiándonos, y pensé que a lo mejor quería que el padre Hachette supiera que yo le escondía, porque no había sido muy sigiloso.

—Como es adulto y ha colgado públicamente los hábitos, nosotros no podemos hacer nada legalmente en este momento —dijo el padre Hachette—. Pero quería que supieras que cuando el padre McNamee se hunda en la depresión, y sin duda alguna lo hará, necesitarás ayuda.

Asentí porque era lo más fácil.

—Verá lluvia cuando haya sólo sol. Desconfiará de la gente. Se pondrá increíblemente triste y empezará a gritarte, tergiversando tus propios pensamientos. Entonces comprenderás que realmente la situación te supera.

—De acuerdo —dije, aunque no creía al padre Hachette.

—Entiendo que te sientas atraído por el padre McNamee. Su pasión puede ser bella —dijo el padre Hachette—. Extremadamente bella. Bella como Juan el Bautista. Bella incluso como Elías.

—¿Bella?

—Increíblemente, sí. Nos ha seducido a todos a lo largo de los años. A veces hasta parece divina. Y él puede ser muy profético, asombrosamente profético. Todos nos hemos sentido atraídos por su pasión, arrastrados.

Recordé que los ojos del padre McNamee me arrastraban como remolinos.

—¿Alguna pregunta, Bartholomew? Esto es mucho para que tú lo asimiles, supongo.

—¿Cree usted que Dios ha dejado de hablar con el padre McNamee? —pregunté—. ¿Por eso se marchó de la Iglesia?

—Dios habla con todos nosotros, pero a unos les dice más que a otros. —El padre Hachette tiró la colilla del cigarrillo a la acera y volvió a darme palmadas en el pecho como si yo fuese un gran danés—. He dicho todo lo que tenía que decir. Ya sabes dónde encontrarme, de día o de noche. Justo calle abajo, en San Gabriel. Dile al padre McNamee que le echamos de menos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Nos estrechamos la mano, y él se marchó.

Mientras le veía caminar calle abajo no podía dejar de pensar que el padre Hachette parecía aliviado, casi como si flotara.

¿Por qué?

—¿Qué te ha dicho de mí el viejo? —me preguntó el padre McNamee cuando entré en casa, lo que resultaba extraño porque él y el padre Hachette parecían más o menos de la misma edad.

—Me ha dicho que tiene usted un trastorno bipolar —contesté.

—Y que debo medicarme, ¿verdad?

Asentí.

—¿Qué piensas tú? —me preguntó.

—¿De qué?

—Si debo medicarme o no.

—No lo sé.

—¿Te parezco loco?

—No —dije, porque sabía que era lo que él quería que dijera—. Pero yo no soy médico.

—Jesús seguramente era bipolar, ¿sabes? —me dijo, asintiendo con entusiasmo—. Predicaba el amor a los enemigos un día y al día siguiente derribaba las mesas de los cambistas. Pon la otra mejilla y luego todo eran espadas justicieras.

Alzó la mano derecha y añadió:

—«Esto os lo he dicho para que tengáis paz en mí», Juan 16, 33. «No creáis que he venido a traer paz a la Tierra. ¡No vine a traer la paz, sino la espada!», Mateo, 10, 34. Buscaba multitudes para curar y alimentar, y atemorizar: y se escapaba luego en barcas a lugares tranquilos, y rezaba solo en los huertos. ¿Y si Jesús se hubiese medicado? —Se pasó los dedos por la barba—. ¿Crees que habría deseado tanto dar la vida por el mundo? No es racional y razonable, al fin y al cabo. Las personas no se ofrecen voluntariamente para la crucifixión cuando las sustancias químicas les apaciguan la mente, el corazón y el alma. Nadie querría que Jesús tomara pastillas modificadoras del estado de ánimo, ¿verdad? Y nosotros, como católicos, tenemos que vivir nuestra vida como lo hizo él, ¿verdad? ¿Verdad?

Asentí porque me parecía lógico lo que decía.

Él asintió también una vez ratificándolo, y dijo:

—Además, por eso Dios nos dio el whisky. —Y se arrodilló en la sala y continuó rezando.

Decidí no ir a misa por primera vez en mi vida, porque no quería ver otra vez al padre Hachette. No quería tener otra conversación desconcertante. Y el padre McNamee y yo comulgábamos a diario: tres veces al día, en cada comida. Usted, Richard Gere, se me apareció varias veces como un fantasma en la oscuridad de mi dormitorio, y me dijo que no pasaba nada por no ir a misa, que podía rezar y hablar con Dios en cualquier sitio. Claro que usted es budista y no sé si puedo confiar en usted para estas cuestiones.

El padre McNamee siguió rezando, rezando y rezando, y en realidad no ocurrió nada más hasta que fui a la biblioteca el lunes por la mañana. La Chicatecaria estaba trabajando. Pensé en los objetivos que había decidido plantearme con Wendy. En lo mucho que deseaba tomar una cerveza en un bar con la Chicatecaria.

No hay nada que desee más en el mundo que hablar con la Chicatecaria.

Recé pidiendo fuerzas.

Ella llevaba botas negras de estilo militar, vaqueros y un jersey

blanco que le llegaba a las rodillas, como un vestido. Estuve observándola una hora o así mientras empujaba su carrito por los pasillos y colocaba los libros en su sitio de acuerdo con el alfabeto. Examinaba los lomos de cada uno a través de su largo cabello castaño, y luego las estanterías, zigzagueando por las hileras con la mirada.

Cuando encontraba el sitio correspondiente asentía una vez y fruncía los labios como si dijera: «Sí, creo que he encontrado su sitio, señor o señora Libro».

Entonces se arrodillaba o subía la escalerilla pegada al carrito para hacer sitio al libro devuelto. Lo colocaba en el estante, procurando que el lomo quedara alineado con los de los otros libros, y le daba un golpecito con el índice, como diciendo: «Perfecto».

Mientras la observaba, simulaba que usted estaba hablando conmigo, Richard Gere. Me decía:

Mírala, Bartholomew. Es perfecta para ti. Acércate a ella y dile algo. Pregúntale qué le gusta leer. Pregúntale si le gusta contemplar cómo corre el río detrás del Museo de Arte. Dile que te gusta su atuendo. Que hace su trabajo con precisión y eficacia, dos cosas que tú valoras mucho. Invítala a tomar una cerveza contigo. ¿Por qué no? ¿Qué tienes que perder? Ahí está. ¡Ve! Es tan sencillo como caminar quince metros y decir diez palabras, grandullón. ¡Vamos!

Siempre me llama usted «grandullón» cuando me habla en la biblioteca.

Vamos, grandullón. Está ahí mismo. Y yo estaré contigo todo el rato. Te diré mentalmente lo que tienes que hacer. ¡Vamos, grandullón! Podemos hacerlo. Confía en mí.

Era agradable oír su voz mentalmente —aunque sólo fuese simulado—, sobre todo siendo usted tan bueno y tan seguro con el sexo opuesto, en la pantalla y fuera de ella.

Cada vez que la Chicatecaria subía a lo alto de la escalera, yo pensaba en lo que usted le dice a Julia Roberts al final de *Pretty Woman*.

«¿Qué pasa después de que él sube a la torre y la rescata?», pregunta usted.

Y Julia Roberts dice: «Que ella lo rescata también a él».

Me pregunté si la Chicatecaria y yo diríamos algo parecido cuando hubiésemos salido muchas veces, y usted me dijo mentalmente:

Claro. Claro que lo haréis, grandullón. Es fácil. Sólo tienes que acercarte a ella y saludarla. Escucha lo que yo te diga que hagas y será

imposible que fracases.

Pero no hice lo que me dijo usted que hiciera.

No la saludé.

No hice nada.

Y quiero darle las gracias por ser paciente conmigo, Richard Gere, porque ni una sola vez me gritó ni me llamó retrasado mental. Sólo dijo cosas positivas, cosas alentadoras en mi mente, y fue muy amable, casi me daban ganas de llorar. Comprendo por qué mamá lo amaba y lo admiraba tanto, aunque el hombrecillo de mi estómago no estaba contento. Seguía gritando:

¡Escucha, imbécil! ¡Richard Gere no está hablando contigo! ¡Es sólo tu imaginación! ¿Qué clase de hombre adulto simula de ese modo? ¡Sólo los retrasados mentales! Con cada frase me daba una patadita o un puñetazo, y empezaron a dolerme las entrañas, y comencé a sentir un escozor por dentro.

Pero usted no hacía caso del hombrecillo furioso de mi estómago y siguió animándome, Richard Gere.

Incluso se me apareció usted en la biblioteca un momento, sólo el tiempo suficiente para sonreírme antes de que su imagen se desvaneciera.

Gracias.

Le oí hablar a usted alto y claro más de dos horas en mi mente, hasta que comprendí que tenía que irme y comer algo antes de asistir a la sesión de Superación del duelo.

Tomé una patata asada y una ensalada en Wendy's, porque estaba pensando en mi asesora de duelo, Wendy, cuando pasé delante de ese restaurante de comida rápida con la imagen de la cara de una niña pelirroja y me recordó la sincronicidad de Jung, así que decidí entrar.

Sonreí mientras comía en Wendy's, pensando en mi asesora de duelo y en el hecho de que las coincidencias no existen.

Pensando en Wendy en Wendy's.

Después fui a la dirección que me había dado Wendy.

1012 WALNUT STREET
TERCERA PLANTA

Había una cafetería en la planta baja y cuando pregunté por la dirección me dijeron que usara una puerta que había en un callejón. Había un portero automático y una caja negra con botones numerados y un agujerito por el que se suponía que debías hablar. Como no conocía el código de acceso, apreté el botón de llamada del círculo blanco y oí un *¡bzzzzzzzz!*

—¿Diga? —dijo una voz de hombre un segundo después.

—Mmm... busco la terapia de grupo. Terapia para el duelo. Me envía Wendy. ¿Es usted Arnold?

—¿Es usted el señor Bartholomew Neil?

—Sí.

—¡Wendy ha dicho tantas cosas bonitas de usted...! ¡Suba! ¡Tercera planta!

Oí otro zumbido y un clic, así que empujé la puerta y se abrió.

Olía a cafetería: granos de café molidos, leche humeante, ese calor de cuando se respira a través de una bufanda de lana los días que hace más frío.

Había una escalera estrecha y también una barandilla de madera. Las paredes estaban pintadas de un verde menta.

Subí.

Cuando llegué a la tercera planta, había un hombre rubio con perilla bien cuidada esperando en la puerta. Vestía una chaqueta marrón de punto con coderas de cuero, pantalones de pana verde musgo y zapatos de ante que parecían una versión muy cara de lo que te pondrías para jugar a los bolos.

Al entrar en su despacho me di cuenta de que todo era amarillo: sofá amarillo, alfombra amarilla, paredes amarillas y varios cuadros abstractos de flores que parecían haberse hecho plegando finas hojas de oro.

Era muy extraño.

—¡Bartholomew! —dijo y me tendió la mano, que yo estreché. Su modo de estrecharme la mano fue perfecto: ni demasiado fuerte ni demasiado flojo—. ¡Bienvenido al grupo de terapia para el duelo! ¡Adelante!

He incluido todos los signos de puntuación emocionantes por el entusiasmo que él mostró. Y me sentí un poco confuso con lo de terapia de «grupo», porque no había nadie más en la habitación.

—Soy el doctor Devine, pero puedes llamarme Arnie. Me alegra mucho que hayas decidido unirte a nosotros. ¿Cómo estás hoy?

Su uso del pronombre en plural me hizo desconfiar mucho, porque estábamos solos.

Pero la mirada de Arnie parecía sincera, y daba la impresión de que estaba realmente interesado..., daba la impresión de que quisiese escucharme. Parecía un hombre agradable, un buen médico.

—Estoy bien —contesté.

—Bueno. Bueno. Ahora dime, ¿qué te ha contado Wendy de nosotros?

—¿Nosotros? —dije, incapaz de dejarlo pasar por tercera vez.

—Max y yo.

—¿Max?

—¿Ella no te ha hablado de Max? —Su expresión de sorpresa me hizo ponerme muy nervioso. En su frente aparecieron unas arrugas de preocupación.

—La verdad es que no me ha dicho absolutamente nada, salvo que me beneficiaría venir aquí —mentí. No quería hablar de los problemas de Wendy con sus estudios, porque no quería cotillear.

—Válgame Dios —dijo el doctor Devine—. ¿Por dónde empezar? ¿Por Dónde Empezar? —añadió bajando la cabeza—. A Max y a ti se os ha agrupado por varias razones que te expondré brevemente. Pero antes de que llegue Max, y veo que no tenemos mucho tiempo, quisiera decirte algo sobre... sobre su comportamiento.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, la verdad es que Wendy debería haberte dicho que...

—¿Qué pasa, joder? —preguntó un individuo que entró en la habitación procedente de la escalera—. ¿De qué va este jodido asunto? ¡Joder!

—¡Hola, Max! ¡Qué bien que hayas venido! Precisamente estábamos hablando de ti. Te presento a Max, Bartholomew. También está de duelo. Bartholomew, te presento a...

—¿Por qué diablos está él aquí, joder? —dijo Max parándose en la puerta.

—Vamos, Max —dijo Arnie—. Hablamos ya de esto.

Max me miró y luego (algo más suavemente) respondió:

—Hay que joderse, ¿eh?

Yo estaba sin habla.

—¿Nos sentamos? —dijo Arnie.

Max alzó las manos como si no importase y luego se desplomó pesadamente en el extremo opuesto del sofá amarillo.

Parecía más o menos de mi edad, pero llevaba unas gruesas gafas oscuras de viejo que me hicieron preguntarme si estaría legalmente ciego. Sus pupilas, tras las gruesas gafas, me hicieron pensar en dos caracoles gemelos en cuencos adyacentes. Vestía pantalones negros, zapatos negros, una camisa de manga larga morada abotonada hasta arriba y un chaleco negro (todo lo cual apestaba a palomitas de maíz rancias). En el bolsillo del pecho llevaba una etiqueta identificadora dorada con su nombre impreso en ella.

MAX

Arnie señaló el otro extremo del sofá y me senté.

Él se sentó en un sillón de cuero amarillo y cruzó las piernas.

—Bartholomew, la habitación amarilla es una fortaleza verbal. Todas las palabras que digas en la habitación amarilla, sean las que sean, quedarán en la habitación amarilla. Así que piensa que puedes hablar libremente. Aquí estás seguro. Y debo pedirte a cambio que seas un caballero de fiar. Un guardián de secretos. Un cáliz sagrado para las verdades que pueda confiarte Max. Y nosotros seremos tus cálices verbales. ¿Puedes ayudar a defender nuestro castillo, Bartholomew? ¿Puedes ser un caballero de fiar?

—Hay que joderse, ¿eh? —susurró Max antes de que yo pudiera contestar. Cuando le miré, estaba moviendo la cabeza.

—Max, ¿te gustaría exponer algo?

—Esto no es un castillo, Arnie, no me jodas. Danos un jodido descanso, ¿eh?

—Muy bien, Max. ¿Por qué no le haces una presentación a Bartholomew? Bienvenido...

—¿Presentación? ¡Para qué, joder! —dijo Max.

—Descubrirás que aunque Max tiene un exterior rudo, en realidad es una persona afable, que es precisamente la razón por la que hemos decidido juntaros a los dos.

Debí de fruncir el ceño o algo porque Arnie dijo:

—Pareces desconcertado.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté—. ¿Es como hablar con Wendy?

—Buena pregunta —dijo Max—. Joder, sí, una buena pregunta.

Y asintió como para indicar que no estaba burlándose de mí en absoluto.

—Sí —dijo Arnie—. La habitación amarilla es para hablar. Tenéis libertad para decir todo lo que tengáis en la cabeza. Pero el objetivo aquí, esta noche, es presentaros a los dos para que podáis apoyaros el uno al otro durante todo el período de duelo.

Max resopló.

—Por favor, Max, ¿podrías decirle a Bartholomew cuál es el motivo de tu duelo?

Max resopló de nuevo.

—¿Max?

Max se quedó mirando al techo sus buenos quince segundos o así, se apretó las rodillas con las manos y luego dijo:

—Alice era mi mejor amiga, joder, y ahora, joder, se ha ido.

—Sí, Max, se ha ido. Lo siento muchísimo.

—¿La mataste tú, joder?

—No, no lo hice —dijo Arnie.

—Entonces ¿por qué lo sientes tanto, joder?

—Lo siento por tu pérdida. Siento que tengas que pasar por este proceso de duelo. Siento que Alice no te proporcione ya las satisfacciones que antes te proporcionaba, y espero que encuentres la forma de superarlo.

—Yo no he perdido ni un día de trabajo, ¡eh!

—Tal vez deberías tomarte unos días de vacaciones.

—Sí, no te jode.

—Por favor, Bartholomew, ¿querrías contarnos por qué estás tú de duelo?

—Mi madre murió de cáncer.

—¿Cáncer? —dijo Max. Se volvió para mirarme con ojos desorbitados.

—Cáncer de cerebro. Los médicos lo describieron como un calamar con tentáculos y...

—¡El jodido cáncer! Eso fue lo que tuvo mi Alice también, sí. Un jodido cáncer. Joder...

—¿Cómo te sientes tú respecto al cáncer, Bartholomew? —preguntó Arnie.

—Hummm..., no sé. No me gusta el cáncer. Mató a mi madre —respondí.

—La habitación amarilla es una habitación segura —dijo Arnie—. Puedes expresar más enérgicamente tus sentimientos si quieres. No tienes que ser educado, como fuera de ella, en el mundo real. Recuérdalo, ésta es una fortaleza verbal.

—¡El jodido cáncer! —exclamó Max.

Confirmé sus palabras asintiendo.

—¿Y cómo te ha ido, Bartholomew? Desde que murió tu madre... —dijo Arnie.

—Un jodido infierno, ¿eh? —dijo Max—. Un jodido infierno.

—Bueno... ha sido un ajuste. Quería mucho a mamá. Era una buena amiga además de ser mi madre. Pero no estaba bien al final. Cambió.

—Mi Alice también cambió —declaró Max—. Empezó a mearlo todo. La cama. Mi ropa. El sofá. Lo meaba todo, joder, y así fue como me di cuenta de que no estaba bien. Era, joder, como si hubiese perdido la cabeza.

—A mamá le pasó lo mismo. Tenía que llevar pañales.

—El jodido cáncer.

—Sí —dije yo.

—Max, ¿te gustaría decirle a Bartholomew qué es lo que más echas de menos de Alice?

Miró hacia el techo y creí realmente que iba a echarse a llorar.

Por fin, volvió a resoplar, como si fuera un neumático que perdiera, se subió las anticuadas gafas marrones por la nariz y luego dijo:

—Lo más jodido es no tener alguien que me reciba cuando llego a casa del trabajo, después de que termina la última película, porque mi hermana, joder, ya está dormida. Alice me esperaba siempre. Siempre, joder. Y también echo de menos no poder ver la televisión con ella en el regazo. Y aquel jodido ronroneo suyo cuando le rascaba detrás de las orejas, joder. Y echo de menos cómo se sentaba en la ventana y disfrutaba del jodido sol.

—Un momento... no comprendo —dije yo.

—¿Qué es lo que no comprendes? —dijo Arnie.

—¿De quién hablas, Max?

—¡De Alice, joder!

—Pero ¿qué era tuyo...? —pregunté.

—Lo fue todo para mí, joder. Durante quince jodidos años.

—Entonces era... ¿tu esposa?

—Pero ¿qué dices, joder? —contestó Max y se puso tan colorado como si le hubiesen echado agua hirviendo por la cara—. ¿Acaso me tomas por una especie de pervertido, joder?

—No te enfades, Max —dijo Arnie—. No le hemos dicho a Bartholomew en ningún momento que Alice era una gata.

—Joder, he dicho que se sentaba en la ventana, ¿no?

—La gente puede sentarse en las ventanas —dije.

Max desechó mi comentario con un ademán y dijo:

—Añoro muchísimo a Alice, joder, no me avergüenza decirlo; y menos aquí, en la habitación amarilla, donde se supone que puedo lamentarme abiertamente, joder. Era una gata calicó y más leal, joder, de lo que lo haya sido conmigo ninguna persona, joder... Me importa una mierda si era una gata o no. ¡Joder! La echo de menos. ¡Y os diré una cosa, eh!

—Dinos lo que sea —dijo Arnie—. Cuéntanoslo todo. Suéltalo. Te escuchamos. Éste es un lugar seguro.

—¡A ti no te importa nada que se muriera mi jodida gata, no me jodas! ¡A nadie le importa! —dijo Max dirigiéndose a mí, y luego se secó los ojos—. ¡Hay que joderse, eh!

Richard Gere, usted me susurró al oído —bueno, quizá yo fingí que estaba usted susurrándome directamente al oído, pensando qué

diría y haría Richard Gere—: *Dile que quieres oír cosas de su gata. Alivia su dolor. Sé compasivo. Recuerda las enseñanzas del Dalai Lama*.

Recordé una frase que había leído en el libro del Dalai Lama *La mente despierta*. «Es importante que comprendamos la verdadera omnipresencia del sufrimiento.» Recordé que el Dalai Lama decía que es fácil sentir lástima por un mendigo anciano, pero que es mucho más difícil sentir lástima por un joven rico. Decía también que toda «existencia condicionada se caracteriza por el dolor». Y que las personas, sean de la clase que sean, están todas «esclavizadas» por «fuertes emociones destructivas».

Y así, prestando oídos al consejo de su director espiritual, Richard Gere, le dije a Max:

—Me gustaría que me hablaras de tu gata. De Alice. De veras.

Examinó mi rostro durante un segundo o dos, intentando probablemente decidir si yo era sincero, y luego dijo:

—Alice era la mejor gata que ha habido en el mundo, joder.

Yo empecé a simular de nuevo y usted, Richard Gere, me susurró al oído en la imaginación, diciendo:

Mira cómo se le relajan los músculos. Fíjate en la inclinación de los hombros. Relajado. Necesita hablar. Escucha. Alivia su sufrimiento. Sé compasivo. Y la compasión volverá a ti. Haz caso a las palabras del Dalai Lama.

Max continuó hablando sin parar de su gata durante más de media hora. Me contó que la había encontrado en un basurero de Worcester, Massachusetts, detrás del cine donde trabajaba antes de trasladarse a Filadelfia para vivir con su hermana. Estaba sacando la basura de la noche cuando oyó llorar a un gatito. Tuvo que romper «un millón de jodidas bolsas» para encontrarlo. Había seis gatitos más dentro pero estaban todos muertos. «Me entraron ganas de matar a aquel jodido cerdo que había metido los gatitos en la bolsa de basura. Hay que joderse, ¿eh? ¿Cómo puede haber alguien capaz de hacer una cosa así?» Le daba miedo que alguien le encontrase allí, junto a los gatos muertos, «con la jodida basura y los gatitos muertos alrededor de mis jodidos pies» y le acusara a él de matarlos, así que cogió el gatito vivo y lo metió debajo del abrigo, y fue hasta la tienda de horario nocturno más próxima para poder conseguir un poco de «jodida leche». Era muy tarde y la mujer que trabajaba en la tienda detrás de un «jodido cristal grueso plastificado» vio la gatita y salió emocionada de su caja de cristal a acariciarla. Se emocionó tanto y fue tan amable con Max, indicándole dónde estaba la comida para gatos y dejando que le diese de comer en su tienda, que Max decidió ponerle al gatito el

nombre de aquella empleada.

—«Qué demonios, joder», pensé —dijo Max—. Así que le pedí que me dijera su jodido nombre y, joder, ella dijo: «Alice». Así que ése fue el jodido nombre que le puse a mi gata.

Luego Max pasó a explicar cómo (utilizando una pluma, una cuerda y hierba gatera) enseñó a su gata a maullar cuando se lo mandaba y a pasar también corriendo por una pista de obstáculos llena de aros y minivallas «como esas que saltan los caballos, pero más pequeñas, para gatitos». Y dijo que cuando Alice se convirtió en una gata adulta, le enseñó a hablar con él.

—¿De verdad hablaba contigo? —dijo Arnie—. ¿O sólo estabas simulando que podía hablar contigo, como hace la mayoría de la gente cuando habla con sus mascotas?

—Pues claro, joder, eso hacía. Simular —dijo Max.

Después de esto sentí mucho más interés por él.

Habló muchísimo más sobre Alice, enumerando el tipo de comidas que le gustaban. («¡Su favorita era el jodido atún en lata!») Y cómo le gustaba perseguir los puntos rojos de luz que él proyectaba sobre la pared con un «jodido puntero de láser» y cómo Alice «saltaba y corría y atacaba, joder, horas seguidas», cómo disfrutaban los dos viendo los DVD de *Doctor Who* que tenían en la biblioteca, y que él pensaba en Alice siempre que estaba trabajando, cortando las «jodidas entradas» de las «jodidas películas» porque ése era «su jodido trabajo». Era un «jodido portero» de los «jodidos cines» y era «¡tan jodidamente aburrido, joder!».

Le dije que trabajar en un cine parecía un trabajo interesante, sobre todo porque podías ver películas gratis, y él dijo: «¿Ver las películas? ¡No me jodas! Tienes que sentarte allí con esos jodidos desconocidos tontos del culo sin saber nunca cuál tiene un jodido catarro o a quién se le va a ocurrir, joder, ir al cine con un jodido bebé llorón. Trabajar en los jodidos cines es jodido. Acabas viendo partes de todas las jodidas películas y luego nunca ves el resto. Quince minutos de esta jodida película, quince jodidos minutos de esa otra. Todas las jodidas partes se mezclan y hacen un Frankenstein de jodida película que no se acaba nunca. Jamás llegas a ver todo el asunto desde el principio hasta el final, joder. Ni una jodida vez. ¿Y sabes cuál es la peor parte, la más jodida?».

—¿Cuál? —dije yo.

—No se admiten gatos. Hay que joderse, ¿eh? ¡A Alice le encantaba el cine! ¿Por qué no puedes llevar tu gato? ¿Por qué, joder? Ése es el motivo de que yo siempre prefiriese ver las jodidas películas en casa.

—¿Te gustan las películas de Richard Gere? —pregunté.

—¿Richard Gere? ¿El jodido Richard Gere? —dijo Max—. ¡Richard Gere, sí, joder! Claro, no te jode.

—En realidad es mi actor favorito —dije, apoyándole a usted, aunque técnicamente fuese uno de los actores favoritos de mamá—. Y un valeroso filántropo.

—Oh, a mí también me gusta Richard Gere —dijo Arnie, que había estado oyéndonos hablar a Max y a mí con una expresión satisfecha en la cara—. Estuvo estupendo en *Chicago*.

—El jodido Richard Gere —dijo una vez más Max—. Yo no quiero ir a las jodidas películas, joder. Yo echo de menos a Alice. La echo de menos de verdad, joder. ¡Sí, joder!

Hubo un largo silencio.

Max parecía que se estuviese derritiendo.

Has sido compasivo —me cuchicheó usted, Richard Gere, al oído —. *Has prescindido del yo*.

Arnie miró su reloj y luego anunció:

—Me temo que casi se ha acabado nuestro tiempo, caballeros. Bartholomew, la próxima semana se te dará más espacio a ti para hablar.

Yo asentí.

—Max, gracias por compartir todo lo que has compartido esta noche.

—Sí, claro, no te jode —soltó él, y luego se encogió de hombros, como si compartir no fuese nada del otro mundo.

—¿Puedo hacer una pregunta? —dije yo.

—Por supuesto —dijo Arnie.

—¿Por qué es todo amarillo aquí?

—La investigación psicológica ha demostrado que el color amarillo (es decir, amarillo claro) puede hacer que la gente se sienta más segura y optimista. Eso, por supuesto, ayuda en el proceso del duelo. Irónicamente, el amarillo pálido puede tener el efecto opuesto. Así que yo utilizo el amarillo claro. Es todo bastante científico. Soy médico, ¿sabes? —preguntó Arnie y luego me hizo un guiño.

—Ah —respondí yo.

—La misma hora la semana que viene.

Max resopló a través de los dientes, se ajustó sus grandes gafas y luego se puso de pie de un salto. Yo me levanté también, y Arnie nos acompañó hasta la puerta.

—Ha sido una sesión muy buena, chicos. Tengo la sensación de que hoy hemos hecho un gran progreso. Sed buenos con vosotros

mismos esta semana. Afrontad el duelo abierta y valerosamente. Abrazad el proceso. Buenas noches.

Max y yo bajamos la escalera y salimos a la calleja. Le seguí hasta Walnut Street.

—¿Max? —dije.

—¿Qué pasa, joder?

—¿Le dices eso a todo el mundo… todo el tiempo?

—¿El qué?

—Lo de «joder».

Asintió.

—Menos cuando estoy en el jodido trabajo. Me echarían. Así que allí mantengo la jodida boca cerrada y corto las entradas.

—¿Tu gata podía hablar de verdad con la mente?

—¡Joder, sí, claro que podía! Arnie no sabe. Arnie no entiende. Él no me cree, joder, pero es verdad. Nos pasábamos todo el jodido tiempo hablando… Alice y yo.

—Te creo.

—¿De verdad?

—Sí.

Buscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un aro de plástico de color rosa.

—Éste era su jodido collar. —Me lo ofreció. Lo cogí.

Tenía una placa de plata en forma de corazón:

ALICE

—Es una placa muy bonita —dije.

Max cogió de nuevo el collar, se secó los ojos y murmuró:

—Hay que joderse, ¿eh?

Nos quedamos parados allí, mirándonos los cordones de los zapatos unos instantes.

Luego Max dijo:

—¿Quieres tomar una jodida cerveza en algún sitio?

—Como… ¿en un bar?

—¡Que se jodan los bares! Los bares son sitios donde hay gilipollas que intentan joder unos con otros. En un pub. Una jodida cerveza como es debido en un jodido pub.

Pensé en mi objetivo de tomar una cerveza en un bar con un amigo de la edad apropiada y decidí que un pub era mejor incluso, porque yo no quería estar cerca de gilipollas que intentasen copular.

—¿Qué edad tienes? —le pregunté a Max.

—Treinta y nueve jodidos años. ¿Quieres una jodida cerveza o

qué?

Yo también tengo treinta y nueve, como ya sabe usted, Richard Gere.

Sincronicidad de Jung.

Unus mundus.

Unus mundus.

—Sí, me gustaría mucho tomar una cerveza en un pub contigo.

—Está bien, entonces sígueme, joder.

Caminaba muy rápido y lo seguí a lo largo de unas seis o siete manzanas hasta que entramos en un pub oscuro con barandillas alrededor de la barra y fotos de Irlanda por todas las paredes.

Nos sentamos en taburetes y pusimos los pies en posapiés metálicos, exactamente igual que en la tele.

Era asombroso.

El camarero era un hombre gordo y ceñudo.

—¿Qué será?

—Dos jodidas cervezas —dijo Max.

El camarero ladeó la cabeza y achicó los ojos.

—¿De qué jodida marca?

—¿De qué jodida marca quieres?

—No sé —respondí yo, porque no tomaba cerveza a menudo.

—Dos jodidas Guinness —dijo Max.

—¡Marchando, joder! —exclamó el camarero y puso dos circulitos de cartón en la barra delante de nosotros.

Había un televisor colgado encima de las botellas de bebidas alcohólicas de la estantería, y daban un programa en el que la gente tenía que correr en una carrera de obstáculos. Había un camino de unos treinta centímetros de ancho entre una charca y un enorme muro, del que brotaban guantes de boxeo que pegaban a la gente y la tiraban al agua de abajo si no iban con cuidado. Vimos cómo unos cuantos intentaban cruzar y acababan todos derribados. Cada vez que caía uno, había ruidos de dibujos animados que parecían de muelles disparados o de silbatos agudos. Luego una mujer de tamaño gigante cruzó balanceándose con los brazos y las piernas muy separados, como una araña, y todos los de la barra vitorearon.

—Doce cincuenta, joder —dijo el camarero, poniendo las cervezas oscuras delante de nosotros en los circulitos de cartón.

—Le debes siete dólares —dijo Max—. Esto no es una jodida cita para ligar, venga.

Saqué la cartera y le di al hombre siete dólares.

Max y yo chocamos los vasos, fuimos dando sorbos a nuestras cremosas cervezas y observando cómo hombres y mujeres

intentaban correr pisando en unas pelotas, doce o así, que flotaban en el agua..., el objetivo era llegar hasta una especie de plataforma. Cada vez que alguien caía al lago, había ruidos de dibujos animados, todos los de la barra vitoreaban y gruñían y Max soltaba una risilla, alzaba la cerveza en el aire y gritaba:

—¡Hay que joderse, ¿eh?!

No hablábamos nada, lo que era perfecto para mí. Me sentía feliz sólo con poder cumplir uno de los objetivos de mi vida.

Max, cuando terminó su cerveza, dijo:

—Alcemos los jodidos culos. Tengo que ir a casa y comprobar si mi hermana está bien.

Terminé mi cerveza y pregunté:

—¿Le pasa algo a tu hermana?

—No —respondió Max—. Es sólo que ella no echa de menos a Alice tan jodidamente como yo. Tiene sus jodidas rarezas, pero es familia.

Pregúntale cuáles son esas rarezas de su hermana, me susurró al oído usted, Richard Gere, así que lo hice.

—Bueno, anda siempre con el jodido pelo tapándole la cara. Trabaja en la jodida biblioteca. Hace como si estuviera muy asustada y no sé qué mierda de cosa le pasó hace unos cuantos años. Pero ahora está bien. Sólo un poco en las jodidas nubes. Y si no sabe dónde estoy se preocupa. No le dije que iba a tomar una cerveza contigo porque, joder, ni siquiera sabía quién eras tú hasta esta noche.

Fue como si me hubiese aplastado todas las costillas y tuviese el corazón en llamas.

Acababa de tomar una cerveza con el hermano de la Chicatecaria.

El padre McNamee lo habría llamado «Comunión».

—Pero ¿qué es lo que te pasa, joder? —dijo Max—. Parece que te hubieras dado cuenta de pronto de que te has cagado en los pantalones.

—No me pasa nada —conseguí decir—. Pero tengo que irme.

—Vaya, joder, hay que joderse —dijo Max cuando me alejé de él y me adentré en la noche.

Caminé rápidamente durante una hora o así hasta llegar a casa. El padre McNamee estaba arrodillado en el cuarto de estar, rezando.

—¿Padre McNamee? —dije.

Abrió un ojo y dijo:

—¿Sí, Bartholomew?

—Tengo una cosa que contarle. Una cosa que le parecerá una locura.

—Creo que eso requerirá alcohol.

El padre McNamee se levantó con un gruñido, sirvió whisky para los dos y bebimos en la cocina mientras yo le contaba toda la historia..., todo lo que le he contado a usted antes, permitiéndole saber que estaba locamente enamorado de la Chicatecaria, confesándole eso a alguien por primera vez, lo que resultó sorprendentemente agradable.

Cuando terminé, me sonrió y dijo:

—Me siento feliz por ti. El amor es una cosa hermosa.

—¿Qué cree usted que significa eso?

—¿A qué «eso» te refieres?

—A lo de que me haya visto relacionado por casualidad con el hermano de la Chicatecaria.

—¿Por qué la llamas la Chicatecaria? —dijo él chupándose los labios y bizqueando.

Yo no sabía por qué, así que dije:

—Lo de verme emparejado por casualidad con su hermano. ¿Cree usted que significa algo?

—No sabría qué decir.

—¿Podría ser una intervención divina?

—No hay mucha comunicación entre Dios y yo últimamente. Pero en fin, te lo repito, Bartholomew, me alegro por ti. ¡Salud! —dijo, y alzó el vaso y bebió un trago bastante grande de su whisky.

Cuando terminamos lo que nos quedaba en los vasos, nos servimos otra ronda.

Parecía como si estuviese irradiando luz, de lo animado y feliz que me sentía, pero el padre McNamee parecía ausente.

Yo estaba un poco mareado cuando me fui a la cama.

Soñé de nuevo con mi madre, sólo que esta vez ella no corría ninguna clase de peligro.

Estábamos los dos sentados en el patio de atrás, tomando su té casero, hecho con la menta que cultivábamos en las jardineras. Era una noche de verano de calor pegajoso. Se oían truenos a lo lejos y de vez en cuando veíamos el parpadeo de uno de esos relámpagos del calor. Podíamos saborear la electricidad en el aire. Mamá me miró y dijo:

—¿Por qué crees que Richard te llama «grandullón»?

Luego sacó a colación citas con la palabra «grandullón», y las decía con una voz grave, como si quisiese imitar cómo lo diría un hombre, aunque no se parecía en nada a esa voz que tiene usted,

Richard Gere. Y por la expresión de su cara, pude darme cuenta de que a ella no le gustaba el apodo que usted me había puesto.

—Es mejor que «retrasado mental» —dije.

Mamá se dio una palmada en la rodilla y se echó a reír hasta quedarse casi sin aliento, hasta que le corrían las lágrimas por la cara.

Finalmente, después de que se calmara, dijo:

—¿A quién se le pudo ocurrir poner en duda tu inteligencia? Tú eres más inteligente que la mayoría de las personas, lo que pasa es que la mayoría de las personas no miden la inteligencia como es debido.

Aparté la vista y cuando volví a mirar, ella se había convertido en un pajarito amarillo.

Aquel pajarito me cantó durante un minuto o así y después alzó el vuelo, hacia los relámpagos del calor que brotaban en el cielo cada pocos segundos, creando un efecto estroboscópico.

—¡Mamá! —grité.

Y entonces desperté.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

8

«HASTA EL PUNTO DE NO PODER SOPORTAR LA VISIÓN DE SU SUFRIMIENTO»

Estimado señor Richard Gere:

Wendy vino a visitarme con gafas de sol.

Eran lentes ovales, bastante grandes, que parecían huevos puestos de lado (la parte más estrecha hacia las orejas y la más ancha apoyada en el puente de la nariz). La montura era blanca. Le cubrían la mayor parte de la cara y hacían que su nariz pareciese tan chiquitina como la de un conejito.

—Hola, padre McNamee —dijo cuando pasamos junto a él, que estaba rezando de rodillas en el cuarto de estar.

Él permaneció inmóvil, con las manos entrelazadas, pero luego abrió un ojo e intentó sorbernos con él. Era como ver el orificio nasal de una ballena rompiendo la superficie del agua. Aspiró todo el aire de la habitación.

O tal vez fuese como mirar en un pozo y sentir el ansia de apartarse, para no caer en él..., y de asomarse aun así un poquito más todavía.

Luego cerró bruscamente el ojo y volvió a la oración, y Wendy y yo entramos en la cocina.

Se sentó y se quitó el abrigo, pero se dejó puestas las gafas de sol, lo que me pareció extraño.

—¿Cómo fue la terapia de grupo? —me preguntó—. Arnie dijo cosas muy buenas de ti.

—Fue muy bien. Mejor de lo que yo creí que iría —contesté; luego sonreí, y usted, Richard Gere, susurró en mi mente: *«Sigue. Cuéntale»*.

Parecía usted tan orgulloso de mí. Así que dije:

—Y después conseguí uno de mis objetivos vitales.

—¿De veras? —dijo ella alzando mucho la voz, con entusiasmo, y luego se inclinó hacia mí—. ¿Cuál?

Miré hacia su rodillita (la izquierda; estaba negra porque llevaba

leotardos debajo de la falda de lana), sonreí y dije:

—Tomé una cerveza con un amigo de edad apropiada en un pub. Y después de sólo una reunión con Arnie.

—¡Bartholomew! Qué orgullosa estoy —afirmó, pero el tono era demasiado entusiasta, falso, lo que me deprimió—. ¿Quién fue tu afortunado compañero de pub?

—Max.

Sus cejas anaranjadas saltaron hacia arriba por detrás de las gafas de sol blancas.

—¿Max del grupo de terapia?

—¿Dos personas son un grupo? Yo creí que habría más personas en un grupo de terapia —dije, porque lo creía y había estado preguntándome por qué éramos sólo dos.

—Emparejamos a la gente, como socios. Compañeros que se apoyan. No queremos agobiar a personas como Max y como tú con un grupo mayor. Vosotros necesitáis empezar dando pasos pequeños.

—El duelo de Max es por una gata que se llamaba Alice —comenté, sólo constatando un hecho.

—Los duelos de la gente son por todo tipo de razones. Lo mejor puede que sea no comparar ni intentar medir.

Asentí, totalmente de acuerdo, pensando que también el Dalai Lama habría asentido si estuviese allí.

—¿Y qué bebisteis en el pub? —preguntó Wendy.

—Una Guinness.

—¡Mmmm! ¡Me encanta la Guinness! «Guinness es buena para ti», dicen. Una de las cervezas más sanas. Hay algo en el color oscuro que tiene que creo que es bueno para el corazón. Lo leí en algún sitio. Me hace sentir mejor cuando bebo cerveza. Así que siempre tomo Guinness. Y no puedes beber tantas. Llena demasiado. Así que es también una cerveza segura. Me alegro de que tú y Max...

—¿Por qué llevas gafas de sol? —pregunté. Era una pregunta lógica. La gente no suele llevar gafas de sol dentro de las casas. Wendy nunca había llevado gafas de sol en nuestras reuniones. Y sin embargo, en cuanto esas palabras salieron de mi boca, comprendí que la pregunta era embarazosa y variaría el flujo fácil y agradable de la conversación. Fue como si el poder cambiase de lugar y yo me hubiese convertido en el asesor, o al menos eso me pareció. Fue como si comprendiera que tenía que convertirme en el asesor..., como si fuese necesario hacer algo, y fuese yo el que tenía que hacerlo.

Wendy hizo una pausa y se tomó unos cuantos segundos para pensar su respuesta. Vi mentalmente que alzaba los ojos hacia la izquierda, aunque no podría decirlo seguro porque las lentes negras reflejaban la luz de arriba, convirtiendo el único círculo brillante en dos, en dos lunas robóticas gemelas.

Por fin dijo:

—Estaba jugando al sóftbol con mi novio y sus amigos, y un tiro bajo me pegó en la cara. ¿Quieres verlo?

Yo no le dije nada, pero ella se quitó las gafas de todos modos. Tenía el ojo izquierdo casi cerrado de lo hinchado que estaba, y toda la cuenca ocular de un color amarillo iridiscente, violeta y verde, como si fuera un charquito aceitoso de gasolina lleno de arcoíris.

—Viendo la forma que tienes de mirarme, probablemente debería ponérmelas otra vez —dijo, y luego se puso de nuevo las gafas de sol, y sonrió..., pero aquella sonrisa no era verdad, resultaba más duro mirarla que mirar la magulladura.

¿Te acuerdas del cardenal que tenía en la muñeca la semana pasada? No estaba jugando al sóftbol —me susurró mentalmente usted, Richard Gere—. *Necesita ayuda. Esa mujer necesita que la salven.*

Le miré la muñeca y había una marca roja, aunque se había suavizado considerablemente.

El hombre colérico de mi estómago daba puntapiés y puñetazos.

El problema que ella tenía era evidente.

Empecé a sudar.

—¿Bartholomew? —me dijo—. ¿Estás bien?

Asentí y me miré los cordones marrones de los zapatos.

—Pues no parece que estés tan bien.

Me esforcé mucho por mantener la boca cerrada como siempre.

—¿Qué pasa?

Sabía que si decía lo que pensaba no haría más que provocar problemas.

—¿Bartholomew?

Algo estaba cambiando dentro de mí.

—Puedes hablar conmigo. Aquí estás seguro. Puedes...

Supe que había perdido el control en cuanto empezaron a salirme las palabras de la boca.

Mi boca dijo:

—Al mirar tu ojo magullado... puedo sentir tu dolor. Eso es algo que me pasa a veces. —Lo dije sin poder contenerme. Hacía mucho tiempo que no lo decía libre y abiertamente. Era como si usted,

Richard Gere, estuviese hablando a través de mí. Era, quizá, como si yo estuviese actuando. Diciendo las palabras de un guion. Y sabía por experiencia que decir esas cosas me convertía en un solitario..., me dejaba sin amistades. No quería decir esas cosas.

¡Imbécil!, gritó el hombrecillo de mi estómago.

(He de decir que últimamente parece como si todo se estuviese desembrollando. O quizá como si yo mismo fuese una flor que se abriese al mundo por primera vez. No sé por qué pasa eso, y no es algo que yo pueda controlar, además. Las flores no piensan. Bueno, estamos ya en mayo, así que me estiraré hacia el sol y aflojaré mi puño de pétalos en los dedos de una mano abierta. No piensan nada en absoluto. Sólo crecen, y cuando es el momento, lanzan colores desde sus tallos y se hacen bellas. Yo no soy más bello de lo que era cuando mamá vivía, pero siento como si fuese un puño abriéndose, una flor floreciendo, una cerilla encendiéndose, una bella melena de pelo liberada de un moño..., siento como si muchas cosas antes imposibles fuesen ahora posibles. Y he estado preguntándome si sería ésa la razón por la que no lloré ni me alteré cuando murió mamá. ¿Lloran y se lamentan los pétalos de flores coloreados cuando no están ya dentro de un tallo verde? Me pregunto si los primeros treinta y ocho años de mi vida transcurrirían dentro de mi tallo... de mí mismo. He estado preguntándome muchas cosas, Richard Gere, y cuando leo sobre su vida llego a pensar que también usted tuvo pensamientos similares, que fue por eso por lo que dejó usted la universidad y se convirtió en granjero como su abuelo o en vendedor de seguros como su padre. Y es también por lo que tantas personas pensaron que era usted retraído, cuando sólo estaba intentando ser usted. Pensé que usted solía ir solo a ver películas cuando estaba en la universidad y que se quedaba horas y horas allí, en el cine, estudiando la técnica de la actuación, de la narración y de la filmación. Hacía todo eso usted solo. Tal vez entonces estaba usted en el tallo..., antes de que estallase en la flor del astro del cine internacionalmente famoso Richard Gere. ¡Qué vistosos colores luce usted ahora! Pero no le fue fácil, como he podido ver investigando su vida. Pasó mucho tiempo actuando en teatros. Vivía en un apartamento de la ciudad de Nueva York sin calefacción ni agua, como explicaba un libro. Y luego hizo usted muchas películas antes de llegar a ser famoso..., siempre intentando ganar a John Travolta consiguiendo papeles, y cobrando muchísimo menos que él. Pero ahora es usted Richard Gere. ¡Richard Gere!)

—Posees empatía —dijo Wendy de esa forma suya tan provocativa, intentando desviarme de lo que yo estaba tratando de

comunicar, tomando lo menos relevante porque lo menos relevante es siempre más fácil de abordar.

»Eso está bien —añadió—. Me gusta eso de ti. A las mujeres les gusta la empatía. Tal vez sea ése un buen punto de partida para que empecemos a trabajar en tu otro objetivo vital: tomar algo en un bar con una mujer.

Wendy no entendía lo que yo quería decir cuando dije que podía sentir su dolor, aunque usted, Richard Gere, sí lo entendió. Usted me susurró al oído:

Comprendo. Estás viendo con la mente. Estás agrupando los datos. Puedes verle. Su rostro. Lo que le hace a ella cuando se enfurece. La ves intentando defenderse de los golpes. Se cubre la cara con sus bracitos de niña, pero él es grande y fuerte, guapo y convincente, y culto, y está investido de estima y respetabilidad. Y la ves llorar sola en una habitación durante mucho tiempo hasta que él vuelve y ella se tapa la cabeza defendiéndose, pero esta vez él no le pega. Dice que lo lamenta. Dice que no sabe lo que le pasó. Y hasta llora. Llora. Se disculpa. Dice que la ama. Dice que se esfuerza por no perder el control. Dice que le pegaban cuando era niño, que lo aprendió de su padre y está intentando romper el ciclo. Utiliza las palabras que utiliza ella en su trabajo. Ella piensa que puede salvarle, lo que resulta admirable. Piensa que es una terapeuta fracasada antes incluso de empezar, porque si no puede resolver los problemas de su propia vida... ¿cómo va a ser capaz de ayudar a otros? La ves sola de noche, mirando por la ventana de su dormitorio, a través de su reflejo fantasmal, intentando no verse, intentando desesperadamente verse. Intentando, fallando, sufriendo. Bartholomew, tú puedes verla con el pensamiento, y eso es un gran don. A mí no tienes que ocultármelo. Aunque entiendo por qué se lo ocultas al resto del mundo. Por qué esperaste todo este tiempo para contarme lo de tu don y los problemas que te ha causado hasta ahora en la vida. Cómo finges que no ves con la mente. Cómo intentas ser como todos los demás, pero no puedes. Cómo viste llegar hace mucho tiempo la muerte de tu madre, y por eso ahora no tienes que pasar por ningún duelo, porque ya pasaste por él cuando aún estaba viva. Cómo puedes leer en la gente cuando permites que tu mente trabaje del modo que sólo tu mente puede trabajar. Cómo sabes que ésta es tu hora. En este mismo instante. Que se te dio un regalo hace mucho mucho tiempo y que ha estado esperando todos estos años a que rompieras el papel en que estaba envuelto y lo sacaras de la caja.

Tú lees su mente. O tal vez sólo lo sientes. De cualquier modo, sabes que el nombre de su novio es Adam —me susurró usted al oído mientras Wendy hablaba de cómo impresionar a una mujer, decía

algo sobre escuchar, movía las manos delante de la cara, oculta tras las grandes gafas de sol—. *Crees que te estás volviendo loco, Bartholomew. Ése es tu peor miedo. Bien, pon a prueba a tu mente. Di «Adam» y mira a ver cómo reacciona ella. Haz la prueba. Confía en mí. Sólo tienes que decir la palabra «Adam» a Wendy y entonces ella sabrá que tienes un don. Ella no te ha dicho nunca cómo se llama él. Sabrá que tú puedes ver claramente qué la está haciendo sufrir, y entonces ya no tendrá que simular para ti. Puedes hacer por ella lo mismo que yo he hecho por ti, mostrándote tu don.*

Yo tenía miedo a poner a prueba mi mente, temiendo estar loco, temiendo también no estarlo pero poseer aquel poder extraño.

¿Qué sería peor?

¿Qué haría yo con un poder así?

¿Qué haría yo si quedaba en ridículo delante de Wendy?

¡Idiota! —dijo el hombre de mi estómago, y luego empezó a darme patadas y puñetazos—. *¡Cualquiera que hable con un Richard Gere imaginario es sin discusión posible un* retrasado mental*! ¡Y si sueltas «Adam», seguro que Wendy pensará también que eres un retrasado mental! No tienes ningún don especial. No tienes ninguna clase de poderes. Eres sólo un imbécil estúpido que vivió con su madre toda su vida hasta que se hizo gordo y feo, y retrasado mental y delirante como últimamente y…*

Wendy movía las manos a un lado y a otro más vehementemente, hablando de que toda mujer quiere un hombre cortés y amable… que los gigantes corteses y amables son sexys. Ocultándose tras sus gafas en forma de huevo. Simulando no estar rota y maltratada, herida y aterrada. Fingiendo para mí. Fingiendo para ella misma. Y me di cuenta de que estaba llamándome, a mí, «gigante cortés y amable».

¡Gigante cortés y amable es sólo otra forma de decir «retrasado mental»!, gritó el hombrecillo colérico.

Es hora de que confíes en tu instinto, Bartholomew. Voy a seguir diciendo «Adam» en tu mente hasta que tú lo digas, susurró usted, Richard Gere.

Y fue eso exactamente lo que hizo luego.

Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam.
Adam.

Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam. Adam.
Adam. Adam.
Adam.

Adam. ADAM. ADAM. ADAM. ADAM. ¡ADAM! ¡ADAM! ¡ADAM! ¡ADAM!

—Adam —dije cuando no pude soportarlo más.

Wendy dejó inmediatamente de hablar, le cayeron las manos a los costados.

Fue como si unas tijeras invisibles hubiesen cortado todos sus vivaces hilos danzarines de marioneta.

¡Rápido! ¡Examina su expresión! —dijo usted—. *¿Qué ves?*

Wendy tenía la boca entreabierta, y estaba perdiendo rápidamente el color de su rostro. Era como si alguien hubiese tapado con una cortina blanca una ventana llena de sol.

—¿Por qué acabas de decir «Adam»? —dijo. Había angustia en su voz. La chica buena llena de vitalidad que quería que yo tomase algo en un bar con amigos de la edad adecuada había desaparecido.

¿Ves? —dijo con entusiasmo usted, Richard Gere—. *¿Ves? ¡Eso lo prueba todo!*

—Adam te hizo eso, ¿eh? —dije. Mi seguridad crecía—. La

magulladura del brazo. El ojo morado.

¿Ves cómo tiembla? —dijo usted—. *Alivia su dolor. Sácale el secreto. Practica la compasión.*

Wendy abrió la boca para hablar, pero luego se levantó, cogió su vistosa gabardina y se dirigió precipitadamente hacia la puerta de la calle.

—Perdona —dije, siguiéndola—. Perdona. Quizá no debería haber...

—¿Qué pasa? —dijo el padre McNamee (aún de rodillas en el cuarto de estar) al ver salir a Wendy. Me miró y dijo—: ¿Qué ha pasado?

¡Idiota! —gritó el hombre colérico en mi estómago—. *¡Retrasado!*

Notaba las axilas húmedas, y sudor en la frente. Sentía náuseas, y usted se había ido, Richard Gere.

Se había esfumado.

Podía oír mi propia respiración.

—Está bien, Bartholomew —dijo el padre McNamee—. Salgamos fuera y tomemos un poco el aire.

Abrió la puerta y salí a la tarde fría.

Él salió a continuación.

Miré calle abajo, pero Wendy había desaparecido. Debía de haber caminado muy deprisa, y hasta empecé a preguntarme si se habría ido corriendo.

Intenté pensar... ¿qué significaba en realidad su reacción?

¿Qué había demostrado yo?

«¡Richard Gere!», dije mentalmente, pero usted no respondió. Era como gritar en una cueva vacía y oír sólo ecos.

—Respira —dijo el padre McNamee—. Inspira. Espira. Inspira. Espira. ¿Va a hacer falta que recurra al whisky?

Dije que no con la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —dijo él.

Me tomé un momento para pensar, y el aire frío me refrescó el pecho y me calmó por dentro considerablemente.

Y le conté por fin al padre McNamee con toda exactitud lo que había sucedido en la cocina, salvo que no le mencioné a usted, Richard Gere, por razones obvias. Ni tampoco mencioné al hombre colérico de mi estómago, sobre todo porque no quería decir la palabra «retrasado».

Cuando llegué a la parte en que oí la palabra «Adam» en mi mente, el padre McNamee me miró de reojo como si le hubiese dado un bofetón en la cara, pero luego dijo:

—El que llevase gafas de sol dentro de casa y los cardenales del

brazo..., cualquiera podría haber deducido que nuestra Wendy se encuentra en una relación en la que es víctima de abusos. Pero conocer el nombre del individuo..., en fin, eso es otra cosa. Si ella te hubiese mencionado el nombre antes, si hubiese habido incluso la más leve posibilidad, no habría salido precipitadamente de aquí como poseída por el demonio, ¿verdad que no?

—¿Qué quiere usted decir con eso? —pregunté.

—No sé —dijo el padre McNamee—. Hace unos cuantos años, fácilmente habría dicho: «El Señor se vale de medios misteriosos, Bartholomew, misteriosos» sin pensar nada más. Pero ya no puedo decirlo.

Le miré a los ojos: parecía como si alguien hubiese entrado dentro de él de nuevo y le hubiese robado.

Apartó la vista y dijo:

—¿Estás lo suficientemente bien para cumplir una misión?

—¿Una misión?

—Independientemente de mi crisis de fe y de tu misteriosa capacidad para saber el nombre de un maltratador al que nunca conociste, está muy claro que nuestra amiga Wendy necesita ayuda.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Lo que haría cualquier ser humano decente. Cojamos los abrigos, ¿vale? —dijo, y pronto estábamos ya caminando calle abajo.

El padre McNamee daba grandes zancadas y resultaba difícil ir a su paso.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A la fuente —dijo él.

—¿Cómo supe yo que el novio de Wendy se llamaba Adam? —pregunté.

—Durante la mayor parte de mi vida yo habría dicho algo así: «Tienes treinta y nueve años» —dijo el padre McNamee—. «Has sido un buen católico todos estos años. ¿Necesitas de verdad que te explique de dónde proceden los poderes milagrosos?» Pero no puedo decirte eso esta noche, Bartholomew. Ya no soy tu sacerdote, y por buenas razones.

Pensé en lo que me estaba diciendo implícitamente y deseé que usted, Richard Gere, me hablara, pero en ese momento no estaba usted con nosotros. Le eché de menos. Y quise saber qué me aconsejaría el Dalai Lama. Tenía curiosidad por eso. Estaba claro que tardaría mucho en tener respuestas del padre McNamee.

El padre McNamee subió tres escalones del porche de una casa adosada y llamó al timbre. Me quedé detrás de él, en la acera. Abrió

una mujer de mediana edad con camisón rosa y rulos en el pelo. Fumaba un cigarrillo y sus espinillas desnudas tenían el color azul claro de los icebergs.

—¡Padre McNamee! —gritó y sonrió alegremente—. ¡Qué sorpresa! ¿Dónde ha estado metido? ¡Nos ha tenido la mar de preocupados a todos! ¡El padre Hachette dice que tuvo usted una crisis nerviosa! ¿Está usted bien?

—Estoy muy bien —dijo el padre McNamee—. Bueno, la verdad es que estoy cansado. Pero no es por eso por lo que hemos venido.

La mujer me miró un segundo y luego dijo:

—¿Quieren entrar?

—Supongo que conoce usted a Bartholomew Neil de misa —dijo él, ignorando la invitación—. Bartholomew, ésta es la madre de Wendy, Edna. —Luego le dijo a Edna—: Wendy ha estado aconsejando a Bartholomew. Es parte de sus estudios.

Alcé la mano y sonreí.

Edna me sonrió a su vez y dijo:

—Le conozco de las misas del sábado por la tarde. Yo me siento delante, a la izquierda.

Asentí, aunque no la reconocía y nunca habíamos hablado. (Yo en misa miro sobre todo a las vidrieras, nunca a la gente de alrededor.)

—Necesitamos la dirección actual de Wendy —dijo el padre McNamee.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Aún no estamos seguros del todo —dijo el padre.

Edna lo miró de nuevo como si no entendiese lo que había dicho y luego dijo:

—He fracasado como madre.

—Estoy seguro de que eso no es...

—Es verdad, sí. Wendy se fue a vivir con su novio, un hombre mayor. Creo que es médico —dijo Edna; se le pusieron los ojos vidriosos y rojos—. Ni siquiera lo conozco, y es algo que me preocupa, sobre todo porque Wendy parece distinta. Más dura. Y me siento responsable, pero ¿cómo iba a poder pagarle los estudios? ¡Si apenas alcanza para la hipoteca que tenemos! Le digo que quiero conocerle, y ella cambia de conversación. Es como si me estuviese castigando. Y siempre parece estar triste. Desde que se fue a vivir con ese hombre. ¿Le parece bien eso a usted, padre?

—No, no me lo parece.

—¿En qué clase de problema está metida? ¿Es él cruel con ella?

—Necesitamos su dirección. Estamos intentando ayudarla —dijo

el padre.

La mujer movió la cabeza, se miró las manos y murmuró algo (tal vez una oración) y luego desapareció unos instantes, pero el padre McNamee no se volvió para mirarme, lo que me hizo ponerme nervioso.

Cuando Edna regresó, le entregó al padre McNamee un trocito de papel arrancado de un cartón de cigarrillos, con una dirección garrapateada en la parte de atrás y dijo:

—Wendy es una buena chica. Tiene buen corazón, pero es ambiciosa. Yo soy sólo una más en el vecindario. ¿Es eso tan horrible? ¿Es eso culpa mía? —La madre de Wendy se secó las lágrimas y gimoteó—. No se nos han concedido muchos favores. Dígame una vez más que la ayudará.

—Lo intentaré —dijo el padre McNamee, y asintió para ratificarlo; luego le dio un abrazo. Observé cómo el cigarrillo de ella enviaba una pequeña corriente de humo hacia arriba, por detrás de la cabeza del padre McNamee, cuando le echó los brazos al cuello.

—Sé que usted ya no es sacerdote, pero ¿rezará por mí? —dijo cuando se separaron—. ¿Aunque no sea más que una oración corta?

El padre McNamee inclinó la cabeza y dijo:

—Padre, bendice a esta mujer, hija tuya, e infunde en su corazón la paz que nos prometiste. Guíanos hoy, Jesús. Vela por nosotros a través de los misterios de nuestras vidas individuales y ayúdanos a apreciar la belleza de nuestra... naturaleza perpetuamente truncada. Amén.

—Amén —repitió ella solemnemente. Después alzó las manos, cogió entre ellas las mejillas rojas del padre McNamee y dijo—: Dios le bendiga.

Me llegó el rancio aroma pegajoso a humo añejo de cigarrillo mientras el padre McNamee examinaba la dirección en su mano y trazaba mentalmente una ruta, y luego nos pusimos de nuevo en marcha, caminando rápidamente por la acera.

—¿Cree usted de verdad que hay belleza en nuestra naturaleza truncada? —pregunté, pensando si podría yo ser bello a pesar de todo. Porque había estado claramente truncado durante décadas.

—Lo creo —contestó el padre McNamee.

—¿Como los pétalos de flor de colores que primero están ocultos dentro de un tallo?

El padre McNamee dejó de caminar, me sonrió a través de la barba y dijo:

—La belleza está dentro de todos nosotros, Bartholomew. Sólo que a veces se esconde. Así es, sí.

El padre McNamee siguió andando y andando..., y lo suficientemente rápido para hacerme sudar, aunque era una tarde fría.

Llegamos por fin a una *trinity* que quedaba en la esquina de South y Third Street. El padre McNamee apretó el timbre y lo mantuvo apretado largo rato. Cuando lo soltó, oímos una voz de hombre que decía:

—No tiene por qué tocar el timbre eternamente.

—¿Adam? —dijo el padre McNamee por el interfono.

Silencio.

—¿Quién es?

—Somos amigos de Wendy. ¿Querrá abrirnos, por favor?

Más silencio.

El padre McNamee pulsó de nuevo el timbre.

—¿Con quién hablo? —preguntó Adam.

—Amigos de Wendy.

—¿Cómo se llama usted?

—Bartholomew Neil —respondió el padre McNamee, lo que me sorprendió.

—¿Padre McNamee? —dijo Wendy. Reconocí su voz. Vi en mi mente sus cejas anaranjadas, su piel blanca, casi translúcida.

—Ya no soy un padre. Colgué los hábitos. ¿Recuerdas? Pero sí.

Pocos segundos más tarde se abrió la puerta y allí estaba Wendy, con sus gafas de sol como huevos, pantalones negros elásticos y una camiseta de color granate de la Temple University que le quedaba demasiado grande.

—Adelante —dijo.

Seguí al padre McNamee hasta el primer piso de la *trinity*, donde había un sofá de cuero marrón claro, una mesita de cristal, una alfombra negra peluda como un perro, un mueble bar metálico grande, lleno de docenas de botellas, y un inmenso sillón de cuero de hombre. Era la casa de una persona rica. Me di cuenta enseguida.

—¿Cómo ha conseguido usted esta dirección? —le dijo Wendy al padre McNamee.

—Me la ha dado tu madre.

—¿Por qué?

—Se la he pedido yo.

—¿Por qué?

—Estábamos preocupados..., Bartholomew y yo. Al ver que te ibas tan deprisa...

—Lo siento. Es que no me encontraba bien.

El padre McNamee enarcó sus tupidas cejas blancas.

—¿Por qué no sube y conoce a Adam? —dijo Wendy.

—Adam, dices. ¿Ése es el nombre del afortunado? ¿Adam?

—En realidad no es un nombre tan raro ahora, ¿no? —dijo Wendy y luego forzó una risa—. Suba y conózcalo.

La seguimos por una escalera de caracol de hierro hasta una cocina-comedor. Un hombre guapo con bata de médico azul cielo se levantó al vernos. Parecía de mi edad..., diez años mayor que Wendy como mínimo. En la mesa había dos platos y dos vasos de vino. Estaban comiendo carne roja, rábanos y espárragos.

Adam tenía los ojos azules y el pelo castaño bien cortado pero un poco desgreñado como el de usted, Richard Gere. Wendy nos presentó. Cuando me estrechó la mano, apretó fuerte de veras, haciéndome un poco de daño.

—He oído hablar mucho de ti —dijo—. Siento lo de tu madre.

Asentí y luego fijé la mirada en los cordones marrones de mis zapatos. No creo que Wendy hablase mucho de nuestras sesiones con nadie más porque eso viola la confidencialidad asesor-cliente. Empecé a tener la sensación de que no debería haberle dicho absolutamente nada sobre mí mismo a Wendy.

—¿Les apetece beber algo? —dijo Adam.

Pronto estábamos sentados a una mesa grande de madera con vasos de vino en la mano.

Bebí un sorbo y parecía un vino caro, o tal vez yo supuse que lo era, porque no sé casi nada de vinos.

—Bueno... ¿a qué debemos este honor? —preguntó Adam, de un modo que parecía indicar que prefería comer su carne roja y sus rábanos, que fue exactamente lo que empezó a hacer—. No quiero dejar que un buen filete de Kobe se quede frío —añadió, como si pudiese leerme el pensamiento—. Si hubiese sabido que iban a venir ustedes habría...

—Estamos preocupados por Wendy —dijo el padre McNamee.

—¿Por qué? —preguntó Adam mientras masticaba, con aire de absoluta despreocupación.

—Tal vez porque parece como si hubiese aguantado diez asaltos con el campeón actual de los pesos pesados.

—Ya conoce a Wendy. Cualquier cosa que pueda hacer un hombre, ella puede hacerla mejor..., y no le diga lo contrario. ¡No, ella jugará al sóftbol contra todos los hombres y no hay más que hablar! —exclamó Adam, y luego sonrió a Wendy—. Es tan competitiva que paró un tiro bajo con la cara en un momento de apuro. Ella no es de las que se agachan. Admirable. Hay que

admitirlo.

Wendy sonrió también pero no decía nada. Parecía tan tiesa como un recortable en cartón de sí misma.

Adam dijo «admirable» de un modo que me hizo pensar que estaba diciendo la verdad. Era como ver un programa de televisión. Parecía el protagonista del espectáculo (el bueno), y que todo lo que dijera fuese a ir seguido por una banda sonora de risas de centenares de personas que le amaban. Era ese tipo de persona, de esos que podrían hacerte querer creer mentiras, de los que hacen que te sientas estúpido, feo y demasiado cohibido para expresar tus propias ideas, sin que importe lo seguro que puedas estar de que tienes razón y él se equivoca.

El padre McNamee se le quedó mirando fijamente..., era casi como si hubiese entrado en trance.

—¿Por qué me mira de ese modo? —dijo Adam—. ¿Qué se propone?

El padre McNamee abrió los remolinos de sus ojos y los remolinos empezaron a sorber.

—Bueno. Basta ya. Está empezando a ponerme nervioso.

Podías sentir la fuerza.

Yo medio esperaba que los platos y los cubiertos empezasen a deslizarse hacia el padre McNamee.

Aparté la vista.

—Pero ¿qué pasa con esta gente? —dijo Adam a Wendy, y luego apuró el vino de su vaso.

El padre McNamee seguía mirándole fijo a los ojos.

Los remolinos estaban empezando a asustar de verdad a Adam, lo veía claramente.

Estaban sorbiéndole el color de la piel.

Un gigantesco elefante de color rosa había ocupado la habitación entera y estaba aplastándonos contra las paredes, haciendo que resultase cada vez más difícil respirar.

—Deje de mirarme —dijo Adam al padre McNamee.

El padre McNamee se inclinó hacia delante y siguió mirándolo fijamente.

—Tú me dijiste que el tipo grande estaba loco, pero no que también el cura estuviese chiflado —dijo Adam dirigiéndose a Wendy.

El hombre iracundo de mi estómago empezó a bufar con mucha furia.

—¡Yo nunca he utilizado las palabras «loco» y «chiflado»! —me dijo Wendy.

—Oiga —dijo Adam—, ¿por qué me mira usted así?

El padre McNamee siguió mirándolo.

—¡Deje de mirarme de ese modo! —dijo Adam—. ¡Basta ya!

El padre McNamee le miraba tan fija e intensamente que empezó a temblar un poco.

—Horrible —dijo—. Horrible lo que debe de haberte pasado cuando eras niño. He aconsejado a muchos maltratadores, y todos ellos habían sido maltratados. Lo aprendiste y ahora tienes que desaprenderlo.

—¡Salga usted inmediatamente de mi casa! —dijo Adam.

—Horrible —dijo el padre McNamee girando la cabeza—. Estás roto.

Adam se levantó de un salto y rodeó la mesa, como si estuviese a punto de atacar al padre McNamee, pero Wendy se levantó y le puso una mano en el pecho.

—Vale. Ya se van.

—¡Quiero que se vayan inmediatamente de aquí! —dijo Adam, los ojos muy abiertos, las venas hinchadas.

—Está bien —dijo Wendy, acariciándole los bíceps—. Vete arriba. Yo haré que se vayan.

—Juro que si estos dos payasos no se han ido de aquí cuando yo...

—Deja que yo me encargue. Tú tienes cosas más importantes de las que ocuparte. Déjame a mí, no tiene ninguna importancia. No es nada. No te preocupes.

Adam nos miró furioso durante unos incómodos diez segundos.

—¡Fuera! ¡Quiero que se vayan de mi casa! —gritó después, y subió pisando fuerte por la escalera de caracol.

—Es mejor que se vayan —dijo Wendy temblando.

El padre McNamee se acercó a ella y le cogió la cara entre las manos. Le quitó las gafas de sol y su ojo negro parecía aún peor que antes. Los colores se habían apagado, pero el daño parecía más pronunciado y permanente..., como si se hubiese asentado para siempre en la piel.

—No quieres volver con tu madre, ya lo sé. Crees que sería dar un paso atrás. Sé que está deprimida. Que puede resultar agobiante. Adam te proporciona una buena vida, económicamente. Te paga los estudios. Te compra cosas bonitas. Es guapo además. Parece una llave resplandeciente para una vida bella y mejor. Crees que puedes salvarle, pero no es así como se salva a la gente.

—Me hice daño jugando al sóftbol —insistió Wendy, pero estaba llorando ya, y sus palabras la hacían parecer una niña.

—Puedes vivir con Bartholomew y conmigo —dijo el padre McNamee—. Ven con nosotros, ahora, y te será más fácil. Si te quedas, volverá a pegarte cuando nos vayamos. Tú ya lo sabes. No puede evitarlo. Está enfermo. Y no te equivoques, tú formas parte ahora de esa enfermedad. Estás manteniéndole enfermo. Continuando el ciclo. Tienes que irte inmediatamente... por él, por ti.

—Fue un partido de sóftbol. Yo jugaba de tercera base. Un tiro bajo me dio en el ojo —dijo Wendy, pero con la vista fija ya en las zapatillas, y sus palabras eran quedas y livianas como plumas desprendidas.

—Nuestra puerta está abierta para ti a cualquier hora, del día y de la noche —dijo el padre McNamee; luego le dio un abrazo—. Vámonos, Bartholomew.

Empezamos a bajar por la escalera de caracol.

—¿Cómo supiste que se llamaba Adam? —me dijo Wendy. Estaba apoyada en la barandilla, viéndonos bajar. Se había puesto otra vez las gafas de sol. Sus palabras furiosas resonaron en mi cabeza: «¿Cómo lo supiste?».

No se me ocurría ninguna forma apropiada de contárselo, así que me limité a encogerme de hombros.

Pero luego me acordé de una cosa que decía el Dalai Lama en su libro *La mente despierta*:

—«Deberíamos esforzarnos por procurar el bienestar de los demás hasta el punto de no poder soportar la visión de su sufrimiento». Eso lo dijo el Dalai Lama. No puedo soportar ver tus magulladuras. Por eso hemos acabado viniendo aquí. Es todo lo que te puedo explicar en este momento.

—¡Nuestra casa está abierta para ti! —gritó el padre McNamee desde el final de la escalera, y luego salimos.

No hablamos nada en el camino de vuelta a casa.

Creo que los dos sabíamos lo que le estaba pasando a Wendy mientras caminábamos (como si nuestros pasos lentos fuesen oraciones que pudiesen salvarla) y aunque habíamos hecho todo lo posible por protegerla, no había ya nada más que pudiésemos hacer.

Parecía que el padre McNamee se hubiese quedado sin fuerzas, y yo igual.

Él se puso de rodillas y empezó a rogar al Todopoderoso en cuanto llegamos a casa, y no dejó de hacerlo hasta que, bien entrada ya la noche, sonó el timbre de la puerta.

Era Wendy.

Tenía hinchado y magullado todo el lado izquierdo de la cara. Los dientes enrojecidos de sangre. Parecía vencida y derrotada.

—Soy tan estúpida. Soy tan débil... —dijo con la voz de una niña pequeña, y lo sentí por ella. Yo deseaba aliviar su dolor, sobre todo porque estaba diciendo cosas que el hombrecillo colérico de mi estómago dice continuamente, y sé lo horrible que es oír esa clase de palabras asociadas con uno y creer que es todo verdad.

Se acurrucó en nuestro sofá y lloró y gimió en brazos del padre McNamee, que le frotaba la espalda, mientras yo me retorcía las manos hasta que casi parecieron escaldadas.

Cuando lloró todo lo que tenía que llorar, el padre McNamee la tapó con una manta y susurró:

—Aquí estás segura, y puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

Se quedó dormida en posición fetal.

—Necesita descanso —me susurró el padre McNamee, y le seguí escaleras arriba.

Se detuvo en el pasillo y me pasó su petaca. Era de plata y tenía escrito

RELIGIOSO

Bebimos varios tragos largos de whisky cada uno. Me sentí caliente por dentro. Cuando le entregué la petaca vacía, me dio dos palmaditas en la mejilla y me sonrió.

—Hemos hecho una buena obra esta noche —dijo.

—Yo no he hecho nada.

—Claro que lo has hecho —dijo el padre McNamee, y había mucho orgullo en su cara.

Abrí la boca para hablar pero las palabras no me salían.

Estaba confuso.

—Buenas noches, Bartholomew —dijo finalmente el padre.

—Buenas noches —contesté.

Entró en la habitación de mamá y cerró la puerta.

Yo había sacado todas las cosas de mamá, la mayoría de las cuales las había dado a la tienda de cosas usadas de la beneficencia, pero seguía siendo aún la habitación de ella (el lugar donde había dormido muchas décadas) así que resultaba extraño pensar en nuestro sacerdote durmiendo allí ahora. Y sin embargo tuve la sensación de que a mamá le habría parecido muy bien que el padre McNamee usase su cama, porque era su sacerdote favorito..., un hombre que era para ella todo bondad.

Me quedé parado en el pasillo preguntándome si podría atribuirme algún mérito por lo que había hecho el padre McNamee para ayudar a Wendy. No podía decidir.

Así que me fui a mi habitación y le escribí a usted esta carta.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

9

REALMENTE HABÍA PAUTAS EN EL UNIVERSO

Estimado señor Richard Gere:

Wendy no se levantó de nuestro sofá en tres días, y el padre McNamee rezó durante todo ese tiempo en la habitación de mamá, que se está convirtiendo en la suya, y me duele un poco el cerebro por ello.

Los últimos días han sido desconcertantes, pues no sé si me gusta que haya tantas personas en casa de mi madre (sobre todo Wendy, a quien mamá ni siquiera conoció). Empezaba a parecer que mamá no hubiera vivido aquí nunca, y eso no me gusta nada.

Intenté recordar lo que dice el Dalai Lama sobre la compasión en *La mente despierta*: «Cuando nuestro corazón se llena de empatía, surge en nosotros un fuerte deseo de aliviar el sufrimiento de los demás». Era evidente que Wendy sufría. Y yo deseo que mi corazón se llene de empatía; deseo parecerme a usted todo lo posible. Y me esfuerzo por ello.

El padre McNamee llevó a Wendy tostadas con mantequilla, zumo de naranja, macarrones, queso y café, pero ella lo dejó todo intacto y siguió casi continuamente con la cara oculta entre los cojines del sofá. La oí usar el cuarto de baño a altas horas de la noche y me pregunté cómo se habría aguantado durante todo el día. Los cardenales de la cara estaban pasando del morado al amarillo. El padre McNamee dijo que eso significaba que Wendy se estaba curando por fuera, pero no por dentro, y que se sentía avergonzada, sobre todo por haber «intercambiado papeles conmigo». Yo no entendí al principio lo que quería decir con eso, pero al cabo de un día o así deduje que se refería a que era yo quien intentaba ayudar a Wendy a superar un período difícil cuando era ella la que tenía que ayudarme a mí. Comprendo que se sintiera fracasada por eso, y empecé a preguntarme si tendría una mujercita en el estómago que le gritaba e insultaba.

He intentado hablar con Wendy, o con su cuerpo acurrucado

bajo la manta en el sofá. Primero le dije que lamentaba lo que había ocurrido. Le pregunté si debíamos denunciar a Adam a la policía y me ofrecí a acompañarla, a darle la mano mientras informaba de la violencia de su pareja —le conté incluso lo difícil que me había resultado hablar yo solo con el personal del hospital y con los asistentes sociales sobre el cáncer que estaba consumiendo el cerebro de mamá, y cuánto me habría gustado que alguien me cogiese la mano y estuviese a mi lado—, pero Wendy no reaccionó; ni siquiera me miró a los ojos. Luego le pregunté si quería aconsejarme sobre tomar una cerveza con una mujer en un bar, pensando que quizá volver a nuestros papeles originales la ayudase a sentirse mejor y más normal; pero ni siquiera alzó la cabeza. Probé después a hablarle del tiempo y de las noticias de actualidad que había leído en la red, en la biblioteca, pero no respondió. Siguió con la cabeza oculta en los cojines del sofá. Así que yo sólo oía cantar a los pájaros resistentes (o perezosos) del otro lado de la ventana de la cocina y pensé que esas pequeñas criaturas aladas cantan sin parar, indiferentes a quién muere o a quién le pegan o quién se siente fracasado.

Los pájaros son inalterables como el sol.

Anoche, quise ver una película, porque necesitaba un poco de «magia cinematográfica», como decía mamá, porque ella y yo siempre veíamos una película cuando uno de los dos estaba triste o cuando había pasado algo malo en el mundo. «La magia cinematográfica es la solución», me decía mamá cogiendo una cinta de vídeo y moviéndola como una pandereta. Así que saqué una de mis cintas de vídeo preferidas *(Oficial y caballero)*, la agité en el aire igual que mamá y dije «¡Magia cinematográfica!» como si esas palabras y el agitarla pudiesen curar a Wendy, esforzándome al máximo por creer en el poder de la fe. Wendy siguió echada con la cabeza debajo de los cojines, su posición habitual, así que me senté en el suelo con la espalda apoyada en la parte de abajo del sofá, como solía hacer cuando era adolescente y mamá estaba tumbada en él.

Cuando veía la secuencia inicial de la película, en la que usted (como Zach Mayo) le dice a su padre borracho que quiere ingresar en la marina y pilotar reactores, el padre McNamee, mi exsacerdote, empezó a hacer estallar palomitas de maíz en el microondas, lo cual me sorprendió, porque llevaba rezando casi siete horas sentado a la mesa de la cocina, y yo creía que estaba profundamente sumergido en su intento de conversar con Jesús.

Verlo a usted en la pantalla de televisión después de nuestras

muchas conversaciones resultó un poco surreal: sobre todo porque era la primera vez que veía una de sus películas desde que murió mamá, y nunca había visto ninguna sin ella. Yo creía que me pondría triste, que la echaría de menos, pero verlo a usted esta vez me hizo sentirme orgulloso de conocerlo, si es que eso tiene sentido. Ya había visto *Oficial y caballero* mil veces, pero ésa era la primera que la veía como amigo suyo. Fue una experiencia completamente distinta, que me hizo preguntarme si usted, Richard Gere, puede ver alguna vez una película, porque probablemente conozca ya a todos los actores de Hollywood, así que cada vez que vea una, no verá desconocidos que simulan, sino personas con quienes ha trabajado y conversado, y hasta probablemente haya tomado algo en un bar.

El padre McNamee se sentó en el suelo, a mi lado, y colocó un gran cuenco de palomitas de maíz entre los dos. Bebía su whisky en una taza de café, y yo le dije: «No, gracias», cuando me ofreció un trago, porque quería disfrutar de la película plenamente consciente y el whisky a veces me da sueño.

El padre McNamee tenía algunas palomitas en la barba.

Vimos cómo se entrenaba usted, Richard Gere, para convertirse en piloto, le vimos hacer el amor, le vimos hacer amigos, le vimos montar en su motocicleta, le vimos bailar, le vimos simular que era un hombre atribulado, preocupado. Pero cuando le sorprendieron escondiendo zapatos y hebillas de cinturón extra en el techo abatible, y el furioso Louis Gossett Jr. intentó forzarle a abandonar el curso (obligándole a hacer un montón de flexiones, rociándole la cara con una manguera y ofendiéndole de muchos modos sumamente humillantes, mientras todos los demás se iban de permiso) recordará que el señor Furioso Gossett Jr. le dice esto: «En el fondo sabes muy bien que todos estos chicos y chicas son mejores que tú. ¿No es cierto, Mayo?».

Tuve la sensación de que usted y yo éramos muy parecidos en eso.

Y el hombrecillo furioso de mi estómago me dio patadas y puñetazos y me gritó:

¡Imbécil! ¡Tú no te pareces en nada al actor de cine Richard Gere, ni al personaje que interpreta en la película, que es un ser completamente distinto! (¡E imaginario!) Y tú no eres más que un idiota que finge que no es capaz de ver la diferencia porque no ha hecho nada en la vida ni lo hará nunca y por eso prefiere la ficción a la realidad. Tu realidad es ésta: ¡Todo el mundo es mejor que tú! ¡Todos! ¡Ni siquiera fuiste capaz de impedir que muriera tu madre, retrasado mental!

Y mientras el hombrecillo de mi estómago me daba patadas y

puñetazos y gritaba, empecé a pensar en él como mi propio Louis Gossett Jr. en miniatura.

Usted gritaba «¡No, señor! ¡No, señor!» en la película, como recordará, y me di cuenta de que yo había gritado eso mismo también con usted en la vida real, allí en el cuarto de estar de mamá, cuando el padre McNamee me miró y dijo: «¿Te encuentras bien?».

Asentí. Me rodaron unas cuantas lágrimas por las mejillas antes de que pudiese enjugarlas, y luego vimos cómo el furioso Louis Gossett Jr. intentaba conseguir que usted abandonase, cómo le obligaba a hacer abdominales y cómo finalmente usted gritaba: «¡No tengo ningún otro sitio adonde ir! ¡No tengo nada más!».

Recuerdo que mamá lloraba siempre cuando usted decía eso, tal vez porque ella sólo había tenido nuestra casa y a mí durante tantos años. Ella siempre quiso más. Ella quería el cuento de hadas, pero en vez de eso tuvo un cáncer de cerebro, a pesar de que era una buena mujer que nunca hizo nada malo ni hizo daño a nadie, nunca.

El padre McNamee y yo estuvimos allí sentados hasta que se acabó la película..., aunque yo sólo miraba la pantalla sin permitir que las imágenes y los sonidos entrasen en mi mente.

Fue como si me retirase al fondo de una sombra oscura dentro de mi cráneo, y escondido allí, en un polvoriento desván de mi mente al que raras veces accedía, pensase en mamá: en que ya no estaba aquí conmigo. Dónde podría estar ella..., cómo podría ser en realidad el Cielo.

La echo de menos.

La echo muchísimo de menos.

Y aunque me dé cuenta de que es egoísta, deseé que ella estuviese conmigo viendo la película, acariciándome la coronilla incluso, en vez de Wendy y el padre McNamee. Deseaba que nada hubiese cambiado. Deseaba que la vida fuese justa y hermosa. Y esos pensamientos repugnaban y mareaban al hombrecillo furioso de mi estómago.

—¿Bartholomew? —me dijo el padre McNamee, dándome con el codo en el brazo.

Le miré. Parecía preocupado.

—¿Te encuentras bien?

Asentí.

Miré a Wendy por encima del hombro, y su cabeza seguía enterrada bajo los cojines.

—Estoy cansado —dije.

—¿Quizá deberías irte a la cama?

Deseaba preguntarle al padre McNamee si debíamos hacer algo más para ayudar a Wendy, si estaba mal lo de querer que mi madre estuviese aún allí conmigo y no en el Cielo, y qué íbamos a hacer después y qué iba a seguir haciendo yo el resto de mi vida. Pero sabía que él diría que todo eso ya lo revelaría Dios a Su tiempo y no al nuestro..., que deberíamos simplemente esperar a que Dios me hablara, a que empezase a oír Su voz, que teníamos que ser pacientes. O peor aún, diría que él ya no era sacerdote y Dios ya no le hablaba. Como sabía en el fondo lo que iba a decirme en realidad mi director espiritual, decidí que no tenía sentido preguntarle todo eso.

Así que subí a mi habitación, apagué las luces, me desprendí de la conciencia y me sumergí enseguida en el otro mundo.

Soñé de nuevo con mi madre, que venía a sentarse al borde de mi cama.

—¡Mamá! —le decía en el sueño, e intentaba abrazarla, pero ella era fantasmal y mis brazos atravesaban su cuerpo.

—¿Podemos hablar?

Sonrió y asintió.

Tenía el mismo aspecto que tenía al final, aunque con pelo y sin ninguna cicatriz quirúrgica.

Era ella misma... igual que antes de que la cambiase el cáncer calamar.

—¿Qué debería hacer yo el resto de mi vida?

Se encogió de hombros.

—Ni siquiera sé lo que quiero. Nunca lo he sabido. Y menos aún cómo conseguirlo. ¡No sé nada de nada, de verdad!

Nos miramos unos instantes.

Cuando se hizo evidente que ella no respondería, dije:

—Me gustaba vivir contigo, mamá. Mucho. Te echo de menos. Estoy tan perdido.

Pero entonces empezó a esfumarse.

—¡¿Adónde vas?! —grité—. ¡No me dejes!

Ella sonrió una vez más antes de desaparecer de la existencia y yo desperté, sudando, y alguien me susurraba al oído: «Chsssss».

Empezó a latirme con fuerza el corazón, porque pensé que tal vez mamá hubiese vuelto a hacerse real, o yo hubiese soñado que se moría de cáncer y ahora despertase para vivir como antes de morirse, pero no se veía nada porque estaban apagadas las luces y echadas las cortinas.

—¿Quién está ahí? —dije por fin.

—No tengo otro lugar adonde ir —dijo una mujer en la oscuridad, repitiendo la frase más memorable de usted en *Oficial y caballero*, una de las favoritas absolutas de mamá. Pero no era mamá, podía apreciarlo por el olor de la mujer, un leve aroma a albaricoque, limón y jengibre que se desprendía de su ropa.

Al cabo de unos instantes, dije:

—¿Wendy?

Podía oírla respirar en la oscuridad.

—¿Crees que soy una fracasada? —dijo.

Intenté distinguir su rostro, pero no podía centrar la vista. Finalmente, dije:

—¿Qué?

—¿Crees-que-soy-una-fracasada?

—No.

—Sí lo crees.

—¿Por qué iba a creerlo?

—Porque tengo que ayudar a las personas a vivir vidas saludables, y permito que un individuo me maltrate física y sicológicamente porque tiene dinero, poder e influencias.

—Puede que estuvieses sólo intentando encontrar tu bandada —dije, recordando lo mucho que le gustaba a ella hablar sobre eso—. Tal vez lo único que pasó fue que diste con un mal pájaro.

—Un mal pájaro... —repitió ella y se echó a reír—. ¿Por qué hice eso, incluso accidentalmente, Bartholomew? Piénsalo.

—No lo sé. ¿Quizá porque es guapo, rico y persuasivo? ¿Quizá porque fingías y te ocultabas cosas a ti misma?

Se rio de aquel modo tan leve en la oscuridad..., y eso me hizo sentirme incómodo.

—Si rompiera con Adam tendría que dejar la escuela. Ésa es la cruda y simple realidad. Y si dejara la escuela, mi futuro se ensombrecería de forma espectacular. Está demostrado estadísticamente.

—¿Por qué tendrías que dejar la escuela?

—Es él quien paga la matrícula. Y quien aporta la casa y la comida: todo lo que necesito.

—¿No podría proporcionarlo otro? —dije yo.

—No lo creo.

—Podrías conseguir un trabajo.

Se echó a reír de nuevo de un modo que me hizo pensar que yo estaba en lo cierto y al mismo tiempo equivocado.

—Nosotros no queremos que él te maltrate —dije.

—Vosotros no queréis que se maltrate a nadie, ¿verdad?

—No, no queremos que se maltrate a nadie.

—Pero habrá personas maltratadas siempre, eternamente. El maltrato existe desde el principio de los tiempos..., y existirá siempre, lo queráis vosotros o no. Tú estás encerrado en casa de tu madre y en la biblioteca, así que no tendrás que preocuparte por todos ni por nadie. Tú ni siquiera participas en el juego. Para ti debe de ser muy fácil.

La voz de Wendy era fría ahora.

—Yo procuro ayudar a todos los que conozco —dije—. No puedo conocer a todo el mundo. Tienes razón. Tengo limitaciones. Pero a ti te conozco. Y quiero ayudarte. De verdad.

Siguió un largo silencio.

—¿Por qué? —dijo Wendy.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué te preocupas por mí? ¿Por qué quieres ayudarme? En serio, quiero saberlo. ¿Es algo religioso?

—Porque eres una buena persona. Procuraste...

—No soy una buena persona.

—Claro que lo eres.

Se echó a reír y fue como si me pegaran en la cara con una bola de hielo.

—Te mentí con lo de que no me iba bien en la escuela sólo para conseguir que fueras con Arnie. En realidad tengo una media excelente. Soy la primera de mi clase. Mi plan era traspasarte a Arnie para no tener que trabajar más contigo.

¡Ja! ¡Te lo dije! ¡El idiota del siglo!, gritó el hombrecillo iracundo, y empecé a sentirme mal.

—Me mentiste. ¿Por qué?

—Porque no soy una persona buena.

El hombrecillo de mi estómago se metió un pliegue de mis entrañas en la boca y empezó a masticar con sus dientes agudos, clavándome al mismo tiempo las uñas como garras de sus pies en los intestinos.

—¿Por qué no quieres trabajar conmigo? ¿Por qué? Tengo que saberlo. Quiero oírlo directamente de tu boca.

Wendy no contestó nada, pero el hombrecito de mi estómago dejó de masticar para decir:

Porque eres idiota. Lo peor de lo peor. Un hombre al que sólo ha querido su madre, que ha muerto. ¡Un retrasado mental! Una colección de átomos que deberían reciclarse en el Universo. ¡Un gran montón de mierda!

Noté que Wendy se inclinaba hacia mí, sentí el calor de su

aliento una fracción de segundo y luego me posó los labios en la mejilla izquierda y la mano en la derecha.

—Tú eres mejor persona que yo —me susurró al oído—. Y te odio por ello.

Salió de la habitación y sentí la calidez de su mano y de sus labios en la cara. Sus palabras me ardieron en los oídos durante horas mientras seguía echado boca arriba, mirando hacia el techo a oscuras.

Aquello me recordó no sé por qué la época en que Tara Wilson me engañó y luego me rescató del sótano del instituto pero no volvió a hablarme nunca más. Fingía ser una desconocida, mala e indiferente, siempre que nos cruzábamos en el pasillo. Y supe de algún modo que iba a suceder lo mismo con Wendy. La historia se repetía. Realmente había pautas en el Universo.

Cuando salió el sol, bajé, y Wendy se había ido.

Había dejado una nota:

> *Voy a arreglar las cosas con Adam. No intervengan, por favor. Dimito a partir de ahora como asesora de duelo de Bartholomew. Arnie lo tratará gratuitamente si desea continuar con su terapia, porque Arnie dispone de fondos, y Bartholomew es el sujeto de experimentación adecuado. No quiero verlos más a ninguno de los dos. Respeten mis deseos, por favor.*
>
> WENDY

El padre McNamee leyó la nota y salió de casa como una exhalación, sin molestarse en abrocharse el abrigo. Le seguí; resultaba difícil mantener el paso, porque iba muy deprisa.

No podía dejar de preguntarme qué había querido decir Wendy con lo de «sujeto de experimentación» y por qué yo era el tipo adecuado. No me gustaba cómo sonaba aquello, pero sabía que no era un buen momento para preguntarle al padre McNamee, porque tenía la cara enrojecida y respiraba laboriosamente como siempre que está muy agitado.

Paramos en casa de la madre de Wendy, pero Wendy no había estado allí. El padre McNamee explicó la situación (que estaba intentando ayudar a Wendy, pero que ella nos había dejado en mitad de la noche), y Edna rompió a llorar.

—Nunca he sido una buena madre —se lamentó.

—Rece —dijo el padre McNamee—. Rece. Tenga fe.

Luego el padre McNamee inclinó la cabeza y, tras rezar una oración en silencio, hizo la señal de la cruz y se volvió para irse.

(Me pregunté si actuaría así instintivamente, simulándolo, o si

habría arreglado las cosas con Jesús.)

—¿Padre? —dijo la mujer cuando él ya se iba—. ¡Espere, padre! ¡Por favor! ¡No sé qué hacer!

Yo me quedé parado en la acera, deseoso de confortar a la mujer, pero sin saber cómo.

—¡¿Qué debo hacer?! —gritó la mujer.

Era evidente que el padre McNamee no iba a volver, así que eché a correr para alcanzarlo.

—Edna está muy alterada —le dije.

No me contestó.

Tras unas cuantas manzanas, comprendí que nos dirigíamos a la *trinity* de Adam. Me esforcé al máximo por ir al paso del padre McNamee, que sudaba mucho y respiraba muy audiblemente.

Cuando llegamos, el padre aporreó la puerta, apretó el botón del interfono y gritó:

—¡Abre!

—Wendy no quiere hablar con usted —dijo Adam por el interfono.

—¡Es sólo una muchachita, cabrón! —gritó el padre McNamee al cuadrado gris que parecía un micrófono—. ¡Tienes el doble de años que ella!

—Debe irse. Ella quiere estar conmigo. Ha hecho su elección. Y si no se va usted inmediatamente llamaré a la policía.

—¡Wendy! —gritó el padre McNamee por el interfono, con una potencia que me dio miedo—. ¡Él no se lo merece! Huye de ese animal mientras puedas, antes de que mate a golpes lo mejor de ti y...

—Voy a llamar a la policía ahora mismo —dijo Adam—. Si está usted ahí cuando lleguen, informaré sobre las magulladuras de Wendy cuando volvió después de estar a su cuidado.

—¡Wendy! —gritó como un loco el padre McNamee.

Los transeúntes se habían parado a mirar, y yo sentía sus ojos fijos en nosotros. Un individuo había empezado a filmar con la cámara de su teléfono móvil. Me pregunté si pondría en la red la cólera del padre McNamee.

Sucedía todo demasiado rápido.

La policía estaba en camino.

El hombrecillo se abría paso a través de mis intestinos con un punzón de romper hielo.

Adam era mucho más creíble que el padre McNamee y que yo. Te dabas cuenta de eso sólo con mirarlo. Wendy corroboraría su versión porque necesitaba que le pagase sus estudios. Los polis le

creerían más que a nosotros sin la menor duda. Estaba convencido de ello. Y la verdad me aterraba.

—Tenemos que marcharnos —le dije al padre McNamee—. Tenemos que irnos ya.

Me miró y sus ojos ya no eran remolinos que lo sorbiesen todo a nuestro alrededor, las pupilas parecían dos diminutos copos de nieve negros. Daba la sensación de que fuese a quedarse ciego.

Apartó el dedo del botón del interfono.

Alcé la vista y vi a Wendy arriba en la ventana. Nuestros ojos se encontraron antes de que se apartase. Parecía tan asustada como yo.

—Esto no es como debería ser —dijo el padre McNamee, como si hablase consigo mismo..., como si no me viese en realidad—. ¿Qué pasa?

—Tenemos que marcharnos —dije y luego lo arrastré tirándole del brazo.

Me dejó guiarle, como si se hubiese convertido en un niño asustado y yo fuera su padre.

Todo empezó no sé por qué a darme una impresión de *déjà vu*..., como si yo ya hubiese hecho aquello antes.

Cuando nos habíamos alejado seis o siete manzanas de allí, el padre McNamee sacó su petaca y la vació del todo, allí mismo, en la esquina, hasta que le corrieron por las comisuras de los labios arroyuelos dorados.

El padre McNamee se estaba descomponiendo a toda prisa.

Recordé lo que me había dicho el padre Hachette del trastorno bipolar.

Yo, siempre que me siento deprimido, voy a la estación depuradora de aguas, detrás del Museo de Arte, y me quedo mirando cómo corre el río y eso me ayuda.

Tenía algo de dinero en el bolsillo, así que paré un taxi, metí dentro al padre McNamee, lo saqué luego de él y estuvimos mucho tiempo viendo correr el río, sólo mirando el agua y escuchando su rumor.

Hacia el mediodía, rompí el silencio; dije:

—Padre, ¿se encuentra bien? Estoy preocupado.

—¿Te ha hablado Dios sobre Wendy?

—No —dije yo, y era verdad. Miré alrededor buscándolo a usted, Richard Gere, pero no estaba visible por ninguna parte.

El padre McNamee miró hacia el sol y dijo:

—Es posible que Wendy no formase parte en realidad del plan. ¿Qué piensas tú?

—¿Qué plan? —pregunté.

—El plan de Dios. Para ti. Para nosotros. Para ahora mismo. Lo que empezó con la muerte de tu madre. Esto. Ahora mismo. El ciclo en el que estamos. La tangente que nos ha alejado del pasado hacia el ahora.

Yo no sabía qué decir.

—¿Crees que Él tiene un plan para todos nosotros, Bartholomew?

Mamá solía decir que Dios tenía un plan para cada uno de nosotros, pero no contesté, porque no me sentía cómodo, la verdad, contestando a las preguntas del padre McNamee sobre Dios.

—¿Qué oyes, Bartholomew? —me preguntó, llevándose una mano a la oreja y haciendo pantalla para oír mejor y ladeando la cabeza—. En este momento. Escucha. ¿Oyes algo? ¿Qué es?

—¿El río corriendo? —dije, mirando de reojo.

Alzó la oreja un poco más y luego dijo:

—Me pregunto si será eso la voz de Dios...

—¿El qué?

—El río. ¿Qué dice la corriente?

Me encogí de hombros.

—¿Podría ser nuestra zarza ardiente, Bartholomew?

Yo seguía aún sin saber qué decir.

Seguimos escuchando una hora, pero sólo se oía el rumor constante del río.

Tenía la sensación de que el padre McNamee esperaba que yo dijese algo profundo, y el hombrecillo de mi estómago estaba todo el tiempo llamándome retrasado mental y diciéndome que mantuviera la bocaza gorda cerrada. Me sentía inmovilizado en un lugar situado entre las esperanzas del padre McNamee y las dudas del hombrecillo.

—Estamos perdidos —dijo finalmente el padre McNamee, y luego echó a andar.

Le seguí en silencio durante mucho tiempo, y no llegamos a casa hasta la hora de cenar, pero ninguno de los dos fue a la cocina.

El padre McNamee cayó de rodillas en la sala sin quitarse siquiera el abrigo. Juntó las manos e inclinó la cabeza, pero luego dijo: «¿De qué vale?», se levantó, subió la escalera y se encerró en el dormitorio de mamá.

Yo fui a mi habitación y le escribí esta carta a usted. Seguí esperando que se me apareciese usted otra vez para que pudiéramos hablar, pero usted no lo hizo.

Su admirador incondicional,

10

¿TE HABLÓ TU MADRE DE SU TEORÍA?

Estimado señor Richard Gere:

¿Ha caído alguna vez en la cuenta de que los problemas del Tíbet con China aumentaron de escala el año que nació usted?

En 1949.

Exactamente el mismo año que nació usted: Richard Gere, amigo del Dalai Lama y defensor del Tíbet.

China se convirtió en un país comunista entonces; invadieron el Tíbet poco después, quizá cuando usted decía sus primeras palabras.

¿Qué piensa usted de ese hecho?

¿Coincidencia?

¿Sincronicidad?

¿Qué diría Jung?

¿Cree usted en el destino?

¿O que el Universo tiene un ritmo?

Debe de creerlo si cree usted en el Dalai Lama, reencarnado y destinado a ser un dirigente espiritual.

Dos acontecimientos completamente desconectados (nacimiento de usted, conversión de China al comunismo) que nadie podría haber sabido que resultarían estar vinculados de un modo muy importante y hasta tal vez predestinado.

¿Qué puede decir de esto el Dalai Lama? Me lo pregunto.

¿Se lo ha preguntado alguna vez?

Antes de que se pusiera enferma, mamá decía siempre: «Por cada cosa mala que pasa, pasa también una buena, y así es como se mantiene el mundo en armonía».

Cuando nos pasaban demasiadas cosas buenas, mamá decía: «Lo siento por quien esté ahora fastidiado para equilibrar todo esto», porque creía que nuestro bien significaba que habría otro en algún lugar del mundo padeciendo un mal. Así que, cuando nuestra suerte era muy buena, ella en realidad se deprimía. No le gustaba nada pensar que otros sufriesen para que nosotros pudiésemos disfrutar

de la vida.

¿Cree usted eso?

Que para que alguien gane, algún otro tiene que perder; y que para que alguien se haga rico, muchos otros deben ser pobres; y que para que a alguien lo consideren listo, a muchas más personas se las debe considerar con un nivel de inteligencia medio o por debajo de la media; y que para que se considere a alguien extremadamente bello, tiene que haber una plétora de gente de aspecto corriente y otra extremadamente fea; no puede haber bueno sin malo, rápido sin lento, caliente sin frío, arriba sin abajo, claro sin oscuro, redondo sin plano, vida sin muerte..., y por tanto no puede haber tampoco afortunados sin desafortunados.

¿Es posible que no pueda haber Tíbet sin China?

¿Bartholomew Neil sin Richard Gere?

Mamá solía decir cuando nos pasaba algo malo que estaba agradecida, porque significaba que les estaba yendo bien a otros.

Como la vez que perdió la cartera y con ella el dinero de la comida de la semana, cuando aún faltaban varios días para recibir el cheque de la pensión.

—Bueno —dijo—, vamos a pasar un poco de hambre esta semana, Bartholomew, pero quien encuentre mi cartera comerá bien. Puede que ellos necesitasen el dinero más que nosotros. Tal vez la madre de un niño desnutrido encuentre nuestro dinero y el niño coma fruta fresca esta semana. ¿Quién sabe?

O como la vez que mamá y yo estábamos cenando en una marisquería para celebrar su sesenta cumpleaños. Le encantaban los cangrejos de cáscara blanda cocinados con jengibre, y nos permitíamos siempre un exceso en los acontecimientos especiales (como los cumpleaños señalados), salíamos de noche, vestidos con nuestras mejores galas, a comer en un restaurante caro, utilizando incluso nuestra tarjeta de crédito de emergencia, algo que nunca hacíamos normalmente, porque no teníamos los fondos precisos y mamá decía siempre que los intereses podrían costarnos nuestra casa si no teníamos cuidado. Y mientras estábamos cenando, fingiendo ser ricos por una noche en un restaurante instalado en un antiguo barco anclado en el río Delaware, mientras estábamos fingiendo que la vida era grandiosa, maravillosa y lujosa, que éramos gente rica e importante que podía mandar despreocupadamente a los camareros que nos trajesen alimentos que habían sido extraídos de debajo del agua, un grupo de adolescentes amenazadores y degenerados irrumpieron en nuestra casa. Pintaron frases asquerosas e imágenes pornográficas en las

paredes... cosas como ¡GRANDES POLLAS PELUDAS! junto a un dibujo de un pene gigante y unos testículos cubiertos de vello púbico y BOLA DE MIERDA MANCHADA DE LEFA encima de la cabecera de la cama de mamá con una flecha señalando su cama, donde uno de aquellos muchachos había hecho lo primero y luego había eyaculado, al parecer, encima de sus propias heces.

No tenía ningún sentido.

Era perverso.

Repugnante.

Horrible.

Inimaginable.

Atascaron también las pilas y dejaron el agua corriendo para que desbordasen todas. Y rompieron todos los espejos, platos y vasos que teníamos. Rociaron con mostaza y salsa de tomate todo el sofá. Vertieron leche sobre las alfombras. Lanzaron lonchas de embutido al techo, de manera que estaba salpicado de mortadela y jamón y salami, que llovían luego sobre nosotros. Arrojaron nuestros crucifijos al retrete y mearon sobre nuestro Señor y Salvador.

¿Por qué?

Recuerdo que llegamos a casa después de la cena, y vimos que el borde del marco de la puerta de entrada estaba astillado y la puerta entornada, y supimos que había sucedido algo horrible.

Fue como bajar la vista y ver un gran agujero abierto donde antes estaba tu estómago y saber que tus piernas habían desaparecido... como si mamá y yo nos hubiésemos tragado por alguna razón una bomba de mano activada.

Una vez que vimos los daños, mamá se limitó a suspirar y a llamar a la policía, pero no vinieron inmediatamente, y sólo hicieron unas cuantas preguntas generales cuando aparecieron horas después, para acabar diciendo: «Redactaremos un informe oficial». Sin embargo el padre McNamee llegó unos minutos después de que mamá lo llamara, armado con una guía telefónica y varias botellas de vino. Organizó a una docena de feligreses de la Iglesia y se inició una fiesta de limpieza. Se recogió el agua, se barrieron los cristales, se lavaron y se desinfectaron las camas e incluso se pintaron las paredes con brochas y pintura que alguien encontró milagrosamente en nuestro sótano. El padre McNamee lavó nuestros crucifijos con agua bendita, utilizando un bastoncillo de algodón para limpiar entre Jesús y la cruz, y diciendo: «¡Espero, Señor, que te agrade que te rasque la espalda!».

Recuerdo a los hombres y las mujeres de nuestra iglesia a lo largo de aquella noche, bebiendo vino todo el tiempo, hablando,

cantando incluso.

Fue casi divertido.

Cuando salió el sol, mamá preparó el desayuno para todos, y uno de los vecinos trajo platos para que los usáramos. Antes de comer, nos cogimos de la mano en un círculo y el padre McNamee rezó y dio gracias a Dios por aquella oportunidad de demostrar que las personas son buenas y que cuidan unas de otras a menudo cuando se presenta la ocasión adecuada; pidió a Dios que nos grabase aquella noche en la memoria como un ejemplo de lo que son y pueden ser los verdaderos discípulos de Cristo cuando se apela a ellos: gente que ayuda a sus vecinos con compasión en sus corazones y vino en sus estómagos, bien dispuestos y deseosos de superar cualquier clase de horror, sin que importe la magnitud de la tragedia..., y luego comimos como una familia.

Mamá y yo nunca habíamos recibido en casa a tanta gente al mismo tiempo.

Cuando se fueron todos, mamá dijo:

—¿Verdad que ha sido una hermosa fiesta de cumpleaños?

—¿Cómo sabemos que no volverá a suceder? —pregunté.

—¿No lo pasaste bien, Bartholomew? Me encantaría tener otra fiesta como ésta. ¡Qué agradable tener a toda esa gente aquí para celebrar mis sesenta años!

—¿Cómo sabemos que no entrarán de nuevo en nuestra casa otros horribles rufianes?

—¡No lo sabemos! —dijo mamá, casi como si no le importase que lo hicieran, incluso como si hasta quisiese que volviera a pasar—. No sabemos nada. Pero podemos decidir cómo reaccionamos ante lo que nos sale al paso. Siempre podemos elegir. ¡Recuerda eso!

Recuerdo que me sentía asustado, como si yo no pudiera ser como mamá y nunca lo sería. Que tal vez fuese un mal católico. Hasta un ser humano inferior. Que hasta pudiese parecerle un retrasado mental a Jesús. Porque me resultaba difícil celebrar lo que nos había pasado. No podía creer que la fiesta de limpieza compensase el asalto a nuestra casa que nos habíamos visto obligados a soportar.

—¿Qué he estado diciéndote desde que eras un niño? Siempre que nos sucede algo malo a nosotros —dijo mamá mientras me arropaba en mi nueva cama, insistiendo en que necesitaba dormir algo después de pasar toda la noche en pie—, algo bueno le sucede a menudo a otro. Y éstos son los Momentos de Buena Suerte. Debemos creerlo. Debemos. Debemos. Debemos.

Me besó en la nariz, corrió las cortinas y salió cerrando la puerta.

Yo olía la pintura que estaba secándose, y no podía dormir porque no paraba de pensar en gente irrumpiendo de pronto en mi dormitorio y orinando en mi almohada.

¿Por qué haría alguien una cosa así?

¿Cómo podía afectarle eso tan poco a mamá?

¿Pasaría de nuevo, aunque el padre McNamee hubiese prometido instalar una puerta nueva con un cerrojo más seguro?

¿Era en parte culpa mía, tal vez porque yo tenía veintitantos años y aún no había conseguido hacer nada en la vida, más que vivir con mamá, y merecía por eso que asaltasen mi casa? Si yo tuviese un trabajo, tal vez viviríamos en un barrio mejor. Si yo fuese una persona normal, tal vez no habría atraído esa energía negativa y esa mala suerte.

¿Estaba castigándome Dios?

¡Esas cosas sólo les pasan a los idiotas! —gritó el hombrecito de mi estómago—. *¡Por supuesto que es culpa tuya! ¡Los hombres más listos no tienen esa clase de problemas!*

Pero luego decidí seguir el consejo de mamá y pensé en cada una de las cosas malas que habían pasado aquella noche, descomponiéndolas en hechos individuales.

1. Alguien eligió nuestra casa.
2. Alguien propuso un plan de actuación.
3. Reventaron a patadas la puerta.
4. Escribieron con un pulverizador docenas de maldiciones blasfemas (conté cada una de ellas como una cosa mala individual).
5. Rompieron más de un centenar de piezas de cristal y espejos (conté cada uno).
6. La gente fue al cuarto de baño fuera del cuarto de baño docenas de veces (las conté).
7. Se desperdiciaron leche, condimentos y embutidos (conté cada pieza y cada gramo).
8. Estoy seguro de que decían palabrotas cuando hacían todo esto (conté cada una).
9. Tiraron la ceniza de sus cigarrillos por el suelo y dejaron botellas de cerveza por toda la casa (conté cada botella y cada cigarrillo).
10. Mear sobre Jesús tiene que contar como muchos actos malos, ¿tal vez uno por cada gramo de orina? (¿Podría

contar eso además como desnudez impúdica?)

Cuando calculé el número de malas acciones individuales hechas por cada persona que invadió nuestra casa, la suma de cosas malas superaba fácilmente las doscientas, por lo que si la teoría de mamá era correcta, significaba que habían sucedido o pronto sucederían en el mundo más de doscientas cosas buenas a desconocidos, o bien habían ocurrido u ocurrirían unas cuantas cosas increíblemente afortunadas (más valiosas que muchas cosas malas) para equilibrar los muchos acontecimientos terribles que habían sucedido en nuestra casa.

E intenté pensar cuáles podrían ser esas cosas buenas: tal vez una niñita enferma de Zimbabue recibiese una medicina donada justo cuando estaba a punto de sumirse en un coma mortal; tal vez un mendigo hambriento de San Francisco encontrase un filete caliente en un cubo de basura detrás de un restaurante de cinco estrellas y cenase bajo una luna llena; tal vez una joven de Tokio encontrase el amor de su vida al tropezar haciendo *jogging* con la puerta del lado del conductor de un coche que iba despacio, porque ella fuese cantando y con los ojos cerrados, y su futura alma gemela, que iba conduciendo el coche, se sintiese muy mal por el extraño accidente y le propusiese tomar un café; tal vez un alumno de una escuela elemental de París recordaría de pronto la fórmula matemática que necesitaba para aprobar un examen, y evitaría así quedar empantanado en sus estudios por una mala nota; tal vez una mujer rusa de una prisión siberiana pensara en su bondadosa abuela llevándola en trineo justo antes de que estuviese a punto de matar a otra presa clavándole un tenedor en una vena abultada del cuello y cambiara de idea; tal vez un hombre encontrase en Argentina las llaves de su coche perdidas en el prado donde estaba tomando el sol y así podría volver a casa a tiempo para recoger a su hijo de seis años, que estaba jugando al fútbol cuando un posible raptor recorría el campo en busca de niños extraviados; tal vez un asteroide del tamaño del Sol que se dirigiese a la Tierra se viese desviado de su curso por la explosión de una estrella y no llegase el fin de la especie humana hasta dentro de siete mil años luz...

No recuerdo si fueron éstos exactamente los ejemplos a los que recurrí cuando tenía veintitantos años, pero valen para que se haga usted una idea... y mientras estaba sentado en la cama pensando en las muchas cosas buenas que tenían que suceder en todo el mundo para equilibrar y anular las horribles cosas malas que nos habían sucedido a mamá y a mí, empecé a entender por qué creía mamá en

los Momentos de Buena Suerte. Creer (o tal vez incluso simular) te hacía sentirte mejor respecto a lo que había pasado, independientemente de lo que fuese verdad y lo que no lo fuese.

¿Y qué es la realidad, sino lo que sentimos sobre las cosas?

¿Qué importa más que eso al final del día, cuando estamos en la cama a solas con nuestros pensamientos?

¿Y no es verdad, estadísticamente hablando (y creamos en la suerte o no), que lo bueno y lo malo deben suceder en todo el mundo simultáneamente?

Nacen bebés en el momento preciso que muere otra gente; hay quienes engañan a sus parejas, regodeándose en el pecado, justo mientras novias y novios se miran a los ojos amorosamente y se dan el «sí»; se contrata a unos al mismo tiempo que se despide a otros; un padre lleva a su hijo a un partido de béisbol justo cuando otro hombre decide que nunca volverá a casa con su hijo y se trasladará a otro estado sin dejar una dirección en la que puedan localizarle; un hombre salva a un gato de una muerte segura, sacándolo de una bolsa de plástico, mientras otro tira al río un saco con gatitos al otro lado del mundo; un cirujano de Texas salva la vida de un joven atropellado por un coche mientras un hombre mata en África a un niño soldado con una ráfaga de metralleta; un diplomático chino nada en las frescas aguas de un mar tropical mientras un monje tibetano arde inmolándose en una protesta política..., todos estos opuestos sucederán creamos en los Momentos de Buena Suerte o no.

Pero después de que nuestra casa fue asaltada, me resultaba difícil creer y simular felizmente como mamá... tal vez porque he sido siempre un escéptico, tal vez porque no soy tan fuerte como era ella, tal vez porque soy un estúpido, un retrasado mental, un simplón, un imbécil.

Al día siguiente me sentí muy angustiado, así que fui a la iglesia de San Gabriel y encontré al padre McNamee en su despacho escribiendo felicitaciones de cumpleaños personalizadas a todos los feligreses de la parroquia nacidos en los meses siguientes.

Le pedí que me prometiera que nadie volvería a asaltar nuestra casa.

—¿Te habló tu madre de su teoría? Los Momentos de Buena Suerte... —dijo él.

—Sí.

—¿Crees en ella?

—Anoche intenté simular que creía.

—¿Y?

—Me ayudó. Lo confieso. Durante unas horas. Pero aún me

preocupa que...

—Reza.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Porque no vuelva nadie nunca a asaltar nuestra casa?

—No. Lo que les pasa a las cosas no es importante. Reza para que tu corazón sea capaz de soportar lo que te pase a ti en el futuro..., tu corazón debe seguir creyendo que los acontecimientos de este mundo no son el fin único y exclusivo de la vida sino sólo insignificantes variables transitorias. Más allá de los pormenores cotidianos de nuestra vida, hay una finalidad mayor, una razón. Quizá no veamos aún o no comprendamos la razón, quizá nuestras mentes humanas sean incapaces de captarla plenamente, pero todo nos conduce sin embargo a algo más grande.

—¿Qué quiere decir, padre?

Se echó a reír de ese modo bueno suyo, lamió y selló un sobre, y añadió:

—¿No fue bonito ver anoche cómo nuestro rebaño se mostraba a la altura de las circunstancias? Todos tenían otras cosas que hacer, ¿sabes? Pero cuando se enteraron de lo que os había pasado, sus corazones les dieron instrucciones e inmediatamente se pusieron en marcha dispuestos a ayudaros.

—¿Y? —dije yo, queriendo decir que cómo podría eso protegerme de futuros asaltantes.

—Dime, ¿tú querías dormir anoche en una cama empapada de orina?

—No.

—Bueno, pues gracias a aquella gente no tuviste que hacerlo.

—No consigo ver del todo cómo...

—Ésos son también Momentos de Buena Suerte. Eso forma parte también de la filosofía de tu madre.

—Sigo sin entender cómo nos protegerá de futuros vándalos —dije yo.

—¡No entiendes nada! —dijo el padre McNamee, sonriendo y riendo entre dientes..., como si yo fuese un muchacho, como si estuviese a punto de revolverme el pelo, aunque yo era ya un hombre adulto.

—¿Qué es lo que hay que entender?

—Ya lo verás un día, Bartholomew. Sin que yo tenga que explicártelo. Lo verás claro, te lo prometo.

No estoy seguro de que lo vea más claro ahora, señor Richard Gere, de lo que lo veía entonces.

Aun así, he estado preguntándome qué cosa buena podría haber

sucedido cuando murió mamá para equilibrar el gran mal del calamar cáncer de cerebro voraz que puso fin a su vida. He estado intentando simular que los Momentos de Buena Suerte produjeron algo sumamente bello cuando ella murió, porque mamá estaba llena de amor, el suficiente para barrer mucho, muchísimo mal. Pero estos días me está resultando difícil creer en su filosofía.

El padre McNamee no dijo nada cuando le pregunté sobre ello en la playa la noche de después del funeral. Y últimamente, dada la forma maníaca con que está actuando, me ha dado demasiado miedo preguntárselo otra vez, o incluso mencionar «los Momentos de Buena Suerte», porque tengo la sensación de que también a él le resulta muy difícil simular, sobre todo porque ya nunca saca a colación la filosofía de mamá.

Y sin embargo, el que naciera usted en el mismo año en que China se convirtió en una amenaza para el Tíbet me da esperanza, porque tal vez fuese usted concebido en realidad para equilibrar el mal que el gobierno chino haría al Tíbet. Parece una prueba. Es demasiado significativo para ser una simple coincidencia. Jung estaría de acuerdo en esto.

Y si usted fuese una respuesta a los planes de China de invadir el Tíbet, eso me ayuda a creer en la filosofía de mamá, lo que me da esperanza para mi propio futuro *post-mamá* y para la vida en general.

Encontré en la biblioteca esta cita del Dalai Lama en la red: «Recuerda que a veces no conseguir lo que quieres es un maravilloso golpe de suerte». Parece estar de acuerdo con el mantra de mamá.

Encontré también esta otra cita del Dalai Lama: «Hay un dicho en tibetano: “Debería utilizarse la tragedia como fuente de fuerza”. Sean cuales sean las dificultades, por dolorosa que sea la experiencia, si perdemos la esperanza, ése es nuestro verdadero desastre».

¿Qué piensa usted?

¿Podemos encontrar algún terreno común aquí, Richard Gere?

¿Será quizá nuestra correspondencia el bien que viene con la muerte de mamá?

¿Me ayudará usted quizá a continuar hasta la «fase siguiente de mi vida», como quería Wendy que hiciera, cuando ella andaba aún por aquí, antes de que descubriésemos su secreto?

Cosas más extrañas han sucedido, me imagino.

Y ése es el único resultado esperanzador que tengo disponible en el momento actual. Así que es importante para nosotros seguir con

la simulación, aunque no podamos creer al cien por cien.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

11

YO NO ENTENDÍA QUÉ TIPO DE MATEMÁTICAS ESTABA UTILIZANDO MAX, PERO PARECÍA TAN EXCITADO QUE NO LO INTERRUMPÍ

Estimado señor Richard Gere:

Cuando Wendy se marchó, el padre McNamee dejó de rezar y empezó a beber muchísimo, más incluso de lo descrito anteriormente.

Jameson directamente de la botella: una botella al día, más o menos.

Él lo llamaba su «ritual de purificación irlandés».

A veces le oía vomitar en el cuarto de baño a altas horas de la noche, aunque nunca dejaba ni una sola mancha. La cisterna del váter descargaba una y otra vez. Y las arcadas me recordaban a mi madre al final de su vida, después de los tratamientos..., pero, desgraciadamente, mamá no ha vuelto a aparecer en mis sueños, así que no he podido consultarle a ella.

Intenté hablar con el padre McNamee a través de la puerta cerrada del dormitorio, preguntándole si necesitaba ayuda, pero él sólo decía: «Estoy bien. Sobrellevando la fase descendente. Lo único que necesito es estar solo».

Intenté cuidarle lo mejor posible (como a Wendy cuando estaba en el sofá), dejándole a la puerta emparedados de queso calientes o fideos *ramen*, y él a veces se los comía a media noche y a veces los dejaba intactos y fríos para que yo los recogiera por la mañana.

Llamaba a su puerta siempre antes de cada comida para preguntarle si quería comer conmigo en la cocina, pero él me sostenía la mirada sólo un instante y desviaba luego la vista en silencio. Unas veces estaba en la cama; otras levantado mirando por la ventana con cara inexpresiva.

Tampoco hablaba de noche ni daba un paseo conmigo, ni siquiera escuchaba la sinfonía de los pájaros con el café de la mañana.

Tras unos días así, empecé a preocuparme.

Fui a San Gabriel a pedir ayuda al padre Hachette.

Lo encontré en el despacho parroquial. Estaba haciendo un solitario en el ordenador y parecía bastante aburrido.

—¿Por qué no viniste a misa, Bartholomew? —me preguntó nada más verme—. Tu madre se habría sentido gravemente decepcionada contigo.

(¿No le parece a usted de mal gusto que usara la palabra «gravemente» para describir la teórica decepción de mi difunta madre?)

Es verdad que mamá no querría que yo faltase a misa, y como no tenía una buena respuesta que darle, procuré cambiar de tema.

—El padre McNamee no se encuentra bien.

—Edna me ha contado vuestro intento de salvar a su hija —dijo el padre Hachette—. Muy dramático. Muy dramático realmente.

—¿Por qué sonríe usted? —pregunté.

—No sonrío —dijo él, aunque era evidente que sonreía, como si supiese algún secreto y disfrutase ocultándomelo.

Sus dientes amarillentos parecían granos de maíz petrificados, y sus arrugas parecían más profundas de lo habitual por su forma de mirarme, tan cavernosas que me pregunté si tendría que limpiárselas con un bastoncillo de algodón.

El hombrecillo colérico de mi estómago se despertó y empezó a trabajar.

—¿No le preocupa a usted Wendy? —pregunté.

—Desde luego, los he visitado, a ella y a Adam. Me acompañó Edna. Tuvimos los cuatro una buena charla ayer precisamente.

—¿De veras?

—Recé con ellos. Y la charla fue muy positiva. Wendy se confesó conmigo después, aquí, en la iglesia. En fin, digamos, Bartholomew, para tranquilizar tu conciencia, que los asuntos de nuestra joven amiga común están mejorando. Así que no te preocupes demasiado por ella.

Resultaba difícil creer que el padre Hachette fuese capaz de hacer lo que no había podido hacer el padre McNamee. Además, me di cuenta de que no debería haberme contado que Wendy se había confesado, porque las confesiones son confidenciales. Era como si estuviese presumiendo: como si quisiera convencerme de que era mejor sacerdote que el padre McNamee. El padre McNamee nunca habría presumido así. Jamás. Ni habría traicionado la confianza de un feligrés.

—¿De verdad se encuentra bien? —le dije, pensando que tendría que haberse confesado Adam, no Wendy, y preguntándome qué le

habría contado exactamente Wendy. ¿Le habría mencionado las cosas dolorosas que me había dicho la última noche que había pasado en nuestra casa? ¿Cuánto sabía en realidad el padre Hachette?

—Está luchando con su alma. Y Adam también. Tienen mucho que resolver.

—Él es malo, ¿sabe? La maltrata. ¿No vio los cardenales que tiene?

—Las personas no son malas o buenas. Es mucho más complicado que eso. Mucho más.

—¿Como puede ser complicado cuando un hombre pega repetidamente a una mujer?

El padre Hachette bajó la vista hacia su escritorio, sacó un cigarrillo de una cajetilla, le dio dos golpecitos por el filtro y lo encendió.

—¿A qué has venido aquí hoy, Bartholomew?

Comprendí que no iba a hablar de Wendy (y para ser justos, tal vez esto tuviese que ver con lo de mantener el secreto de confesión), así que dije:

—¿Cómo puedo ayudar al padre McNamee a superar la depresión?

Frunció el ceño, echó humo por un lado de la boca, movió hacia atrás el hombro izquierdo y dijo:

—Tienes que venir a misa, Bartholomew. Tienes que seguir haciendo lo que tú y tu madre habéis hecho siempre. La rutina de nuestra fe compartida te salvará. Las rutinas, al final, nos salvarán a todos.

—Sí, lo haré. Pero ¿qué me dice del padre McNamee?

El padre Hachette me sostuvo la mirada durante un instante embarazoso y luego dijo:

—Déjame adivinarlo. Bebe muchísimo. Afirma que Dios lo ha abandonado. ¿Está cavilando en una habitación y sólo sale al váter a vaciar las tripas por la noche? Ése es su ritual. Cumbres y valles. Ésa es la pauta. Y apuesto a que te echa la culpa a ti por no oír la voz de Dios..., por no proporcionarle instrucciones divinas. ¿Ando muy descaminado?

No andaba muy descaminado, como sabe usted bien, Richard Gere, pero parecía que no estaba dispuesto a ayudarme.

—No comprendo —contesté—. Me dijo que acudiese a usted cuando necesitara ayuda. Fue usted a mi casa concretamente a ofrecerme ayuda. ¿Era mentira?

—Me alegra que hayas venido, Bartholomew. San Gabriel es tu

hogar espiritual. Pero necesitas trabajar contigo mismo. Necesitas llorar a tu madre y luego empezar una nueva vida sin ella. Dios puede ayudarte a cumplir esa tarea.

—Pero ¿usted no quiere ayudar al padre McNamee? ¿No le importa su depresión?

—Es como intentar combatir contra un huracán a puñetazos, aporrear al viento y la lluvia. Sólo un necio lo intentaría. Tienes que esperar a que acabe. Confía en mí. Tengo cierta experiencia en eso. El padre McNamee acabará poniéndose bien solo. Así lo ha hecho siempre en el pasado.

—Entonces ¿por qué fue usted a casa de mamá a ofrecerme ayuda?

—¿Quieres que sea sincero, Bartholomew? Eres tú el que me preocupa. No el padre McNamee.

—¿Yo?

Asintió lentamente tras un flaco dedo de humo de cigarrillo que le cortaba la cara por la mitad.

—¿Por qué?

El padre Hachette dio otras dos caladas al cigarrillo, se miró las manos como si hubiese algo escrito en ellas, y luego dijo:

—Todavía no sabes por qué el padre McNamee se fue a vivir contigo, ¿verdad?

—Para ayudarme a superar la muerte de mamá, para ayudarme a continuar con mi vida.

El padre Hachette sonrió y me fijé en lo delgado que parecía su cuello envuelto en el alzacuello blanco y negro, como el sedal de un pescador que se eleva hasta el flotador rojo y blanco.

—Y sin embargo eres tú el que quiere ayudar ahora al padre McNamee. El mundo al revés. ¿Te das cuenta?

—¿Por qué me habla usted así?

—¿Cómo?

—Con acertijos. Como si fuese débil mental. Demasiado estúpido para la verdad sincera.

¡Porque eres un retrasado!, gritó el hombrecillo colérico.

—Perdóname, Bartholomew. Mira, me encuentro en una posición injusta. Tengo una ventaja, porque sé más de lo que tú has sido capaz de descubrir. Pero no me corresponde a mí decirte lo que necesitas saber. —Apagó el cigarrillo en un cuenco de bronce lleno de colillas—. ¿Te ha hablado ya de Montreal?

El hombre de mi estómago se quedó helado cuando oyó la palabra «Montreal», porque era de esa ciudad de la que supuestamente procedía mi padre.

—Así que todavía no te ha hablado de eso —dijo el padre Hachette—. Mmm...

Deseé preguntarle sobre lo que significaba «Montreal»...

El hombrecillo de mi estómago me chillaba*:*

¡Usa tus palabras, idiota! ¡Él tiene información que tú necesitas! Y sin embargo estás ahí sentado con la boca cerrada, como un imbécil. ¡Pregúntale por Montreal! ¡Pregunta por tu padre! Y me clavó unas cuantas veces los dedos de sus pies como garras en el bazo.

Pero yo no era capaz de hacer que mi boca se moviera, señor Richard Gere. Tenía la esperanza de que se me apareciera usted, para orientarme en la situación, pero usted no se materializó, y me pregunté si el estar en una iglesia católica tendría algo que ver con eso, por ser usted budista. Es posible que las iglesias católicas limiten su capacidad de aparecérseme..., que haya como una especie de campo de fuerza confesional.

—Puedo decirte esto —dijo el padre Hachette cuando comprendió que yo no iba a abrir la boca—. Tal vez el padre McNamee no merezca tu ayuda, pero desde luego la necesita. Necesita que lo salven. Por eso se fue a vivir contigo. El drama forma parte de su proceso espiritual. Es un hombre difícil. Pero es un religioso. En la medida de sus posibilidades, claro está.

—¿Qué debería hacer yo entonces?

—Rezar.

—¿Sólo rezar?

—Y ser paciente.

—¿Debería estar atento a la voz de Dios? —pregunté, con la esperanza de que dijese que era absurdo, ridículo, y me librase del asunto.

El padre Hachette sonrió, inclinó la cabeza hacia la derecha, blandió el dedo índice hacia mí tres veces y dijo:

—Siempre.

Nos miramos durante lo que pareció una hora. Daba la impresión de que se compadecía de mí, y yo empecé a odiarle, aunque es un pecado capital odiar a un sacerdote, uno de los más graves, según creo.

El hombre de mi estómago estaba haciendo estragos en mi sistema digestivo. Estaba absolutamente frenético.

—¿De verdad? —le dije cuando el silencio se hizo demasiado insoportable.

—Oh, casi me olvidaba. Haz lo posible por que tome esto. —Buscó en su cajón y sacó un frasquito anaranjado. Lo agitó, y las píldoras sonaron dentro como una serpiente cascabel furiosa.

—¿Qué es? —pregunté mientras cogía el frasquito.

—Estabilizadores del estado de ánimo. Litio. Las instrucciones están en el prospecto.

Asentí.

—Dile al padre McNamee que le echo de menos. Rezo por él todos los días, y también por ti, Bartholomew. Sé que no estás contento conmigo, pero yo ayudo lo mejor que puedo, ante unas circunstancias tan insólitas. Ojalá pudiese hacerte más fáciles las cosas, pero lo único que puedo ofrecerte en este momento son mis oraciones diarias. Lo entenderás muy pronto.

—Gracias —dije, y me fui.

De vuelta a casa, llamé a la puerta de la habitación de mamá y dije:

—El padre Hachette está rezando por usted, padre McNamee. Me ha dado una medicina.

Se abrió la puerta rápidamente.

Los ojos del padre McNamee volvían a ser pequeños copos de nieve negros.

Me quitó el frasco anaranjado de la mano, se precipitó pasillo adelante, tiró las píldoras en el váter, vació la cisterna y luego volvió a su habitación y se cerró por dentro.

Me había parecido un toro furioso, embistiendo por el pasillo, lanzado hacia alguna capa roja imaginaria.

Era como si se hubiese convertido en una persona completamente distinta.

—¿Por qué ha hecho usted eso? —dije a la puerta.

—¡No tomo medicinas!

—¿Por qué?

—Meo sin parar con ellas. Además me hacen ponerme gordo... ¡o más gordo aún!

Después de una noche en la que apenas dormí, fui a misa por la mañana para compensar el haber perdido la de la noche del sábado anterior. Después, el padre Hachette me preguntó si había podido conseguir que el padre McNamee tomara las pastillas, y cuando le conté lo que había pasado, se limitó a asentir y sonrió, y luego rio entre dientes taimadamente. «Seguiré rezando», dijo.

No sucedió mucho más que eso hasta que fui a la terapia de grupo con Arnie y Max, que fue cuando empecé a tener la sensación de que quizá Dios estuviese realmente empezando a hablarme..., aunque sólo de un modo circunstancial.

Llegué a la habitación amarilla temprano, antes que Max. Arnie iba vestido con corbata, chaleco y pantalones a juego (como si sólo

le faltase la chaqueta para un traje de tres piezas) y parecía muy contento de verme.

—Qué alegría que decidieses seguir con tu terapia, Bartholomew —dijo—. Toma asiento, por favor.

Me senté en el sofá amarillo.

Arnie se sentó en su silla amarilla.

—Me he enterado de que ya no trabajas con Wendy —dijo de un modo que me hizo pensar que sabía mucho más.

Asentí.

—¿Se hicieron un poco demasiado personales las cosas? —preguntó, pero amablemente.

Asentí de nuevo, porque era la cosa más fácil de hacer.

—Siento enterarme de eso. Wendy es una terapeuta joven. Aún está aprendiendo.

—¿Está bien?

—¿Wendy? —dijo, lo que era extraño, porque ¿a quién, si no, podría haberme referido?—. Muy bien. Pero no es tarea tuya preocuparte por ella. Wendy no es responsabilidad tuya. Se supone que debe ayudarte ella a ti, no a la inversa. Me he informado un poco, sobre tu tratamiento y tus progresos, pero tal vez te gustaría contármelo tú mismo.

—¿Contarle qué exactamente?

—Dónde lo dejaste con Wendy. En qué tipo de cosas estabais trabajando. Podrías describirme tus interacciones con ella. Cómo estaba progresando el asesoramiento para tu duelo.

—¿Quiere conocer mi objetivo vital? —dije.

—¿Cómo?

—Mi objetivo vital. Wendy dijo que era importante tenerlos. ¿Quiere saber cuál es el mío?

—Claro —dijo Arnie, entrelazando las manos sobre la rodilla.

—Quiero tomar algo en un pub con una mujer de mi edad..., una mujer que pudiese llegar un día a ser mi esposa. Creo que, con treinta y nueve años, ya estoy preparado para tener una primera cita..., o quiero creerlo, digamos. Ha sido una cosa difícil de creer en el pasado... sobre todo cuando aún estaba mamá. ¿Cree que ese objetivo vital está a mi alcance, aunque nunca haya tenido antes una cita, ni tenga mucha práctica en el consumo recreativo de bebidas alcohólicas con mujeres?

—Por supuesto que sí —respondió Arnie sin la menor vacilación —. Es un objetivo vital bueno, asequible, propio de tu edad, saludable y extremadamente positivo en todos los aspectos, que yo te animaré a alcanzar. ¿Cómo puedo ayudarte a conseguirlo?

Me entusiasmé al ver que Arnie iba a ayudarme a conquistar a la Chicatecaria..., tanto que estaba a punto de contárselo todo sobre mi enamoramiento secreto cuando se abrió la puerta de golpe.

—Hay que joderse, ¿eh? —dijo Max entrando en la habitación.

—Bienvenido de vuelta a la fortaleza verbal, Max —comentó Arnie—. Me alegro mucho de verte aquí.

Max señaló hacia mí y dijo:

—He venido a rescatarte. Tenemos que largarnos de este jodido lugar ¡en este mismo jodido instante!

—¿Qué? —pregunté yo.

Max parecía agitado y decidido. A mí no me habían rescatado nunca antes, y he de confesar que (aunque no entendiese todavía de qué se me rescataba exactamente) aquella ardorosa preocupación de Max por mí resultaba halagadora.

—Vamos, Max —dijo Arnie—. Ya hablamos de lo que sucedió. No tienes que participar en el estudio si no...

Max me cogió del brazo y me hizo levantarme.

—Confía en mí, joder. Arnie es un mentiroso. ¡Ni siquiera es un jodido humano! Quieren, hay que joderse, encerrarnos en una habitación, llevarnos lejos y filmarnos. Tenemos que salir de aquí, joder. ¡Sin perder un jodido instante!

—Déjame explicarte, Bartholomew —dijo Arnie—. Tal vez Max esté siendo un poco irracional en esto.

—¡No me jodas, Arnie! A la mierda esta jodida fortaleza verbal tuya. Tu jodido color amarillo. No seré tu jodido ratón de laboratorio. Y fingías que cuidabas de nosotros, hay que joderse. Deberías avergonzarte de ti mismo, joder. ¡Si es que eres capaz de sentir una sola emoción siquiera! ¡Yo confiaba en ti! ¡Te lo conté todo! ¡Hasta lo de Alice! ¡Hay que joderse!

Max me cogió por la muñeca, tiró con fuerza y me fui tras él dando traspiés.

—Bartholomew, ¿no vas a oír mi versión de la historia? Es evidente que Max está agitado, y quizá no sea la persona más adecuada para confiar en ella en este momento.

—¡No me jodas, Arnie! ¡No me jodas! —Max me sacó de la habitación amarilla, me arrastró escaleras abajo y luego por el callejón hasta Walnut Street.

Arnie corría detrás de nosotros, diciendo:

—Esto es injusto. ¿Es que no voy a tener la posibilidad de explicarte las cosas? Bartholomew, yo puedo ayudarte. Ni siquiera sabes lo que pasó. Yo puedo ayudarte a conseguir tu objetivo vital.

Max sólo seguía diciendo: «No me jodas Arnie. No me jodas

Arnie. No me jodas Arnie», una y otra y otra vez, como si fuese un canto mágico que pudiese protegernos mientras escapábamos.

—Bartholomew —dijo Arnie, y me cogió por el hombro, me hizo volverme y me miró a los ojos—. ¿No crees que tengo derecho por lo menos a que me escuches? ¿No lo tienes tú mismo a oírme?

—¡Es un jodido mentiroso! —gritó Max, tirándome del brazo y arrastrándome Walnut Street abajo—. ¡No se puede confiar en él, joder! ¡De ninguna jodida manera!

Como él era el hermano de la Chicatecaria y yo había pasado ya un período terrible con Wendy y su terapia, decidí irme con él, pensando que con Arnie podría hablar más tarde en caso necesario, y que era mucho más probable que Max me ayudase a conseguir mi objetivo vital de tomar una cerveza con su hermana, porque los dos eran familia.

—Lo siento —le dije a Arnie.

—Bueno, está bien. Ya sabes dónde encontrarme, Bartholomew, cuando recuperes el sentido —dijo Arnie, y dejó por fin de seguirnos—. Necesitas ayuda. Una ayuda que Max no te puede proporcionar.

—¡Que te jodan, Arnie! —gritó Max volviendo la cabeza.

Me pregunté cómo podía saber Arnie lo que yo necesitaba si sólo nos habíamos visto una vez y yo apenas había hablado. Habíamos estado más que nada oyendo hablar a Max. Arnie no sabía nada de mí.

Se me ocurrió una idea curiosa: después de la muerte de mamá, aparte de usted, Richard Gere, nadie me conoce en realidad. Nadie en todo el planeta. Ni siquiera el padre McNamee sabe tanto sobre mí como usted. Y nadie más en realidad.

¿Le parece extraño eso?

¿Triste?

¿Patético?

¿Interesante?

—¿Adónde vamos? —le dije a Max, cuando nos habíamos alejado lo suficiente de Arnie.

—Al jodido pub.

—¿Qué pasó entre Arnie y tú?

—La jodida historia de eso requiere el consumo de cerveza. Mucha jodida cerveza.

Acabamos en el mismo pub al que ya me había llevado Max, en una mesa pequeña de un rincón vacío, bebiendo Guinness y mirando fotografías enmarcadas del extremadamente verde, rocoso y a menudo brumoso campo irlandés. Max vació una pinta entera

con un giro de muñeca, empujó sus grandes gafas hasta la punta de la nariz, eructó ruidosamente y pidió dos pintas más, a pesar de que yo no había bebido ni siquiera un sorbo de la mía.

—Necesitarás otra después de oír esto, joder —dijo Max—. ¡Confía en mí!

Tomé un cremoso sorbo y luego escuché su historia.

Según Max, Arnie le había llamado por teléfono y le había preguntado si quería participar en un estudio. «¿Qué es un jodido estudio?» preguntó Max, y Arnie explicó que a veces los terapeutas ponían a los pacientes en un «jodido entorno controlado» para estudiar su comportamiento, y avanzar en nuestro «jodido conocimiento» de la «jodida especie humana», dijo, y ayudar en el proceso a los sujetos sometidos a la prueba. «Arnie se valió de mi jodido punto débil, dijo que habría una gata en el experimento, ¡y la había, joder!»

Al parecer Max recibió instrucciones de que debía encontrarse con Arnie en West Philly, en una «jodida elegante facultad» y cuando lo hizo, le llevaron a «un jodido edificio grande que parecía un hospital pero que no era un jodido hospital, porque Arnie lo llamó un jodido "laboratorio"», lo que a Max le dio miedo por varias razones, que un poco más adelante explicaré.

Una vez allí, lo llevaron a un despacho y le presentaron a un hombre vestido con «una jodida bata de laboratorio» que indagó sobre la posibilidad de hacerle preguntas a Max y «registrar las respuestas, joder, digitalmente», mientras ponía en marcha una cámara instalada en un «jodido trípode».

Max preguntó cuándo podría ver la gata prometida, y el médico dijo que eso sería «el jodido postre».

Le hicieron toda clase de preguntas aparentemente al azar, la mayoría de las cuales él se negó a contestar porque eran «demasiado jodidamente personales». Dijo que le preguntaron si había tenido relaciones sexuales recientemente con hombres o mujeres, y Max dijo: «¡Joder! ¡Eso es pasarse ya de la raya! ¡Hay que joderse!». Y a ellos no pareció importarles que no hubiese contestado a las preguntas, lo que era «joder, muy extraño» porque no paraban de decirle que estaba haciéndolo muy bien, aunque lo único que estaba haciendo era ponerse furioso y negarse a contestar y sudar en su silla. «No me gusta nada esto, joder. ¿Dónde está esa jodida gata?», no hacía más que decir, y ellos le prometían que estaba muy cerca ya de esa parte en que le darían la gata. Max me dijo que después le hicieron preguntas aún más extrañas, como si alguna vez había tenido «pensamientos, no te jode, suicidas»,

«jodidas reacciones extremas a la crítica, joder», «jodidos sueños vívidos» y «si creía realmente en los jodidos alienígenas», lo que le sacó bastante de quicio por lo que le había pasado a su hermana. El médico dijo que estaba particularmente interesado en aquella creencia suya de que su gata Alice había sido telepática.

Max pidió otras dos cervezas, porque había acabado su segunda.

Yo sólo había conseguido beber la mitad de la mía, así que pronto tuve dos pintas y media de Guinness alineadas en mi lado de la mesa.

—¿Qué le pasó a tu hermana? —pregunté.

La sola mención de la Chicatecaria me dejó la boca seca..., fue como si alguien me hubiese vertido arena caliente garganta abajo.

—Aún no estoy en esa jodida parte de la historia. ¡Joder! —gritó Max.

Luego dijo que lo llevaron al final de un «pasillo jodidamente largo» que no tenía ventanas ni puertas ni nada de nada..., sólo paredes blancas, techos blancos y luces arriba. Al final de ese pasillo había «una extraña caja, joder», en la pared. El médico tocó la caja con la punta de su índice derecho, la caja empezó a emitir un brillo verde y luego una voz dijo: «Reconocido. Puerta abriéndose. Hola, doctor Biddington», mientras la puerta se abría automáticamente y se deslizaba con un ruido silbante, como si la atmósfera interior «fuese, joder, de presión controlada, como un jodido avión o un jodido submarino». El médico entró. Arnie y Max le siguieron. Dentro no había ventanas ni relojes «ni una jodida televisión». Todo era blanco, las sillas, las alfombras, las paredes, los mostradores, «¡todas las jodidas cosas!». Había unas bolas negras en el techo de cada habitación, y cuando Max preguntó qué eran, le dijeron que tenían cámaras dentro.

«¡Miau!», oyó Max, y apareció una gata de tamaño medio, «una moteada de pelo corto, joder» y empezó a ronronear y a restregarse contra la pierna de Max. El médico dijo que podía ponerle a la gata «el jodido nombre que quisiese» y se parecía a «un montón, hay que joderse, a Alice... ¡demasiado, joder!». Hasta tenía una mancha negra de «jodido pelo» alrededor de su «¡jodido ojo!». Max empezó a pensar, preocupado, que habían clonado a su «jodida gata muerta», lo que le hizo «sudar a cubos, joder» porque «¿qué clase de jodidos cabrones pueden andar clonando los jodidos gatos muertos de la gente? Hay que joderse, ¿eh?». Empezó a pensar preocupado que tal vez estuviesen en una nave espacial, porque el interior de las naves espaciales siempre es «todo jodidamente blanco», como «entrar en un jodido avión». Y si estaba en una nave espacial, temía

que Arnie y el doctor Biddington no fuesen humanos..., sino alienígenas.

Max preguntó qué querían, por qué lo habían llevado a aquel lugar.

El médico dijo:

—¿Qué te parecería vivir aquí con la gata unas cuantas semanas...? Digamos... ¿tres semanas?

Max dijo que «¡ni hablar, no te jode!».

Y entonces Arnie empezó a hablarle dulcemente, diciendo que le pagarían diez veces más dinero del que ganaba trabajando un año entero en el «jodido cine» y que al final podría quedarse con la gata y le darían de regalo unas pastillas que le ayudarían a aliviar su «jodida angustia» y la comida sería «de *gourmet*» y lo único que tenía que hacer era estar en la habitación veintiún días con la gata, pero sin salir ni tener el menor contacto con el resto del «jodido mundo».

—Te observaremos —dijo Arnie—. Y de vez en cuando te haremos preguntas. Pero nada más. No tendrías que hacer nada, sólo jugar con la gata.

Yo estaba asombrado, y me preguntaba si la historia que me contaba Max sería cierta.

—¿Así que sólo querían —dije— que estuvieras en la habitación con la gata?

—Hay que joderse, ¿eh? —respondió Max, asintiendo, con los ojos muy abiertos—. Jodidamente raro, ¿a que sí?

—¿Por qué te pagarían por jugar con una gata tres semanas?

—Yo qué sé, joder. Pero de pronto, mientras estaba allí parado, joder, con aquel jodido clon de Alice ronroneándome en el jodido pie, comprendí que la habitación era claramente una jodida nave espacial. Puras matemáticas. Era lo que yo me imaginaba. Puras matemáticas, joder.

—¿Matemáticas? —pregunté yo.

—Hay que joderse, ¿eh? —dijo Max, asintiendo muy seguro—. Tres semanas era justo el tiempo suficiente para viajar a una jodida galaxia distinta si ponían la nave a velocidad de hiper-jodida-curvatura.

Yo no entendía qué tipo de matemáticas estaba utilizando Max, pero parecía tan excitado que no le interrumpí. Es posible que usted lo comprenda, Richard Gere, porque usted es mucho más listo que yo.

—Así todo tenía sentido, joder. Y entonces fue cuando me di cuenta... de que el jodido Arnie... era un maldito... jodido...

alienígena —dijo Max, introduciendo las pausas necesarias para un efecto teatral—. Un alienígena del jodido espacio exterior amante del color amarillo. Los hay por todas partes, ¿sabes? Y yo no dejaré que ni tú ni yo pasemos por lo que pasó mi hermana, joder. Ni hablar, joder. Eso no va a suceder, joder. No en mi presencia.

—¿Has dicho «alienígena»? —le pregunté.

—¿No me dirás, joder, que tú no crees en alienígenas? El Universo es tan jodidamente inmenso... La probabilidad está de su parte. ¡Esos jodidos existen! ¿Cómo puedes tú no creer, joder?

—No sé —dije—. La verdad es que nunca he pensado mucho en eso.

Lo que realmente me interesaba era conseguir más información sobre la Chicatecaria, así que dije:

—Max, ¿tú has leído a Jung? ¿Has leído alguna vez *Sincronicidad*?

—*¿Sincronicidad?* ¿No es eso un álbum de Police? *King of Fucking Pain...,* estaba, creo, en ese jodido álbum.

—No, es un libro escrito por Carl Jung. Trata de las coincidencias y de que no hay ninguna. *Unus mundus*.

—Pero ¿de qué me hablas, joder? ¿Y qué tiene que ver eso con los alienígenas? ¿O con la jodida nave espacial en la que estuve a punto de pasar tres semanas encerrado?

—Escúchame —dije—. Antes de que nos conociéramos, yo vi a tu hermana en la biblioteca. Muchas veces. Se podría decir que sentí cierta conexión con ella. Llevo años observando cómo trabaja en la biblioteca y...

—¿Mi hermana? ¿Elizabeth?

—Siempre he querido hablar con ella, pero me daba demasiado miedo.

—¿Por qué?

—Ése no es el asunto —dije, porque no quería contarle a Max que estaba enamorado de su hermana. No sabía cómo se tomaría él esa información.

—¿Y cuál es entonces el asunto, joder? —dijo Max.

—Mi madre murió hace unas pocas semanas, y debido a eso yo tenía una asesora de duelo llamada Wendy, que me recomendó ir a ver a Arnie, que dio la casualidad de que me emparejó con el hermano de la Chicatecaria. Piénsalo. ¿No te parece sorprendente?

—¿Quién es la Chicatecaria, joder?

—¡La chica que yo llevaba años queriendo conocer! ¡Tu hermana!

—Hay que joderse, ¿eh?

—¡Sincronicidad!

—¿Tú quieres conocer a mi hermana, joder?

—Más que ninguna cosa en este mundo.

—Pues no necesitas ninguna jodida sincronicidad para conocerla. Yo te llevaré ahora mismo, joder. No hay problema. Y ella puede contarte la jodida historia de los alienígenas que la abdujeron. Hay que joderse, ¿eh?

No podía creer mi buena suerte, Richard Gere.

Era difícil no pensar en la filosofía de mi madre: los Momentos de Buena Suerte.

Una prueba más: cómo el mal de la muerte de mamá conducía directamente al bien de hablar con la Chicatecaria por primera vez.

Tal vez Arnie fuese un alienígena que intentaba engañar a Max para que subiese a bordo de su nave espacial, pero el bien que equilibraba el mal potencial de su engaño estaba produciéndose sin duda en aquel momento.

Nunca en mi vida había estado tan seguro de algo.

No importaba lo que me dijese la Chicatecaria siempre que por fin consiguiese hablar con ella. Podría haberme recitado monótonamente la Declaración de Independencia setenta y seis veces, y sin establecer contacto ocular ni una sola, y mis ojos estarían clavados en sus bellos labios gorditos. Y ya no tenía que preocuparme demasiado por quedar como un chiflado o no saber qué decir cuando la conociese, porque estaría Max conmigo.

Max es muy parlanchín.

Max le explicaría por qué estaba yo allí, proporcionándome una razón legítima para estar con la Chicatecaria en la misma habitación.

Max me proporcionaría un puente natural, un motivo para que la Chicatecaria y yo habláramos, aunque acabásemos hablando de alienígenas.

Mi fantasía estaba a punto de hacerse realidad.

Estaba a punto de conseguir un objetivo vital.

Mientras caminaba hacia el apartamento de la Chicatecaria, escoltado por su propio hermano de sangre (fijándome en los crecientes montones de basura y en los cristales rotos en la acera y la progresiva abundancia de casas abandonadas con las ventanas entabladas) pensaba en todos los acontecimientos casuales, en apariencia no relacionados, que habían tenido que producirse sucesivamente para ponerme en aquella situación precisa, aquel momento exacto en el espacio y el tiempo.

Me pregunté: ¿Había realmente matemáticas para aquel tipo de

cosas?

Era como si alguna agencia secreta del gobierno hubiese elaborado una ecuación para la vida de la gente, como si, relacionando las variables de tu existencia, obtuvieses el resultado previsto.

sin padre + gordo + sin trabajo + feo + Mamá es tu única amistad x mamá muere – te acercas a los 40 años

---

asesora de duelo maltratada + sacerdote bipolar + enamorado de la Chicatecaria x posible terapeuta alienígena + Guinness en un pub irlandés

Igual a: ¡Donde estoy ahora mismo!

¿Es eso una locura?

Nunca se me dieron bien las matemáticas.

Sin embargo…

¿Quién podría negar los Momentos de Buena Suerte?

¿Quién?

Era tan evidente.

Se me apareció usted durante unos cuantos pasos y me sonrió como si se sintiese orgulloso. Me hacía usted, Richard Gere, una señal de aprobación, y yo me daba cuenta de que se sentía emocionado por mí.

Sé tú mismo —decía usted, animándome. Y luego se echó a reír de esa manera buena de actor de cine Richard Gere—. *Y demuestra seguridad. A las mujeres les encanta la seguridad. Recuérdalo. Dale el cuento de hadas. Lo que tu madre deseaba, pero nunca tuvo. Como en mis películas, pero en la vida real. No pienses demasiado en ello. Confía en tus instintos. Rompe el ciclo. Yo creo en ti, Bartholomew Neil. ¡Richard Gere cree en ti! El Dalai Lama cree en ti también. Su Santidad misma me lo dijo.*

Parecía que el destino estuviese de mi parte al fin, y fui sintiéndome más y más seguro a cada paso que daba.

Gracias por estar allí, Richard Gere.

Es usted un verdadero amigo.

Su amistad me hace un hombre mejor.

Y es agradable compartir todo esto con alguien.

Su admirador incondicional,

12

LA TECTITA SE FORMÓ CUANDO GRANDES METEORITOS CHOCARON CONTRA LA SUPERFICIE TERRESTRE HACE MILLONES DE AÑOS, SEGÚN LOS CIENTÍFICOS

Estimado señor Richard Gere:

Seguro que se pregunta usted por qué mi última carta no aportaba los múltiples detalles del relato de mi primer contacto con la Chicatecaria, que será a partir de ahora Elizabeth, porque a ella no le gusta que la llamen la Chicatecaria.

—Soy una mujer. No una chica —dijo Elizabeth desde detrás de su cortina de cabello castaño cuando se enteró de que yo la llamaba la Chicatecaria—. Y tampoco soy bibliotecaria oficial.

Tenía una voz remisa, herida y hermosa, y tal vez como un pájaro con un ala rota que canta libre y solo en el desierto cuando cree que nadie escucha, si eso tiene sentido, lo que no es probable.

Resulta que sólo trabaja como voluntaria en la biblioteca, tal vez esperando una señal, pero ya me extenderé luego sobre eso.

Bueno, he estado pensando muchísimo sobre lo que pasó y el hecho es que todo parece un poco increíble..., como si fuese a llamarme mentiroso si le contase exactamente lo que pasó; hasta podría pensar que me he vuelto loco o que me lo invento todo para parecer más importante de lo que soy en realidad. Y tal vez decida usted pensar que miento cuando acabe de contárselo, aunque no puedo hacer nada para evitarlo.

Me he tomado unos días para procesarlo, antes de ponerlo por escrito.

(Temo que no apruebe usted mis recientes decisiones, porque hace días que no se me aparece. ¿Por qué? ¿Está rodando una película importante? ¿Está con el Dalai Lama? ¿Preparando una de sus cenas de Tíbet Libre para recaudar fondos? Tal vez esté visitando a los monjes tibetanos que sufren en las salas de quemados de algún hospital remoto tras haber fracasado en sus tentativas de autoinmolación. Si es así, dígales por favor a los

monjes quemados que se están curando que espero que sus esfuerzos resulten fructíferos y que no sufran demasiado.)

De todos modos...

No creerá lo que voy a contarle, porque a mí mismo me cuesta mucho creerlo: le escribo desde el estado de Vermont (aunque no sé en qué población nos encontramos).

Max y la Chicatecaria están juntos en una habitación del motel, durmiendo en camas individuales —lo sé porque Max preguntó al encargado del motel varias veces si la habitación tenía dos camas separadas «con mucho jodido espacio en medio, oiga, porque ésta es mi hermana»—, el padre McNamee está rezando en nuestra habitación y yo estoy tiritando aquí, al aire libre, sentado en un banco de madera, fuera, en el aparcamiento, rodeado de montones de nieve, escribiéndole a usted al lado del coche que hemos alquilado, bajo los miles y miles de millones de estrellas que forman la Vía Láctea, que sólo acabo de ver hace un momento gracias a que los propietarios del motel apagaron el gran letrero que dice: ACOGEDOR MOTEL FAMILIAR PARADA DE DESCANSO Y HOSPITALIDAD, en letras de neón gigantes de un verde como de espacio exterior.

Max insistió en que yo lleve al cuello, colgado de una tira de cuero, un «jodido cristal de tectita» de un dorado oscuro brillante mientras estoy aquí fuera sentado, de noche, porque se supone que me protege de las abducciones de los alienígenas.

No sé exactamente cómo.

Max lo compró en una página de internet llamada «¡CONTRAATACA! ¡PROTÉGETE DE LOS ALIENÍGENAS!».

Al parecer, el peligro de abducción alienígena aumenta rápidamente cuanto más alejado estés de una ciudad grande, y por eso Max y Elizabeth llevan tres cristales de tectita cada uno, pero Max dijo que había que ir poco a poco para llegar hasta tres, así que yo tenía que empezar llevando sólo uno. El padre McNamee dijo que confiaba en la protección del Todopoderoso, por lo tanto él no lleva un cristal de tectita antialienígena.

Max me dijo también que, si miro al cielo nocturno del norte de Vermont el tiempo suficiente, veré seguro un ovni en algún punto —«Busca esas jodidas esferas de luces que se mueven, las muy jodidas, con demasiada rapidez en el cielo y luego en un jodido instante se paran y se quedan colgando en el aire», me dijo antes de dejarme salir para escribirle a usted, alegando que él estaba «hecho polvo» y que ya había visto suficientes «jodidos ovnis»—, pero a mí no me interesan mucho el espacio ni las formas de vida extraterrestres, sobre todo desde que Max me contara historias tan horrorosas de esos seres de lugares remotos, remotísimos, y de sus

planes para nosotros. El padre McNamee dijo que Jesús, Dios, el Espíritu Santo, Satanás, los ángeles y los demonios son todos técnicamente extraterrestres, porque no son «de este mundo». Pero eso fue lo único que él se mostró dispuesto a decir sobre el tema de los alienígenas. Bueno, salvo que también dijo que no es oficialmente incorrecto que un católico lleve un cristal de tectita antialienígena, así que no tengo que sentirme culpable aunque mamá probablemente no lo hubiese aprobado ni hubiese entendido la necesidad. Sencillamente fue bonito recibir un regalo de un amigo. No sé si lo creerá usted, Richard Gere, pero es el primer regalo que me ha hecho alguien, aparte de mamá. La verdad es que las cosas mejoran en la vida.

No creo que mamá creyera en los alienígenas, pero nunca hablamos de ello.

Ésta es también la primera vez que salgo del área de Filadelfia (si se cuenta como área de Filadelfia la costa sur de Jersey, y la mayoría lo hace), y aunque es emocionante viajar al norte, estar a punto de salir del país, es también un poco aterrador, sobre todo porque voy a conocer, por fin, a mi padre biológico, que al parecer no murió y que vive en Montreal. El padre McNamee ha estado en contacto con él, ya le contaré todo eso en breve.

Han sido unos días desconcertantes y me ha llevado todo este tiempo organizar los pensamientos para poder exponérselos a usted con un orden que tenga sentido.

Después de conocer a la Chicatecaria —Elizabeth, quiero decir—, llegué a casa aquella noche y encontré al padre McNamee arrodillado en el cuarto de estar, rezando, lo cual suponía una mejora, porque no estaba borracho en la habitación de mamá ni vomitando en nuestro baño.

Cuando abrió un ojo, no era pequeño como un copo de nieve negro, sino que empezó a sorber de nuevo como el orificio nasal de una ballena, y comprendí que su tormenta mental había pasado.

—Necesito un pasaporte —le dije.

—¿Qué?

—Que necesito un pasaporte.

El padre estudió mi expresión un momento y dijo:

—¿Cómo sabes que vamos a ir a Montreal?

—¿Montreal?

—Montreal —dijo él—. Sí. Mi ciudad natal.

—Yo no voy a ir a Montreal sino a Ottawa.

—¿Ottawa?

—Ottawa.

—No, seguro que quieres decir «Montreal».

—Ottawa.

El padre McNamee parecía perplejo.

—¿Cuánto se tarda en conseguir el pasaporte? —pregunté.

—No vas a creerlo, pero... —El padre McNamee metió la mano en el bolsillo del suéter y sacó dos pasaportes.

—¿Es un pasaporte para mí?

—Y uno para mí también. ¿Recuerdas cuando nos sacamos las fotos en el *drugstore* CVS?

Él me había dicho que las fotos eran para los archivos de la iglesia. Fuimos unas semanas antes de que muriese mamá. Creo que firmé algo también.

—¿Por qué quieres ir a Ottawa? —dijo él.

—¿Por qué sacó usted nuestros pasaportes?

—Es hora de que conozcas a tu padre. Vive en Montreal.

—Mi padre fue martirizado —dije yo—. Lo mató el Ku Klux Klan.

—Eso era sólo un cuento tranquilizador para dormir que te contó tu madre para que no pensaras todos estos años por qué no tenías padre. Era su forma de simular contigo. De protegerte. Tu padre está vivo. Y ha accedido a encontrarse con nosotros en el Oratorio de San José de Montreal ante el corazón incorrupto del Santo Hermano André, que está expuesto allí como una santa reliquia.

—¿Qué? ¿Por qué? —dije yo—. ¿De verdad vive mi padre? ¿Ha estado usted en contacto con él? ¿Hay un corazón humano incorrupto expuesto?

Yo no sabía cuál de esas preguntas era más absurda.

—Sí, el corazón del Hermano André se conserva en una urna de cristal, y tu padre vive. Nos encontraremos allí con él porque el Santo Hermano André curó milagrosamente a muchos. Y tú y tu padre necesitáis curaros.

Yo no sabía si creer al padre McNamee. Me parecía imposible que mi padre viviera; ¿por qué no se había puesto en contacto conmigo antes? ¿Por qué me había contado mamá una mentira?

Mamá nunca mentía.

Nunca.

Y menos sobre algo tan importante.

Incluso el hombrecillo de mi estómago estaba de acuerdo conmigo esta vez: no dio patadas ni arañazos ni nada parecido, sólo cruzó los brazos con aire de suficiencia y usó el fondo de mi estómago como hamaca, porque los dos sabíamos que el padre

McNamee se equivocaba.

—Cuéntame cómo has llegado a pensar que tenías que ir a Ottawa, Bartholomew —dijo el padre McNamee.

Yo pensé en la sincronicidad de Jung mientras seguía al padre a la cocina, donde sirvió café para los dos.

—¿Y bien? —dijo el padre McNamee.

Le conté todo lo que le conté a usted en mi última carta, Richard Gere.

El padre McNamee sonrió cuando mencioné la teoría de Max de que Arnie era alienígena, y aunque me di cuenta de que él no creía que Arnie fuera alienígena, no dijo nada en contra ni me interrumpió de ningún modo, lo cual fue agradable.

(Saber escuchar con cortesía es muy poco frecuente, ¿no le parece?)

Luego seguí contándole la historia:

—Al llegar al apartamento de Max y Elizabeth, lo primero que me llamó la atención fueron las ventanas. Había colocado en cada paño una especie de papel autoadhesivo, que lo convertía en espejo e impedía ver desde fuera el interior —le conté al padre McNamee.

Cuando pregunté a Max por lo de las ventanas, me dijo:

—Es protección al jodido ciento uno por ciento de abducción alienígena. —Abrió la puerta y gritó—: ¡Elizabeth! Traigo compañía. ¡Ya está investigado, joder! ¡No tienes que esconderte! ¡Confía en mí, joder!

Entramos en una salita de estar. Había un viejo sofá a cuadros con algunas rasgaduras en la tela, de manera que podías ver su relleno amarillento. Delante del sofá había una mesita de madera muy rayada sobre una alfombra trenzada descolorida hacía mucho de tanto lavarla. La tele era muy vieja y no era plana ni aerodinámica, sino un cubo enorme y engorroso.

—Espera aquí —dijo Max—. Siéntate, joder.

Me senté en el sofá.

Max entró en la habitación contigua, que yo había supuesto que era la cocina, porque podía verse un lado de una nevera de color aguacate que daba la impresión de pertenecer a un museo de aparatos de cocina de antigüedad inmemorial.

—Elizabeth, venga, no me jodas. ¡Tenemos compañía!

Oí un cuchicheo.

—No es un jodido hombre de negro. Ni siquiera lleva nunca el jodido color negro, joder. ¡He tomado unas jodidas cervezas con él dos jodidas veces! Lo salvé de Arnie, y si Arnie es alienígena, y el muy jodido quería capturar a Bartholomew, en fin, ¡haz cuentas! Es

bastante seguro suponer que Bartholomew es humano, joder. ¿Cuándo has oído decir que un jodido alienígena venga a la jodida Tierra a capturar otro jodido alienígena? ¡Eso es una jodida insensatez!

Hubo más cuchicheos y luego Max dijo: «¡Venga, no me jodas!». Y sacó a rastras a Elizabeth al cuarto de estar cogida por la muñeca. La hizo sentarse en el sofá y dijo:

—Bartholomew, amigo, te presento a Elizabeth, mi hermana. Elizabeth, te presento a Bartholomew, joder, un amigo mío.

Elizabeth posó las palmas de las manos en los muslos y se quedó mirándolas, ocultando la cara detrás de su largo cabello castaño. Vestía pantalones rojos estrechos, un jersey marrón flojo y holgado y botas militares negras.

—Conoces a Bartholomew de la jodida biblioteca —dijo Max—. Él te llama La Chica..., joder, tecaria.

—Bueno, sólo la Chicatecaria —dije yo, haciendo uso de la seguridad Richard Gere recién hallada. Simulando. Con amabilidad de actor de cine.

Usted podría pensar que tenía que estar a punto de sufrir un ataque cardíaco, pero dadas todas las disparatadas coincidencias que habían conducido a aquel momento exacto en el tiempo, todo parecía predestinado, haciendo irrelevantes mis deficiencias.

—¿Por qué? —dijo ella—. ¿Qué significa eso? ¿La Chicatecaria?

—Es sólo un apodo que se me ocurrió —dije yo.

—No soy una chica. Soy una mujer. Y tampoco soy bibliotecaria. Sólo soy una voluntaria.

—Joder, Elizabeth. ¿Por qué no eres más amable, joder? Es amigo mío. Quería conocerte, joder. ¿Cuándo fue la última jodida vez que quiso conocerte alguien, joder?

—¿Por qué quieres conocerme? —dijo ella—. Y llámame Elizabeth, por favor.

—Yo... —dije, pero no se me ocurría ninguna respuesta que no me hiciese parecer un pervertido.

—¡Pero, joder, si lleva años queriendo conocerte! Hay que joderse, ¿eh?

—¿Por qué? —repitió ella.

Me di cuenta de que estaba empezando a sudar. Tenía las sienes húmedas, notaba calor en las axilas. Y entonces fue como si usted, Richard Gere, me poseyera y empezase a hablar.

—Bueno. Me he fijado en ti. Pareces especial.

—Yo no soy especial.

—Sí que lo eres.

—¿En qué soy especial, entonces, dime? —preguntó Elizabeth. Me había dado la espalda y miraba hacia la pared con los hombros encogidos.

—Bueno, para empezar, me gusta esa forma cuidadosa que tienes de guardar los libros, volviendo a colocarlos en el sitio que les corresponde de las estanterías. Siempre eres delicada. Le das un golpecito a cada uno con el dedo índice, como si estuvieses agradeciéndole haber proporcionado una buena experiencia de lectura al usuario de la biblioteca que lo hubiese sacado en préstamo, animando al libro a seguir siendo un gran recurso para todos. Y también me gusta que no tires sin más los libros viejos, sino que los examines bien para asegurarte de que no son salvables. No prescindes de ellos sin más ni más, y creo que eso es una cualidad rara y hermosa en una mujer..., en una persona, quiero decir. Yo admiro mucho los pequeños detalles como ésos, los admiro de verdad. La mayoría de la gente no se toma tiempo para hacer las cosas pequeñas, no digamos ya para saborearlas. Mi madre saboreaba las cosas pequeñas, pero ya se ha muerto.

—Me observaste haciendo esas cosas... —dijo ella, mirándome por encima del hombro, a través de una lacia cortina de pelo castaño.

—Sí —dije yo—. Es la parte mejor del día, en realidad, siempre que tú estás en la biblioteca. Eres indiscutiblemente la mejor bibliotecaria que tienen allí.

—Ya te he dicho que no soy más que una voluntaria. Ni siquiera me pagan.

—Eso a mí no me importa.

Se levantó y entró rápidamente en la cocina.

—Hay que joderse, ¿eh? —dijo Max, y la siguió.

Les oí cuchichear en la cocina.

Cuando volvieron, Elizabeth dijo:

—Cuéntale nuestros problemas, Max.

—¡Eso es muy personal!

—Nos van a desahuciar —dijo Elizabeth—. Una gran cosa, ¿verdad que sí?

—Vaya, hay que joderse. Eso es un asunto de familia.

—Da igual que se sepa —dijo Elizabeth a Max, y a mí me dijo—: Estamos en la ruina.

—Lo lamento —dije yo.

Max me miró moviendo la cabeza.

—¿Qué vais a hacer? —pregunté a Elizabeth.

—Sólo tenemos dinero suficiente para ir a Ottawa —dijo

Elizabeth—. Así que iremos a Ottawa. Por disparatado que parezca. Después ya no tenemos ningún plan.

—No tenemos por qué ir, joder —dijo Max.

—Te lo prometí —dijo Elizabeth—. Y siempre cumplo las promesas.

—¿Qué hay en Ottawa? —pregunté.

—El Jodido Parlamento de los Gatos —dijo Max.

—¿Qué? —dije yo.

—Es un sitio donde los jodidos gatos andan libres por donde les da la jodida gana y que está al lado de lo que es básicamente la jodida Casa Blanca canadiense. Es uno de los mejores lugares del mundo, aunque yo sólo he leído sobre él. Hace más de diez años que quiero ir allí. Es mi jodido sueño personal.

—Yo prometí que llevaría a Max al Parlamento de los Gatos cuando cumpliera cuarenta años —dijo Elizabeth—. Hemos alquilado un coche. Nos iremos dentro de unos días. En cuanto nos desahucien oficialmente. Y no sabemos lo que haremos después. ¿Verdad que es emocionante?

El sarcasmo de Elizabeth era aterrador..., parecía un animal acorralado dando zarpazos a diestro y siniestro, sus palabras eran como garras.

—¿Y por qué os desahucian? —pregunté.

—Es que ahorrando para este jodido viaje nos quedamos sin dinero. No pagamos el jodido alquiler.

—¿Y si hicieses ese estudio con Arnie? ¿No te ofreció...?

—Es un jodido alienígena, ¿no te acuerdas?

—Ah, sí —dije—. Lo había olvidado.

—Tenemos el dinero justo para llegar al Parlamento de los Gatos —dijo Elizabeth—. No tenemos ni idea de lo que haremos después.

Max me miró nervioso y enarcó las cejas. Se tapó la boca y susurró:

—Hay que joderse, ¿eh?

—¿Te ha contado mi hermano lo de mi... abducción?

Yo no dije nada.

—¿Crees en las abducciones alienígenas, Bartholomew?

Sabía lo que querían que dijese, así que contesté que sí. No creía en las abducciones alienígenas, y comprendí que era importante que creyese en ese momento..., porque, si no, para Max y Elizabeth sería un motivo seguro de ruptura. Si ella iba a ser mi novia, tenía que darles eso en un ahora mismo absoluto.

—Podemos confiar en él, Elizabeth, joder. Es una buena persona —dijo Max, lo que me hizo sonreír—. Lo investigué a fondo

tomando Guinness. No me jodas.

—Muy bien, entonces. ¿Por qué no se lo cuentas, Max? —dijo Elizabeth—. Cuéntale mi historia. ¿Por qué no? A ver qué dice. A lo mejor es capaz de salvarnos, como el Príncipe Azul. ¿Por qué no?

Tragué saliva, porque Elizabeth estaba empleando el lenguaje de los cuentos de hadas, Richard Gere, igual que Vivian Ward en *Pretty Woman*.

Sincronicidad.

Unus mundus.

—Vale, joder —dijo Max y empezó a contar la historia de cómo su hermana iba caminando sola por el «jodido río Delaware» a última hora de un día de verano y vio sobre el agua una «jodida bola blanca de energía» que parecía palpitar e irradiar «como si la más bella de las jodidas estrellas que hayas visto en toda tu vida hubiese descendido flotando a la tierra suavemente como una jodida semilla de diente de león bailando en el jodido viento».

Era tan «hipnotizante» que ella la siguió sin darse cuenta siquiera varias horas, completamente cautivada por su belleza, pero nunca pareció realmente que se acercase más a ella..., daba igual lo deprisa que caminara, la «jodida órbita gigante de luz» se mantenía siempre a la misma distancia de ella. Anduvo durante lo que pareció una eternidad sin sentir cansancio ni sed. Y luego de pronto... «¡UN JODIDO PUF!» Y se encontró en el sitio exacto donde había visto por primera vez la luz brillante, como si no se hubiese movido. Miró el «jodido teléfono móvil» y comprobó que no había pasado tiempo. De hecho, estaba bastante segura de que era antes, unos cinco minutos o así, de que hubiese visto la luz... y entonces sospechó que podría estar volviéndose completamente loca.

Aquella noche no pudo dormir. Se la pasó intentando recordar lo que había sucedido durante el espacio de tiempo en que había seguido a la bella luz del cielo, pero ese momento, cuanto más se esforzaba en recordarlo, más retrocedía hacia la parte oscura y olvidada de su mente..., casi como «un jodido sueño» que recuerdas claramente por la mañana, pero que a la hora del «jodido almuerzo» lo has olvidado ya del todo. Por mucho que se esforzaba, no podía recordar ningún detalle, y sin embargo sospechaba que le había sucedido mucho más que haber visto simplemente una «jodida luz en el jodido cielo».

Eso le produjo mucha angustia, notaba una opresión en el pecho que llegó a hacerse insoportable; hasta el punto de que empezó a pensar que estaba teniendo un ataque al corazón.

Al día siguiente fue a los servicios de urgencia, y después de

unas cuantas pruebas que demostraron que no tenía ningún problema de corazón ni del sistema circulatorio, siguió el consejo médico que le dieron. Ingresó en un centro de salud mental, donde le hicieron tomar su medicina, hacer reposo y asistir a «unas jodidas clases de canto obligatorias», y los terapeutas conversaron con ella con «mucho jodido detalle» sobre su infancia, su adolescencia y también su edad adulta.

Después de unas cuantas semanas en el centro de salud mental, empezó a recordar lo que en realidad había pasado.

En aquella noche fatídica la habían llevado a un ovni por medio de una especie de «jodido rayo tractor» que la teletransportó desde el paseo del río hasta un laboratorio de educación mental todo blanco. Allí había hombres del espacio con «unas jodidas cabezas alargadas» y «unos jodidos ojos negros brillantes» y unos «jodidos cuerpos muy pequeños», los brazos y las piernas flacos como salchichas y la piel de un verde lima y moteada como la de las «jodidas ranas».

Estaba atada a una mesa de operaciones con «cuerdas hechas de jodida electricidad» y aunque experimentaban con ella, no sentía ningún dolor y no tenía miedo en el momento. Los alienígenas no movían la boca, pero ella oía dentro de la cabeza sus voces, que eran graves y «jodidamente sonoras». Decían: «Esto terminará pronto. No sirve de nada oponerse. Relájate. Lo hacemos por el bien de tu especie. Tú eres lo que se llama en el lugar del que venimos un “héroe científico”, porque tu breve incomodidad producirá muchos grandes progresos que beneficiarán a millones en toda la galaxia. No te preocupes. Volverás enseguida a tu planeta».

Max añadió aquí un «Hay que joderse, ¿eh?», mientras abría mucho los ojos y asentía con gran entusiasmo.

Yo miré a Elizabeth, parecía estar pendiente de mi reacción ante la historia, pero cuando nuestros ojos se encontraron, se encogió de hombros, lo que me pareció raro.

Como había perdido tantas semanas de trabajo y no se había molestado en decirle a su jefe que estaba en un hospital recuperándose de «una jodida abducción alienígena», su puesto en la empresa de publicidad ya no estaba allí esperando por ella, así que empezó a vivir de los ahorros que tenía y a ir de voluntaria a la biblioteca, porque «siempre le habían encantado los jodidos cuentos».

—¡Y fue entonces cuando me trasladé aquí desde la jodida Worcester! —añadió.

Elizabeth me miró desde detrás de su cortina de pelo castaño y

dijo:

—Una historia disparatada, ¿eh?

Volviendo ya a la cocina de mamá, le dije al padre McNamee:

—Y entonces fue cuando Max me invitó a ir con ellos al Parlamento de los Gatos de Ottawa. Y Elizabeth dijo que a ella le daba igual que fuese con ellos o no. ¿Qué cree usted que significa el hecho de que yo haya tenido esta experiencia y usted tenga ya los pasaportes?

—Ni idea —dijo el padre McNamee—. Pero quiero conocer a esa gente. Dios no hace coincidencias. Puedes apostar el culo.

Al día siguiente llevé al padre McNamee al apartamento de Max y Elizabeth. Él les habló del Oratorio de San José de Montreal y de que había planeado presentarme a mi padre en el mismo sitio donde él había oído la llamada de Dios para hacerse sacerdote, cuando era un muchacho. Explicó con mucha sencillez que Dios había dejado de hablar con él y que pensaba que, reuniéndome a mí con mi padre, complacería a Dios y conseguiría que volviese a hablarle.

—Tal vez deberíamos viajar juntos —les dijo.

—La verdad es que nosotros no somos religiosos —le explicó Elizabeth, que se sentía un poco incómoda porque era evidente que ella y Max pensaban que el padre McNamee estaba absolutamente chiflado—. Sólo vamos a ver el Parlamento de los Gatos porque a Max le encantan los gatos. Está en Ottawa. No en Montreal.

—¡El Jodido Parlamento de los Gatos! —exclamó Max.

El padre McNamee, percibiendo quizá que estaba perdiendo la batalla, dijo:

—Bueno, yo tengo dinero para financiar el viaje. —Esto me sorprendió—. Y si me dejáis viajar con vosotros hasta Ottawa, y venís a Montreal con nosotros (las dos ciudades están a sólo dos horas y media de distancia en coche), compartiré ese dinero con vosotros.

—¿Cuánto dinero? —dijo Elizabeth.

—Suficiente para pagar el alquiler del coche, la gasolina, los hoteles y la comida para todos nosotros —dijo el padre.

—¿Y por qué pagaría usted todo eso? —preguntó Elizabeth.

—Sois amigos de Bartholomew. Os estima mucho a los dos. Eso es suficiente para mí.

—Yo no soy amiga suya —respondió Elizabeth—. Nos conocimos ayer.

—Él sí es amigo mío, joder —dijo Max—. Con un número mayor de personas disminuye la posibilidad de abducción alienígena,

Elizabeth. Es un hecho comprobado, joder. Además estamos en la ruina, joder. Tú misma dijiste que ni siquiera sabemos si vamos a tener dinero suficiente para todo el viaje, no me jodas.

Elizabeth alzó la vista hacia el techo de su cuarto de estar y tragó saliva varias veces.

—Llamadlo una corazonada —dijo el padre McNamee—, pero la verdad es que yo creo que esto es algo que tenía que pasar. Y me parece que Max y Bartholomew han tomado ya una decisión. ¿No creéis que podría ser divertido?

—¡Sí, joder, sí! —exclamó Max.

—Es tu cumpleaños —dijo Elizabeth a Max—. Es tu regalo.

Y entonces, no sé cómo, asombrosamente, quedó acordado.

Esta mañana cargamos un Ford Focus alquilado y salimos hacia el norte.

Elizabeth y el padre McNamee se turnaron al volante, porque Max y yo no tenemos permiso de conducir.

El padre McNamee nos explicó, como si fuésemos niños y nos estuviese contando un cuento para dormirnos, la vida del Santo Hermano André Bessette, que se quedó huérfano a los doce años, y era un niño frágil y a menudo enfermo, sin estudios, pero con gran fe en el poder de san José. Muchos llegaron a creer que tenía poderes de curación, aunque él siempre lo negó, e incluso se enfadaba si la gente sugería que podía hacer milagros. Según él quien hacía los milagros era san José. Sin embargo, aún sigue acudiendo gente de todas partes al oratorio que él construyó con la esperanza de curarse.

—Está expuesto allí su corazón —dijo el padre McNamee—. Esa historia me inspiró cuando era joven..., aún sigue haciéndolo.

—¿Su corazón auténtico? —preguntó Elizabeth desde detrás de su pelo, ignorando por completo el comentario personal del padre.

—Sí.

—Hay que joderse, ¿eh? —dijo Max, y luego rechinó los dientes.

—Lo robaron en los años setenta, pero luego se recuperó.

—¿Por qué lo robarían? —pregunté.

—La verdad es que no tengo ni idea —dijo el padre McNamee.

—¿Cómo lo recuperaron? —preguntó Elizabeth.

—Si mal no recuerdo, lo encontraron en un sótano —dijo el padre McNamee.

Elizabeth guardó silencio en el asiento delantero, ocultándose detrás del pelo, mientras yo la observaba por el retrovisor lateral, aunque me pareció oír que suspiraba discretamente.

Luego estuvimos los cuatro callados mucho tiempo.

Viajamos hacia el norte, sin más, mirando por las ventanillas la nieve sucia, retirada y amontonada a un lado de la carretera, hasta que empezamos a sentir el cansancio y la necesidad de comer y de descansar.

Y así es como acabé aquí, escribiéndole a usted en el aparcamiento de un motel al norte del estado de Vermont, con el aliento plateado en el aire y la mano roja de frío.

Estoy aquí, acariciando mi cristal nuevo, mirando al cielo para ver si localizo esferas luminosas flotantes, pero aún no he visto ninguna.

Max me regaló el cristal de tectita en la cena. Cenamos en un restaurante llamado Montañas Verdes, Comidas. Max se inclinó hacia mí en la mesa en que estábamos y me lo colgó al cuello como protección, mientras sonaba en la máquina de discos *Don't be cruel* de Elvis.

Elizabeth dijo que la tectita se formó cuando grandes meteoritos se estrellaron en la superficie terrestre hace millones de años, según los científicos.

—Así que ese jodido cristal —dijo Max, atrayendo las miradas reprobatorias de los clientes del restaurante— te conecta con lo que está más allá de la atmósfera terrestre, porque ha estado en contacto con el jodido gran desconocido. —Señaló hacia arriba, y añadió—: La jodida teoría del impacto. Los meteoritos golpearon la Tierra con tanta fuerza que los fragmentos resultantes volaron por todo el jodido espacio y volvieron a caer después sobre nuestro jodido planeta como rocas astronautas en viaje de retorno.

Max aporreó la mesa con los puños para simular el impacto de los meteoritos golpeando la Tierra.

—Y la relación con el jodido espacio significa «jodida protección» —agregó, blandiendo su grueso índice—. Confía en mí. Yo sé de estas cosas más que el jodido tipo medio.

Me di cuenta de que Max necesitaba simular que eso era verdad y que tal vez Elizabeth estuviese siguiéndole el juego..., así que asentí rápidamente y acaricié la brillante piedra de color bronce que me colgaba del cuello.

—Sí, joder, sí —dijo Max asintiendo—. Una jodida protección.

Asentí de nuevo yo también para indicar que estaba de acuerdo con él (o para mostrar mi aquiescencia al menos).

Luego cenamos en silencio, pero juntos, como una familia. No sabría decirle cuál había sido la última vez que había cenado con más de dos personas. Tal vez después de que aquellos chicos asaltaran nuestra casa, lo destrozaran todo e hicieran sus cosas en

nuestras camas.

El simple hecho de tener gente alrededor era reconfortante, como estar envuelto en una manta cálida con una taza de chocolate caliente en las manos una feroz noche de invierno.

Ojalá hubiese estado usted allí, Richard Gere. Habría disfrutado realmente de la comida, bueno, al menos de lo de compartir los alimentos.

—¿Es una comunión? —le dije al padre McNamee cuando apuró un trago de su petaca de whisky.

—Ciertamente —dijo él, y sonrió a Max y a Elizabeth.

Luego ya no se oyó más que el sonido de los cuchillos y los tenedores en los platos blancos y viejas canciones sonando suavemente al fondo, y otros clientes hablando sobre el tiempo y la política local, deportes y chismorreos y la calidad de la comida que estaban consumiendo.

El padre McNamee siguió tarareando *Don't be cruel* después de que terminara la canción, la tarareó todo el trayecto hasta el motel mientras conducía el Ford Focus y es probable que todavía siga tarareándola en nuestra habitación acostado en la cama.

En nuestra habitación del motel, antes de que yo saliera aquí para escribirle a usted, Richard Gere, el padre McNamee me dijo que a mi mamá le encantaba Elvis, y que hasta lo vio actuar una vez antes de que yo naciera.

Me dijo que *Don't be cruel* era una de sus canciones preferidas.

Yo no lo sabía.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

13

LES GUSTABA MÁS LA LECHUGA QUE LAS ZANAHORIAS

Estimado señor Richard Gere:

Al llegar a la frontera canadiense nos hicieron esperar en una cola y luego detener nuestro Ford Focus en el puesto de inspección de la policía de fronteras. Se parecía al acceso a un puente, pero sin ninguna estructura metálica gigantesca que uniera dos territorios, y también sin agua; lo que quiero decir es que había varias filas de coches y pequeñas cabinas por las que había que pasar, pero sin tener que pagar peaje.

Cuando llegamos a nuestra cabina, un hombre alto con bigote nos pidió —con voz grave, irritada y bronca— que le enseñáramos los pasaportes.

El padre McNamee se los entregó y el individuo los examinó uno por uno más tiempo del que parecía necesario, metiendo la cabeza por la ventanilla del padre varias veces, para asegurarse de que nuestras caras correspondían a las fotos. Nuestro inspector canadiense vestía uniforme de aspecto muy oficial y parecía contrariado.

—¿Negocios o placer? —dijo rápidamente, casi sin abrir la boca. Su modo de arrugar la frente indicaba claramente que había una respuesta errónea y que sospechaba que nosotros la daríamos, lo que me puso nervioso.

—Depende de cómo se mire, en realidad —dijo el padre McNamee.

Elizabeth iba delante en el asiento de pasajeros, y miraba por la ventanilla, ocultando su rostro al inspector.

—¿Qué le pasa a ella? —preguntó el inspector.

—Este tipo de cosas suelen resultarle incómodas, eso es lo único que le pasa —dijo el padre McNamee.

—¿Adónde se dirigen?

—A Montreal y luego Ottawa. Sobre todo para ver el Oratorio de San José.

—El Parlamento de los Gatos —dijo Max desde el asiento trasero, consiguiendo contenerse, aunque añadió en un susurro casi inaudible, pero con un brillo intenso en la mirada—: El Jodido Parlamento de los Gatos.

—Yo era sacerdote —se apresuró a añadir el padre McNamee, por lo que pensé que había oído la palabrota de Max e intentaba ganarse el favor del inspector de la patrulla fronteriza, ya que muchos canadienses son católicos, al menos según el padre McNamee.

—¿Qué hace ahora para ganarse la vida? —dijo el policía de fronteras.

—Estoy retirado —respondió el padre McNamee.

—¿Los sacerdotes pueden retirarse?

—Oiga, yo sólo necesito hacer un viaje rápido por su buen país. Podría considerarse cierto tipo de peregrinaje. Uno muy necesario.

El policía miró al padre McNamee unos segundos, apretando los labios tan fuerte que empezaron a ponérsele blancos.

El padre le sonrió.

—¿Y usted, señorita? —preguntó—. ¿Señorita? ¿Puede volverse y mirarme, por favor?

—¿Qué? —respondió Elizabeth sin mirarle.

—¿Cómo se gana usted la vida?

—Era voluntaria en la biblioteca.

—¿Y ahora?

Elizabeth guardó silencio.

—¿Y los del asiento de atrás? —dijo, señalándome con la nariz.

—¿Sí? —dije yo.

—¿Cómo se ganan la vida ustedes dos?

—Yo siempre he trabajado en el cine —contestó Max, y pude percibir la cólera en su voz. Parecía muy inquieto. Noté que tenía los nervios a flor de piel—. Hay que joderse, ¿eh?

—No tiene por qué decir palabrotas, amigo. Haga el favor de comportarse. ¿Y usted?

Alcé la vista hacia él y noté que el policía me miraba fijamente tras sus gafas de sol reflectantes.

—Yo cuidaba a mi madre —respondí, diciendo la verdad.

—Eso no es un trabajo —sentenció él—. ¿Lo es?

—Es lo que he hecho siempre.

—¿Y qué hace ahora?

Yo no sabía qué contestar, así que guardé silencio.

—No tienen ustedes ni un trabajo de verdad entre los cuatro —dijo él finalmente, y me di cuenta de que nos odiaba, pensaba que

éramos todos retrasados mentales.

¡El retrasado eres tú!, gritó el hombrecillo de mi estómago.

—¿Qué clase de personal lleva con usted, padre? —preguntó aquel hombre.

—Un personal muy especial, sí. ¡El más especial que uno puede tener! Llevo aquí a hijos especiales de Dios. Puedo asegurárselo.

La frente del policía de fronteras era toda arrugas.

—¿Su madre era su fuente primaria de ingresos, Número Dos? —preguntó, y me señaló a mí.

Tardé un segundo en darme cuenta de que Número Dos era yo, pero cuando lo hice, contesté:

—Era mi madre.

—¿Ya no la cuida? —dijo él—. ¿Qué ocurrió? ¿Su madre lo despidió?

—Murió de cáncer de cerebro —contestó el padre McNamee—. Y nuestro viaje es en su memoria. Está siendo usted un poquito insensible, ¿no le parece?

Vi el cogote del padre enrojecido, y comprendí que estaba enfadándose.

También vi sus ojos reflejados en las gafas de sol del individuo; los ojos del padre sorbían de nuevo, como dos grandes remolinos.

El policía se dio golpecitos en la palma con los pasaportes una docena de veces o así, como si estuviese considerando qué hacer con nosotros.

—Bienvenidos a Canadá —dijo al fin y devolvió los pasaportes al padre McNamee.

—¡Uf! ¡Buuufff! —exclamó el padre McNamee, y acto seguido subió el cristal de la ventanilla y puso el coche en marcha—. Creí que iba a registrarnos. ¡Y llevo unas seis botellas de Jameson sin declarar en el maletero!

Seguimos en silencio unos diez minutos. Me daba cuenta de que el policía nos había inquietado mucho a todos. Pero no hablamos de ello, nos limitamos a mirar fijamente por las ventanillas.

—Hay que joderse, ¿eh? —dijo al fin Max, rompiendo la tensión, y se echó a reír de su propia gracia.

Elizabeth refunfuñó.

Como nadie decía nada, Max añadió:

—Estamos en el jodido Canadá, ¿eh?

El padre McNamee se rio entonces como si al fin entendiera la gracia, y cuando le pregunté qué era tan divertido, dijo que los canadienses suelen terminar las frases con un «¿eh?»

—Ése es un estereotipo que ofende a los de aquí —dijo

Elizabeth.

—Hay que joderse, ¿eh? —dijo otra vez Max en tono guasón, dándome un codazo.

Me reí, aunque sabía que Elizabeth no quería que lo hiciera.

Luego nadie dijo nada en mucho rato.

—No me ha gustado ese policía de la frontera —le dije a mi reflejo en la ventanilla.

Nadie dijo nada en respuesta.

Mientras recorríamos aquella desolada llanura cubierta de nieve, pasando delante de muchos silos con nombres franceses escritos en ellos, y nos adentrábamos cada vez más en nuestro vecino del norte, parecía que el mundo no fuese redondo, en realidad, sino un enorme tablero que algún gigante hubiese convertido en un diorama llamado «Canadá», y yo seguí pensando en las preguntas que nos había hecho el policía de la frontera.

¿Puede definirnos como personas ese tipo de preguntas, determinar nuestra valía, nuestra bondad y si somos visitantes fiables o no?

¿Adónde va?

¿Cómo se gana la vida?

¿Negocios o placer?

¿Demuestran esas preguntas si nuestras vidas importan y si somos dignos de que se nos admita en Canadá?

¿Si somos peligrosos?

¿Qué sentido tenía hacer preguntas, fueran las que fuesen, si podríamos haber mentido sin problema contestando lo primero que se nos ocurriera?

Cualquier delincuente que se precie sería un mentiroso experto y cruzaría el control fronterizo, pero las personas como yo —abandonadas a sus propios recursos— no lo conseguirán nunca.

Ojalá hubiésemos dicho que éramos médicos que intentábamos curar el cáncer de cerebro y nos dirigíamos a un laboratorio subterráneo secreto de los territorios del norte; que trabajábamos en una misión oficial para salvar el mundo y que no teníamos tiempo para contestar preguntas insignificantes y estúpidas.

«Hágase a un lado, policía de frontera, porque vamos a hacer grandes cosas que le asombrarán —podría haber dicho el padre McNamee, y nos habríamos sentido muy orgullosos—. ¡No se atreva a pararnos! ¡Se arriesgará a bloquear el progreso de la humanidad!»

Usted, Richard Gere, habría superado la situación actuando con gracia y facilidad. Usted, Richard Gere, habría encandilado al policía de la frontera y todo le habría resultado mucho más fácil.

Aunque la verdad es que no habría tenido que actuar de ningún modo, porque el policía le habría reconocido al momento, le habría dado la bienvenida a Canadá sin hacerle ni una sola pregunta, sólo, tal vez, le pediría un autógrafo o permiso para hacerse una foto con usted, cogidos por los hombros, sonriendo como si fuesen amigos de toda la vida.

¿Por qué no hacen preguntas difíciles a las personas a quienes se les da muy bien contestarlas, mientras que a las personas como yo se les obliga siempre a hacer cosas que parecen imposibles?

Lo peor de todo era saber que había algo indiscutible: si no nos hubiera acompañado el padre McNamee, el policía de la frontera no nos habría dejado entrar en Canadá, probablemente nos habría detenido y nos habría encarcelado, porque Max, Elizabeth y yo nos habríamos puesto muy nerviosos y habríamos perdido el control en la parte de preguntas y respuestas del cruce de frontera, y el policía no habría entendido por qué actuábamos, diría él, de forma tan extraña.

¡Imbécil!, gritó el hombrecillo, y esta vez le creí.

No sucedió nada más hasta que llegamos a Montreal.

El padre McNamee había hecho una reserva en un hotel de lujo donde aparcamos en un subterráneo, y hasta podíamos nadar en la azotea, porque había una piscina climatizada medio cubierta medio al aire libre. Max y yo la exploramos, aunque no nos bañamos porque yo no sé nadar —en realidad, me aterra el agua— y ni él ni yo teníamos bañador.

Cuando estábamos en la azotea, viendo elevarse el calor de la piscina en el aire invernal, Max dijo:

—¿Cómo demonios vamos a pagar esto, joder? ¡Elizabeth y yo estamos en la ruina! ¡Este jodido hotel tiene que costar un montón de dinero, joder! Estamos bien jodidos.

—El padre McNamee dijo que Dios proveerá —dije yo.

—¿No me digas que de verdad crees en Dios, joder? —me preguntó Max.

—Sí —respondí yo—. ¿Y tú crees de verdad en los alienígenas?

—Sí, joder —dijo Max.

—¿Qué haréis vosotros después de que visitemos el Parlamento de los Gatos?

—Joder, yo qué sé —dijo Max—. Trajimos toda la ropa que tenemos. Dejamos las jodidas llaves en el apartamento. No pagamos el alquiler del último mes. Somos unos sin techo, joder.

—¿No estáis preocupados?

—Joder —dijo Max, asintiendo y enarcando las cejas.

—Yo también estoy preocupado.

—No me jodas, ¿y por qué estás preocupado tú?

—Porque no sé qué hacer sin mamá. Ni siquiera estoy seguro de cómo se están pagando mis facturas. La electricidad, el agua, la tele por cable y todas las facturas de las que se ocupaba mamá.

—¿No pagas tú a esos jodidos?

—No.

—Pues te aseguro que alguien lo hace. Porque, si no, ya te habrían cortado el suministro. No hay nada gratis, joder.

—¿Y quién estará pagando?

—¿Cómo voy a saberlo yo, joder?

Siempre que había pensado en esto antes me había entrado dolor de cabeza.

En cuanto supiese quién pagaba mis facturas, debería dinero a una persona real. Y, teniendo en cuenta que yo no tenía dinero, no estaba precisamente deseoso de poner fin a aquel misterio, la verdad.

Di la vuelta y contemplé la ciudad de Montreal.

—Es un hecho muy notable que estemos aquí juntos. Tienes que admitirlo —dije—. Extraordinario incluso.

Max asintió.

—Nunca creí que vería Canadá.

—Yo tampoco, joder.

Estábamos de pie en una especie de plataforma de hormigón visto, de espaldas a la piscina, mirando por encima de un muro de metro y medio de altura.

—Supongo que para mucha gente normal, esto no sería gran cosa —dije.

Max asintió de nuevo y luego dijo:

—¿Por qué crees tú que nosotros hemos acabado siendo, joder, tan diferentes de los demás? ¿Piensas tú alguna vez en chorradas como ésa? Personas como tú y como yo y Elizabeth..., ¿por qué existimos siquiera, joder?

Pensé en ello y luego —después de devanarme los sesos buscando la respuesta a la primera pregunta de Max, sin encontrarla— respondí a la segunda diciendo:

—Constantemente. —Y, al cabo de un minuto o así, se me ocurrió una idea y dije—: ¿No será porque el mundo necesita personas como nosotros?

—¿Para qué, joder? ¡Nosotros no hacemos nada! ¡Yo sólo corto las entradas en el cine! ¡Eso cualquiera sabe hacerlo!

—Bueno, si no hubiera gente rara, extraña y distinta que hace

cosas raras o que no hace nada en absoluto, no podría haber gente normal que hiciese cosas útiles y normales, ¿no crees?

—Hay que joderse, ¿eh?

—La palabra «normal» perdería todo su significado si no existiera su contrario. Y si no hubiera gente normal, el mundo probablemente se desmoronaría, porque es la gente normal la que se cuida de todas las cosas normales, como asegurar que haya comida en la tienda y entregar el correo, poner semáforos y ocuparse de que los váteres funcionen como es debido, cultivar alimentos en las granjas y pilotar los aviones sin que haya problemas y asegurarse de que el presidente de Estados Unidos tenga trajes limpios que ponerse y...

—¿Una pequeña ayuda? —dijo una voz—. ¡Hace demasiado frío para salir del agua!

Nos volvimos y vimos un balón de playa a nuestros pies.

Una familia debía de haber pasado nadando por debajo del cristal divisorio a la parte de piscina que quedaba al aire libre, detrás de nosotros.

—Hay que joderse, ¿eh? —susurró Max mientras les lanzaba de una patada el balón de colores brillantes.

El hombre lo cogió con las dos manos, lo apartó para que le viéramos la cara y dijo:

—¡Gracias!

Parecía una versión más joven de usted, Richard Gere. Apuesto, seguro de sí mismo, muchos músculos en el estómago, el pecho y los brazos. Pelo enmarañado que (aunque estaba mojado) debía de costar mucho dinero y esfuerzo arreglarlo y mantenerlo así. Me recordó también los modelos de ropa interior que se ven en los anuncios de los dominicales. Su mujer llevaba un biquini verde, y aunque no era ninguna Cindy Crawford, era tan guapa como Carey Lowell, que es bastante encantadora, como bien sabe usted. Estaban con un niño y una niña de unos cinco y siete años —los dos rubios y con dientes blancos como perlas, el tipo de niños que ves en la televisión desayunando cereales muy sonrientes— y se lanzaban el balón riéndose e intentaban cazar copos de nieve con la lengua, que fue lo que me hizo darme cuenta de que estaba nevando.

El vapor que despedía su piel desnuda parecía sus almas elevándose sobre sus cabezas y mezclándose en una danza armoniosa y juguetona que me hizo sentir un dolor en el pecho.

—Hay que joderse, ¿eh? —susurró otra vez Max empujando con el dedo índice sus enormes gafas hasta lo alto de la nariz como si dijera lo que yo he pensado muchas, muchísimas veces: «¿Qué nos

pasa a nosotros? ¿Por qué somos tan raros? ¿Por qué eso (la familia normal de la piscina) parece tan bien y qué tenemos nosotros que hace que parezcamos tan mal en comparación?».

Aunque mamá y yo no habíamos ido nunca a nadar en invierno en la azotea de un hotel que dominaba toda una ciudad extranjera, la añoré al contemplar la escena, y recé una oración rápida, pidiendo a Dios que permitiera que mamá se me apareciera en sueños al menos otra vez.

El individuo, una versión suya más joven, Richard Gere, no dejaba de mirarnos y no tardé en darme cuenta de que el hecho de que nosotros los mirásemos tanto les hacía sentirse incómodos.

Dos hombres extraños, deformes, feos, con botas y chaquetas pasadas de moda que miran fijamente a cualquiera es la receta segura para una interpretación errónea, ¿verdad?

—Vámonos —dije.

Max asintió y me siguió.

No necesitaba explicación.

Max sabía lo que sabía yo, probablemente porque ha llevado el mismo tipo de vida, aunque sus detalles personales fuesen y sean completamente distintos.

Metafóricamente, nosotros (y nuestras historias) somos lo mismo.

Fuimos a nuestras habitaciones respectivas, nos duchamos y nos cambiamos para la cena.

El padre McNamee nos llevó al Viejo Montreal y cenamos en un restaurante pequeño y elegante. El padre preguntó si podía pedir por todos nosotros, y cuando le dijimos que sí, me sorprendió pidiendo la comida en francés.

—Hay que joderse, ¿eh? ¡Franchute! —dijo Max cuando se marchó el camarero, abriendo mucho los ojos y asintiendo impresionado, como si el padre hubiese hecho un truco de magia.

—Espero que seáis indulgentes conmigo —dijo el padre McNamee—. En cierto sentido, ésta es nuestra última cena.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté.

—Todo cambiará cuando conozcas mañana a tu padre —dijo él, y realmente parecía que algo le inquietase—. Nada será lo mismo después.

Asentí, sólo para no complicar las cosas.

Estaba nevando, y veíamos caer los copos por el ventanal empañado.

Llegó el camarero con vino tinto y vasos. El padre probó el vino, dio su conformidad y el camarero nos sirvió a todos.

—Por los nuevos comienzos, por extraños que puedan ser —dijo el padre McNamee alzando el vaso.

Chocamos los vasos y bebimos.

Llegaron después *baguettes*, y la sopa de cebolla francesa en pequeños cuencos marrones cubiertos de queso burbujeante.

El padre partió una *baguette* en cuatro trozos, nos dio uno a cada uno y dijo:

—Los cuatro nos encontramos en puntos cruciales de nuestra vida. Por el milagro de habernos encontrado y estar ahora aquí juntos, algo que es realmente extraordinario.

Elizabeth y Max no dijeron nada, pero mordieron el pan y empezaron a masticar.

—Es más rico mojado en la sopa —comentó el padre, y sumergió su pan en el queso del cuenco hasta que se oscureció y empezó a deshacerse.

Hicimos todos lo mismo.

—¿Cómo te sientes con eso de conocer a tu padre, Bartholomew? —preguntó el padre McNamee, mientras examinaba su sopa.

Yo no sabía qué contestar.

En mi mente y en mi corazón mi padre llevaba años muerto, y una parte de mí, allí, en el fondo, donde vive el hombrecillo, deseaba que las cosas siguieran así.

Otra parte de mí aún no creía que conocer a mi padre fuese siquiera posible, aunque el padre McNamee pareciese tan convencido de ello, y él nunca me hubiese mentido.

—En dos días el Jodido Parlamento de los Gatos, ¿verdad? —dijo Max.

—Sí —respondió el padre, asintiendo, y miró por el ventanal a la gente que pasaba muy abrigada por la acera.

Volvió el camarero y dijo:

—*Lapin*.

Colocó un plato delante de cada uno.

Carne cubierta con salsa dorada, guisantes y zanahorias.

—*Bon appétit!* —exclamó el camarero y se retiró.

Todos empezamos a comer. La carne era tierna y sabrosa, parecía derretirse en la boca como mantequilla.

—¿Qué es? —preguntó Elizabeth después de tragar.

—Conejo —respondió el padre—. ¿Te gusta?

A Elizabeth le dieron náuseas, escupió la comida que tenía en la boca y salió corriendo del restaurante.

Yo corrí tras ella.

La encontré devolviendo en el montón de nieve que había entre la calle y la acera; le retiré el pelo de la cara y le froté la espalda, como me hacía mamá de pequeño cuando devolvía. Todo el restaurante nos observaba por el ventanal.

Max y el padre McNamee salieron después.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el padre McNamee.

Elizabeth asintió y contestó:

—Sólo necesito un poco de aire. Y que me dejen sola, por favor. ¡Por favor!

Cuando echó a andar calle abajo, el padre me dijo:

—¡Síguela, Bartholomew!

—¿Yo? —pregunté.

—¡Hay que joderse, eh, Elizabeth! —gritó Max—. Es una cena gratis. ¿No va siendo hora ya de que lo superes de una vez?

El padre sonrió y me hizo un guiño:

—Ésta es tu gran oportunidad. Ve.

Está nevando en el Viejo Montreal. ¡Qué bello! —dijo usted, Richard Gere. De pronto estaba usted allí, bien abrigado con un chaquetón de cuero y una bufanda de cuadros, sonriéndome, con los ojos brillantes como mi nuevo cristal de tectita—. *¡Aprovecha el encanto del momento! ¡Sumérgete en el romance del ahora! ¡Puedes conseguir que la Chicatecaria se enamore de ti! Mira alrededor. ¡Esta ciudad está cargada de encanto! ¡Aprovéchalo, grandullón!*

—A ella no le gusta que la llamen la Chicatecaria —le dije yo mientras corría detrás de Elizabeth.

No importa, grandullón. Lo que importa es que vas a estar a solas con la chica de tus sueños en el Viejo Montreal mientras a vuestro alrededor cae suave la nieve. El amor es inminente. No puedes fracasar. Es tu momento. El Dalai Lama dice: «Sé compasivo y todo mejorará». Limítate a ser bueno. Es el momento del amor. Es el momento perfecto. ¡Dale el cuento de hadas!

—¡Está enferma! ¡Acaba de vomitar en la nieve!

Ésos son los Momentos de Buena Suerte, ¿no?

¡El mal que conducirá al bien!

La otra cara de la misma moneda.

El Universo te envía una señal. El Universo te ha colocado en esta situación concreta por una razón. Tu momento es ahora, Bartholomew. ¡El Momento de Buena Suerte! Recuerda la filosofía de tu madre. ¿Qué te diría ella? ¿Qué nos diría tu madre?

Parecía usted muy orgulloso de mí, Richard Gere, y me pregunté cómo me habría encontrado en Canadá, pero recordé las cartas que le había escrito diciéndole adónde iba a ir. Significa mucho para mí

que acudiese en mi ayuda —sobre todo sabiendo lo ocupado que está con su trabajo de actor y con las tareas oficiales del Dalai Lama—, tanto que estuve a punto de echarme a llorar.

Gracias, Richard Gere.

Gracias un millón de veces.

Sentí que, con un amigo como usted, no podía dejar de impresionar a Elizabeth.

Bonito cristal de tectita, me dijo usted al verlo rebotar en la cremallera de mi abrigo mientras corría por la acera detrás de Elizabeth, procurando no resbalar en el hielo.

—Gracias —dije yo.

Usted hizo un guiño y asintió, me animó haciendo la señal de victoria con dos dedos de su guante de cuero, que parecía caro, y se esfumó como un fantasma.

Cuando alcancé a Elizabeth, me di cuenta de que aún estaba alterada, así que caminé a su lado unas siete manzanas, recobrando el aliento y permitiendo que ella se deshiciera de su energía negativa caminando, como ya había hecho yo antes con el padre McNamee.

Decidí esperar y no decir nada hasta que hablase ella primero.

Cuando llegamos al río San Lorenzo, se detuvo y dijo:

—Max quería que me asegurase de que llevas siempre tu cristal de tectita.

—Sí —expliqué, palmeándolo con el guante—. No me lo he quitado desde que me lo regaló.

Ella sacó otro collar de cuero del bolsillo del abrigo y explicó:

—Max dice que te pongas éste también. Puedes hacerlo porque ya has llevado el primero más de veinticuatro horas y, según la investigación de mi hermano, las abducciones alienígenas aumentan cerca de los ríos. Así conseguirás protección extra, según Max.

Cogí el cristal de tectita extra y me lo puse al cuello con el otro. No resultó fácil con los guantes de invierno, pero lo conseguí.

Seguimos allí en silencio un rato.

Luego Elizabeth dijo:

—Probablemente creas que estoy loca por haber actuado como lo he hecho antes.

—No —dije yo.

—Sí.

Me miró por debajo de sus bellas cejas, tras su tenue cortina de cabello castaño que colgaba entonces de un gorro de punto morado que parecía hecho a mano.

Me mordí el labio inferior y negué con la cabeza.

Contemplamos el río durante lo que me pareció una media hora.

—Esto tal vez te parezca una explicación sentimental estúpida, pero yo tenía conejos cuando era pequeña. Mi mamá los compró para criar y vender, pero el tipo que nos los vendió nos engañó y no tardamos en descubrir que los dos conejos eran machos. Mamá perdió interés enseguida, como hacía siempre, o fue demasiado perezosa para buscar una hembra. Así que se olvidó de los conejos, empezó a fingir que no existían, tal vez porque el orgullo le impedía aceptar que se había dejado engañar. Así que yo convertí aquellos conejos olvidados por ella en mis mascotas y los quería mucho. Los adoraba. Hablaba con ellos. Hasta robaba comida para ellos en una granja próxima. Les contaba mis secretos, cuchicheando horas y horas en sus largas orejas aterciopeladas.

Yo no sabía qué decir, aunque era evidente que aquello explicaba por qué había vomitado.

Eso me entristeció mucho.

—Max nunca los quiso tanto como yo —continuó diciendo ella, y echó a andar por la orilla del río.

Yo asentí y la seguí.

—¿Vas a hablar alguna vez? —me dijo.

—Sí.

—Pues di algo.

—Algo.

—No tiene gracia.

Yo no pretendía hacer gracia, así que me sentí avergonzado. Y pude notar entonces al hombrecillo de mi estómago reírse de mí, dar volteretas en mi vientre e incluso llorar de risa por mi espantoso fracaso.

Seguimos caminando una manzana o así.

Luego ella dijo:

—Mis conejos se llamaban *Puky* y *Mu Mu*. Les gustaba más la lechuga que las zanahorias. Dicen que a los conejos les gustan más las zanahorias, pero a aquellos dos no. Tal vez fuesen conejos raros.

Yo no sabía qué decir.

—A Max le encantan los gatos —dijo ella.

Recuperé no sé cómo la voz y dije:

—Sí, ya lo sé. ¿Era Alice una gata buena?

—Era un encanto. Pero era de Max, no mía. *Puky* y *Mu Mu* eran míos. Nunca habrá otros como ellos.

—Mamá era mía —dije yo antes de que pudiera pensar en realidad lo que quería decir—. No habrá ya otra mamá para mí tampoco. Era única.

—¿Querías de verdad a tu madre?

—Sí. ¿Y tú querías a la tuya?

—La odiaba. Solía imaginar que la mataba mientras dormía. Que la degollaba con un cuchillo de cortar carne. A veces imaginaba que arrastraba la hoja por todo el cuello haciéndole una inmensa sonrisa roja. Y otras veces sólo le acuchillaba la yugular repetidamente. Perdona. Ya sé que es bastante tétrico. Pero, ¡cuánto deseaba matar a mi madre cuando era pequeña!

—¿Por qué?

—Por múltiples razones. Infinitas razones.

Seguimos andando unas manzanas más con las manos enguantadas en los bolsillos.

—Mi madre mató a *Puky* y a *Mu Mu* y me los dio para comer cuando era una niña.

No supe qué decir a eso.

—No me dijo lo que era hasta que terminé de comerlo. Me lo dijo con una sonrisa, como si fuera la gracia final de un chiste. No te puedes imaginar mi sensación de culpa. Sentí durante meses a *Puky* y a *Mu Mu* dentro de mí intentando saltar fuera de mi estómago. Ella hizo llaveros con las patas y me regaló uno la Navidad siguiente. Cuando abrí el regalo, lancé un grito y rompí a llorar. Ella me llamó «maniática y desagradecida», «malcriada, débil y tonta». Luego se burló de mí y le dijo a Max que su hermana era una sentimental. Empleó realmente esa palabra. Sentimental. Como si fuese un defecto de carácter. Como si fuese horrible sentir. Admitir que echabas de menos cosas. Preocuparse. Querer incluso.

—¿Cuántos años tenías?

—Siete.

—¿Por qué mató tus conejos?

—Éramos pobres. No teníamos comida. En realidad no podíamos permitirnos alimentarlos. Mi madre era una psicópata. Yo tiendo a tener una suerte horrorosa. Todas esas cosas...

—El padre McNamee no lo sabía...

—¿Cómo iba a saberlo?

—Lo siento mucho —dije.

—Tú no has hecho nada —dijo Elizabeth.

Yo tenía la impresión de haber fracasado espantosamente en el apartado romántico, pues sólo habíamos conseguido hablar de los traumas infantiles de Elizabeth y de sus deseos adolescentes de matar a su madre.

Eso tenía muy poco de romántico.

—Cuéntame algo agradable —dijo ella.

Se detuvo, se volvió hacia mí y me miró a los ojos con una desesperación aterradora.

—¡Por favor! Lo que sea. Cuéntame algo agradable. Algo que me haga sentir que el mundo no es un lugar horrible. Estoy en las últimas, Bartholomew. Ya no hay nada que me interese. Cuéntame algo que me haga interesarme. Vamos. Cuéntame simplemente algo bueno. Alguna cosa buena y verdadera. Si pudieras hacerlo, entonces tal vez, sólo tal vez...

No acabó la frase, pero suspiró, y me pregunté qué iría a decir.

Elizabeth seguía buscando en mis ojos, pero yo no tenía una clave de lo que se suponía que debía decirle, y confiaba en que apareciese usted, Richard Gere, para ayudarme, porque usted siempre sabe lo que hay que decirles a las mujeres en esas situaciones en todas sus películas, pero usted no se materializó.

—¿Como qué? —le pregunté, para ganar tiempo.

—Algo agradable sobre tu madre quizá... —Se ahogaba al decirlo, tenía los ojos llenos de lágrimas—. Algo que me haga olvidar que acabo de comer conejo..., que no tengo ningún lugar donde vivir. Que mi vida ha sido una broma cruel, sádica..., que todo va a acabar muy pronto.

—¿Acabar? —dije yo.

No soportaba verla tan triste, pero no sabía qué hacer.

—Cuéntame algo sobre tu madre. Algo agradable —dijo Elizabeth, sin prestar atención a mi pregunta—. Verdaderamente agradable. Pareces un hombre amable, Bartholomew. Así que por favor, por favor, por favor. Algo agradable...

Pensé en ello: tenía un millón de recuerdos agradables de mamá para elegir.

—Lo primero agradable que se te ocurra —dijo ella—. No lo pienses. Limítate a hablar. Por favor. Tienes que tener recuerdos agradables de tu madre si la quieres tanto. ¡Tiene que resultarte fácil! Necesito oír algo agradable..., algo sentimental incluso.

De pronto yo estaba hablando sin pensar —las palabras fluían de mí como aire— y me parecía completamente asombroso que pudiese hablar tanto. Era como si ella hubiese encontrado mi mando de caliente y frío, y estuviesen saliendo de pronto palabras de mi grifo.

—Cuando era pequeño, mi madre me contó que si escribía una carta al alcalde de Filadelfia (el alcalde Frank Rizzo al principio y luego el alcalde William Green), pidiendo un permiso especial para subir a lo alto del ayuntamiento, podría contemplar Filadelfia desde debajo de la alta cúpula sobre la que está William Penn. Así que yo

me ponía a escribir una carta y tardaba días en encontrar un argumento persuasivo que justificara el que se me concediese lo que pedía. Explicaba en mi carta lo mucho que me esforzaba en la escuela, lo buen hijo que era, que terminaba siempre todas mis tareas a tiempo, que hacía siempre lo que mamá me decía que hiciera, que prometía votar en todas las elecciones cuando tuviese la edad para hacerlo (una promesa que he cumplido religiosamente, pues mamá me enseñó que era mi deber patriótico como americano) y que iba a misa cada semana y procuraba ser un buen católico.

»Después escribía la carta una y otra vez hasta que la letra era lo suficientemente buena para que la leyese un verdadero alcalde oficialmente elegido. Mamá la leía, y cuando la echábamos al buzón del barrio, cruzábamos los dos los dedos con la esperanza de que el alcalde se sintiese tan conmovido como para permitirnos visitar el ayuntamiento por haber sido yo un niño tan bueno.

»Siempre recibía una carta de respuesta personalizada escrita a mano una semana o así después, que decía que, como era un buen chico, me permitía visitar el ayuntamiento. Mamá y yo bajábamos por Broad Street cogidos de la mano, viendo crecer ante nosotros el ayuntamiento, y subíamos luego en el ascensor hasta arriba del todo —por cierto, el edificio fue en tiempos uno de los más altos del mundo, y el más alto de Filadelfia hasta 1987— y contemplábamos la Ciudad del Amor Fraterno, viendo cómo está diseñada en ángulos rectos, como una gran rejilla construida por el más anal de los planificadores urbanos, decidido a garantizar que nadie se perdiese nunca, y yo me sentía muy orgulloso de estar allí arriba, en lo alto del cielo, mirando hacia abajo, sabiendo que lo había ganado por ser un niño ejemplar.

Podía ver emoción en los ojos de Elizabeth, y tenía la esperanza de estar haciéndolo bien, porque me palpitaba el corazón y tenía los guantes empapados de sudor.

—Hasta que fui ya adulto no me enteré de que a todos les estaba permitido subir a lo alto del ayuntamiento, hubiesen sido buenos o no, y que las cartas del alcalde las había escrito, simulando, mamá.

»Volví a visitar el ayuntamiento de mayor, haciendo la misma ruta, pero por supuesto ya no era tan especial, porque podían hacerlo todos, no me lo había ganado yo. El edificio no se elevaba tan majestuosamente desde el asfalto cuando bajaba por Broad Street, el ascensor no hacía que me palpitase el corazón al subir, la vista no era tan espectacular, los ángulos rectos de las manzanas de la ciudad no parecían tan claros y precisos, y yo ni siquiera quería

estar allí arriba mucho tiempo, no sin mamá.

—Parece que fue una persona maravillosa —dijo Elizabeth y sonrió.

—Lo era.

—La echas de menos.

—Muchísimo.

—Lamento tu pérdida.

—Yo lamento que tuvieses que comerte tus conejitos y que fueses abducida por los alienígenas.

Se sentó en un banco y me senté a su lado.

Veíamos bailar la nieve cayendo del cielo y en el río.

Pensé que Elizabeth miraría hacia arriba en la noche, intentando localizar ovnis, pero no alzó la barbilla ni siquiera una vez.

Aquella noche no le interesaban los ovnis, ni hablar de alienígenas.

Yo sabía por las películas que aquél era el momento de rodear con un brazo a Elizabeth, y estaba a punto de explotarme el corazón sólo de pensar en la posibilidad de rodear con un brazo a otro ser humano, nuestras costillas tocándose a través de la ropa.

Pero no la rodeé con el brazo.

Nos quedamos simplemente allí, uno al lado del otro, en el banco, hasta que se nos cubrieron de nieve los gorros y tuvimos las narices rojas.

Cuando se levantó, yo me levanté también.

Regresamos al hotel caminando en silencio, dejando dos series de huellas de pisadas que pronto se cubrirían de nueva nieve acumulada y luego paleada, borrando toda prueba de nuestro paseo juntos por el Viejo Montreal, y yo pensé en cuántos millones de personas habrían tenido pequeños y silenciosos momentos significativos en la ciudad de Montreal, momentos importantísimos para quienes los vivían, pero relevantes para todos los demás.

—Buenas noches, Bartholomew —me dijo Elizabeth después de abrir la puerta de su habitación con la tarjeta de plástico.

—Buenas noches —dije yo, esperando en el pasillo.

Ella me miró a los ojos largo rato, con la mano en el pomo de la puerta entreabierta.

Luego buscó en su bolso y sacó otro collar de tectita.

Cuando lo alzó, bajé la cabeza. Ella me lo colgó al cuello y asintió.

Yo asentí también.

—Max quería que te lo pusieras cuando estuvieras preparado. Y lo estás —me dijo, y entró en la habitación.

Fue curioso porque dos piedras de tectita eran algo de lo que no te dabas ni cuenta, y sin embargo el peso de las tres ya lo noté.

No es que fuesen demasiado pesadas, pero se hacían más presentes.

Era como un punto límite.

Seguí un rato en el vestíbulo, preguntándome por qué —después de pasar todo el día con tres personas— me sentía más solitario que nunca, pese a lo cual, no deseaba entrar en la habitación con el padre McNamee.

Deseaba estar con Elizabeth: sentarme a su lado sin más, en silencio otros cinco minutos habría sido divino.

También deseaba estar solo, lo cual resultaba desconcertante.

La cuestión es que acabé completamente solo en la azotea del hotel, junto a la vaporosa piscina que estaba entonces con las luces encendidas, envuelta en un brillo azul maravilloso.

Contemplé la ciudad y me pregunté si mi padre biológico estaría realmente allí, en algún lugar de Montreal.

Miré luego hacia arriba y pregunté dónde estaba mamá.

Me senté en una silla y sentí el frío en la cara mientras miraba cómo se evaporaban los copos de nieve instantáneamente, en cuanto tocaban el agua cálida, azul y clorada de la piscina, y me pregunté si lo que estaba presenciando sería en cierto modo una metáfora de nuestras vidas, como si todos fuésemos sólo pizquitas cayendo hacia la disolución inevitable, si es que eso tiene algún sentido.

Seguí allí solo lo que me parecieron horas, sintiéndome como un copo de nieve en el instante en que toca una piscina climatizada..., preguntándome si aquello podría ser en realidad un resumen de toda nuestra vida en el gran esquema del Universo.

Aunque mamá no se me había aparecido, hablé un rato con ella, contándole todo lo que había pasado, y le pregunté si era posible que mi padre viviera, pero la única respuesta que obtuve fue el ruido del tráfico que llegaba de abajo, de muy abajo.

Cuando entré en la habitación del hotel, el padre McNamee dormía pacíficamente, sin ronquidos, así que no encendí la luz y procuré hacer el menor ruido posible. La habitación apestaba a whisky, lo que significaba que el padre McNamee tendría resaca otra vez por la mañana.

Me acosté y pensé en el hecho de que estaba en Canadá y en lo extraño que parecía, mientras miraba fijamente al techo.

Canadá, ¿eh?

No parecía real.

Era como si pudiese ser sólo una zona desconocida de Filadelfia, o una zona conocida disfrazada de algo distinto, como si estuviese actuando en un Halloween geográfico, por disparatado que parezca eso.

Luego, mientras el padre dormía, utilizando la minilinterna de mi llavero, le he escrito a usted esta carta, procurando terminar antes de que sea hora de ir al Oratorio de San José a ver el corazón de un santo milagroso y a conocer a mi padre biológico.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

14

ESO ES LO MÁS RAZONABLE QUE PUEDES HACER EN ESTE MOMENTO, DADAS LAS DESDICHADAS CIRCUNSTANCIAS QUE HAS HEREDADO

Querido señor Richard Gere:

Cuando me desperté aquel día en el que íbamos a ir al Oratorio de San José y a ver a mi papá delante del corazón incorrupto del Santo Hermano André, el padre McNamee aún estaba dormido, así que miré por nuestra ventana del hotel y admiré la capa de nieve fresca que había caído durante la noche. Era como si la ciudad hubiese quedado enterrada en fina y blanca harina y estuviese aflorando de nuevo a medida que invadían aceras y calles las diversas oleadas de transeúntes matutinos que acudían al trabajo.

Sonreí a mi reflejo sobrepuesto a la ciudad en el cristal de la ventana, notaba en el pecho una alegría buena, me di una ducha y luego me vestí.

Dejé al padre dormir un rato más porque había dos botellas de whisky vacías en su mesita de noche, aunque fuese bastante insólito para él dormir después de las seis y media de la mañana por mucho que hubiese bebido la noche anterior.

Aunque lo de encontrarme con mi padre biológico me pusiese un poco nervioso, la mayor parte de mí pensaba que eso era completamente imposible, así que no estaba tan nervioso, porque ¿cómo puedes temer algo imposible?

El padre McNamee no había tenido un comportamiento muy equilibrado, y yo no quería estimular mis esperanzas. Estaba bastante seguro de que la idea de encontrarme con mi padre en Montreal era sólo producto de la batalla en curso del padre McNamee con la locura. Se trataba de algo que era probable que acabase del mismo modo que nuestro intento de salvar a Wendy.

Me permití, sin embargo, pensar brevemente en la posibilidad abstracta de encontrarme con mi padre y decidí que si llegaba a suceder eso alguna vez, digamos que en un universo paralelo o algo así, probablemente me pondría furioso con él por abandonarnos,

especialmente al niño que había sido yo, un niño muy impresionable y que había sufrido probablemente más sin un padre que si lo hubiese tenido, aunque se tratase de un padre de baja calidad, y, desde luego por no darle a mi mamá el cuento de hadas, porque ella se lo merecía. Si alguna mujer lo había merecido alguna vez, esa mujer era mamá.

Quizá yo tuviera que estar tan furioso como lo estaba Elizabeth con su madre, teóricamente hablando, porque, ¿qué era peor, abandonar a tu hijo o hacer que tu hija se coma sus conejitos? Una elección difícil.

Pero en el mundo real que es mi vida, yo no estaba furioso.

¿Cómo podía odiar a un extraño?

¿Cómo podía estar enfadado con un hombre al que nunca había visto?

Max llamó por teléfono a nuestra habitación y cuando descolgué el aparato dijo:

—Ya estamos listos. ¿Qué pasa, joder? ¿Y ese jodido desayuno? Mi estómago está dando gritos, joder.

—El padre McNamee aún está durmiendo —cuchicheé.

—Pues vayamos a desayunar sin él. Hay un jodido desayuno abajo. Bollitos y otras cosas de ese estilo para desayunar, joder. Pero hay una hora límite, joder. Lo dice ese jodido folleto que dejan junto a la cama. La hora del desayuno es esencial en Canadá, joder.

—Vale —murmuré.

Escribí una nota para el padre, explicándole dónde estaríamos, para que no se quedara desconcertado al despertar, y luego Elizabeth, Max y yo tomamos café y bollos en el elegante vestíbulo del hotel, sentados en asientos de cuero rojo claro.

—Hoy es el gran día —dijo Elizabeth.

—¡El gran día es el del Jodido Parlamento de los Gatos! —dijo Max—. ¿Eh que sí?

Asentí, miré el reloj que colgaba en la pared, vi que pasaban de las diez, y dije:

—Será mejor que vaya a ver si el padre McNamee se ha levantado.

En el pasillo, antes de entrar en nuestra habitación, llamé a la puerta con fuerza para indicarle al padre que entraba, y puede que para despertarlo también si no se había levantado ya. Luego entré.

Aún seguía dormido.

—¿Padre? —dije—. Padre, que se está haciendo tarde.

No despertaba, así que le cogí por el hombro y lo zarandeé suavemente... y luego sentí como si me ahogara.

El padre McNamee estaba helado.

Era como si se hubiese convertido en una roca en mitad de la noche, porque estaba frío y rígido, y más blanco que la nieve recién caída de fuera.

Mi parte racional supo inmediatamente que estaba muerto.

Una parte de mi cerebro estaba serena y en buen orden, y funcionaba magníficamente.

Pero asumió el control mi parte irracional y empezó a zarandearlo más violentamente, gritando:

—¡Despierte, padre McNamee! ¡Tenemos que ir al Oratorio de San José hoy! ¿No se acuerda? Me prometió usted que vería a mi padre delante del corazón incorrupto del Santo Hermano André Bessette! ¡Me prometió usted un milagro! ¡Despierte! ¡Despierte! ¡Despierte! ¡Esto no tiene gracia! ¡Despierte! ¡Padre!

Pero no despertaba, y la parte racional de mi cerebro seguía sabiendo que no lo haría; el problema era que esa parte racional estaba cediendo ya frente a la irracional y empezaba a parecer que tuviese la batalla perdida. La racionalidad resultaba aplastada por una inferioridad numérica de diez pensamientos irracionales, como mínimo, por cada uno racional. Empecé a temblar y a llorar, y a tener la sensación de que iba a desmayarme y...

Entonces, Richard Gere, en aquel mismo instante, se materializó usted y no creo que hubiese sido capaz de superar la situación si no lo hubiese hecho.

Vino usted.

A salvarme de la irracionalidad.

Vino usted.

Vestía la túnica roja y amarilla de un monje budista, y le centelleaban los ojos muy intensamente.

Bartholomew —me dijo usted, Richard Gere—. *Era la hora del padre McNamee. El Universo es así. Nuestras vidas aquí en la Tierra son transitorias. Todo esto es como debería ser. Respira. Inspira. Espira. Repite. Inspira. Espira. Repite.*

Demostró usted tener buenas técnicas de respiración, sabe estirar la columna, pero yo estaba demasiado nervioso para respirar correctamente.

—¡Iba a presentarme hoy a mi padre! ¿Por qué nos traería Dios a todos hasta aquí, hasta Montreal, con la intención de presentarme a mi padre si sabía que el padre McNamee iba a morir la noche antes de que completara esa tarea? ¡No tiene ningún sentido! ¡Esto no tiene absolutamente ningún sentido! El padre McNamee debe de haber dejado alguna nota indicando lo que tengo que hacer a

continuación. Tiene que haber una clave aquí que lo explique todo.

Empecé a buscar en la habitación del hotel.

No encontrarás ninguna nota, porque no la hay, dijo usted muy seguro.

—¿Cómo lo sabe?

Richard Gere lo sabe todo sobre tu vida, Bartholomew, porque Richard Gere vive en el corazón de tu mente, en las profundidades interiores, en el centro de tu conciencia.

—No comprendo —dije mientras continuaba buscando una nota del padre McNamee (revolviendo en su maleta, en los cajones del escritorio y de la cómoda, pasando los brazos y las manos por debajo de la cama) y sin encontrar ninguna—. ¡No comprendo! ¿Por qué dejaría Dios que el padre muriera sólo unas horas antes de completar su misión, antes de que fuese a presentarme a mi verdadero padre? ¿Por qué me dejaría Dios completamente solo en Canadá?

Usted sonrió como solía sonreírme mamá cuando era pequeño y le había preguntado alguna de esas cosas que desconciertan a los niños, pero de las que todos los adultos saben la respuesta..., como por qué cantan los pájaros o por qué cuando los árboles parecen más bellos es cuando están perdiendo las hojas en otoño o por qué nos enzarzamos en guerras o por qué comer helado te da dolor de cabeza o por qué la gente siempre se ríe de mí.

¿Estás solo? ¿No viajas con otros?

Pensé en lo que venía a decir usted implícitamente, que tal vez todo fuese por una razón, pero no dije nada.

¿Estás familiarizado con los koans *budistas?,* me preguntó usted, Richard Gere.

—No —dije yo, aunque recordaba vagamente haber leído algo sobre eso una vez en la biblioteca.

En Occidente, se suele pensar erróneamente que los koans *son como acertijos, una prueba para la inteligencia, algo que hay que resolver. Pero una interpretación más veraz sería la de que los* koans *son breves historias para meditar sobre ellas, que no tienen ninguna solución. No podemos «resolver» o «entender» esos* koans *más de lo que podemos resolver o entender una estrella fugaz o el rugido de un león o el olor del rocío fresco en las rosas o la sensación de la arena caliente en los dedos de los pies. Todas esas cosas sólo podemos considerarlas profundamente y deleitarnos en su misterio. Es un error pensar que hay una solución o una respuesta correcta a ellas, pero es bueno de todos modos considerarlas. El Dalai Lama estaría de acuerdo con esto. Créeme. Él y yo somos amigos.*

—¿Qué tiene que ver todo eso con que el padre McNamee haya muerto sólo unas horas antes de que fuera a decirme quién es mi padre biológico?

Usted me sonrió como si fuera un niño.

¿Estás pidiéndome que resuelva un koan*? No hay respuesta a eso, Bartholomew. Ninguna. Pero es bueno reflexionar sobre la cuestión que subyace en el corazón de tu historia actual. Sospecho que reflexionarás sobre ella muchos años, y que te hará más sabio..., enriquecerá tu experiencia de esta realidad actual.*

—¿Así que lo que usted dice es que esta historia, en la que estamos metidos en este momento, es un *koan*, algo para meditar, pero que no tiene sentido?

¡Tiene mucho sentido! Lo que no tiene es ninguna respuesta.

¡Me confunde usted!

Estás confuso, sí, pero no por mi causa.

¿Qué voy a hacer?

Vas a pedir una ambulancia, Bartholomew. Eso es lo más razonable que puedes hacer en este momento, dadas las desdichadas circunstancias que has heredado. Pero primero, saca el dinero y las tarjetas de crédito de la cartera del padre McNamee.

—¿Qué? ¿Por qué?

Él quiso que tú hicieses este viaje. Necesitarás dinero para completarlo. Confía en mí. Eso es completamente aceptable. El padre McNamee querría que cogieses el dinero y las tarjetas de crédito que había reservado para este viaje y lo completases en su honor. Busca en tu corazón y descubrirás que lo que digo es verdad.

Busqué en mi corazón y coincidí con usted, Richard Gere.

Vi la cartera del padre en la mesa.

Hazlo, me dijo usted, Richard Gere, y lo hice, vacié la cartera, me metí el dinero y las tarjetas de crédito en los bolsillos. Y...

Vi algo que hizo que me diese un vuelco el corazón, pero que me sumió también en una calma cálida y profunda.

Ahora esconde la cartera vacía en tu maleta para que la policía no la vea, dijo la voz en mi cabeza. Pero ya no era la de usted, Richard Gere.

Usted había desaparecido.

No era la voz de mi madre ni la del hombrecito iracundo.

¿Sería la mía?

Fuera la que fuese, hice lo que me mandaba hacer, guardé la cartera del padre en un bolsillo interior de mi maleta que estaba un poco oculto, detrás de un montón de calzoncillos blancos limpios.

Bien —dijo la voz—. *Ahora llama a recepción y dile a quien*

conteste que necesitas que venga inmediatamente una ambulancia.

Tardó unos quince minutos, durante los cuales permanecí sentado en la cama, con la mente en blanco, conmocionado.

El padre McNamee fue declarado muerto inmediatamente.

Dos hombres grandes forcejearon para colocar su cuerpo redondo y sólido en una camilla, hasta que (con muchos jadeos y sudores) consiguieron por fin sujetarle con unas correas, tras lo cual lo taparon con una sábana blanca y se lo llevaron.

Luego me interrogaron en mi habitación del hotel dos policías. Uno alto y con una verruga en la punta de la nariz, y el otro bajo y con patillas largas. Los dos tenían lápices a los que acababan de sacar punta, y cuadernos de espiral del tamaño de rebanadas de pan, en los que escribían sin parar siempre que yo hablaba.

—Lamentamos su pérdida —dijo Patillas.

—Desgraciadamente, necesitamos hacerle unas cuantas preguntas —dijo el Verruga.

—Y le pedimos disculpas por adelantado si alguna de esas preguntas le parece irrespetuosa, dadas las circunstancias, pero tenemos que hacer nuestro trabajo —dijo Patillas.

Yo asentí.

—¿Qué estaba haciendo usted en Canadá con el difunto? —preguntó el Verruga.

—Hacíamos una peregrinación al Oratorio de San José. Pensábamos visitar después el Parlamento de los Gatos.

—¿El Parlamento de los Gatos? —preguntó el Verruga, sin dejar de escribir.

—Está en Ottawa —contesté yo.

Los polis intercambiaron una mirada.

—Perdone que se lo pregunte, pero ¿es uno de esos bares de alterne? —dijo Patillas, escribiendo.

—¿Qué? —dije yo.

—Bueno... un... un club de caballeros. Un lugar donde pagas a las mujeres para que se quiten la ropa y se queden desnudas.

—Oh, no, el Parlamento de los Gatos es un sitio donde gatos sin dueño pueden andar libres. Creo que está cerca de los edificios del Parlamento de Ottawa.

Los policías volvieron a mirarse enarcando las cejas y luego siguieron escribiendo.

—¿Estuvieron bebiendo anoche? —preguntó Patillas y señaló con la goma del lápiz las botellas de whisky vacías.

—Yo no. El padre McNamee bebía a diario.

—¿Lo encontró usted muerto esta mañana? ¿Muerto en su

cama?

—Sí.

—¿Viajaban con alguien más?

—Max y Elizabeth, que están en el vestíbulo. Ellos aún no saben lo que ha pasado.

—¿Le gustaría que les hiciéramos venir? —dijo el Verruga.

Alcé la vista hacia él, sin saber muy bien por qué me había preguntado aquello.

—Parece estar usted conmocionado —dijo Patillas—. Tal vez no debería estar solo.

Asentí.

Eso parecía razonable.

—¿Max y Elizabeth, ha dicho? ¿Son ésos los nombres que debo decir? —dijo el Verruga, y cuando yo asentí, añadió—: Muy bien. —Y se fue.

Patillas se acercó a la ventana y miró fuera.

—¿Cómo cree usted que murió? —pregunté.

—No sé. Parece un ataque al corazón, es lo más probable. Tal vez una intoxicación alcohólica. Tendremos que esperar los resultados de la autopsia para saber la causa exacta de la muerte.

—¿Por qué cree usted que murió? —dejé que se me escapara antes de que pudiera evitarlo.

—¿Otra vez?

—¿Por qué cree usted que murió? Estábamos tan próximos... Fue él quien me trajo hasta aquí.

—No lo sé —dijo el poli bajito de patillas, que no escribía ya en su cuaderno todo lo que decía yo.

Leí en sus ojos y me di cuenta de que estaba preocupado, como si tal vez estuviese empezando a tener miedo de mí, y, como había visto antes esa mirada muchas veces, no hice ninguna pregunta más.

—Estas cosas son siempre difíciles —comentó—. Tal vez sea mejor que deje las cosas importantes para otro día. Tal vez un asesor esté mejor preparado para ayudarle en eso.

Pensé que quizá tuviese razón, aunque yo hubiese fallado tan miserablemente con Wendy y Arnie, y cuando me puse a mirar los cordones marrones de mis zapatos, el policía se puso a mirar de nuevo por la ventana.

Unos minutos después regresó el policía alto con Elizabeth y Max.

—Hay que joderse, ¿eh?

—Oh, Dios mío. No puedo creerlo. ¿Estás bien, Bartholomew?

Los policías se miraron una vez más y luego Patillas dijo:

—Vamos a dejarles solos ya. Pero necesitamos sus nombres, números de pasaporte y direcciones.

Les dimos nuestros nombres y direcciones (Elizabeth utilizó su vieja dirección sin explicar que habían sido desahuciados, lo que me pareció una muestra de agilidad mental e inteligencia) y ellos copiaron diligentemente la información de nuestros pasaportes y nos dieron luego sus tarjetas y nos dijeron que nos pusiéramos en contacto con ellos en veinticuatro horas, después de que hubiésemos informado a la familia del padre McNamee en Estados Unidos, para que pudiéramos hacer los trámites necesarios para transportar el cadáver a Filadelfia.

Luego los policías se fueron.

—Hay que joderse, ¿eh? —dijo Max, y se dio varias palmadas en la cabeza como si intentase sacar ketchup de una botella.

—¿Qué pasó? —dijo Elizabeth.

—En realidad no lo sé.

—¿Cómo murió?

—Creo que debió de ser por la cantidad de whisky que bebió anoche. Lo he encontrado muerto en la cama.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—No sé.

—No puedo creer que el padre McNamee esté realmente muerto —dijo Elizabeth.

—Joder.

Max y Elizabeth se sentaron en mi cama intacta, y nos quedamos todos callados un buen rato..., era como si estuviésemos guardando silencio por el padre McNamee. Wendy podría haber dicho que estábamos «procesando lo que ha aflorado, asimilando la información más difícil».

Finalmente, Elizabeth dijo:

—Deberíamos ir al Oratorio de San José.

—¿Para qué? —pregunté yo.

—El padre McNamee quería que fuésemos —dijo ella—. Y tal vez esté allí tu padre.

—¡Sí! Hay que joderse, ¿eh?

—No creo que encontremos a mi padre hoy —dije yo.

—¿Cómo lo sabes?

No les conté entonces esto a Max y a Elizabeth, pero, cuando estaba vaciando la cartera del padre, había encontrado una foto de mamá, él y yo, sacada cuando yo era un niño pequeño; estábamos en la inmensa noria de Ocean City, girando en el cielo, y (en el

pináculo de la subida) el padre había puesto la cámara a distancia, alargando un brazo, y había hecho una foto de los tres muy juntos. Yo parecía aterrado allí en medio, entre ellos, pero mamá y el padre McNamee eran como dos sonrientes sujetalibros, parecían muy felices, solos allí, en el cielo, rodeándome con sus brazos. (Aquel padre McNamee más joven se parecía asombrosamente a mí tal como soy ahora, en el momento que escribo esto.) Esa foto me habría hecho sospechar por sí sola, pero luego vi el nombre de pila del padre McNamee en su tarjeta de crédito y confirmó lo que yo había visto al darle al policía los datos de su pasaporte.

Se llamaba Richard.

Richard McNamee.

Es curioso que, conociéndolo de toda la vida, nunca hasta entonces hubiese oído a nadie decir su nombre, ni se me hubiese ocurrido ni una sola vez preguntarlo. Había sido siempre el padre McNamee. Hasta mamá le había llamado siempre padre McNamee. O padre. Nunca había oído a nadie llamarle Richard.

O quizá sí lo había oído, pero mi cerebro simplemente no lo había registrado.

¿Le parece extraño eso, Richard Gere?

¿Como si tal vez una parte de mi subconsciente sospechase y estuviese protegiéndome, no permitiendo que mi mente se preguntase nunca cuál podría ser el nombre de pila del padre McNamee?

Mirando atrás ahora, estoy seguro de que su nombre completo figuraba en el boletín semanal de la iglesia, pero ¿quién lee esas cosas?

Mamá me había llamado Richard al final de su vida. Yo había supuesto que se refería a usted, Richard Gere, pero ahora estoy bastante seguro de que se refería en realidad a Richard McNamee, su gran amor..., y estaba también bastante seguro de que sabía por qué el padre McNamee iba a cenar tan a menudo a nuestra casa a lo largo de los años y por qué mamá sólo se confesaba con él, y por qué él acudía tan rápido siempre a ayudarnos cuando lo necesitábamos (como la vez que aquellos chicos asaltaron nuestra casa), y por qué había dedicado tantas misas a mamá después de su muerte, a pesar de que yo no había rellenado la solicitud correspondiente, y por qué había llorado en la playa después del funeral de ella y por qué había querido peregrinar conmigo al Oratorio de San José, el lugar donde sucedían milagros..., porque lo más probable es que pensase que haría falta un milagro para que yo perdonara el que me hubiese engañado toda la vida y el haber

crecido sin un verdadero padre, aunque hubiese tenido un excelente guía espiritual en el padre McNamee.

Pero, por otra parte, ¿puede un sacerdote católico ser un excelente guía espiritual teniendo relaciones sexuales con tu madre?

Todo esto estaba empezando a hacer que me palpitase la cabeza.

—¿Bartholomew? —dijo Elizabeth.

—Vayamos al oratorio —dije, pensando que un milagro podría serme útil en aquel momento, pensando que si habíamos llegado tan lejos, podríamos también ir a ver lo que tenía que ofrecernos el Oratorio de San José, si es que tenía algo.

Así que cogí las llaves del Ford Focus, se las di a Elizabeth y dije:

—Recojamos todas nuestras cosas y salgamos de aquí. Es hora ya de desocupar la habitación.

—¿Estás bien? —dijo Elizabeth.

—Sí. Hay que joderse, ¿eh?

Max y Elizabeth estaban visiblemente asustados.

Yo asentí y luego nos fuimos.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

15

POBRE, OBEDIENTE Y HUMILDE SIERVO

Querido señor Richard Gere:

¿Tal vez piense usted que yo debería haber sido más emotivo tras la muerte del padre McNamee?

¿O tal vez piense incluso que debería haberme sentido culpable, por dejarle beber una cantidad exorbitante de whisky y no decirle ni una sola vez que dejase de beber en exceso?

¿Tal vez piense que debería haber protestado cuando él dijo que la cena de conejo que pidió era «nuestra última cena»?

¿Tal vez piensa usted que soy corto de luces (retrasado mental incluso) por no haberme imaginado antes el misterio de mi propio padre?

Podría usted hacerme un millón de preguntas a estas alturas de nuestra correspondencia, y comprendo que estaría usted probablemente justificado, sobre todo porque no puedo darle el tipo de respuestas que pudiesen proporcionar a la «gente normal» algún atisbo de comprensión del funcionamiento de mi mente; pero, prescindiendo de todo eso, yo tengo tantas preguntas para usted, Richard Gere, amigo del Dalai Lama, fantasma de mis pensamientos, colega epistolar, mi mentor en el galanteo de mujeres y supuesto amigo.

Si el padre Richard McNamee era el «Richard» al que mamá se refería cuando estaba muriéndose (si él era realmente mi padre, y yo estoy casi seguro ya de que lo era), entonces ¿por qué se me empezó usted a aparecer y siguió haciéndolo durante estas últimas semanas?

¿Estaba yo creándolo mentalmente, como un amigo imaginario?

¿Me volví loco y lo conjuré a usted con la imaginación, como una alucinación?

¿O estuvo apareciéndoseme en realidad porque se aparece usted a mucha gente que lo necesita, porque es precisamente eso lo que

hace usted, Richard Gere, cuando no está haciendo películas?

¿Forma parte eso tal vez de su práctica religiosa?

¿Podría ser eso una cosa budista?

Sé que usted probablemente se limitará a decir que nuestro caso de identidades confundidas y el que se me aparezca no son más que otro *koan*, algo para considerar profundamente pero no para aclarar o resolver.

El Universo eructa y nosotros, pobres necios, intentamos imaginar por qué.

Me he sentido tentado a no escribirle nunca más, sobre todo desde que no muestra usted su cara últimamente... ¡y en el momento en que más lo necesito! Pero la verdad es que he llegado a depender de estas cartas. Registrar todo esto, vaciar mi mente de palabras, ha resultado ser muy terapéutico. Me calma como ninguna otra cosa puede hacerlo. Es usted, además, el único vínculo que tengo con mamá ahora que el padre McNamee, mi verdadero padre, ha muerto.

Mamá era su mayor admiradora.

Boicoteó la Olimpiada de Pekín por usted.

No hay en este momento ningún sustituto de Richard Gere en mi vida, y por tanto (independientemente de lo que yo sienta hacia usted ahora mismo) nuestra correspondencia continuará.

¿Cree usted que el padre McNamee está en el Cielo?

¿Son bienvenidos en las perladas puertas de san Pedro los sacerdotes que violan sus votos durmiendo con mi madre?

¿Constituye matarte a base de whisky (sobre todo cuando proclamas «última» una cena) un suicidio?

¿Van los sacerdotes potencialmente suicidas y adúlteros al Purgatorio?

¿Al Infierno incluso?

¿Por qué estoy haciéndole estas preguntas a un budista?

Es ridículo.

Ni siquiera sé si cree usted en el Cielo, el Purgatorio o el Infierno. ¿Cree usted en ellos?

Para expresarlo en su lenguaje religioso, es evidente que el padre McNamee no alcanzó el nirvana, ¿verdad que no, Richard Gere? No en esta vida. Un hombre que bebe dos botellas de Jameson al día y muere durmiendo en su cama supongo que no suele alcanzar el nirvana.

Aunque en realidad era un buen hombre. Sí, yo creo que podemos estar de acuerdo en eso, si decidimos ser objetivos, ¿no le parece?

No se sentía orgulloso de abandonarme, puedo decirlo ahora retrospectivamente, mirando atrás. Y pasara lo que pasase entre el padre McNamee y mamá, pasó por amor. La lujuria no es fiel, y el padre McNamee estuvo a nuestro lado durante toda mi vida.

Qué conflicto interior debió de arrastrar, siguiendo su vocación religiosa y llevando encima al mismo tiempo la foto de mamá y él y yo en lo alto de la noria de Ocean City, donde podía abrazarnos sin problema, porque nadie podía vernos allá arriba, y él estaba libre de sus votos y de su vocación.

Acabamos yendo al Oratorio de San José, Max, Elizabeth y yo, si el interés de usted no se ha agotado, si aún sigue usted leyendo, Richard Gere.

Condujo Elizabeth, y yo utilicé el sistema de navegación GPS para encontrar el camino. La voz de una mujer robótica nos decía cuándo teníamos que girar y cuántos kilómetros faltaban para que apareciese la calle siguiente, y había una pantalla de ordenador que nos mostraba avanzando en un mapa, conectándonos con un satélite arriba, en el espacio exterior, que es tecnología alienígena en funcionamiento, como me explicó Max, cuando yo pregunté cómo la maquinita del coche podía saber dónde estábamos.

La voz que nos daba indicaciones era claramente la de una máquina, y sin embargo podías darte cuenta de que la máquina era una mujer, lo que me daba un poco que pensar. ¿Cómo pueden tener género las máquinas? La máquina tenía además acento norteamericano. ¿Cómo pueden tener las máquinas nacionalidades? Eso no puede ser una buena idea, hacer hablar a las máquinas como gente real, ¿verdad? Dar identidades humanoides a las máquinas...

El oratorio está en una colina, es un gran edificio blanco compuesto de escaleras, columnas y torrecillas, con una cúpula gigante de color verde cobre.

Los peregrinos suben presuntamente de rodillas los muchos escalones duros y fríos que conducen hasta la entrada, pues se supone que el dolor es penitencia. ¿Le parece extraño eso a usted, Richard Gere? No más extraño que los monjes budistas rociándose con gasolina y prendiéndose fuego, tiene usted que admitirlo.

Desde el exterior, el Oratorio de San José es hermoso e impresionante.

«Imponente» no sería un adjetivo exagerado.

Levantamos la vista hacia él desde el aparcamiento.

—Hay... que... joderse... ¿eh? —dijo lentamente Max, en tono bajo, utilizando la mano para protegerse los ojos del congelado sol de invierno. Y puedo decir que parecía estar sobrecogido.

—Es verdaderamente impresionante, incluso desde el punto de vista de una atea —dijo Elizabeth.

Mamá no habría querido que yo me enamorase de una atea, sobre todo de una atea declarada, lo sabía (lo más probable es que tampoco le gustase al padre McNamee), pero no sólo no estaban ya ninguno de los dos sino que yo estaba abriéndome camino en el mundo solo, así que, cuando miré a Elizabeth aquella mañana, sentí que mi corazón ansiaba conseguirla, y pensé: «Mejor que seas valiente ahora, Bartholomew, porque estas personas son lo único que te queda en el mundo, y necesitarás fuerza y valor para mantenerlas a tu lado luchando contra la gran soledad sombría que acecha».

Eran nuevos tiempos, extraños y, por la razón que fuese, Max y Elizabeth estaban allí conmigo, ayudándome a afrontar el día, ayudándome a llorar al padre McNamee, así que decidí, allí y entonces, hacer que nuestras relaciones funcionasen, pasando por alto nuestras pequeñas diferencias. Yo no creía realmente en alienígenas, y sin embargo estaba dispuesto a llevar tres cristales de tectita al cuello. Ellos no creían en Dios, pero estaban dispuestos a ir a ver el corazón incorrupto de un santo católico conmigo y posiblemente a encender una vela por el recién fallecido padre McNamee. Hasta quizá se arrodillasen conmigo mientras rezaba por las almas de mamá y del padre McNamee.

—¿Crees que encontraremos a tu jodido padre ahí dentro?

Sonreí y me encogí de hombros.

—Veremos.

Eché a andar, pero Elizabeth me cogió por el hombro y dijo:

—¡Espera!

Cuando me volví a mirarla, se apartó el pelo de la cara, para que yo pudiese tener una visión plena y sin impedimentos de sus ojos, su nariz y su boca. Era aún más bella de lo que yo había imaginado. Me palpitaba el corazón.

—¿No crees que deberíamos dejar esta visita para más tarde? —dijo—. Considerando lo que ha pasado hoy..., lo del padre McNamee. Eso ha sido una conmoción terrible, Bartholomew. Algo que aún no hemos asimilado del todo. Y no sé qué sería peor: que encontrásemos de verdad a tu padre o que no. Cualquiera de las dos cosas podría ser demasiado para un solo día, y...

—No hay problema —dije yo contemplando sus ojos, que eran del color gris marrón de los champiñones de las pizzas.

Me daba cuenta de que Max estaba igual de preocupado.

Tal vez eso fuese también lo que mamá llamaba los Momentos

de Buena Suerte. El mal del engaño y la muerte del padre McNamee había conducido al bien de que Max y Elizabeth cuidasen ahora de mí. Tenía realmente la sensación de que la filosofía de mamá estaba actuando una vez más..., que ella era aún más sabia de lo que yo había creído que era cuando estaba viva conmigo, aquí, en el mundo. Y eso es decir mucho, la verdad, porque yo atribuía a mamá toneladas de sabiduría.

A mis preocupados amigos, Max y Elizabeth, les dije:

—Mi padre no estará ahí dentro. No os preocupéis. Ya aclaré ese asunto esta mañana.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, joder? —dijo Max.

—Porque mi padre biológico era el padre McNamee.

—¿Qué? —preguntó Elizabeth.

—No jodas... —respondió Max.

Enarcaron las cejas los dos.

—Mi subconsciente sospechó eso durante muchos años, pero no lo descubrí hasta ahora.

—¿Cómo lo descubriste? —dijo Elizabeth.

—Me lo dijo él.

—¿Cuándo? —dijo Elizabeth.

—Esta mañana —dije yo.

—Pero si esta mañana estaba muerto, no me jodas —dijo Max en el momento en que un grupo de monjas de hábitos negros salían de una furgoneta Volkswagen. Se quedaron mirándonos.

—¡Dios las bendiga, hermanas! —les grité, haciendo un gesto con la mano y sonriendo, porque parecían ofendidas por el excesivo uso de palabras gruesas por parte de Max, algo a lo que mi oído se había acostumbrado, pero que aún ofendía a otros.

—¡Y a vosotros! —nos gritó en respuesta una monja que parecía más joven, y luego nos saludaron casi todas ellas con un gesto.

—El padre McNamee me susurró la verdad desde más allá de la tumba —les dije a Max y a Elizabeth.

—¿Es eso una cosa católica? —dijo Elizabeth.

Me reí y me sentí de pronto alegre, ligero..., como si me hubiese desprendido de un inmenso secreto sombrío, oculto dentro de mí durante muchísimo tiempo.

Aún me daba miedo el futuro, pero al mismo tiempo me sentía libre, porque el mayor misterio de mi vida ya no lo era.

Me pregunté si habría estado ocultando subconscientemente el hecho de que lo había sabido todo el tiempo, quizá para proteger al padre McNamee. Como si comprendiese ya de niño que el que él fuese mi padre causaría un gran escándalo en nuestra parroquia y

habría impedido al padre McNamee hacer todo el bien que había hecho como sacerdote desde que yo había nacido, casi cuatro décadas de actos altruistas que pudo hacer porque mamá mantuvo su secreto. Tal vez yo participase también en todo aquel encubrimiento; tal vez estuve sólo actuando, simulando que no sabía, cuando en realidad sabía. Estoy seguro de que mamá habría jugado alegremente conmigo a ese juego..., y, puestos a pensarlo, lo hizo, diciéndome que mi padre había sido asesinado por el Ku Klux Klan, y que era por tanto un mártir católico.

Habíamos jugado a aquel juego los tres juntos.

—Tal vez sea una cosa de la vida —le dije a Elizabeth, y luego los conduje al Oratorio de San José.

Utilizamos varias escaleras mecánicas para llegar a la parte principal de la catedral, la basílica, que era gigantesca y parecía un poco como el Cielo, si el Cielo fuese una catedral de estilo moderno.

—Parece el interior de una jodida nave espacial —cuchicheó Max, y me di cuenta de por qué lo decía, pues el hormigón se elevaba en grandes arcos y cúpulas, y había incluso un anillo de plata decorativo que parecía un ovni suspendido sobre el altar.

Miré a Elizabeth, y tenía los puños apretados.

Había también tallas en madera de todos los apóstoles, pintados como largos y extensos gigantes, como si fueran imágenes reflejadas en un espejo deformante, sólo que con los ropajes y el tipo de peinado de los tiempos bíblicos. Encontramos enseguida a mi tocayo, Bartolomé, aunque tenía su otro nombre, Nathaniel. Sostenía una especie de hoja y hacía el signo de la paz con los dedos índice y medio, cuyas yemas apoyaba en la barbilla.

—Esos jodidos parecen alienígenas —cuchicheó Max, y tuve que darle la razón, pues eran alargados y flacos, y tenían un aire ultraterreno—. ¿Qué significa esto, joder? ¿Los discípulos de Jesús tallados para que parezcan unos jodidos alienígenas gigantes?

—No sé —dije yo.

—El padre McNamee lo habría sabido —dijo Elizabeth.

—Quizá —susurré, y luego miramos a los otros apóstoles, que parecían todos duros y estirados, leñosos y polvorientos e incluso alienígenas.

Sí, de verdad, alienígenas.

Me pregunté cuántas oraciones se habrían elevado desde aquel edificio hacia el Cielo lo mismo que enviamos información a nuestros satélites ahora, cuando vamos en nuestros coches y necesitamos instrucciones.

Salimos de la basílica, bajamos por las escaleras mecánicas y

entramos en un gran pasillo lleno de velas donde podías pagar dinero por encender una y pedirle cosas a san José.

Hice la donación requerida, encendí una vela blanca en una copa de cristal roja por el padre McNamee y recé a san José pidiéndole que le hablara en su favor a san Pedro, rogándole que le dejase pasar por las puertas perladas y entrar en el Cielo, aunque hubiese tenido relaciones sexuales con mi madre siendo sacerdote, se hubiese matado con whisky y no me hubiera dicho nunca que era mi padre. A pesar de eso, había ayudado a muchos miembros de nuestra Iglesia a lo largo de los años, y también a muchos que no lo eran.

«El padre McNamee era un buen hombre», le dije a san José, sintiéndolo además.

Había mucha otra gente allí, además de peregrinos, encendiendo velas y rezando; algunos lloraban. Daba la impresión de ser un lugar muy sagrado, y hasta Max se abstuvo de decir palabrotas durante un tiempo, lo que interpreté como una gran señal de respeto.

Fuimos recorriendo paredes en las que colgaban centenares de bastones y muletas de madera donados por gente a la que supuestamente había curado el Santo Hermano André, un simple portero iletrado que había dedicado su vida a san José y se había convertido inexplicablemente en un hacedor de milagros.

Y luego fuimos al lugar de descanso final del Santo Hermano André.

Su cuerpo está sepultado en una caja de mármol negro resplandeciente, emplazada debajo de una bóveda de ladrillo. Hay un cuadro de una cruz roja en la pared, entre el arco y el sarcófago. Una inscripción dice en latín: «Pobre, Obediente y Humilde Siervo de Dios».

Pero el corazón del Hermano André no estaba allí.

Pregunté a otro peregrino dónde podría ver el corazón, y me señaló hacia una cabina de información. El hombre de allí me indicó adónde tenía que ir en un mapa que me costó dos dólares canadienses.

Subimos por otra escalera mecánica y luego por un tramo de escalones normales hasta una habitación de dioramas: el dormitorio del Santo Hermano André, un maniquí de él de pie en su despacho, un maniquí de él de pie al lado de una silla, todo con cristal por en medio.

—Era muy bajo —dijo Elizabeth—. Cuesta creer que un hombre de aspecto tan frágil sea responsable de todo esto.

—Sí —dije yo totalmente de acuerdo. El Santo Hermano André no parecía el tipo de hombre que logra grandes cosas. No lo parecía, la verdad. No se parecía a usted, Richard Gere.

Y luego, cuando giramos, lo vimos.

Justamente el sitio al que el padre McNamee quería que yo fuese.

Donde el padre McNamee había oído por primera vez la voz de Dios.

Frente a los dioramas había lo que parecía una cripta con una valla de hierro. Detrás de la puerta había una columna gris, y encima de ella una caja cuadrada de cristal, revestida de piedra tallada. Dentro de aquella caja había un corazón humano. La iluminación era roja dentro de la bóveda, así que parecía como si estuviésemos atisbando dentro del pecho de un gigante, un gigante que llevase un gran peto de armadura que se abriese para mostrar un corazón encerrado en una caja de cristal.

—Hay que joderse, ¿eh? —dijo Max, poniendo fin a su recorrido sin maldiciones.

—¿Crees que es real? —susurró Elizabeth.

—Lo creo, sí —dije yo.

—¿Quién se lo cortaría, joder, me pregunto yo?

—No sé —dije, procurando no pensar en el acto de extraer un corazón humano de un cuerpo muerto, procurando no pensar en el cerebro diseccionado de Charles J. Guiteau, preservado para siempre en el Museo Mütter.

—¿Qué crees que pensarían los alienígenas si bajaran aquí y vieran expuesto ese corazón humano? —le pregunté a Elizabeth—. Si viesen a tanta gente rindiendo culto alrededor del corazón del santo Hermano André, encendiendo velas y rezando a san José...

Elizabeth no contestó, pero apretó el bíceps y echó a andar.

Max me hizo un gesto con la cabeza y siguió a su hermana.

Me quedé allí parado, mirando fijamente el corazón del Santo Hermano André largo rato, preguntándome quién habría sido.

Dicen que asistieron a su funeral un millón de personas y que desfilaron ante su ataúd en el frío gélido del invierno canadiense.

¿Cómo sucedió eso?

¿Qué es lo que separa a hombres como él de gente como Max, Elizabeth y yo?

¿Del resto del mundo?

El padre McNamee habría dicho que el Santo Hermano André tenía fe, que creía simplemente más que las otras personas.

Y me pregunté si la fe no sería una forma de simulación.

Me pregunté también qué habría dicho el padre McNamee si estuviese allí en aquel momento conmigo, delante del corazón del Santo Hermano André, el lugar donde oyó por primera vez la llamada de Dios.

¿Me habría pedido perdón?

¿Habría dicho que lo sentía?

¿Habría proclamado su amor por mí, su único hijo? ¿Habría dejado la Iglesia para reclamarme finalmente como hijo y ser mi padre?

Ya nunca conocería las respuestas a esas preguntas, pero allí, de pie, mirando el corazón de un hacedor de milagros, empecé a pensar que no importaba, que yo iba a estar bien de todos modos, a pesar de lo desarraigada que había pasado a ser mi vida.

Encontré a Max y a Elizabeth en una especie de gran balcón que dominaba Montreal, y aquello te cortaba la respiración, y no sólo por el frío que hacía fuera, suficiente para congelarte desde los pulmones hasta los dedos de las manos y los pies.

—Gracias por venir aquí conmigo —les dije a Max y a Elizabeth.

—De nada, joder —dijo Max.

Elizabeth sonrió cortésmente.

Luego contemplamos Montreal cubierto de nieve durante otros minutos más mientras el aliento entraba y salía de nosotros.

Daba la sensación de que tuviésemos que estar allí en aquel momento y aquel lugar, casi como si fuese algo predestinado. Estaba bien en cierto modo que fuese así.

No sé.

Pero quizá.

Pensé en ello y decidí que no iba a intentar aclarar los misterios más grandes de la vida, considerando además todas las cosas con las que tendría que enfrentarme, así que pensé que lo mejor era atenerse al plan.

—Vamos al Parlamento de los Gatos —dije.

—¡El Jodido Parlamento de los Gatos! —exclamó Max, y luego volvió adentro para poder salir del oratorio y montar rápidamente en el Ford Focus.

—Podemos seguir aquí todo lo que quieras, Bartholomew —dijo Elizabeth—. Si necesitas más tiempo...

—Estoy listo ya para marcharnos —respondí yo.

Elizabeth hizo entonces algo inesperado: sacó una cadena de plata del bolsillo del abrigo y me la puso al cuello.

—¿Otro collar de tectita para protegerme de los alienígenas? —pregunté.

—No. Es la medalla del Santo Hermano André que he comprado en la tienda de regalos —dijo ella, y echó a andar.

Cogí la medalla y examiné la carita arrugada del Santo Hermano André esbozada en plata.

Echaba de menos al padre McNamee, pero sabía que él habría querido que yo siguiera adelante lo mejor que pudiese, estaba seguro de eso.

Y tal vez aquel buen momento en el balcón del oratorio con Elizabeth fuese una especie de herencia.

Era un pensamiento bonito.

Así que corrí detrás de Elizabeth, sintiéndome más vivo de lo que me haya sentido en toda mi vida, y nos dirigimos a Ottawa en el Ford Focus.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

16

COMPRENDÍ LOS MENSAJES DE NUESTRA GALLETA DE LA FORTUNA MEJOR DE LO QUE HABÍA PENSADO AL PRINCIPIO

Querido señor Richard Gere:

Mientras estaba sentado en el asiento trasero del Ford Focus, oyendo a la mujer robótica conducirnos y observando la tierra llana, blanca y vacía por la que pasábamos, me cansé mucho, me sentía demasiado cansado para pensar en todo lo que había sucedido, no digamos ya para intentar ver el sentido de cualquier parte de ello.

Lo cierto es que de algún modo (a pesar de que Max no hacía más que gritar de vez en cuando «¡El Jodido Parlamento de los Gatos!») me quedé dormido.

Y desperté en el sueño, y estaba en mi habitación, en casa de mamá.

Mamá y el padre McNamee estaban de pie al lado de mi cama, cogidos de la mano.

—¿Es esto un sueño? —les dije.

Pero ellos sólo sonrieron, y parecían extremadamente orgullosos.

—¿Estáis los dos juntos en el Cielo?

Se limitaron a seguir sonriendo.

—¿Por qué no queréis hablar conmigo? —dije—. Por favor. Decid algo. Que pueda saber al menos que estáis bien. Dadme una señal.

Mamá atrajo un poco más hacia sí al padre McNamee, se miraron a los ojos y luego simplemente desaparecieron.

—¡¿Mamá?! —grité, e intenté levantarme de la cama, pero descubrí que no podía. La manta me mantenía sujeto, rodeándome el torso, envolviéndome como una anaconda gigante... ni siquiera podía liberar los brazos—. ¿Padre?

Y luego me zarandeaban, así que abrí los ojos y vi a Max mirándome desde el asiento del pasajero del Ford Focus.

—¿Qué pasa, joder?

—Estabas soñando —dijo Elizabeth sin dejar de conducir—. Y gritabas.

—Lo siento —dije, y ajusté el cinturón del asiento.

—Elizabeth me dijo que te despertara, joder.

—Gracias.

Nadie dijo nada más, y me quedé mirando mi reflejo en la ventanilla.

Me sentí tan vacío de pronto, tan solitario..., y me sentí culpable, por no haber sido quizá un hijo lo suficientemente bueno con mamá o con el padre McNamee, por no haberles dicho más que les quería cuando estaban aquí, o por no haber hecho más cosas, o quizá sólo una: conseguir que pudieran sentirse orgullosos. Y me preguntaba si el que fuese un hombre gordo, sin trabajo, sin amigos les habría hecho sentirse horrorosamente consigo mismos, como si su amor hubiese creado un hijo monstruoso que los avergonzase infinitamente. Y el peor pensamiento era éste: Aunque yo lograse hacer algo meritorio con mi vida en el futuro, aunque sucediese lo milagroso e hiciese finalmente que las cosas fuesen como es debido a alguna escala pequeña, mamá y el padre McNamee no estarían ya presentes para verlo. Habían muerto conociendo al Bartholomew del pasado, y yo no me sentía feliz con el Bartholomew del pasado..., ni una pizca siquiera.

Además, al saber que el nombre de pila del padre McNamee era Richard, que había interpretado mal el hecho de que mamá me llamase por el nombre de pila de usted, que Richard era una especie de identidad doble ambigua (al menos en mi vida) me estaba resultando cada vez más difícil simular que usted, Richard Gere, era mi amigo y confidente. Y así, aunque siga escribiéndole cartas, siento como si estuviese escribiendo ya a una persona muerta o a un invento de mi imaginación, un personaje de ficción, lo que hace que me sienta también como un gigantesco idiota.

Escribirle a usted y hablar con usted cuando se me aparecía resultaba tan bueno antes que ahora resulta el doble de malo, al saber que todo era falso, que había estado equivocado.

A pesar de todo eso, tengo la sensación de que debería contarle usted el resto de la historia, tal vez sólo porque necesito contárselo a alguien.

Cuando llegamos a Ottawa, pedimos al GPS que nos buscara un hotel, y la mujer robótica consiguió hacerlo sin ningún problema.

Había un servicio de limpieza de coches y lo utilizamos, así que le dieron a Elizabeth un papelito a cambio de las llaves del Ford Focus.

Elizabeth me dijo que tendría que usar la tarjeta de crédito de emergencia que me había dado mamá hacía mucho, porque el recepcionista podría pedirme el pasaporte cuando nos inscribiéramos en recepción, y tendría que coincidir con el nombre de la tarjeta de crédito, lo que parecía lógico, así que hice lo que ella me sugería. Cogimos una habitación para los tres y dije que nos quedaríamos dos noches. Max no paraba de pasear inquieto detrás de nosotros: tenía tantas ganas de ir al Parlamento de los Gatos por la mañana que quería irse a la cama lo antes posible para que la noche pasara más rápido.

—Ya está, todo listo, señor Neil —dijo el recepcionista, y luego me entregó dos llaves de habitación rectangulares.

Entramos en nuestra habitación de la cuarta planta, y Max empezó a prepararse inmediatamente para ir a la cama. Se puso el pijama estampado con siluetas de gatos (y con estas palabras en rojo en el pecho: EL PIJAMA DEL GATO), se cepilló los dientes, se lavó la cara y se zambulló luego en la cama más próxima a las ventanas.

—Ya es hora de dormir, joder —dijo.

—Max, son sólo las ocho y aún no hemos cenado —dijo Elizabeth, pero él empezó a roncar casi nada más apoyar la cabeza en la almohada.

—Tendríamos que ir a cenar, ¿no? —pregunté a Elizabeth, y ella dijo que sí.

Nos abrigamos bien y echamos a andar por la ciudad nevada, sintiendo el azote cortante del viento que llegaba del río Ottawa.

—Esto parece Inglaterra —dijo Elizabeth cuando pasábamos delante de los edificios del Parlamento—. Altas torres con relojes y todo lo demás.

—¿Has estado en Inglaterra?

—No. ¿Tú?

—Nunca.

—Pero ¿no dirías que esto parece Inglaterra?

—Creo que sí.

Anduvimos sin rumbo mucho rato, asimilando la ciudad, sintiendo el frío en las mejillas, y era bueno caminar después de viajar en coche desde Montreal.

Elizabeth se detuvo frente a un escaparate lleno de símbolos chinos del zodíaco, tras los que había un buda gordo de jade sentado con las piernas cruzadas, y dijo:

—¿Quieres comer aquí?

—Claro —dije, y entramos.

Ella pidió *lo mein*, así que yo lo pedí también, y esperamos en

silencio a que llegase la comida, mientras tocaban una especie de melodía que parecía asiática, flautas agudas y lo que sonaba como una caja de música deprimida.

Yo pensaba que tal vez el *lo mein* supiese distinto en Canadá, pero no era así.

Cuando terminamos de comer, llegaron las galletas de la fortuna.

Elizabeth leyó: LO ÚNICO MALO DE LA ARMONÍA ES QUE POR DEFINICIÓN NO PUEDE DURAR.

La mía decía: UN AMIGO ES UN REGALO QUE TE HACES A TI MISMO.

—¿Qué puede significar? —dijo Elizabeth.

Yo no tenía ni idea, así que me encogí de hombros.

Estuvimos sentados allí un rato, tomando lo que quedaba del té verde que nos trajeron en una cafetera negra con forma de dragón, que servimos en unas tacitas blancas que tenían pintados símbolos chinos en azul claro.

—¿Por qué crees tú que estamos aquí, en Ottawa? —dije yo—. Quiero decir, ¿no te parece sorprendente?

Elizabeth se quedó mirando por el ventanal el tráfico que pasaba, y su cara pareció hacerse de piedra.

Cuando pagué la cuenta, se levantó, la seguí y vagamos por la ciudad nevada de Ottawa durante lo que parecieron horas.

Elizabeth mantenía los labios sellados, y yo hacía lo mismo.

Sólo andábamos.

Y andábamos.

Y andábamos.

Y aunque tenía mucho frío, no decía nada de eso tampoco, porque quería andar con Elizabeth para siempre y no quería hacer o decir algo que pusiera fin prematuramente a que estuviéramos juntos.

Parecía profundamente sumida en sus pensamientos, y yo sabía de algún modo que era mejor no decir nada, así que no lo decía.

En el vestíbulo del hotel me preguntó si me gustaría tomar algo con ella en el bar, y yo dije que sí antes incluso de que me diese cuenta de que estaba a punto de conseguir el último objetivo vital que me quedaba.

Elizabeth pidió un *Martini Ketel* sucio, con hielo, y con aceitunas extra, y aunque yo no tenía ni idea de lo que era aquello, dije que tomaría lo mismo.

Llegaron las bebidas y pagué con la tarjeta de crédito del padre McNamee.

Nos sentamos en las elegantes sillas de cuero, y el camarero

puso un cuenco de frutos secos junto a las bebidas en la mesita situada por debajo de nuestras rodillas.

—Salud —dijo Elizabeth y alzó su copa.

Aunque su voz no tenía el tono alegre de los brindis, alcé también la mía y chocamos los bordes de las dos, como hacen en la tele.

Bebí y aquello sabía más que nada a aceitunas en salmuera. Disfruté de la sensación ardiente.

Estaba tomando mi primera copa con una mujer, pero no me parecía tan especial, no era como yo pensaba que sería.

Bebí unos cuantos sorbitos.

Ella bebió varios tragos.

Hubo un silencio largo e incómodo, durante el cual pude darme cuenta de que Elizabeth estaba teniendo una discusión consigo misma en las profundidades de su mente.

De pronto buscó su bolso, sacó un frasco de pastillas anaranjado y lo posó en la mesa junto a su copa.

—¿Qué son? —pregunté.

—Eran mi estrategia de escape —dijo.

—No entiendo.

—¿De veras?

Negué con la cabeza.

—Max y yo no tenemos ningún sitio adonde ir. No tenemos casa. Ni familia. Prometí a mi hermano traerle a ver el Parlamento de los Gatos como regalo cuando cumpliera cuarenta años. Voy a hacerlo mañana. Pero luego ya no queda nada. No hay otras opciones. Y estoy cansada, Bartholomew. Estoy muy cansada.

Tardé unos segundos en comprender lo que me estaba diciendo, pero cuando lo comprendí, me hice rápidamente con el frasco de pastillas y dije:

—¿Y si vinieras a vivir conmigo? Max puede vivir allí también. Podríamos salir adelante. Como una familia.

—¿Qué tipo de familia seríamos?

—El mejor —dije yo.

Sonrió y miró al suelo.

—Sólo estás siendo bueno.

—¿Qué tiene eso de malo? Quizá todo esto, todo lo que ha pasado, el que a mi mamá la matara el cáncer, el que Max y yo nos conociésemos por una coincidencia, el que todos necesitásemos ir a Canadá, el que yo te viese en la biblioteca, y me diese cuenta de que eras diferente, e incluso que el padre McNamee muriese..., tal vez todo eso sucedió porque nosotros tres tenemos que estar juntos.

—Supongo que te das cuenta de lo demencial que es todo eso, ¿no?

—No sé, ¿lo es? Lo que he hecho es básicamente enumerar todo lo que nos ha sucedido, hechos, y luego dar la explicación que me parece mejor.

Resultaba increíble la seguridad con la que hablaba, Richard Gere. Seguro que debió de contagiármela usted.

—No he conocido nunca a nadie como tú, Bartholomew —dijo ella, girando el palillo con la aceituna clavada dentro de su copa—. Admiro tu disposición a ofrecer bondad casi indiscriminadamente. Pero por desgracia hace falta mucho más que bondad para sobrevivir en este mundo.

Comprendí lo que quería decir, pero comprendí también que la filosofía de mamá era un arma poderosa, y pensé que tal vez podría aplicarla allí, así que dije:

—Me encantaría que vivieses conmigo, Elizabeth. Podemos hacer que funcione. He decidido creer eso porque la alternativa —agité su frasco de pastillas— es tan... tan poco atractiva... ¿Por qué no intentas creer conmigo en este asunto? ¿Qué tienes que perder? ¡Podemos conseguir una gata para Max! Él podría trabajar en el cine, tú podrías seguir de voluntaria en la biblioteca y yo podría...

No sabía lo que podría hacer yo, y empecé a angustiarme por ello. Lo único que había hecho en toda mi vida había sido cuidar de mamá y ser su hijo. Y sin embargo allí estaba, prometiendo ser muchísimo más de lo que era..., simulando de nuevo.

—Yo no estoy bien —dijo Elizabeth—. Y Max tampoco lo está. Somos artículos dañados. Tenemos problemas..., y nada más. Te has dado cuenta de eso ya, ¿no? No somos fáciles.

—¡Yo también soy un artículo dañado! ¡Y también tengo problemas! ¡Soy una calamidad! ¡Es perfecto!

—No es perfecto —dijo ella en lo que se pareció mucho a un grito. Me daba cuenta de que había estado debatiéndose durante mucho tiempo, demasiado tiempo, y que no le quedaba mucho en su depósito de esperanza—. ¡Nada de eso es perfecto! No voy a permitirme ninguna esperanza de perfección. La perfección no existe para gente como nosotros, Bartholomew. Algo pasable. Eso es lo que yo quiero. Sólo simplemente pasable. Si pudiese tener una existencia pasable, creo que estaría muy agradecida.

Movió la cabeza y fijó la vista en su regazo. Vi que movía los labios detrás de su cortina de cabello castaño, y me di cuenta de que estaba discutiendo consigo misma. Luego alzó de pronto la vista y dijo:

—De todos modos no creo que hubiese podido ejecutar nunca mi plan de huida. Nunca podría haberle hecho eso a Max. Y ahora estoy agobiándote a ti con mis problemas.

Movió la cabeza, miró al techo y luego volvió a fijar la vista en el regazo.

Estuvimos un rato callados, tomando los martinis.

Luego yo tuve una idea que parecía un poco extraña, pero seguí adelante con ella de todos modos, porque tenía la sensación de que el momento me exigía ser algo más de lo que normalmente soy.

—Voy a fingir que soy tú —le dije a Elizabeth—. Así es como responderías en este momento si estuviéramos en una película, en respuesta a mi oferta de que Max y tú vivieseis conmigo en casa de mamá como si fuésemos una familia.

Luego, utilizando un tono de falsete, estilo Vivian Ward/Julia Roberts, dije:

—Si nosotros aceptásemos tu amable oferta, ¿crees que podríamos realmente hacerlo funcionar, Bartholomew? ¿Lo crees de veras? No pediríamos mucho. No nos atreveríamos. Pero ¿tú crees que podríamos llegar a vivir juntos pasablemente? Porque eso es lo que he tenido siempre la esperanza de conseguir..., una existencia pasable. —Mi voz empezó a temblar aquí; no estaba seguro de por qué—. Eso es todo lo que me atrevería a pedir. No somos codiciosos..., pero la vida no ha sido generosa con Max y conmigo, la verdad. Así que tienes que ser sincero en esto, Bartholomew. ¿Tú crees realmente que es posible una existencia pasable?

Elizabeth vació su copa.

—No es verdad que fuese raptada por alienígenas. —Se apartó el pelo de la cara, estaba temblando—. Los médicos llamaron a Max a Worcester cuando yo estaba recuperándome en el hospital porque figuraba como mi familiar más próximo en los datos del seguro. Cogió un tren para Filadelfia aquella noche y se volvió loco cuando me vio. Max es un simplón, pero tiene un corazón inmenso. De veras que lo tiene. No comprende que a la gente le pasan cosas horribles todos los días en todo el mundo. Cosas horribles. Como ser... como... —Elizabeth bajó la vista hacia su regazo y la cortina de cabello cayó una vez más sobre su cara—. Eran unos borrachos despiadados y nunca los llevaron siquiera ante la justicia. La mente de Max no podía aceptar eso, porque ¿cómo puedes proteger a tu hermana de algo tan horriblemente casual como que la asalten junto al río Delaware cuando regresa a casa de tomar algo en un bar después del trabajo en una noche clara de miércoles de otoño? Que la agredan hasta dejarla con los muslos cubiertos de sangre. Así que

Max y yo inventamos la historia de los alienígenas entre los dos en el hospital (casi como si fuésemos niños de nuevo), y yo seguí con ello sólo para mantenerle tranquilo. Luego insistió en venirse a vivir conmigo para poder protegerme de los alienígenas, y así fue como empezó el asunto. Pero la verdad es que se trata de una especie de bella historia hermano-hermana si eres capaz de enfocarla de la forma adecuada y...

Elizabeth me dirigió una mirada que era mitad feliz y mitad al borde de las lágrimas.

Cuando forzó una sonrisa, asentí, porque sabía que era eso lo que se me pedía, aunque estaba aterrado por dentro, y no sabía siquiera quién estaba pagando las facturas de la casa de mamá, y tal vez no lo sabría nunca, con el padre McNamee ya muerto, y tampoco estaba seguro de que fuese realmente posible una existencia pasable para mí, no digamos ya para los tres juntos.

No estaba en realidad absolutamente seguro de nada.

Pero creía que podría fingir de nuevo para Elizabeth, fingir que era más fuerte de lo que era en realidad, porque era eso lo que el momento exigía de mí, y lo hice. Fingí ser fuerte, y me esforcé por mostrar compasión con Elizabeth. Mientras lo hacía, me preguntaba si el padre McNamee y mamá estarían orgullosos, Richard Gere. Estoy bastante seguro de que el Dalai Lama se sentiría feliz con mi actuación de aquella noche, porque Elizabeth rompió a llorar justo allí mismo, y no eran sólo lagrimitas, sino que sollozaba y sollozaba, hasta que me levanté y la abracé, y luego me puse a llorar también, porque echaba mucho de menos a mamá y el padre McNamee se había ido, y estaba empezando a comprender la finalidad de ello, el que nunca llegase a tener jamás un padre, que no hubiese ya ningún misterio, que estuviese todo resuelto y fuese seguro, y hubiese terminado, y que Elizabeth no hubiese sido abducida por alienígenas sino que hubiese vivido algo aún más terrible que lo de los chicos que asaltaron nuestra casa y se mearon en mi cama, y se cagaron en la de mamá y tiraron a nuestro Señor y Salvador Jesucristo en el váter..., y el hecho de que hubiéramos acabado en Canadá, y por qué eran nuestras vidas mucho más extrañas que las vidas de la gente normal...

¿Había alguna esperanza para nosotros?

Mientras Elizabeth sollozaba en mi hombro, decidí (fuese verdad o no) creer lo suficiente en los Momentos de Buena Suerte para actuar, incluso para buscar un trabajo si era preciso, de modo que pudiese darle a Elizabeth el cuento de hadas, como ha hecho usted tantas veces en sus películas, Richard Gere.

Mamá no podría tener nunca el cuento de hadas, pero tal vez Elizabeth pudiese.

Tal vez.

—¿Se encuentran ustedes bien? —preguntó el camarero, y cuando levanté la vista se me quedó enganchado en la boca un pelo de Elizabeth y la gente del bar del vestíbulo del hotel nos estaba mirando fijamente.

Elizabeth, cuando vio que todo el mundo miraba, abandonó corriendo el bar y yo la seguí.

En el ascensor, yo no sabía qué hacer.

Elizabeth lloraba aún, pero mucho más suavemente ya..., y sin embargo yo tenía la sensación de que no quería que la acariciasen ni la consolasen ni le hablasen.

Tenía la cara de un rojo claro y le caían mocos de la nariz, a pesar de que se limpiaba una y otra vez con la manga del abrigo.

Mantuve la boca cerrada.

Cuando llegamos a la puerta de nuestra habitación, se repuso y dijo:

—No quiero despertar a Max, ¿vale?, y no quiero que él sepa nada de esto. Mañana es su gran día. Procuremos que sea un día hermoso para él. ¿De acuerdo? Quedamos en eso. Hagámoslo hermoso para todos nosotros. ¿Vale?

Asentí.

Metió la tarjeta en la ranura y el pequeño rectángulo se puso verde, pero ella no abrió la puerta.

—Si dormimos cada uno a un lado de la cama, ¿me prometes que no te echarás encima de mí? ¿Me prometes que dejarás todo el rato treinta centímetros de espacio por lo menos entre nosotros?

—Vale —dije yo.

—¿Podemos de verdad vivir contigo hasta que recompongamos nuestras vidas?

—Sí. Eso me gustaría muchísimo. Y tampoco hay ningún límite de tiempo.

—¿Lo prometes? ¿No cambiarás de opinión?

—Jamás.

Elizabeth asintió de nuevo y me hizo una especie de guiño con ambos ojos al mismo tiempo, que yo capté, aunque estuviese de nuevo oculta detrás de su pelo.

Era como si estuviese expresando quizá un deseo y ratificándolo con un parpadeo doble..., o al menos eso fue lo que yo me imaginé.

Entramos en la habitación, pero no encendimos las luces.

Ella se cambió en el baño y yo me puse el pijama mientras la

puerta estaba cerrada.

Luego tiré su frasco de píldoras por el retrete y accioné la cisterna; no quería que ella tuviese una estrategia de huida.

Eligió el lado derecho de la cama, así que yo estuve abrazado al borde izquierdo toda la noche.

No me permití dormir, porque quería cumplir mi promesa..., no podía arriesgarme a dar una vuelta sin querer y tocar a Elizabeth accidentalmente en medio de la noche.

Así que les escuché respirar, a ella y a Max, con la vista fija en los números eléctricos verde alienígena del despertador.

A las 4.57 Elizabeth susurró:

—¿Bartholomew?

—¿Sí? —contesté también en un susurro.

—Perdona si te parecí muy rara anoche.

—No me lo pareciste.

—¿De verdad?

—De verdad.

A las 5.14 Elizabeth susurró:

—Gracias.

—Gracias a ti también —dije yo, y luego nos quedamos simplemente allí quietos en la oscuridad durante dos horas, hasta que Max se despertó y se puso a saltar entre nosotros en nuestra cama, gritando: «¡EL JODIDO PARLAMENTO DE LOS GATOS!» una y otra vez.

He de confesar que, pese a todo lo que había sucedido, el entusiasmo infantil desbocado de Max me elevó considerablemente el ánimo.

Era agradable tener amigos.

Y empecé a pensar que comprendía los mensajes de nuestra galleta de la fortuna mejor de lo que había pensado en un principio.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

17

LOS GATOS ABANDONADOS DE LA COLINA DEL PARLAMENTO

Querido señor Richard Gere:

Max nos dijo todo lo que necesitábamos saber en relación con el Parlamento de los Gatos mientras recorríamos Ottawa.

Según la leyenda local, los edificios del Parlamento se mantuvieron libres de roedores gracias a una colonia de gatos cazadores de excepcional habilidad hasta la década de 1950, cuando el veneno se convirtió en el método preferido de exterminio de ratas y ratones. La gente que se cuidaba de los edificios del Parlamento y de su entorno, por pura bondad, siguieron alimentando a los gatos durante décadas, y luego algunos vecinos de la zona decidieron crear un espacio especial para que los gatos abandonados de la colina del Parlamento viviesen juntos como una familia, o una colonia.

Ahora pueden verse dos minicasas blancas bordeadas de verjas de hierro lo suficientemente espaciadas para que los habitantes de las casas puedan deslizarse a través de ellas cuando quieran. Las minicasas tienen un tejado de ripias cada una y cuatro entradas con una especie de toldo, que sirven también como lugar para que los gatos se desperecen y holgazaneen. Encima de la entrada de la izquierda ondea una minibandera canadiense, roja y blanca.

Hay un camino entablado para uso de los gatos, y se mantiene limpio de nieve. Supongo que la palean los cuidadores cuando es preciso hacerlo.

Hay cuencos de comida situados en varios puntos alrededor de las minicasas y en ellas, y, según Max, hay voluntarios que se ocupan a diario de la colonia.

La zona de alrededor de la colina del Parlamento parece realmente Inglaterra. He decidido que es verdad, aunque yo nunca haya estado en Inglaterra, ni probablemente vaya a ir nunca.

La parte de atrás de los edificios del Parlamento es redondeada como una catedral, con muchas espirales en punta y también parece

en cierto modo una nave espacial, aunque no le dije eso a Max.

Cuando llegamos allí, por la mañana temprano, al día siguiente de que el padre McNamee fuese a reunirse con mamá en el Cielo o en el Purgatorio, Max nos explicó mucho de lo anterior, y luego nos dejó atrás a Elizabeth y a mí, echó a correr como un muchachito emocionado en cuanto vio a lo lejos su primer gato.

—¡El Jodido Parlamento de los Gatos! —gritó, y dio varios brincos en su carrera—. ¡El Jodido Parlamento de los Gatos! ¡Por fin estoy aquí, joder!

—¿Has sido tan feliz alguna vez? —me preguntó Elizabeth, y sinceramente no creo que me haya sentido en toda mi vida tan emocionado como me sentí entonces.

Max se cogió a la verja cuando llegó al santuario de los gatos y examinó a los pocos que estaban fuera, a la luz del sol de la mañana.

Elizabeth se detuvo, y yo me detuve con ella, a unos seis metros o así de él, dejándolo disfrutar un poco en privado.

Cuando nos acercamos por fin, tenía regueros en las mejillas y lágrimas congelándosele en el mentón como una pequeña barba.

Le temblaban los labios.

Bufaba y resoplaba sin parar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Elizabeth a Max.

—Es tan bello, joder...

—¿Los gatos? —pregunté yo.

—¡Sí, joder! Pero también el jodido hecho de que la gente se cuide de gatos sin dueño. ¡Gatos! Durante todos estos jodidos años. Los alimentan. Les proporcionan cobijo, joder. No se olvidaron de los gatos cuando ya no tenían ninguna jodida función. Estos gatos son completamente inútiles para la sociedad ahora, pero la gente los alimenta porque sí. ¿No es eso jodidamente bello? ¿No es eso jodidamente... humano? ¿Llegáis a comprender a lo que me refiero, eh, joder, eh? ¡El Jodido Parlamento de los Gatos es el lugar más bello del mundo, sí! Os dais cuenta de ello, ¿no? ¿De esta jodida belleza?

Elizabeth y yo asentimos mientras observábamos cómo un gato manchado y otro gris atigrado desayunaban, mordisqueando trocitos de comida de gato.

—¡Miradlos! Sólo miradlos, joder. ¡Qué belleza! ¡Qué jodida belleza! ¡Esto existe!

Al cabo de unos veinte minutos o así, Elizabeth y yo nos retiramos a un banco cercano, y observamos cómo Max disfrutaba de su visita al Parlamento de los Gatos.

Unos cuantos niños acompañados por sus madres se detuvieron a mirar a los gatos, y, como estaban cerca de Max, resultaba chocante la yuxtaposición. Pese a ser un hombre que decía «joder» una vez por lo menos casi en cada frase que pronunciaba, incluso en las que contenían sólo dos o tres palabras, su corazón era claramente infantil.

—Tomar algo contigo en un bar era mi objetivo vital —le dije a Elizabeth.

—Me lo contó Max —dijo ella—. Por eso te pedí que tomases algo conmigo anoche en el bar. Para ayudar quizá a que te sintieses mejor después de la pérdida tan repentina del padre McNamee. Pensé que al menos tú podrías considerar completado tu objetivo vital. Perdona que lo estropease luego todo compartiendo contigo mi estrategia de huida. No resultó muy buena para ser una primera cita, ¿verdad?

La palabra «cita» hizo que me diese un vuelco el corazón pero actué con aplomo Richard Gere y dije:

—Puedes compartir todo lo que quieras conmigo. De verdad. No te calles nada. Creo que tenemos que ser sinceros uno con otro, si es que queremos ayudarnos.

—Estoy de acuerdo. Gracias.

—Tengo un nuevo objetivo vital. ¿Te gustaría saber cuál es?

—Claro.

—Algún día (y no tiene por qué ser pronto, así que no te sientas presionada, por favor) me encantaría cogerte la mano durante un breve período de tiempo. Quizá sólo un minuto... y quizá detrás del Museo de Arte de Filadelfia, cerca de la depuradora de aguas, mientras oímos el rumor del río. Es el sitio que más me gusta del mundo. Si nunca has estado allí, te gustará.

No podía creer que estuviese diciendo aquello..., el corazón me palpitaba muy fuerte.

Pero por fuera tenía todo el aplomo Richard Gere extra.

Y la dulzura de los cuentos de hadas.

Elizabeth sonrió y dijo:

—Quizá algún día podamos cogernos de la mano detrás del Museo de Arte de Filadelfia, pero hoy no, claro, porque estamos en Ottawa. Y ha de ser necesariamente muy lejos, en el futuro, si es que llega a ser, porque tengo mucho que superar. Estoy bastante segura de que necesitamos ayuda los tres, y creo que deberíamos buscarla cuando regresemos a Filadelfia. ¿De acuerdo?

—Lo comprendo —dije yo, y era verdad—. Deberíamos conseguir ayuda. Y la conseguiremos.

Elizabeth y yo estuvimos allí sentados en silencio varias horas mientras Max admiraba a los habitantes del Parlamento de los Gatos.

Hacía frío, pero no estábamos dispuestos a obligar a Max a marcharse de allí, porque no sabíamos si él o cualquiera de nosotros volvería alguna vez a la capital de Canadá, no digamos ya a aquel mismo lugar, e incluso si lo hacíamos, sabíamos que por alguna razón ya nunca sería igual. Las variables serían diferentes si volvíamos, la ecuación no sería la misma, estaría compuesta por circunstancias muy distintas; era algo inevitable, porque la vida evoluciona y cambia siempre, y, en consecuencia, por mucho que nos gustase, nunca volveríamos a disfrutar de aquel momento, aunque intentásemos con todas nuestras fuerzas recrearlo, incluso llegando al extremo de llevar exactamente la misma ropa, fracasaríamos, porque no puedes derrotar al tiempo; sólo puedes disfrutarlo cuando es posible, porque pasa sin parar, como un relámpago.

En determinado momento un gato negro grande empezó a enroscarse en las piernas de Max, haciendo lo que parecía el signo de infinito. Y cuando Max se inclinó para acariciarlo levantó la cabeza para recibir su mano, así que Max le rascó detrás de las orejas. El gato cerró los ojos, saboreándolo. Max hizo lo mismo. Y parecían estar comunicándose. Me pregunté si Max estaría practicando su telepatía gatuna.

—¡¿Habéis visto alguna vez una cosa así, joder? ¿Cómo este gato me ha escogido a mí para comunicarse?! —nos gritó Max cuando el gato continuó su camino—. Hay que joderse, ¿eh?

Elizabeth y yo sonreímos al ver lo contento que estaba.

Sonreír no tenía sentido en realidad, considerando el cuadro más amplio. Sin dinero, sin un trabajo «de verdad» ninguno de nosotros y sin ninguna idea de lo que haríamos cuando regresásemos a Filadelfia, ni de quién estaría pagando las facturas que seguían llegando a casa de mamá con la señal de pagadas..., y, francamente, los tres éramos un trágico embrollo emocional.

Pero de algún modo el simple hecho de ver a un hombre adulto disfrutando de la compañía de un gato sin dueño en una mañana de frío invierno en Ottawa, con la intensidad con que Max lo estaba viviendo y apreciando en aquel instante..., bueno, era, de algún modo, suficiente para aquel momento y lugar.

Suficiente para sentirse bien.

Más que suficiente para hacernos sonreír.

Y eso es todo lo que quiero compartir con usted, Richard Gere,

aunque hay mucho más en esta historia..., por ejemplo, cómo conseguimos traer el cadáver del padre McNamee a Estados Unidos; y que su familia no me habló en el funeral, aunque nunca dijimos a nadie la verdad sobre el hecho de que fuese mi padre biológico; y que un hombre alto con un traje de aspecto caro se acercó a mí, me estrechó la mano firmemente y, cogiéndome por los hombros y mirándome directamente a los ojos, me dijo: «Dicky estaba muy orgulloso de ti», y cuando yo no le contesté nada, añadió: «Crecimos juntos, ¿sabes? Éramos los mejores amigos en el colegio. Y en el sitio del que yo soy, te ocupas de tus mejores amigos, así que no te preocupes por nada..., sólo entre tú y yo, ¿eh?». Y luego me hizo un guiño y yo le respondí con otro doble, prometiéndole no decírselo a nadie, ni siquiera a Max y a Elizabeth; y que luego el padre Hachette nos ayudó a los tres a encontrar una terapeuta que nos aconsejase individualmente y también como grupo, o lo que ella llamó una «unidad familiar», por el precio que nosotros podíamos permitirnos; y que Elizabeth va ahora a misa los sábados por la tarde conmigo, aunque todavía no crea oficialmente en Dios; y que Wendy dejó por fin de llorar cuando, llevando de nuevo unas grandes gafas de sol, solicitó ayuda financiera en la Temple University, con la esperanza de escapar de una vez de Adam, y un apuesto asesor de ayuda financiera llamado Franklin la consoló, la invitó a cenar y acabó proporcionándole una ayuda fantástica y un préstamo, librándola de las palizas de Adam... Sé todo esto porque Franklin y Wendy van ahora a la misa del sábado por la tarde, a San Gabriel, y a veces nos vemos todos después en la pizzería del barrio, donde yo inspecciono la cara y los brazos de Wendy, que parece muy feliz, porque ya no hay cardenales en su piel; y que fui ascendido a encargado en mi nuevo trabajo, en el restaurante de comida rápida Wendy's del centro (¿sincronicidad?) y Elizabeth fue contratada a tiempo parcial por la Biblioteca Pública de Filadelfia, y Max consiguió incluso que le subieran el sueldo en el «jodido cine», así que por fin somos capaces de pagar nuestras facturas sin ninguna ayuda de mi nuevo amigo canadiense alto y bien vestido, que me llama cada poco para decir: «Dicky te mira desde el Cielo con una sonrisa en la cara, ¿sabes?». Lo que siempre me hace sentirme bien..., como si fuese finalmente un hombre adulto capaz de conseguir que su padre se enorgullezca de él.

Como usted sabe ya, Richard Gere, entre la primera serie de cartas y estas últimas ha habido un largo período de silencio. Siento que mi correspondencia cesara tan bruscamente, pero me tenía un poco abrumado el que sucediera todo lo que sucedió en un intervalo

de tiempo tan corto. Me resulta extraño, la verdad, escribirle de nuevo..., me hace sentirme un poco loco, o tal vez me recuerda lo burbujeantemente loca que llegó a estar mi mente y que quizá podría volver a estarlo de nuevo si no soy cuidadoso, si no me cuido de mí mismo.

Nuestra nueva terapeuta, que se llama doctora Hanson (es una señora pequeña cuyo moño de bailarina sirve también como acerico para lápices y bolígrafos) dijo que sería bueno para mí terminar de contarle a usted mi historia, aunque sólo fuese para decirle «adiós», para poner fin oficialmente al capítulo Richard Gere de mi vida.

—Cierra el circuito Richard Gere —dijo—. Es muy importante que eches un cierre a tu subconsciente.

Me dijo también que era necesario que le contase a usted (que admitiese ante mi subconsciente) que no era veraz al cien por cien en mis cartas, que de vez en cuando embellecía las cosas un poco para hacerlas más interesantes. La doctora Hanson dice que lo hacía porque temía no ser lo suficientemente bueno para mantener una correspondencia con un personaje tan famoso y tan importante como usted, Richard Gere. Pero créame, por favor (aunque, técnicamente, sea cierta la afirmación anterior) que, metafóricamente hablando, todo lo que le escribí era también cierto al cien por cien.

En algunos sentidos, fui más veraz con usted de lo que lo he sido jamás con nadie en toda mi vida, incluida mamá, así que tengo la esperanza de que pueda sentirse usted orgulloso de eso, Richard Gere.

Ahora, en mi vida real, estoy procurando ocultar menos detrás de las metáforas.

La doctora Hanson dice que eso es importante.

Yo estoy de acuerdo con ella.

Y también Elizabeth.

La doctora Hanson es realmente una persona sana y muy capaz..., puede que sea incluso un poco como el Santo Hermano André, pero en el mundo moderno del aquí y ahora, y no es abiertamente religiosa.

Estoy disfrutando de mi nueva vida.

Disfruto realmente.

Estoy viviendo sin mamá, y estoy muy bien.

¿Un milagro?

¿Conseguimos uno?

Quizá.

De cualquier modo, estoy agradecido.

Una última cosa: Elizabeth y yo nos cogemos de la mano ya casi todos los días.

De verdad.

¿Está usted orgulloso de mí, Richard Gere?

Me estoy esforzando mucho por dar a Elizabeth el cuento de hadas.

Así que..., creo que se ha terminado nuestra correspondencia en este punto del tiempo, ahora mismo.

Estoy despidiéndome para siempre.

No habrá otra carta.

Ahora puede pasar usted a su siguiente misión, o (si no fue usted nunca real, para empezar) puede desaparecer sin más definitivamente.

Prescindiendo de si es usted sólo un invento de mi imaginación o no, le doy las gracias por leer todas mis palabras, aun en el caso de que estuviésemos los dos sólo fingiendo, gracias por estar ahí cuando yo no tenía a nadie más, y por limitarse a escuchar sin juzgar.

Le deseo mucha suerte en sus luchas.

Confío en que aún liberará el Tíbet..., y celebraré su logro cuando llegue.

Y puede usted, por favor, compartir libremente la filosofía de mamá con su Santidad, el Dalai Lama.

Voy a echarle de menos, pero creo realmente que ésta tiene que ser mi última carta.

Órdenes de la doctora Hanson.

El Richard Gere usted-yo simulado ha llegado a su fin.

Y hay gente real aquí conmigo ahora..., gente que muy bien podría quedarse por aquí.

Adiós, Richard Gere.

Su admirador incondicional,

BARTHOLOMEW NEIL

AGRADECIMIENTOS

Ante todo, gracias a mi mujer Alicia Bessette; a Liz Jensen, mi europea preferida; y a las editoras Jennifer Barth (estadounidense) y Jennifer Lambert (canadiense), por leer los borradores del libro y mejorarlo radicalmente de todas las formas posibles; a mi agente Doug Stewart, por creer constantemente en mi obra y en mí; al equipo completo de la agencia Sterling Lord Literistic y a todos los agentes y *scouts* extranjeros; a los muchos editores extranjeros que han puesto este libro a disposición de los lectores de todo el mundo; a mi agente cinematográfico Rich Green; a mamá; a papá, por hablarme por una feliz casualidad del asesinato del presidente Garfield con todo lujo de detalles precisamente cuando yo necesitaba conocerlos, aunque no comprendí lo valiosa que era la información en aquel momento (¿sincronicidad?); a Megan, a Micah, a Kelly, a Aaron, a la abuela Dink; a Pete; a Barb y a Peague, por permitirme escribir en la casa de Vermont; a Bill y a Mo Rhoda; a Mr. Canada (Scott Caldwell) y familia, por proporcionarnos comida exquisita y nutritiva, alcohol, tortitas BeaverTails, y cobijo cuando buscábamos el Parlamento de los Gatos en Ottawa; al doctor Len Altamura; al peruano Scott Humfeld; a Roland Merullo; a Beth y a Tim Rayworth; a Evan Roskos; a Mark Wiltsey; a Kent Green; a las muchas personas de HarperCollins (y de las demás editoriales del mundo) que han trabajado de firme para promocionar el libro; a cada admirador que haya dicho alguna vez algo agradable sobre mi obra; y a VOSOTROS, por leer *Momentos de buena suerte* EN ESTE MOMENTO (¿sincronicidad?). ¡Gracias!

Notas

[1] Pudín espeso compuesto por sobras y restos, principalmente de carne de cerdo con harina y especias. El resultado final es una especie de pastel que se corta luego en rebanadas y se fríe. *(N. del t.)*

[2] Un tipo de viviendas modestas cuyos orígenes se remontan al siglo XVIII y que sólo subsisten ya en Filadelfia. Constan de tres plantas comunicadas por una estrecha caja de escalera, con un espacio de sólo unos 60 m^2 en cada una de ellas. *(N. del t.)*

Momentos de buena sueerte
Matthew Quick

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Good Luck of Right Now*

Diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Matthew Quick, 2014

© de la traducción, José Manuel Álvarez Flórez, 2014

© Espasa Libros, S. L. U., 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que
los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2014

ISBN: 978-84-670-4176-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.,
www.victorigual.com